HQÑ™

Tres son multitud

ELENA GARRALÓN

Mención de Honor XII Premio Internacional HQÑ



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Elena Garralón Torres
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Tres son multitud, n.º 395 - septiembre 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788410628953

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Si te ha gustado este libro…

descargaepub.com

Capítulo 1

—Bueno, ¿y qué me dices de Tomás? —inquiere Miguel antes de beber un buen trago de su copa.

Arqueo las cejas con incredulidad y la pequeña sonrisa que se forma en sus labios me indica que no era más que una broma. Suelto una carcajada, medio nerviosa, medio aliviada, y meneo la cabeza antes de llevarme mi propia copa a los labios. Sinceramente, la idea de hacer un trío con un tipo tan estirado como Tomás, con su traje impoluto, planchado y bien marcada la raya de los pantalones, me da grima.

—¿Te imaginas? —le pregunto a Miguel con sorna—. ¡Seguro que antes de echar un polvo se preocupa de dejar su ropa perfectamente doblada encima de la cómoda!

Mi marido suelta un gruñidito, algo que suele hacer justo antes de que le entre un ataque de risa. Con lágrimas en los ojos y la cara roja como un tomate añade:

—Sí, y también irá recogiendo la ropa de la chica en cuestión según la vaya dejando caer al suelo.

La imagen de Tomás el estirado agachándose para recoger un tanga negro del que acaba de desprenderse de una forma muy sexi una mujer —en mi cabeza es una mujer asiática, no sé por qué; una mujer asiática con las cejas finas y los pechos muy pequeños, para más detalles—, mientras ella lo mira con extrañeza, sin duda preguntándose si está a punto de acostarse con un fetichista de lo más extraño, me hace soltar un resoplido, de forma que casi se me sale por la nariz el trago de vodka con naranja que acabo de ingerir. Esto, por supuesto, hace que Miguel no pueda aguantarse más la risa y los dos empezamos a carcajearnos como un par de locos. Desde la mesa de al lado un par de chicas nos miran con curiosidad y solo nos hace falta cruzar una mirada entre nosotros para que nuestro ataque de risa se agudice.

Tras unos cuantos minutos en los que me quedo sin aliento y arruino por completo mi elaborado maquillaje a base de llorar de pura risa, por fin nos calmamos y respiramos hondo. Estamos borrachos —no es para menos, dada la situación, la verdad— y nerviosos —tampoco es para menos—.

—Bueno, entonces Tomás está descartado, ¿no? —me provoca Miguel para hacerme reír de nuevo.

Lo señalo con el dedo a modo de advertencia y le aseguro:

—Si quieres que me mee aquí mismo, sigue por ese camino.

Finge pensárselo un momento mirando hacia el techo, a ningún lugar en particular, y luego concluye:

—Creo que paso, gracias.

Me bajo como puedo del taburete alto en el que he conseguido encaramarme de alguna forma una hora antes y gruño cuando soy consciente de mi torpeza. Vale, para ser justos hace una hora llevaba tres copas menos. Hemos bebido a un ritmo demasiado rápido, pero no pasa nada. Es sábado y estamos hablando de cosas importantes, cosas para las que nos tenemos que encontrar desinhibidos. Desecho de mi mente la vocecilla que me advierte que eso de necesitar beber para relajarse o desinhibirse suena algo alcohólico y, en cambio, cogiendo mi bolso, le digo a mi marido:

—¿Pides dos más mientras voy al baño?

Él asiente y me da un beso en los labios y un pequeño pellizco en el trasero. Yo sonrío como si no hubiera ningún problema entre nosotros y me dirijo al baño abriéndome paso como puedo por el concurrido local. Una vez allí compruebo mi aspecto en el espejo; bueno, no es tan terrible, solo se me ha corrido un poco el rímel. Como no soy de las que llevan su bolsa de maquillaje a cuestas, me froto cuidadosamente con la yema de los dedos debajo de los ojos hasta que ya no queda ni rastro de los manchurrones oscuros. Después entro en uno de los cubículos y, mientras hago pis a pulso subida en los tacones que solo me pongo los fines de semana, de pronto me siento angustiada.

No sé cuánta confianza tiene Miguel en que lo que estamos planeando consiga resolver nuestros problemas o que, al menos, sea un primer paso. Sinceramente, yo he accedido un poco a la

desesperada. Quiero a mi marido, por eso estoy dispuesta a intentarlo todo. Bueno, *todo* no, matizo cuando vuelve a mi mente la imagen de Tomás el estirado recogiendo del suelo ropa interior sugerente.

Nuestros problemas empezaron hace aproximadamente un año. Ninguno sabemos la fecha exacta, porque ¿quién sabe en qué momento exacto comienzan a torcerse las cosas en un matrimonio? Por supuesto, los dos nos habíamos dado cuenta de que llevábamos semanas sin tener sexo, pero ninguno había dicho nada. A mi parecer, nuestros últimos encuentros habían resultado forzados y poco satisfactorios, y estoy segura de que Miguel piensa lo mismo. Así que supongo que a ninguno de los dos nos apetecía incidir en el tema, porque ¿qué sentido hubiera tenido obligarnos a tener sexo si pensábamos que no íbamos a disfrutarlo? ¿Qué aliciente había?

Intentamos resolverlo cada uno a nuestro modo: yo me compré ropa interior ridículamente sexi y él reservó un fin de semana romántico en una pequeña cabaña. Un fin de semana que resultó no ser tan romántico como esperábamos. Allí estaba yo, con mi estúpido conjunto de satén negro que simulaba un uniforme de colegiala, sintiéndome completamente fuera de lugar y muriéndome de frío porque la calefacción estaba estropeada. Me planté mis taconazos con la esperanza de resultar misteriosa y sexi e intenté agraciar a Miguel con un *striptease* que tampoco salió según lo esperado. De verdad, cuando lo ves en las películas parece superfácil, pero no lo es, para nada. Hubiera deseado tener una de esas barras de baile solo por tener algún lugar al que agarrarme.

Mantuve la compostura como pude y, tras un par de minutos de indecisión, cuando vi que mi marido se estaba animando, de pronto me vine arriba. Ya no era Olivia, la mujer de treinta y tres años que había convertido en realidad el cliché de que los que menos follan son los casados; ahora era Demi Moore en *Striptease,* Kim Basinger en *Nueve semanas y media,* Elisabeth Berkley en *Showgirls…* De verdad, me vine muy arriba. Y como todo lo que sube baja, eso fue precisamente lo que ocurrió. Estaba contoneándome como una verdadera diosa, golpe de cadera hacia la derecha, golpe de cadera hacia la izquierda…, pausa dramática para dejar al personal

descolocado… Y de nuevo golpe de cadera a un lado y al otro. Empezaba a pillarle el punto a la cosa. En realidad, me decía, no era tan complicado. Me dejaba llevar por la música, Miguel me miraba casi relamiéndose los labios, y en un momento dado me quedé mirándolo fijamente. Sin apartar nuestras miradas, me acerqué a él lo suficiente como para que con solo estirar el brazo pudiera tocarme, pero sin dejarle hacerlo. Esto lo había visto en muchas pelis y me parecía que le daba aún más morbo a la cosa. Y entonces, mientras lo miraba a los ojos con los míos empañados de lascivia, alcé los brazos para después dejarlos caer lentamente a la vez que mis manos recorrían todo mi cuerpo con picardía. Al mismo tiempo, doblé ligeramente las rodillas y, contoneando el trasero, comencé a bajar las caderas sugerentemente —momento en el que, por cierto, me alegré de haber estado practicando durante los últimos meses las sentadillas—. Notaba que la química volvía, que toda esa época de sequía se había ido por fin al garete, que Miguel y yo volveríamos a ser los de antes, los que tenían sexo apasionado en cualquier lugar de la casa, los que no podían estar mucho tiempo sin tocarse el uno al otro, aunque de aquello en realidad hacía ya muchos años, y de repente…

De repente uno de mis tacones se despegó y todo el glamur, el erotismo y lo que hubieran traído consigo se vinieron abajo junto con mi cuerpo y mi dignidad.

—¡Mierda! —gemí cerrando los ojos con fuerza. Sentía un dolor muy agudo en el tobillo; seguro que me lo había roto, por inútil.

Miguel tardó un par de segundos en reaccionar, como si por un momento se hubiera preguntado si aquello era parte de mi *show*, pero en cuanto comprendió la verdad se arrodilló a mi lado y me preguntó:

—Joder, Oli, ¿estás bien?

Me hubiera gustado mirarlo con sorna, pero ni para eso tenía ánimo. Me agarré con fuerza el pie como si así pudiera recomponerlo mientras notaba la frialdad del suelo en mis nalgas, apenas cubiertas por mi conjunto de zorrón. Al inclinarme hacia delante para agarrarme mejor el tobillo fui consciente de que unos incipientes

michelines se replegaban entre sí en la zona abdominal y me sentí completamente humillada.

—¡Vamos al hospital! —exclamó Miguel, muy asustado.

—No, no, espera, no puedo ir así vestida —protesté.

Él me miró de arriba abajo, todo indicio de deseo borrado de sus ojos, y me acercó una manta áspera que había encima del sofá. Negué con la cabeza.

—Quiero mi ropa —gemí, más por lo enfadada que estaba con la situación que por el dolor, que por suerte empezaba a remitir.

—¿La que no es de putilla? —inquirió él con una sonrisa traviesa.

Estuve a punto de mandarlo a la mierda, pero me entró la risa. Me reí tanto que me doblé por la mitad, ya sin importarme que mis flamantes lorzas emergieran por entre las costuras de mi atrevido conjunto. Miguel también tuvo que tumbarse a mi lado, contagiado por mí, y terminamos dando patadas al aire mientras las carcajadas nos quitaban el aliento.

Siempre ha sido así: Miguel y yo siempre nos hacemos reír.

—Ya casi no me duele —anuncié, después de relajar nuestras respiraciones—. Yo creo que podemos esperar a mañana para ir al médico.

La cabaña se hallaba en las montañas y no había sido un camino fácil; no tenía ganas de desandar el camino hecho solo por lo que seguramente sería un pequeño esguince.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza.

—Si vemos que durante las próximas horas se hincha mucho vamos y ya está.

Era lo más lógico. Al fin y al cabo ya había anochecido; si podíamos evitar coger el coche hasta el día siguiente, mejor.

—Está bien —aceptó él, y me dio un beso en los labios—. Así que… ¿no te puedes levantar del suelo? ¿Eres una pobre mujer sometida a mí?

Lo dijo con voz sugerente, pero a mí se me había cortado el rollo. Tenía frío, el orgullo herido y, aunque el dolor era soportable, la sensación que tenía en el tobillo me distraía de otras que pudiera experimentar. Sin embargo, allí estaba él, dejando un reguero de

besos desde mi rodilla hasta mi cadera, subiendo por mi costado y deteniéndose en la suave tela del sujetador. Decidí dejarme hacer, aunque no me apeteciera. No es que me sintiera obligada por Miguel, es que si no aprovechábamos esa oportunidad… Si no hacíamos el amor durante un fin de semana romántico, con cuarenta y ocho horas de absoluta intimidad, ¿qué decía eso de nosotros? ¿De nuestra relación? Yo lo sabía: significaría que nuestra vida sexual estaba muerta y enterrada. Así que todo dependía de este momento. Daba igual que yo tuviera frío y miedo —miedo a perder a mi marido — y que en ese preciso momento me sintiera menos sexi que Espinete en monopatín; debía tener sexo con Miguel para convencerme de que nuestro matrimonio no era una farsa.

«No hay más farsa que el fingimiento», me advirtió la vocecilla fastidiosa, pero la deseché con una facilidad pasmosa e intenté concentrarme en el momento. Sin embargo, algo no iba bien. No me gustaba lo que Miguel hacía, y no porque no lo hiciera bien, sino porque mi cuerpo no estaba preparado. Hacía escasos quince minutos estaba a tope a cuenta del bailecito y de las reacciones que provocaba en mi marido, pero el momento había pasado y no quedaba nada. Notaba cómo mi cuerpo se ponía tenso, mis labios rígidos, mis músculos contraídos.

—¿Estás bien? —me susurró Miguel al oído, supongo que porque se dio cuenta de que algo no marchaba.

Para ser sincera, yo también había notado que algo no iba bien con él. Me besaba y acariciaba, pero faltaba *algo*. Era como si él tampoco tuviera ganas, como si estuviera pasando por el mismo martirio que yo, esa dualidad de «No quiero, pero debo». Para confirmar mis sospechas, me las apañé para rozarle como por casualidad el pene con mi rodilla y aquello parecía gelatina. Tragué saliva. No podíamos continuar adelante, no así. No estaba bien.

Me separé un poco, intentando buscar una excusa que no nos pusiera contra la espada y la pared, y me envalentoné convenciéndome de que estaba dramatizando la situación. Que no nos acostáramos en ese momento no significaba nada; que aquel fin de semana no lograse su propósito no quería decir que nuestro matrimonio se estuviera yendo al garete, ¿verdad?

Todavía no tenía claro lo que iba a decir cuando algo vino en mi ayuda. Jamás en mi vida había pensado que pudiera alegrarme tanto al ver a un ratón, pero juro que aquel roedor me salvó de un ataque de ansiedad. Estaba correteando por debajo del sofá, tan campante, mientras mi marido y yo estábamos tumbados a escasísimos metros de él, *no* teniendo sexo en el suelo de madera de la cabaña.

Incapaz de contenerme, solté un chillido y me incorporé de un salto, olvidándome por completo de mi tobillo lastimado, y, con una agilidad que ya hubiera querido durante los primeros minutos de mi malogrado baile erótico, me encaramé a la mesa del comedor, el mueble más alto de la estancia.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa? ¿Y tu tobillo? —preguntó Miguel unos segundos después. Vale, lo reconozco, mi marido no es de reacciones rápidas precisamente.

Y yo, señalando desde mi refugio hacia el lugar donde había visto al pequeño roedor, respondí vagamente:

—Ratón. Ya no duele.

Él arqueó las cejas.

—¿Dices que hay un ratón?

En su voz había pánico. No es de esos hombres a los que puedes llamar para que maten a una araña en la bañera.

Asentí con la cabeza.

Jamás había visto saltar con tanta rapidez a Miguel. Y eso que va al gimnasio y está en forma y todo lo que quieras, pero es un hombre pausado, relajado por naturaleza. Menos cuando hay bichos de por medio, claro.

Nos cogimos de la mano tiritando, en parte porque la dichosa cabaña era lo más gélido que pueda uno imaginarse, y en parte por verdadero pavor.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntamos a la vez mirando con temor al suelo, sin distinguir al ratón por ninguna parte—. ¡Chispas! —exclamamos a un tiempo.

Lo nuestro con ese juego es absurdo. Tenemos tanta sintonía que no es extraño que digamos muchas cosas a la vez. Cuando lo hacemos, el primero en reaccionar exclama «¡Chispas!» y el otro no puede hablar hasta que alguien pronuncia su nombre tres veces. Si

habla antes de tiempo, se le castiga a preparar la cena durante toda una semana. En las ocasiones en las que exclamamos «¡Chispas!» a la vez, el primero que habla es el perdedor, motivo por el que permanecimos callados con los ojos muy abiertos mirándonos el uno al otro, como si intentáramos llegar a un consenso sobre poder saltarnos las reglas solo por esa vez, dada nuestra precaria situación.

Pero como somos demasiado orgullosos y cabezotas para eso, nos pasamos tres horas subidos a aquella mesa, muertos de frío, callados y sin atrevernos a bajar al suelo. Después de ese tiempo, cuando nos dimos cuenta de que mi tobillo había triplicado su tamaño, él fue el primero en hablar.

—Oye, Oli… Ya preparo yo las cenas, pero… ¿no crees que deberíamos ir al médico?

Fruncí el ceño.

—¿Tú te atreves a bajar? —inquirí, señalando levemente con la cabeza al suelo.

Él respiró hondo. Sabía que estaba reuniendo el valor necesario para hacerlo, aunque aquello le daba un miedo atroz; incluso se le hincharon un poco las venas del cuello. Pero, finalmente, y en una muestra indiscutible de amor por mí, afirmó con rotundidad:

—Sí.

Y lo hizo, sin parafernalias ni nada. Simplemente bajó, cogió la manta que me había ofrecido hacía horas, me la tendió y cuando ya me había cubierto con ella me senté en la mesa y él me cogió en volandas. Ni siquiera me importó ir al hospital con la ropa de putilla y descalza. El tobillo había empezado a dolerme otra vez y estaba congelada. Además, había un ratón en aquella cabaña, maldita sea, cualquiera se aventuraba a ir a por la maleta hasta el dormitorio.

Distraída por mis pensamientos, de pronto me doy cuenta de que ya me estoy secando las manos con ese papel que tienen en muchos lavabos públicos, que, a pesar de ser tan áspero, seca muy bien. Me miro un momento en el espejo y me coloco distraídamente algunos mechones de pelo que están fuera de su sitio. No puedo evitar notar que mis ojos siguen sin tener el brillo que antes poseían, ese brillo

que distingue a las personas felices de las que están pasando por un bache.

Pero es solo eso, un bache. Estoy segura de que lo arreglaremos.

Respiro hondo y saco pecho, intentando creerme mis palabras, pero en el fondo no estoy segura. Y creo que Miguel tampoco lo está. Tal vez por eso nos estamos aferrando a este asunto del trío con tanta tozudez, el último cartucho que nos queda para salvar nuestro matrimonio; algo así como lo que sentí aquel fin de semana en la cabaña, pero multiplicado por cien.

Después de los desafortunados incidentes con el *striptease* y el ratón, y tras pasarnos el resto de la noche en las urgencias del hospital, decidimos volver a nuestra casa. Miguel tuvo que encargarse de recoger nuestras cosas de la cabaña mientras yo lo esperaba en el coche, aún medio desnuda y con la prohibición explícita de los médicos de apoyar el pie en el suelo. Así que se las tuvo que ver en solitario con el roedor con el que compartimos morada temporalmente.

Pasaron meses hasta que volvimos a hablar del tema. Mientras mi pie se recuperaba tuvimos la excusa perfecta para que ninguno de los dos buscara sexualmente al otro, pero cuando me dieron el alta y ya no quedaba ninguna razón por la que no hiciésemos el amor, ninguna excusa al alcance de la mano que nos hiciera sentir que aquello era normal, no tuvimos más remedio que hablar del asunto cara a cara y, tal y como estamos haciendo esta noche, con un par de copas de por medio.

Hablamos de la posibilidad de acudir a un especialista, pero está claro que ninguno de los dos tenía ganas de contarle a un desconocido que no éramos capaces de acostarnos juntos a pesar de lo mucho que nos queremos, porque nos vinimos un poco arriba con las copas y terminamos echando un polvo un tanto patético en la cama cuando regresamos a casa. Pero, oye, aquello contaba como sexo, ¿no? Aunque no había sido especialmente satisfactorio, logró disminuir la presión al poner el contador a cero. No era lo mismo pensar que llevábamos meses sin acostarnos que saber que acabábamos de hacerlo.

Pensamos que ya estaba todo arreglado. Si nos habíamos acostado una vez de una forma totalmente espontánea, podíamos hacerlo más veces. Por supuesto, nos estábamos engañando, porque ni aquello había sido espontáneo, sino una reacción desesperada a una decisión que no nos convencía a ninguno de los dos, ni se volvió a repetir. Al contrario, cada vez nos costaba más hasta hablar del tema. Creo que los dos pensábamos que solo nos quedaba esa solución que habíamos planteado y que ninguno tenía ganas de acometer.

Finalmente volví a sacar yo el tema, esta vez no envalentonada por unas copas, sino empujada por la más absoluta frustración. Creo que es más soportable la ausencia de sexo cuando el motivo es que no tienes oportunidad de tenerlo que su falta cuando podrías tenerlo casi siempre que quisieras. Además, estaba creando un distanciamiento enorme entre Miguel y yo que nunca antes habíamos tenido. No es que nos peleásemos o que nos evitásemos ni nada de eso, solo que esa incapacidad de comunicarnos para intentar resolver un problema de tal magnitud me hacía sentirlo cada vez más lejos.

Decidimos, pues, quemar el último cartucho y buscamos una terapeuta especializada en problemas de pareja. María, después de una sesión en la que nos evaluó a cada uno por separado y durante la que sentí como si cada uno de mis secretos pudieran ser palpados por una persona a la que no conocía de nada, nos aconsejó experimentar sexualmente. Darle un poco de chispa al asunto, vamos: juguetes sexuales, sexo en lugares públicos, representación de personajes, esas cosas. Nosotros ya nos veíamos leyendo *Cincuenta sombras de Grey* para ir cogiendo ideas, pero la verdad es que María nos dio algunas sugerencias muy válidas.

Válidas, pero, hasta el momento, ineficaces.

Estábamos volviendo a meternos cada uno en su capullito particular, protegidos de la tragedia inminente que parece cernirse sobre nosotros, cuando el otro día Miguel me vino con la idea del trío.

—¡¿Un trío?! —exclamé, horrorizada. Si era una broma no tenía ninguna gracia.

Pero él asintió con la cabeza, tal vez un poco cortado, pero con seguridad.

—¿Un trío? —repetí, esta vez en voz más bajita, a pesar de que estábamos en casa, a salvo de ojos y oídos indiscretos.

—Un trío —confirmó él.

Creo que nunca habíamos pronunciado esa palabra tantas veces seguidas en tan poco tiempo.

De pronto una sospecha se abrió paso en mí.

—Tú lo que quieres es tirarte a otra teniendo mi consentimiento —rezongué.

—No, no. Lo he estado pensando, Oli, y lo mejor sería un trío con otro hombre.

—¡¿Un trío con otro hombre?! —Puse los ojos como platos, estoy segura, y Bongo, nuestro perro mestizo negro como el carbón, levantó un momento la cabeza para mirarme antes de apoyarla de nuevo en el suelo, donde estaba tumbado.

—No se me ocurre qué más podemos probar, cariño —respondió en tono de disculpa. Tenía razón, habíamos probado muchísimas cosas, pero entre ellas no estaba el incluir a una tercera persona.

Tragué saliva y empecé a mordisquearme nerviosamente un pellejito que tenía en el dedo. La verdad, no podía imaginarme estando con dos hombres a la vez, aunque tenía que reconocer que, por poco que me motivase la idea, me veía más haciendo eso que volviendo a probar otra cosa que terminaría en fracaso a solas con Miguel. Al menos con un tercero en discordia no me echaría a llorar de frustración.

La imagen se abría paso en mi cabeza poco a poco y al cabo de diez minutos no me parecía tan rara. En fin, muchas personas lo hacen, ¿no? Si era una posible solución para nosotros, ¿por qué no intentarlo?

Estaba a punto de decirle que sí a mi marido, que estaba mirando distraídamente su móvil a la espera de que yo procesase la propuesta, cuando de pronto me asaltó la imagen de él con otro hombre. En sentido erótico, me refiero. Esto ya me costó más tiempo normalizarlo en mi mente. Había muchas preguntas en el aire. Nunca había hecho nada parecido, así que no tenía ni idea de

cuál era el protocolo. O sea, ¿todos tienen sexo con todos? ¿Miguel iba a tener sexo con otro hombre? ¿O solo yo iba a tenerlo? Casi me parecía más fácil imaginármelo montando a otra mujer, sinceramente, por mucho que la idea me horrorice.

—¿Por qué un hombre? —solté sin pensar.

Él me miró con infinito amor en los ojos y esbozó una ligera sonrisa.

—Bueno, pensé que…, como tú eres más celosa, ¿sabes?, pues que yo llevaría mejor la situación.

Apreté los dientes, más por nervios que por otra cosa. Observé nuestra sala de estar y me acordé de cuando la habíamos decorado. Habíamos ido juntos a todas las tiendas de muebles que hicieron falta hasta encontrar algo que nos apasionara a los dos. Ninguno poseemos un gran talento en cuanto a decoración se refiere, así que debo confesar que la estancia, al igual que el resto de la casa, es una mezcla de estilos y colores imposibles, cada cosa elegida por uno aunque entre sí no hagan buen conjunto precisamente. Pero nosotros estamos encantados, pensaba yo mientras observaba el sofá morado con lunares blancos —elección mía—, al que además le habíamos puesto nombre y todo: la vaca de Milka, sobre el que descansan tres cojines que simulan emoticonos —el que guiña el ojo, el que tira un beso y la caquita—, elegidos por Miguel.

—¿Y tú crees que es buena idea? —pregunté con un hilo de voz.

Se encogió de hombros. Estaba tan perdido como yo y tenía el mismo miedo de que todo terminase entre nosotros, pero intentaba simular seguridad con la intención de contagiármela a mí. Por cosas así son por las que lo quiero tantísimo.

—No perdemos nada por probar, ¿no? —respondió con una sonrisa nerviosa.

Entonces fue mi turno de encogerme de hombros. No lo sabía. Aquello no era como cuando probamos cualquiera de las otras cosas que solo nos involucraba a nosotros, no marcaba un antes y un después, eran apuestas más seguras.

Seguras, sí, pero como ya habíamos comprobado, no nos habían solucionado nada.

—Tú piénsalo —me propuso con voz suave—. Ya sé que cuesta hacerse a la idea, créeme, yo llevo un par de semanas dándole vueltas…

Notaba la boca seca, pastosa, pero cuando él me dio un apretón tranquilizador en la mano conseguí asentir.

—Lo pensaré —le prometí.

Y lo hice. Estuve una semana dándole vueltas y cuando ayer la imagen de mi marido retozando alegremente con otro hombre ya no me parecía tan fuera de lugar, le envié un wasap porque prefería eso que sacar el tema de nuevo cara a cara.

YO: *Intentémoslo!!*

No hizo falta que le explicara de qué le estaba hablando, por supuesto.

MIGUEL: *¿Lo hablamos con unas copas?*

YO: *Sí, mejor!!!*

Y añadí un montón de emoticonos de jarras de cerveza y copas de cócteles.

MIGUEL: *¿Mañana? ¿En El Escondite a las nueve?*

YO: *OK!!*

Y aquí estamos, en el *pub* al que solemos ir todos los viernes después del trabajo, pero esta vez es un poco distinto. Para empezar, es sábado. Y estas no son las copas familiares y relajadas que solemos compartir después de una dura semana de trabajo; supongo que cualquier cosa que rompa nuestra rutina puede irnos bien con nuestro problema.

Cuando regreso a nuestra mesa y me subo con una agilidad inesperada al taburete, la siguiente ronda ya está servida.

—¿Todo bien, cielo? —se preocupa él. Supongo que darle demasiadas vueltas al asunto ha tensado un poco la expresión de mi cara y me apresuro a tranquilizarlo.

—Sí, todo bien, todo bien —murmuro y doy un pequeño trago.

—Quizá deberíamos pedir algo de comer —propone, pero yo niego con la cabeza.

—No nos gusta la comida de aquí —le recuerdo—. Y tengo el estómago cerrado. Terminemos de hablar, ¿vale?

De pronto me han entrado las prisas por acabar la conversación cuanto antes. Que sea lo que tenga que ser. Ya está decidido, solo nos hace falta pensar en un buen compañero… O, bueno, como se llame al tercer componente de un trío, qué sé yo.

—Había pensado en Fran —anuncia, sin duda en un intento por hacerme reír de nuevo, como antes, y recuperar el ambiente festivo del que estábamos disfrutando. Qué demonios, ¡planear nuestro trío estaba empezando a resultar divertido!

Me echo a reír, y no solo para seguirle la corriente y demostrarle que estoy tan dispuesta como él a recuperar las bromas: la imagen de mi cuñado, tan serio él, desvistiendo a Miguel es sinceramente tronchante.

Fran es un buen tipo, pero para nuestro gusto demasiado serio. Es de esas personas superorganizadas que no quieren dejar nada al azar, que no llevan un pelo fuera de sitio ni una sombra de barba ni aunque sea un día festivo y vaya a estar todo el día tirado en el sofá. Si a Tomás el estirado nos lo imaginábamos recogiendo lencería del suelo, no es difícil imaginarse a Fran aprovechando para planchar la ropa durante el poscoito.

—Venga, a ver, en serio —digo, animada de repente—. ¿Quién podría hacernos el favor?

—¿Cómo que el favor? —inquiere, fingiéndose ofendido—. ¡El tipo que sea tendrá mucha suerte de juntarse con unos pibones como nosotros!

Soltamos sendas carcajadas a la vez y le acaricio la mejilla con cariño. Con lo de pibones no está equivocado; hay que reconocer que estamos de bastante buen ver, a pesar de que los años van haciendo estragos y añadiéndonos centímetros en lugares no deseados. Nos miramos a los ojos, compenetrados, y yo me pregunto por qué nos cuesta tanto intimar sexualmente si en el resto de aspectos nos sentimos cómodos. Para alejar la idea de mi mente cojo un cacahuete del cuenco y me lo llevo a la boca, pensativa, intentando dar con alguien al que le podamos proponer esto sin que nos tache de su lista de amistades. Entonces una estridente risa aguda interrumpe mis pensamientos y los dos nos giramos hacia la mesa de al lado, donde ahora está sentado un

grupo de chicas que parecen salidas de un catálogo y una se ríe con tantas ganas que estoy bastante segura de que se ha debido de hacer pis encima, por muy fortalecido que tenga el suelo pélvico de tanto hacer hipopresivos.

—Uf, ¡qué pesada! —decimos los dos en voz bajita y, a continuación, Miguel se adelanta y añade—: ¡Chispas!

Hago como que me enfurruño y aprovecho para coger otro par de cacahuetes. Madre mía, qué hambre tengo. Mi marido se porta bien por esta vez y no tarda mucho en pronunciar mi nombre tres veces.

—Gracias —le digo con cierto retintín de broma.

—¡Ey! —exclama de pronto—. ¡Ya sé!

Lo entiendo al momento.

—¿Quién? —exijo saber—. ¿Quién?

¿Quién va a ser el tipo que nos vea desnudos *a la vez* a mi marido y a mí, a ver? Miguel hace una pausa dramática mientras yo lo miro con los ojos muy abiertos, llena de curiosidad.

Capítulo 2

—¡Dani! —exclama, triunfal.

—¿Dani? —repito—. ¿Qué Dani?

No conozco a ningún Dani. Repaso entre mis recuerdos, buscando la imagen de algún compañero de trabajo de Miguel, pero ningún otro de los odontólogos de la clínica se llama Dani, que yo sepa. De todas formas, sería un poco extraño ver todos los días en el lugar de trabajo al hombre con el que te has montado un trío, ¿no?

—Dani, ¡del gimnasio! —Lo dice con un tono de voz que viene a decir: «¿Qué pasa contigo? ¿No te acuerdas de mi colega Dani, del gimnasio?». Pero la verdad es que a mí no me suena de nada.

Me encojo de hombros y niego con la cabeza. Cruzo las piernas, enfundadas en unos pantalones negros de pitillo que me destiñen en ellas.

—Sí, hombre, si lo has visto alguna vez al ir a recogerme.

Miguel va tres veces por semana al gimnasio y yo voy a recogerlo alguna vez, cuando mi jornada laboral se extiende hasta la tarde y mi hora de salida casi coincide con la suya del gimnasio.

—Pues no caigo —insisto, negando de nuevo con la cabeza.

A nuestro lado, la chica de la risa fácil nos deleita con otra de sus piezas. Me muerdo la lengua para no soltar ningún improperio.

—Espera, que te enseño una foto —afirma mi marido metiendo la mano al bolsillo, en busca de su móvil.

¿Tiene una foto de ese tal Dani en el móvil? Frunzo el ceño, un poco extrañada, y mientras me llevo a la boca otro cacahuete, de pronto lo veo todo con una claridad meridiana.

—¡Joder! —exclamo y lo señalo acusándolo con el dedo—. ¡Tú eres como la mujer de Ross!

Me mira con los ojos muy abiertos, con la mano a medio camino entre el bolsillo y la mesa.

—¿Qué?

—¡Oh, Dios! ¿Es eso lo que está pasando?

No es que me lo crea del todo, le estoy echando un poco de cuento para darle vidilla al asunto, pero una parte de mí considera que es una posibilidad factible.

—¿Me quieres decir quién demonios es Ross y qué pasa con su mujer?

—Venga, hombre, que nos tragamos la serie entera del tirón no hace tanto.

Tarda unos segundos en comprender y cuando lo hace su ceño se relaja y sus ojos se achinan anunciando una sonrisa.

—¿*Friends*? ¿Estás hablando de *Friends*, Oli?

Asiento con la cabeza.

—¿No serás gay en realidad y este es tu malvado plan para poder tirarte a ese David?

—Dani —me interrumpe.

—Eso, Dani. ¿Es este tu retorcido plan para poder tirártelo?

Ya me imagino en pelotas viendo cómo se lo monta con ese tal Dani, mientras yo gesticulo para llamar su atención pero ellos siguen a lo suyo, sin acordarse siquiera de mi presencia. Seguro que luego al terminar se percatarían de su falta de educación y dirían algo como: «¡Oh, Oli, nos hemos olvidado de ti, perdónanos!». Y luego Miguel se giraría hacia mí y, mirándome con mucha solemnidad y poniéndome las manos sobre los hombros, me confesaría: «Además, creo que me he *enamorado* de él».

Enfrente de mí, mi marido me mira alucinado.

—¡Ves mucha tele, cariño!

Enarco una sola ceja —¡sí, soy capaz de hacerlo!— y lo miro fingiendo que me estoy pensando si creerlo o no. Finalmente, cuando suelta una carcajada, casualmente a coro con la chica de la risa floja, me contagia y terminamos otra vez con lágrimas en los ojos. Cuando por fin nos calmamos —no como la chica, que se encuentra en serio peligro de ser golpeada por mi bolso como no se calle de una vez—, le digo:

—Venga, a ver, enséñame la foto.

—Espera, que tengo que buscarlo en WhatsApp —dice a la vez que coge su móvil de la mesa.

Ah, así que no tenía su foto en el dispositivo. Ya me parecía raro a mí. Pero no sé, los chicos en el gimnasio se ponen muy tontos y gallitos, como si tuvieran que demostrar algo.

Por otro lado, pienso, que sea un compañero del gimnasio es buena cosa. Puestos a montarnos un trío, mejor que sea con alguien que sea, como mínimo, tan atractivo como mi marido, ¿no?

—Espera, que casi no tengo datos —anuncia, con voz de fastidio.

Rebusco en el bolso mi propio móvil y lo cojo para ver si yo tengo mejor cobertura.

—¡Ah, ya va! —exclama.

Mientras él busca una foto del tal Dani, yo aprovecho para ver el wasap que me ha enviado Sam, nuestra sobrina. Tiene diecisiete años y la costumbre de enviarme selfis poniendo morritos o sacando la lengua cada vez que sale de fiesta, cosa que sucede casi todos los fines de semana. En esta ocasión ha conseguido un plano que le agranda visualmente los ojos, maquillados a la perfección; frunce los labios pintados de un color rojo pasión y muestra, al lado de su rostro, los dedos índice y corazón extendidos formando una V.

Sonrío al verla. No puedo creerme que el tiempo haya pasado tan rápido; parece que fue ayer cuando la tuve en mis brazos por primera vez, tan pequeña y calentita que me juré allí mismo que siempre la protegería, pasara lo que pasase.

—¡Mira, este es! —interrumpe Miguel mis pensamientos, y los aparto de mi mente de inmediato porque mezclar recuerdos de mi sobrina con ideas sobre montarme un trío me da un poco de yuyu, la verdad.

Cojo el móvil que me tiende mi marido por encima de la mesa después de darle otro sorbo a mi copa y casi me atraganto cuando veo la fotografía que me muestra la pantalla. ¡Madre mía, pero si es igualito al prota de *Thor*! Me entran sofocos solo de imaginármelo en plan sexual, así que le devuelvo el teléfono a Miguel guardando la compostura tanto como puedo. Él me mira expectante, esperando mi opinión. No se la doy de inmediato porque no quiero parecer demasiado emocionada, aunque con lo achispada que estoy tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para contener un grito de entusiasmo. Para disimular me encojo ligeramente de

hombros y me preocupo por si he resultado demasiado neutral. A ver si al final va a resultar que se lo terminamos pidiendo a Tomás.

—¿Y qué te hace pensar que él va a estar dispuesto a hacer un trío con nosotros? —pregunto cuando la cuestión se cuela en mi mente.

La chica de la risa floja —que en ese preciso momento estaba tomando aire entre carcajada y carcajada— nos mira con curiosidad y noto que me pongo colorada; no era mi intención que nadie nos oyera, pero creo que he gritado más de la cuenta.

Doy otro generoso sorbo cuando me percato de que Miguel ya casi ha terminado su bebida en un tiempo récord. Después de relamerse los labios responde a mi pregunta.

—Bueno, ya sabes. Los chicos hablan en el gimnasio.

Buena evasiva, pero no me vale.

—Prueba otra vez —lo animo con una sonrisa pícara.

Hace un pequeño puchero y baja la vista, un poco avergonzado. Como si no pudiera imaginarme yo solita las conversaciones que mantienen los tíos entre ellos, vamos.

—No sé, parece un juerguista.

—¿Por? —No pienso soltar mi presa.

—Yo qué sé, Oli, comenta cosas.

Suelto una carcajada estruendosa y la chica de al lado me mira con fastidio. Estoy a punto de preguntarle si es que le asusta la competencia en cuanto a risas se refiere, pero la ignoro y, en cambio, me dirijo a Miguel en susurros:

—Vamos a ver, cariño, quieres que hagamos un trío con él y te da corte decirme qué es lo que cuenta de sus juergas. Empezamos mal, ¿no?

Veo que se pone como la grana y le hace un gesto a la camarera pidiendo otra ronda. Madre mía, ¿otra ronda? ¡Este hombre quiere emborracharme!

Le dejo unos minutos para que se recomponga y me bebo el resto del vodka como si fuera agua, apurada por terminarlo antes de que llegue la siguiente —y espero que última— ronda. Como sigamos así nos vamos a venir tan arriba que vamos a terminar yendo hoy mismo a un local de intercambio de parejas.

Cuando la camarera nos sirve las bebidas no se lleva los vasos vacíos y pienso que no habría hecho falta que bebiese como si me fuera la vida en ello. Me río. No es que tenga gracia, pero he llegado a ese punto etílico en el que todo te parece hilarante y todo el mundo empieza a caerte bien. De pronto ni siquiera la chica de la risa boba me parece tan odiosa. Estoy tan cómoda disfrutando de esa sensación de estar totalmente a gusto con el mundo que cuando Miguel por fin confiesa casi se me ha olvidado de qué estábamos hablando.

—Todos los lunes tiene alguna historia que contar. —Tardo un momento en darme cuenta de que está hablando de Dani—. Y no es raro que mencione orgías, prácticas de todo tipo, prostitutas, cosas así.

—¿Prostitutas? —me asombro—. Con lo… —me contengo para no continuar la frase, pero Miguel capta lo que iba a decir al instante.

—Sí, por lo visto hasta los tíos buenos se van de putas. Dice que, al fin y al cabo, son profesionales. Vamos, que saben hacer cosas que a lo mejor otras que no lo sean no saben hacer.

Arqueo las cejas, un poco alucinada. Anda. Y yo que pensaba que solo compraban esos servicios las personas muy necesitadas. Pero la verdad es que tiene sentido, concluyo mientras cojo una pajita del surtidor que hay encima de la mesa y la mordisqueo, pensativa.

—Claro, es como hacerse la manicura en casa o dejar que te la haga un profesional —medito en voz alta ante la mirada entre atónita y divertida de mi marido—. Cuando te la haces tú misma no te queda mal, pero si vas a un centro te queda espectacular.

—Bueno… Podría decirse, sí —concede con reservas Miguel, al que le ha entrado la risa floja.

—Y luego vas toda orgullosa por ahí luciendo tus manos todo lo que puedes, gesticulando más de la cuenta solo para que todo el mundo las pueda contemplar y…

—¿Eso es lo que tú haces cuando vas a que te hagan la manicura? —me interrumpe, y antes de que pueda contestar, abre mucho los ojos como si acabase de hacer un gran descubrimiento—. ¿Por eso tienes temporadas en las que vas por casa haciendo como que bailas sevillanas?

—¡Pues claro! Las manos tienen mucho protagonismo en ese baile —me defiendo, un poco ofendida, y luego añado—: ¿Es que no te habías dado cuenta?

Me mira alucinado, sin saber si le estoy tomando el pelo.

—Pues no —responde, y pestañea un par de veces.

—¡Pero si la primera vez me dijiste que tenía las manos preciosas!

—Joder, Oli, ¿cuánto hace de eso?

Alguien pasa por nuestro lado y me tira el bolso, que tengo colgado del respaldo de mi taburete. Me agacho para recogerlo y estoy a punto de caerme, pero afortunadamente Miguel me coge del brazo y lo evita. A mí de pronto me entra la risa, no solo porque casi me doy de bruces en el suelo, sino por todo: por el vodka, por las sevillanas, por el trío; en definitiva, por lo surrealista de la situación.

—¡Qué más da cuánto haga! —exclamo entre carcajadas—. El caso es que pensaba que era un guiño entre nosotros, que tú sabías que cuando me da por ponerme a bailar sevillanas es para decirte que me he hecho la manicura.

Enarca tanto las cejas que tengo miedo de que los ojos se le salgan de las órbitas, pero yo continúo.

—Y entonces, cuando tú sonríes al verme, pienso que quieres decir que tengo las manos preciosas.

Me echo a reír de nuevo. Ahora que lo digo en voz alta, la verdad es que parece una estupidez.

—¿Y todo eso porque un día que habías ido a hacerte la manicura y luego te habías puesto a bailar sevillanas —gesticula unas comillas con los dedos cuando pronuncia la palabra *sevillanas*, porque hay que reconocer que no son lo mío— te dije que te habían dejado las manos preciosas?

Yo asiento con la cabeza como puedo, lo cual resulta complicado cuando te estás ahogando con tu propia risa. Él enseguida me acompaña y por el rabillo del ojo veo que las chicas sentadas en la mesa de al lado —incluyendo la de la risa floja— se ponen sus ligeras cazadoras, preparadas para marcharse, mientras nos miran con curiosidad.

Tardamos un rato en recuperarnos, durante el que he estado a punto de caerme del taburete en dos ocasiones, y me pregunto si

vendrá uno de los camareros a invitarnos amablemente a dejar el local. Creo que estamos dando el espectáculo. Cuando conseguimos permanecer en silencio procuramos no mirarnos a los ojos, sabedores de que cualquier contacto visual desencadenará otro frenético ataque.

—Pregúntale —le digo de pronto a Miguel.

Me siento relajada, más de lo que lo he estado durante los últimos meses. Estos momentos con mi marido me demuestran que nuestra relación merece ser salvada. Tenemos tanta complicidad que es imposible que no podamos arreglarlo. Y, por qué no, quizá el trío sea la solución. Ahora mismo me siento capaz de todo. Me siento fuerte, segura, atractiva, encantadora, condenadamente interesante. Soy la caña, vamos.

Pero Miguel me mira sin comprender. Señalo con la cabeza en dirección a su móvil.

—A Dani. Envíale un mensaje, venga.

—¿No será mejor hacerlo en persona? —duda él.

Doy un sorbo a mi bebida con la pajita. No suelo hacerlo porque me produce muchos gases, pero ahora mismo, por algún motivo, lo encuentro superglamuroso.

—¿Por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? —Creo que arrastro las palabras por culpa del vodka, pero, Dios mío, hay tanta *tanta* sabiduría en esa frase… ¿Por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? ¿Por qué esperar a decirles a los tuyos que los quieres? ¿Por qué no zamparte ese postre que te encanta en este preciso momento? ¿O esa hamburguesa? ¿O ese perrito? Dios mío, me muero de hambre.

Como Miguel no se decide, tomo yo la iniciativa. Le cojo el móvil y abro WhatsApp en busca del contacto de Dani. No es una violación de la privacidad porque él está delante y no se está oponiendo. Digo yo, vamos. Cuando por fin encuentro su perfil me pongo a redactar un mensaje despreocupadamente. Me sale muy natural, muy *casual* —poniendo el acento en la primera *a*—, perfecto.

—¿Qué pones? —exige saber Miguel, y le hago un gesto con el dedo para indicarle que no interrumpa mi creatividad; se lo enseñaré cuando esté listo.

Un minuto después le tiendo el móvil y él exclama, espantado:

—¿«¡Eh, *bro*!»? ¿Eso te lo ha enseñado Sam o qué?

Me muerdo el labio, intentando recordar. En el momento me ha sonado bien, muy desenfadado, como si le fuera a pedir prestado el coche en vez de invitarlo a montarse un trío con nosotros. Pero a lo mejor no es tan buena idea.

De repente Miguel suelta un chillido y tira el móvil encima de la mesa como si estuviera ardiendo.

—¿Qué pasa, qué haces? —inquiero mientras rescato en el aire el aparato después del primer bote, tras el que hubiera terminado en el suelo.

—¡Ay, Dios, que lo he enviado! —exclama pasándose la palma de la mano por la frente, que le ha empezado a sudar.

—¿Y no era eso lo que íbamos a hacer de todas maneras? —Bah, qué bien sienta ser la persona racional cuando el otro entra en pánico.

—¡Si ni siquiera lo he leído!

Madre mía, se le está empezando a hinchar la vena del cuello, síntoma inequívoco de que está entrando en pánico. Lo que mejor funciona con él en estos casos es el humor, así que le digo:

—A ver, que lo de *bro* no estaba tan mal. —Y lo digo en serio. A mí ha empezado a sonarme bien otra vez. No sé, es como «¡Eh, tío!», pero con tendencia anglicista, que se lleva mucho ahora—. Pero lo podemos borrar.

—¡Coño, es verdad, se puede borrar! ¡Trae acá! —Extiende la mano y le deposito el móvil en ella. No han pasado ni tres segundos cuando de nuevo lo deja caer encima de la mesa y otra vez lo atrapo al primer bote.

—No voy a poder evitar que se caiga al suelo siempre, ¿sabes? —me mosqueo.

—¡Ya lo ha leído! —se lamenta, abriendo mucho los ojos y señalándome—. ¡Lo ha leído!

Deposito con cuidado el móvil sobre la mesa e intento razonar con él.

—Bueno, pues es lo que queríamos, ¿no? Ya está. Ahora a esperar. —Lo digo con mucha seguridad, pero algo en mí me impele a no

releer el mensaje que he enviado—. Bebe —le ordeno, señalando su copa con la cabeza.

Pasamos los siguientes veinte minutos echando miradas furtivas a su teléfono de vez en cuando. Hemos terminado las copas y no hemos pedido más. Intentamos concentrarnos en otra conversación, pero es imposible.

—¿Por qué coño no contesta? —rezongo de repente. El alcohol me hace regresar a un estado de autoconfianza total después de haber pasado los últimos minutos sintiéndome rechazada. No es una sensación que me haya tocado soportar muchas veces, así que me ha pillado un poco desprevenida—. Pues mira, él se lo pierde —concluyo, mirando triunfante a Miguel.

Permanecemos unos segundos en silencio, que vuelvo a romper para decir, cabreada:

—¿Pero cómo se atreve a rechazarme si ni siquiera sabe cómo soy, a ver?

Mi marido me mira con sorna.

—¿No crees que a lo mejor lo que no le gusta es la idea del trío?

—¿Pero no decías que hacía orgías y cosas así?

De pronto me doy cuenta de que el *pub* se está vaciando; aunque hay algunas personas cenando, la mayoría prefiere hacerlo en otros sitios donde la comida sea mejor.

Miguel se encoge de hombros.

—A lo mejor solo se tira el pisto y no hace nada de eso, yo qué sé.

Bueno, esa es una explicación que deja indemnes a nuestros egos, sin duda. Ese tal Dani es uno de esos que van presumiendo de elaboradas experiencias sexuales y seguro que en realidad se pasa los fines de semana consumiendo comida basura tirado en el sofá.

Mi marido me estrecha la mano entre las suyas en un inequívoco símbolo de unión. Estamos juntos en esto, no pasa nada. Nos tenemos el uno al otro.

Y un problemón de tres pares de narices.

Le sonrío animosamente.

—Encontraremos a otro. Piensa. —Estoy lanzada, completamente desinhibida de nuevo. Esto va y viene sin avisar.

—¿Por qué no vamos a cenar? —me propone, y acepto de inmediato. Me muero de hambre y necesito algo que absorba todo el alcohol que ahora mismo corre por mis venas.

Un par de horas después Bongo nos recibe en la puerta de casa meneando alegremente el rabo. Tras quitarme los zapatos me agacho y me lo como a besos mientras me disculpo por nuestra tardanza y le prometo que mañana lo bajaré a correr por la playa, su actividad favorita del mundo.

—De todas formas voy a sacarlo yo ahora —dice Miguel, que está un poco alicaído.

Nos hemos pasado la cena entera intentando crear un ambiente de normalidad, pero ha sido inevitable que aprovecháramos cualquier excusa para comprobar si Dani había contestado a nuestro mensaje, cosa que no ha hecho. Y, una vez agotados los efectos del alcohol, ambos tenemos esa sensación que se tiene cuando has hecho alguna estupidez estando un poco achispado y luego, en plena sobriedad, caes en la cuenta de tu desatino. Por ejemplo, escribirle un mensaje a tu ex diciéndole lo mucho que todavía lo quieres o a tu jefe, mandándolo a la mierda. Nadie, absolutamente nadie, debería tener el móvil al alcance de la mano cuando está un poco borracho.

Estoy tan cansada y me siento tan humillada, además de un poco culpable, porque al fin y al cabo el que va a tener que verle la cara el lunes como si tal cosa va a ser Miguel y no yo, que lo único que quiero es meterme en la cama y olvidarme de todo el asunto. Ya encontraremos otra solución.

—Podemos abrirle para que salga un ratito y mañana lo bajo yo a la playa antes de quedar con Iván.

Iván es mi mejor amigo. Los domingos solemos quedar para tomar el vermú y contarnos los cotilleos del fin de semana, si es que ha habido. Antes esos cotilleos se centraban en su vida amorosa, pero ahora que tiene pareja formal las conversaciones no son tan divertidas.

—Me apetece tomar un poco el aire —responde Miguel—. Además, le vendrá bien correr un poco.

Me muerdo el labio, pensativa. Sé que no es solo por Bongo. Normalmente por las noches se conforma con corretear por nuestro jardín, así que en realidad hoy no espera otra cosa.

Vivimos en una urbanización de pequeños chalés con jardín. No es que sean muy grandes, pero a Bongo le encanta correr alrededor del edificio persiguiendo palomas. Él puede hacer ejercicio y a nosotros nos da cierta libertad si un día no nos apetece sacarlo a pasear. Para hacer esto último tenemos dos opciones principales: un gran parque que está a unos cinco minutos en dirección al este o la magnífica playa, que entre octubre y abril permite la entrada de perros, a escasos diez minutos en dirección al norte. Vamos, que no nos va nada mal.

—Está bien —digo finalmente—. ¿Quieres que te acompañe?

Instintivamente sé que quiere estar solo, pero mejor preguntar. Como esperaba, niega con la cabeza y se dispone a abrir la puerta del armario para coger la correa de Bongo, que levanta las orejas sorprendido y nos mira alternativamente con la lengua fuera, como preguntándose quién de los dos va a llevarlo.

Le doy un beso en los labios a Miguel y le acaricio la cara con suavidad.

—Todo saldrá bien —le digo con la voz más animosa que puedo adoptar.

Él me mira con tristeza, fuerza una sonrisa y musita sin ninguna convicción:

—Lo sé.

Nos miramos con pesar. Ambos sabemos que mentimos.

Capítulo 3

Me despierto sobresaltada y con la boca seca. Estaba soñando con Miguel. Bueno, con Miguel *y* Dani, para ser más exactos. Prefiero no recordar los detalles, pero incluyen torsos llenos de purpurina y boas de plumas colgadas del cuello.

Trago saliva para aliviar mi garganta reseca. Intuyo que me sobreviene una resaca y procuro moverme despacio cuando me giro para mirar a mi marido en la penumbra, que duerme plácidamente boca arriba, con un brazo sobre el estómago y el otro debajo de la almohada. Sonrío con pesar. ¿Por qué nos está pasando esto? Si el problema fuera que no nos queremos todo sería más sencillo. Bueno, eso creo. Pero nos queremos, nos queremos con locura, podría decirse. Por eso es todavía más duro lo que quiera que sea que nos está pasando.

Noto una ligera ansiedad, por lo cual no me apetece quedarme en la cama sin nada que hacer excepto darle vueltas a la cabeza. Me levanto con cuidado para no despertar a mi marido; Bongo, que está durmiendo a los pies de la cama, se despereza y suelta un sonoro bostezo. De puntillas, me dirijo hasta la puerta y el perro me persigue meneando el rabo alegremente porque sabe que le toca desayunar. Después de hacer una breve visita al baño y ponerle una generosa ración de pienso a Bongo me planteo ir a comprar algunos dulces de desayuno. Por alguna razón, cuando me tomo una —o varias— copa de más la noche anterior, me apetece arramplar con todo lo que tenga grasa y azúcar. En eso ando pensando cuando Miguel aparece de repente en la cocina, cubierto solo con los bóxers y agitando su móvil con una mezcla de alivio y duda.

—¡Ha contestado! —exclama, abriendo mucho los ojos, y su voz taladra mi dolorida cabeza.

—¿Dani? —inquiero tontamente. Pues claro que Dani, ¿quién si no?

Y esa es exactamente la expresión que recibo como contestación.

—Bueno, ¿y qué ha dicho?

Lo pregunto con normalidad, como si le hubiéramos propuesto quedar para tomar unas copas simplemente, pero es solo una pose para no entrar en pánico. Porque anoche me parecía una idea a considerar. No una *buena* idea, no. Solo una posibilidad, algo que no estaba del todo descartado.

Qué demonios, para qué engañarme. Ayer me pareció una idea estupendísima, en ese momento en el que había alcanzado el nirvana alcohólico, ese momento en el que una se siente capaz de todo, desde empezar a ir al gimnasio hasta robar un banco. Estoy segura de que algunos de los robos más famosos de la historia comenzaron así, con un grupo de colegas sentados alrededor de unas copas y uno de ellos preguntándoles a los demás: «Oíd, tíos, ¿qué os parece si…?». Para ser justos, ya llevábamos unos cuantos días planteándonos la cuestión durante la más absoluta sobriedad, pero ayer por la noche terminó pareciéndonos la mejor idea del mundo.

—¡Ha dicho que sí! —exclama con un tono que no sé si es alegría o pavor.

Suelto un suspiro. Yo, de momento, me siento aliviada y es como si me hubieran inyectado una dosis de autoestima. No era consciente de lo mucho que me había desmoralizado el rechazo —aunque no era un rechazo, ¿no? Se podría haber llamado más bien un *rechazo por omisión*— hasta este preciso momento. Y en realidad es absurdo, porque si ese tal Dani está acostumbrado a montarse orgías y cosas así, seguramente no será muy escogido con sus compañeros de correrías, ¿verdad?

Tras el alivio momentáneo, de pronto cae sobre nosotros una especie de losa que nos deja sin respiración.

—¿Y ahora? —nos preguntamos a la vez.

—¡Chispas! —me adelanto a exclamar, pero solo lo hago por inercia, porque de verdad de verdad que este no es el momento. Para poder seguir conversando con mi marido-futuro-compañero-de-un-trío-sexual digo su nombre tres veces.

—Propone vernos el sábado.

Arqueo las cejas.

—¿Este sábado?

Asiente con la cabeza, un movimiento nervioso y errático. Es evidente que está flipando tanto como yo.

—¿Este sábado? —repito mientras trago saliva.

—Sí, este sábado.

Dios. Creo que voy a vomitar. Arrastro como puedo los pies, que parecen de cemento, hasta el fregadero y me sirvo un vaso de agua. Me lo bebo de un trago y después, anticipándome a su petición, le sirvo otro a Miguel y se lo tiendo con mano temblorosa. Observo cómo se lo bebe, la nuez subiendo y bajando, el ligero temblor en los labios.

—Déjame ver el mensaje —le pido, y me tiende su teléfono.

Y ahí está, no hay duda. No es que Miguel se haya vuelto loco ni nada parecido. Dani ha dicho que sí. Un tío que no conozco de nada ha accedido a montarse un trío con mi marido y conmigo. Es tan surrealista que tengo que sentarme en el taburete para releer el mensaje:

DANI: *Me apunto! Os va bien el sábado?*

Así, como si hablásemos de organizar un picnic.

—¿Y este tío va en serio? —pregunto, mirando a mi marido con la duda pintada en los ojos—. O sea, que a lo mejor piensa que es una broma y te está siguiendo el rollo o algo así.

Juraría que veo en sus ojos algo parecido a la indignación, así que me apresuro a añadir:

—A ver, cariño, que no sería por ti, que tú estás muy bien, ya lo sabes, pero que a lo mejor él… Qué sé yo. —Dejo que las últimas palabras se apaguen solas porque, al fin y al cabo, ese es el resumen de todo: qué coño sé yo.

Mis ojos se tropiezan de pronto con el mensaje que le enviamos nosotros, el que yo escribí en pleno frenesí etílico y que Miguel envió sin querer. Me pongo como la grana cuando lo leo:

MIGUEL: *¡Eh, bro! ¿Te hacer un tríos con mi churri y comigo? Quereos prrrobar algo nuovo.*

Madre mía, qué vergüenza. Siento la cara caliente. Ayer cuando redacté el mensaje me parecía tan adecuado, tan desenfadado, tan

cool…

—Nunca más volveré a beber —gimo, y extiendo el brazo para devolverle el móvil—. ¿Has visto qué mierda de mensaje le enviamos?

—Sí, lo he visto. —Al muy traidor se le escapa una risilla, pero como lo fulmino con la mirada enseguida dice—: Pero ha dicho que sí, que es lo importante, Oli.

Dios, está tan emocionado como un crío el día de Reyes. Vale, no es la comparación más adecuada, pero no encuentro otra analogía.

—Supongo —concedo a regañadientes mientras él se acerca a mí y me abraza.

Sería tan fácil que ahora mismo la pasión nos embargase y terminásemos echando un polvo apasionado sobre la encimera… Eso terminaría con el problema, ¿no? No haría falta que quedásemos con ese Dani ni que Miguel y él bailasen muy pegados unidos por la dichosa boa de plumas ni que…

—Eh, tranquila —me dice mi marido, frotándome la espalda—. Todo va a salir bien.

Es increíble la cantidad de veces que decimos eso últimamente, y es algo que me hace pensar que ninguno de los dos lo cree en realidad. Si no, no haría falta repetirlo tanto. Nos quedamos abrazados un buen rato, hasta que noto que él está temblando y, como puedo notar que no es precisamente de deseo, le digo con cariño que vaya a ponerse algo de ropa antes de agarrar un constipado.

—Tú has quedado con Iván, ¿verdad? —me pregunta solo para confirmarlo porque sabe de sobra que sí. Asiento con la cabeza distraídamente y añade, mirando el reloj—: Yo he quedado con los chicos para jugar al tenis, desayunaré algo por el camino.

—De acuerdo —convengo—. Yo iré con Bongo a la playa y luego a casa de Iván.

—Genial, te veo para comer —dice, y antes de alejarse se da la vuelta y me da un beso en los labios.

Parece contento, pienso mientras me muerdo el labio. Parece muy seguro de que esto nos vendrá bien. Por un momento, recuerdo lo

que le pasó a Ross, el de *Friends,* y aunque ayer Miguel se rio de mí, vuelve a entrarme una pequeña duda que no tardo en descartar.

No. Lo único que ocurre es que él piensa que con esto se van a acabar nuestros problemas, que mágicamente, solo por incluir a una tercera persona en nuestro dormitorio, vamos a recuperar la pasión perdida. Espero que tenga razón y sea así. Tengo bastantes dudas al respecto, pero estoy decidida a probar. En fin, ¿qué podemos perder?

—*Oh my gosh*! —exclama Iván, mirándome con la boca abierta y la mano detenida a medio recorrido entre el platito de aceitunas y su boca—. *Oh my gosh*! —repite.

—¡Chsss! —gimo, martirizada al comprobar que algunas personas nos miran con curiosidad.

Iván tiene la costumbre de gritar mucho cuando algo le sorprende. Y esto, claramente, le ha sorprendido mucho. Menea la cabeza con los ojos muy abiertos y, por fin, se lleva la aceituna a la boca y la mastica con fruición mientras dobla una servilleta.

Echo un vistazo alrededor, intentando relajarme. Hemos escogido la mesa de la terraza más cercana a la carretera porque no quedaba otro sitio libre, pero Iván no es capaz de tomarse su vermú dominical sin acompañarlo de dos o tres cigarrillos. Siempre venimos por esta zona porque es donde hay más variedad de bares para elegir. A mí me viene bien porque recorro con Bongo toda la longitud de la playa, con lo que satisfago su paseo matutino, e Iván nos recoge al final de esta, y luego nos dirigimos los tres al centro. Hoy en concreto el paseo me ha aliviado por completo la resaca y estaba dispuesta a disfrutar de una relajada mañana de domingo, pero cuando nos hemos sentado en la terraza he consultado mi móvil y he visto un mensaje de Miguel en el que me preguntaba si me parecía bien que quedásemos con Dani el sábado a las ocho. Entonces, mientras contestaba con un desapasionado «OK», Iván me ha visto la cara y así ha sido como ha empezado la conversación.

Mi amigo es lo suficientemente avispado como para entender que necesito unos minutos tras mi sorprendente revelación, pero

también lo suficientemente cotilla como para no poder resistirse a preguntar:

—¿Pero entonces hace cuánto que no tienes fuegos artificiales, niña?

Fuegos artificiales, dice…

—Pues mira, siguiendo con tu metáfora —comienzo a decir después de darle un trago a mi botella de agua mineral, que he pedido porque después de lo de ayer mi organismo no hubiera tolerado ni una gota de alcohol—, lo más cercano en el tiempo fue hace dos meses, y llámalo mejor un petardillo mediocre.

Iván lanza un chillido demasiado agudo, como si fuera un gato al que le están pisando la cola. Parece de verdad escandalizado.

—¡¿Dos meses?! —exclama a la vez que se enciende un cigarro recién liado a mano.

—Y un petardillo —le recuerdo, hablando en voz baja con la esperanza de que decida imitarme.

Da una calada profunda y menea la cabeza con pesar; yo observo cómo Bongo duerme plácidamente bajo nuestras sillas.

—¿Y cómo es que no me lo has contado antes, reina?

Me encojo de hombros.

—No sé. Supongo que me daba corte.

—¿Corte? ¿Corte? —A la tercera vez que pronuncia la palabra su tono de voz es ostensiblemente molesto y se lo indico con la mirada. Él se apura a rectificar y añade, casi en susurros—: ¡Que soy yo, Oli!

—Lo sé, lo sé. Pero tienes que entenderlo.

Veo que no lo entiende. Para ser justos, él me lo cuenta todo y espera que yo haga lo mismo. Pero lo que nunca logro hacerle entender es que en ese aspecto no somos iguales; a mí hay cosas que me cuesta contar. Como Iván no es nada rencoroso y además se toma muy enserio eso de «pelillos a la mar», enseguida le resta importancia y, exhalando el humo de su cigarrillo, inquiere:

—Bueno, ¿y tienes una foto de ese tal Dani?

Meneo la cabeza con una sonrisa; le agradezco que haga el esfuerzo de intentar hacer que me relaje. Al mirarlo a los ojos, además, *de verdad* me relajo. Esto es lo que me hace falta: un poco de sentido del humor. No tomármelo tan en serio, no darle tanta

importancia. A ver, que tampoco vamos a matar a nadie. Así que, para indicarle que quiero seguir esa línea, la línea de la conversación despreocupada aunque ambos sepamos que no es un tema nimio ni mucho menos, añado:

—Pero confía en mí: está de toma pan y moja.

—¡Ay, mamita! —exclama, echándose ambas manos al pecho, por lo que casi se quema la camiseta con el cigarro. Me río y le lanzo una servilleta hecha una bola.

—Qué ganso eres —le digo con cariño.

—Y cuánto me quieres —responde, sacándome la lengua.

—No lo sabes tú bien.

Y lo digo en serio. Iván es como mi hermano; mi vida sin él sería muy rara, casi como si me faltara una pierna o un brazo. Bueno, tampoco exageremos. Como si me faltara un dedo. El pulgar, que es uno de los más importantes.

Apaga el cigarro en el cenicero y se lleva otra aceituna a la boca.

—Lo que no sé es si debería sentirme ofendido —farfulla mientras mastica, y sé perfectamente por dónde va. Suelto una carcajada anticipada.

—¡Ni lo pienses! —advierto, pero a él ya se le ha iluminado la mirada.

—Olivita, ¡que es mi gran oportunidad de ver a ese adonis que tienes por marido tal y como su madre lo trajo al mundo! —Lo dice entre risas, que no tarda en contagiarme—. ¿Por qué vais a preferir a un cachas de gimnasio teniendo *esto*? —Y con un gesto de lo más dramático se pone en pie con tanta efusividad que Bongo levanta la cabeza y la vuelve a bajar, acostumbrado a los movimientos bruscos de Iván, y gira sobre sí mismo dos veces para que pueda observarlo de arriba abajo.

—Si fueras un larguirucho desgarbado esto tendría más gracia —opino, aunque tengo lágrimas en los ojos. Es una de nuestras bromas preferidas. Es verdad que Iván desde un punto de vista objetivo no está nada mal, pero como acompaña su giro con ademanes de lo más afeminados —que normalmente no tiene— y dramáticos, el resultado es para partirse de risa.

Por supuesto, atrae la atención de algunas de las personas que están disfrutando de su consumición; algunos lo miran con una sonrisa en los labios y otros con gesto de fastidio. Cuando se sienta de nuevo, Bongo cambia de postura y apoya la cabeza en mi pierna para que se la acaricie. Mientras lo hago, le digo a Iván:

—No dejaría que tocaras a mi marido ni aunque le fueras a hacer el boca a boca.

—Uy, sí, el boca a boca, déjamelo a mí, nena, que yo le salvo la vida.

—¡Me lo perviertes en menos de lo que canta un gallo! —añado, y le guiño un ojo.

Digamos que Iván tiene un apetito sexual *insaciable*. Y me quedo corta. Ahora lleva tiempo saliendo con un chico, Nacho, que, por lo que me cuenta, más o menos le sigue el ritmo, pero hasta conocerlo a él Iván no ha tenido muchas parejas compatibles en cuanto a ritmo sexual, lo que llevaba a mi amigo a serles infiel en multitud de ocasiones. No es algo de lo que se sienta orgulloso, al contrario, pesa sobre él como una losa y sé que quiere que con Nacho las cosas salgan bien.

—Anda, Oli, qué te costaría dejármelo un ratito nada más —insiste con tono lastimero, y yo me vuelvo a partir de risa.

La pasión de Iván por Miguel viene de muy lejos. De hecho, Miguel fue el primer chico al que besó mi amigo, hace más de veinte años. Teníamos doce y los tres éramos un poco infantiles para la época. Mientras nuestros compañeros de clase ya se dedicaban a contar chismes sobre quién le había puesto los cuernos a quién y con quién, nosotros nos dedicábamos a echar frenéticas carreras con las bicis y a merendar bocatas de salchichón tirados en la hierba del parque que había al lado de la urbanización donde vivíamos.

En eso andábamos aquel día cuando, después de tragar el último trozo de bocadillo, Iván reflexionó en voz alta:

—¿Vosotros no os sentís un poco distintos a los demás de la clase?

Yo estaba tumbada entre ambos e intercambié una mirada de extrañeza con Miguel antes de incorporarme para preguntarle a Iván:

—¿A qué te refieres?

Arranqué una brizna de hierba y la espachurré entre los dedos para que se tiñeran de verde. Sabía que luego mamá me reñiría por volver tan sucia a casa, pero me daba igual; no eran regañinas serias.

Los chicos también se incorporaron perezosamente y, tras estirar sus por entonces mal proporcionadas extremidades, Iván respondió:

—Pues a que somos muy críos.

Miguel y yo nos encogimos de hombros a la vez, en una desenfadada actitud de «¿Y qué?». Nuestro amigo nos dirigió una mirada dolida.

—¿Nunca os habéis preguntado cómo será ser como ellos? —insistió.

Guardamos silencio. Yo medité la respuesta largo y tendido, pero no lograba entender qué estaba preguntando en realidad.

—Me refiero a cómo será salir por ahí, beber cerveza, tener novio… —se explicó finalmente.

—¡Ahhh! —exclamamos Miguel y yo a la vez. Ya entonces teníamos esa peculiar sintonía que nos hace decir las cosas al mismo tiempo.

—… Besar a alguien —añadió Iván de forma que sonaba como una pregunta.

—¿Quieres besar a alguien? —pregunté yo, con los ojos muy abiertos.

Yo lo había pensado algunas veces, claro. Incluso había tenido algunas inocentes fantasías que incluían muchas babas. No lograba entender la técnica, a pesar de que lo había visto muchas veces en la tele.

—Bueno, yo creo que ya va siendo hora, ¿no?

Guardamos silencio un momento, que finalmente rompió Miguel.

—Pues hagámoslo —resolvió.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Ahora? —se sorprendió Iván.

Noté un ligero temblor en los labios de Miguel cuando dijo:

—¿Por qué no?

Sí, ¿por qué no?, pensé yo también. Todo el mundo lo hacía.

—Podemos practicar —me animé, pensando en que tarde o temprano tendría que dar mi primer beso y que no estaría mal tenerlo un poco controlado.

—Vale, pero yo no me voy a besar con los dos —avisé, recordando algunas conversaciones de mis padres escuchadas a escondidas, durante las que mi madre ponía verdes a algunas de sus amigas por verse —y yo sabía que *verse* significaba *besarse*— con muchos hombres.

—Vale —aceptó de inmediato Iván, y no sé por qué, me sentí un poco ofendida.

—Bueno, pues entonces a suertes —propuso Miguel—. Entre tú y yo —añadió dirigiéndose a Iván.

Tras un frenético «piedra, papel, tijeras» Iván resultó ganador, y yo, con intención de hacer una broma, dije:

—Ahora puedes elegir a quién quieres besar.

No sé por qué me pilló tan de sorpresa cuando Iván se inclinó hacia Miguel. Tal vez nuestro amigo ya había dejado caer alguna pista sobre sus preferencias sexuales a las que no había prestado la suficiente atención. El caso es que lo hizo con tanta naturalidad, como si la elección estuviese tan clara como si hubiera tenido que decidirse entre tomar un helado o ponerse a hacer deberes de mates, que ninguno nos escandalizamos. Miguel se separó de él bastante más rápido de lo que, probablemente, lo hubiera hecho yo, pero no lo miró con extrañeza como diciendo: «Pero, tío, ¿qué haces?» ni nada por el estilo. Fue natural y espontáneo, como todo en Iván.

—Entonces, no cuela, ¿no? —La voz de mi amigo me trae de nuevo al presente, en el que Bongo me está llenando de baba los pantalones y mi mejor amigo insiste en ver desnudo a mi marido.

—Si quieres te puedo enseñar alguna foto en bañador —le ofrezco, toda generosidad.

—A mí eso de mirar pero no tocar no me va nada, Oli, ya deberías saberlo —rechaza, haciéndose el ofendido.

De pronto mi móvil pega un respingo encima de la mesa e Iván dice:

—A lo mejor son novedades sobre el cachitas.

Lo dudo, pero aun así cojo el aparato y cuando veo que Sam me envía una foto la abro de inmediato. En ella aparece con el jersey recogido hasta la cintura para dejar al descubierto un *piercing* en el ombligo.

—¡La madre que la parió! —suelto sin pensar.

—¿Qué pasa?

—¿Se lo habrá dicho a su madre o lo habrá hecho sin permiso? —le pregunto a Iván mientras le enseño la foto.

Él coge el móvil y sonríe ampliamente.

—¡Qué tía!

Iván quiere a Sam como si fuera su propia sobrina y lo entiendo. Al fin y al cabo, no fueron pocas las tardes en las que me ayudó a cuidar de ella cuando era pequeña para darle un necesario y merecido descanso a mi hermana.

—¿Crees que se lo habrá hecho en secreto, como siempre, o esta vez se lo habrá dicho a Clau primero? —repito.

Iván sigue observando la foto, sacude la cabeza, repite el «¡Qué tía!» y me contesta:

—¿Qué más da? El resultado es el mismo: ella tiene *piercing* nuevo y su madre se tendrá que aguantar.

Me muerdo el labio inferior y Bongo se aparta para tumbarse de nuevo en el suelo, cansado ya de las caricias.

—A Clau le va a dar un pasmo.

—¡Qué va! Solo tiene que acordarse de su época de adolescente. Si por entonces se hubieran llevado tanto los *piercings* y los *tattoos*, tu hermana sería una obra de arte andante —responde Iván.

Y tiene razón. Claudia tuvo una adolescencia de lo más rebelde. No estudiaba, salía a horas intempestivas a pesar de que lo tenía expresamente prohibido, conocía a más chicos de los que podía recordar y siempre tenía alguna sorpresa preparada, como gastarse la paga en ropa de cuero o tintes de pelo de colores imposibles, juntarse con la gente menos recomendable del instituto o ser pillada in fraganti copiando en los exámenes. Una joya, vamos. Todo eso se terminó cuando se quedó embarazada y, desoyendo los consejos de casi todo el mundo, decidió tener el niño. Después de eso se convirtió en una madre adolescente responsable que se empeñó en

dejar los estudios y buscar un trabajo para poder sacar adelante a Sam, a pesar de que mis padres le aseguraron que ellos podrían mantenernos a todos hasta que ella terminase los estudios que quisiera.

Contesto al mensaje de Sam con un par de emoticonos y un «¿Lo sabe tu madre?», aunque sé que su respuesta será, probablemente, la misma que la de Iván, y entonces veo entrar un mensaje de Miguel:

MIGUEL: *Confirmado el sábado a las ocho.*

Trago saliva. Y lo dice así, tan tranquilo. Me riño a mí misma diciéndome que es injusto pensar eso, que por un mensaje no puedo adivinar cuál es su estado de ánimo, pero no puedo evitarlo. Solo de pensar que en menos de una semana a lo mejor me he acostado con otro hombre… Bueno, si es que se puede llamar así. ¿Se puede? Estoy a punto de trasladarle mi pregunta a Iván, pero justo entonces comenta, al tiempo que levanta la vista de su propio móvil:

—Oye, me pregunta Nacho que si va haciendo la comida. ¿Le digo que espere?

Miro nuestras consumiciones vacías. Pedir agua mineral en un bar siempre me ha parecido un despilfarro, pero hoy no tengo el cuerpo para otra cosa. Como tampoco me apetece ahondar mucho en el tema del sábado por miedo a darle muchas vueltas y terminar echándome atrás, le sugiero a mi amigo que por mi parte podemos dar por concluida la velada. Cuando miro mi móvil antes de meterlo en el bolso, veo un nuevo mensaje de Sam:

SAM: *Pues claro que lo sabe, tía!! Se lo he enseñado en cuanto he llegado a casa!!*

Y añade tres emoticonos sacando la lengua, lo que sin duda quiere decir que *no* lo ha hecho.

Capítulo 4

Como era de esperar, paso la semana tensa y de mal humor. No sé qué tienen los nervios que consiguen sacar lo peor de la gente. O, por lo menos, de mí. A pesar de que me encanta mi trabajo de bibliotecaria —siempre fue mi sueño trabajar rodeada de libros, en un ambiente silencioso y respetuoso—, esta semana no he tenido mucha paciencia con ninguno de los *habituales*. Con *habituales* nos referimos al público especialmente difícil: los que siempre, pero siempre siempre, andan buscando un libro que, o bien la biblioteca no posee en su inventario, o bien se halla en estado de préstamo justo en ese momento; los que, a base de chistar pidiendo silencio a los demás, arman más jaleo que todos aquellos a los que mandan callar y se ponen hechos un basilisco cuando los invitas amablemente a guardar silencio; y, más recientemente, los que exigen que añadamos un apartado de dinoporno porque va a ser, sin duda, un referente en la historia de la literatura.

Por eso, cuando llega el jueves y con él la videoconferencia familiar de la semana, no estoy de muy buen humor. A lo largo de los días me he replanteado alrededor de un millón de veces nuestra decisión. Y, todavía hoy, no es demasiado tarde para cambiar de opinión, ¿verdad? En mi mente he hallado mil razones a favor y mil en contra acerca de lo que vamos a hacer el sábado. No he compartido con Miguel nada de esto y no sé qué piensa al respecto. A él también lo noto un poco inseguro, como si ambos estuviéramos esperando a que sea el otro el que cambie de opinión y ponga sobre la mesa otra solución más llevadera. Pero ninguno lo hace y el sábado está a la vuelta de la esquina, así que supongo que va a pasar. Por una parte me hubiera gustado haber tenido la oportunidad de comentárselo a María, la terapeuta que nos aconsejó probar cosas nuevas, pero por otra parte creo que compartirlo con ella lo haría más extraño aún, quizá porque pienso que cuando nos dio aquellas pautas se refería más bien a cosas que no involucrasen

a un tercero. O quizá no. Quién sabe. La cuestión es que, tanto si esto funciona como si no, deberíamos concertar una nueva cita con ella.

A las siete en punto mi móvil anuncia con un zumbido alegre una videollamada entrante. Deslizo el dedo por la pantalla para aceptar la llamada y allí están mis padres, a sus setenta y pico años, superbronceados y con los ojos brillantes. No puedo evitar que se me escape una sonrisa porque es como si estuvieran viviendo su segunda juventud y se lo merecen.

—¡Hola, cariño! —exclama mamá, en voz tan alta que doy un respingo. Lleva un sombrero de paja y una camisa ligera encima de un bañador. Sus mejillas están sonrosadas y lleva los labios pintados de rojo.

Agito la mano con más alegría de la que realmente siento y, tras intercambiar saludos, incluimos a mi hermana en la llamada. Clau está muy maquillada, aunque tiene el pelo hecho un desastre; supongo que no le ha dado tiempo a peinarse. A su lado, Sam luce un aspecto mucho más descansado.

Siento lástima por que mi hermana se empeñe en esconderles a mis padres la fuerte depresión posparto que está sufriendo. No sé si lo consigue, porque ni siquiera su elaborado maquillaje logra esconder sus profundas ojeras, que, por otra parte, podrían deberse a lo poco que duerme gracias a las gemelas. Pero entiendo que quiera hacerlo. Después del infierno que les ha tocado vivir a nuestros padres, se merecen esos meses sabáticos de los que están disfrutando. Si supieran que Claudia sufre depresión volverían a casa sin pensárselo dos veces.

—¡Hola, abuelos! ¿Qué tal por el paraíso? —exclama Sam jovialmente.

—¡Lo estamos pasando de miedo, cariño! ¡Ojalá estuvieras aquí!

—¡Ya quisiera yo! Pero cualquiera le dice a mamá que voy a faltar a clase un año… ¡Por cierto, abuela, mira lo que me he hecho! —Y se levanta la camiseta para enseñarle su flamante *piercing*. Mi hermana lo mira sin asombro, así que entiendo que Sam por fin ha confesado su pequeña fechoría.

—¡Guau, Samantha, es precioso!

Todavía no me acostumbro al radical cambio que ha experimentado mi madre. Ha pasado de ser esa mujer que criticaba a las que se veían con muchos hombres a ver con buenos ojos que su nieta se mutile el cuerpo indiscriminadamente. Pero es normal que haya cambiado; quién no lo haría en su lugar. Hace un par de años le diagnosticaron un cáncer de mama. Tras seguir el tratamiento establecido, que incluyó una doble mastectomía, sufrió una depresión bastante fuerte. Le recetaron un montón de pastillas, pero lo que verdaderamente la ayudó a superarlo fue la terapia que siguió con un exitoso psicólogo. Cambió. Cambió tanto que no nos sorprendió mucho cuando anunció que mi padre y ella iban a disfrutar de unos meses sabáticos lejos de casa, viajando a su antojo. En mi familia nunca ha habido problemas de dinero, y con la hipoteca de la casa pagada y una sustanciosa pensión de jubilación, podían permitírselo.

Mientras tanto, a instancias de Claudia, les habíamos ocultado su fuerte depresión posparto. Todos pensábamos que mejoraría enseguida, pero no lo hizo. Digamos que la bola de nieve se ha ido haciendo cada vez más grande y ya no hay una forma suave de exponérselo sin que se vayan a sentir culpables por no haberse dado cuenta por sí mismos. Para nosotras es perfectamente normal que no lo hayan hecho: bastante tenían con salir adelante a pesar de su propia desgracia.

Así que cuando los veo a todos en miniatura en la pantalla de mi móvil, me invade una mezcla agridulce de sensaciones. Con tristeza, pienso por millonésima vez que Claudia y yo cada vez estamos más distintas; siempre hemos sido como dos gotas de agua —en el instituto nos llamaban *las gemelas buenorras,* y nosotras fingíamos que nos horrorizaba ser juzgadas por nuestro físico aunque en el fondo, como buenas adolescentes superficiales, estábamos encantadas—, pero desde que tuvo a las pequeñas su apariencia física ha experimentado un acusado declive.

—¿Dónde están las niñas? —pregunta mi madre mientras se agarra el sombrero de paja para evitar que una racha de viento se lo lleve.

—Fran les está cambiando el pañal —explica Clau mirando por encima del hombro—. No tardará en traerlas, tranquila.

—Bueno, antes de que vengan os voy a contar una historia picante.

Mi hermana, Sam y yo gemimos a la vez. Últimamente a mamá le ha dado por contarnos toda clase de historias que una persona jamás debería tener que escuchar de su madre o —peor aún— de su abuela. Papá se limita a permanecer a su lado, asintiendo de vez en cuando y observándola como si fuera el ser más maravilloso que hubiera conocido. Probablemente sea así.

—Vuestro padre y yo estábamos dándonos un baño en la playa…

—¿Dónde estáis ahora? —interrumpe Sam—. Veo una piscina al fondo, ¿no?

Lo que viene siendo ya lo habitual en sus llamadas, y eso cuando no tienen también un cóctel en la mano.

—Seguimos en Lanzarote, el mismo hotel de las últimas semanas. ¡Dios mío, podría morirme aquí!

Trago saliva al oír ese comentario, porque no es lo mismo escucharlo de una persona sana que de una que ha escapado del cáncer por poco.

—Total, que estábamos bañándonos en la playa cuando de pronto vuestro padre ha empezado a gritar como si le estuvieran clavando agujas en los ojos. Una cosa tremenda. Pero no era para menos, no. ¿Sabéis esos animalillos que son transparentes y pican?

—¿Medusas?

—¿Pero hay medusas en Lanzarote?

—Pues por lo visto las hay, porque a vuestro padre le ha picado una… —Lo dice con un tono de voz que deja adivinar que hay algo más, que esa no es toda la historia. Porque, claro, ¿cómo va a ser esa *toda* la historia si se supone que es una historia picante? ¿O mi madre ha hecho un juego de palabras muy malo?

—¿Le has hecho pis encima, abuela? Dicen que es lo que hay que hacer para que deje de picar.

—Sí, hay un capítulo en *Friends* en el que… —Me detengo a media frase. Qué manía me ha dado con *Friends*, ¿no? ¡Si ni siquiera es una de mis series preferidas!—. Da igual, sigue.

—¡En la pilila!

—¡¿Qué?! —exclamamos las tres a la vez.

—¡Que le ha picado en la pilila! —repite mamá, con lágrimas en los ojos. A su lado, la cara de papá es todo un poema, mezcla de resignación y vergüenza.

—Retiro la pregunta sobre el pis —declara Sam, con los ojos muy abiertos.

—¿Y cómo ha podido traspasar el tejido del bañador? —pregunta distraídamente Clau, toda maquillaje y ojos tristes.

—¡Pues ahí viene la parte picante de la historia!

—¡No la queremos saber, abuela, ahórratelo!

—¡Estábamos bañándonos desnudos! ¡Y por la noche!

Como un par de adolescentes, pienso mientras meneo la cabeza con una sonrisa. Vaya par.

—¡Abuela, por favor!

—Te está bien empleado, Sam. Así aprenderás a no contarle a tu pobre tía algunos detalles que ella no quiere saber —espeto con sorna, y mi sobrina recibe mi indirecta con ligero fruncido de labios.

—¡Íbamos a tener sexo acuático nocturno cuando a vuestro padre le picó una medusa en la pilila! —se carcajea mi madre—. ¿No es para troncharse?

Lo que es para troncharse es que la vida sexual de mis padres sea millones de veces más fogosa que la mía, la verdad, aunque eso, obviamente, no lo digo en voz alta.

—¡En la pilila! —insiste llorando de la risa. Papá no puede evitar contagiarse y también empieza a reírse—. ¡Y no veáis cómo se le hinchó! ¡No tenía nada que envidiarle a ese actor pornográfico tan bien dotado!

—¿Cuál de ellos? —rezonga Sam, y eso nos hace reír a todos por igual. Incluso me parece que la sonrisilla de Clau no es del todo fingida. Luego, mi sobrina añade—: ¡Y deja de decir *pilila*, abuela, por favor!

—¡Ay, cariño, yo qué sé, supongo que cualquiera de ellos! Ya solo queda que yo pida que me pongan unos de esos implantes que llevan las señoritas de esas películas para que seamos dos auténticas estrellas de la pornografía.

Madre mía. Eso es más de lo que puede digerir una hija, sinceramente. ¿Desde cuándo sabe tanto mi madre sobre porno, vamos a ver? Sin embargo, nadie dice nada porque sabemos que es su forma de enfrentarse al hecho de que ella ha perdido sus propios pechos. Aunque está programado que se someta a una reconstrucción mamaria, no la veo convencida.

—Bueno, mamá, pero ¿habéis ido al médico?

Mi madre hace un gesto con la mano, como para quitarle importancia.

—¡Qué va! La hinchazón bajó muy rápido y ya tiene la pilila completamente normal. ¿Queréis verla?

—¡No, por Dios! —exclamamos los demás a la vez, incluido mi padre.

Mamá suelta una carcajada y opina:

—¡Qué sosos sois!

En ese momento se oye un alegre barullo y, por detrás de mi hermana y Sam, se adivina la figura de Fran llevando a una niña en cada brazo. Cuando están lo suficientemente cerca de la cámara como para verlas con claridad, compruebo que, en esos rostros idénticos, ambas tienen las mejillas arreboladas y los ojos llorosos. Sin duda han armado un escándalo mientras mi cuñado les cambiaba el pañal. Y no solo eso, sino que piensan continuarlo ahora. La cara de mi hermana, aunque intenta disimular, es de pura resignación, y a mí se me cae el alma a los pies.

Adora a sus pequeñas, por supuesto, pero si a su depresión le sumas el que son dos auténticos torbellinos, la situación se hace muy difícil. Incluso disponiendo de una niñera que las cuida varias horas al día, para mi hermana, que está todo el día agotada, pasar el resto del tiempo con las niñas se le antoja interminable. Yo me dejo caer por allí de vez en cuando durante las horas que no cubre la niñera para que mi hermana pueda disfrutar de otro rato de tranquilidad, pero resulta que el pasar demasiado tiempo alejada de sus hijas la hace sentir culpable, y el estar constantemente con ellas la hace estar irascible, por lo que luego se siente una mierda de madre, así que no está muy claro qué es lo que más le conviene. A pesar de que le hemos insistido por activa y por pasiva para que

consulte a un psicólogo, ella se niega en rotundo porque dice que la depresión posparto es lo más normal del mundo y que se pasa sola. A mí no me parece que eso esté tan claro, la verdad.

Después de que mamá les dedique a las gemelas las típicas carantoñas y de que papá repita constantemente: «¿Quién es quién? ¿Quién es Blanca y quién es Alba?», todos nos despedimos con un montón de besos y muchas exclamaciones por parte de mamá, y luego cuelgo. Sin el bullicio que me lleva acompañando la última media hora me siento sola y con plena libertad para volver a darle vueltas sin parar a lo del sábado. El problema es que no quiero pensar, porque si lo hago me echaré atrás y algo, muy en el fondo de mi ser, me dice que deberíamos intentarlo.

Para entretenerme le envío un wasap a Iván que al final deriva en toda una conversación:

YO: *Ey, qué tal? Este domingo como siempre, no?*

IVÁN: *Pues claro, si es que te quedan fuerzas para levantarte!!*

IVÁN: *Nerviosa??*

YO: *Un poco, la verdad, pero prefiero no hablar del tema.*

IVÁN: *Oído, cocina. Te cuento yo mis penas?*

Uy. Eso suena jugoso. Y preocupante. Me acomodo en el sofá, sentada como un indio, pongo uno de los cojines emoji sobre mis rodillas —el que guiña un ojo— y me cubro con la manta. Enseguida aparece Bongo poniéndome ojitos para que le deje subir a la vaca de Milka, nuestro colorido sofá, y niego con la cabeza.

—Ya sabes que no —objeto sin mucha convicción—. Si no, Miguel me mata.

Es una discusión constante entre nosotros. Entiendo que es poco higiénico que Bongo se suba en el sofá después de haber estado correteando por la calle, pero cada vez que llegamos a casa me ocupo de lavarle y secarle a conciencia sus cuatro patas, así que tampoco sería para tanto. Por lo visto, al pobre no le gusta la cama especial que le compramos por un dineral y que tiene colocada justo al lado del sofá y suele preferir el suelo. Ahora, observo esa mirada tal vez un poco chantajista y me arrepiento de haber cedido en este punto en concreto de nuestras negociaciones sobre la convivencia.

—De verdad que no puedo, cielo —me disculpo, y cuando apoya el hocico en el borde de la vaca de Milka para que lo acaricie, de pronto me siento un poco irritada con mi marido.

El sonido de mi móvil al recibir un nuevo mensaje disipa la sensación. Leo sin dejar de acariciar a Bongo con una mano mientras con la otra enseguida empiezo a teclear una respuesta a lo que me acaba de decir Iván.

IVÁN: *Te acuerdas de Ramón, no?*

YO: *Claro! El tío cañón del bar aquel tan chungo donde no sé cómo terminamos una noche. Ramón el del pollón*, *¿no?*

Que conste que el mote no se lo puse yo. Habían tenido un apasionado *affaire* de un fin de semana durante el que no tuve noticias de mi amigo. Según me contó después, habían sido cuarenta y ocho horas de sexo prácticamente ininterrumpido y de la mejor calidad. «Como si fuéramos almas sexuales gemelas, Oli», me confesó con los ojos brillantes, y eso viniendo de Iván era mucho decir.

Solo había un pequeño problema: Ramón tenía novia y ninguna intención de abandonarla. Aunque se definían como una pareja abierta, en cuanto ella se enteró de la aventurilla de su novio, enseguida puso el grito en el cielo y exigió una «relación normal, como Dios manda».

IVÁN: *Pues ha dejado a su novia y quiere verme.*

YO: *Qué??? Ni hablar, Iván, ni se te ocurra!!*

IVÁN: *Tranquila, que le he dicho que no. Sabes que las cosas con Nacho me van bien, pero…*

YO: *Pero???*

Sé lo que viene a continuación, pero aun así es necesario que lo diga para poder rebatírselo.

IVÁN: *Pues que el sexo con ese tío es fantástico, Oli!!*

IVÁN: *De matrícula de honor!!*

YO: *Piensa, Iván, piensa en tu objetivo.*

Cuando encontró a Nacho, con diferencia el mejor partido que había encontrado hasta la fecha —mucho mejor que los que suele encontrar la mayoría de la gente, por cierto—, me hizo prometerle

que siempre que lo viera flaquear por una cuestión exclusivamente sexual le parase los pies. No sé si es una buena idea, puesto que al fin y al cabo lo que está haciendo es frenar sus impulsos sexuales, pero él me dijo que era justo lo que necesitaba y por eso me toca ser la voz de su conciencia en estas ocasiones.

YO: *Piensa. Respira hondo, no te dejes llevar.*

IVÁN: *Ya, si ya lo sé, Olivita, pero, joder, no es fácil. He visto su foto de perfil y…*

YO: *La de Ramón?*

IVÁN: *Claro, cuál si no?*

YO: *Yo qué sé, pensaba que ahora estábamos hablando de Nacho.*

IVÁN: *No, de Ramón. He visto su foto y está cañón, Olivita. Para que te hagas una idea, como tu Miguel multiplicado por cuatro.*

YO: *Joder!!! Pues sí que…*

YO: *Pero no!! Piensa un poco, Iván, engrasa ese cerebro!!*

IVÁN: *Que no puedo, Olivita, que se me ha ido toda la sangre al mismo sitio!! Que yo no sirvo para ser fiel, está claro!!*

IVÁN: *Porque ahora tengo casi todo el sexo que quiero con Nacho y aun así fantaseo con otros…*

IVÁN: *Seré un ninfómano?*

Mientras lo medito, busco la imagen que tengo guardada en el móvil para estas ocasiones. Cada vez que Iván está *en celo,* como digo yo aunque a él no le haga gracia, se la envío y al momento recibo un mensaje de agradecimiento por frenar sus libidinosos pensamientos, aunque esta vez es un poco distinto.

IVÁN: *Jajaja!! Oli, algún día dejará de surtir efecto!!*

YO: *Pero de momento no, verdad? Pues hala, andando, que es gerundio. Date una ducha de agua fría y un paseo o algo.*

Nos despedimos con emoticonos de besos y pienso que es verdad, que algún día la tierna foto de los cachorritos de perro jugando con unos gatitos dejará de dar resultado. Pero, mira por dónde, eso me da algo que hacer para entretenerme y no pensar. Mientras Bongo finalmente se queda dormido en el suelo —a regañadientes—, busco

una fotografía que sustituya a la de los cachorros, porque me da que el asunto de Ramón va a traer cola.

Capítulo 5

El sábado llega lento, perezoso, como si se estuviera resistiendo a existir. Ayer, mientras tomábamos nuestra habitual copa, Miguel me confesó que había visto a Dani, nuestra cita de hoy, un par de días en el gimnasio y que no habían hablado del asunto, en parte porque no habían estado en ningún momento a solas, pero que habían vuelto a confirmar la cita por WhatsApp. Vamos, que parece que todos estamos convencidos de lo que vamos a hacer.

Ni de coña. Yo, por lo menos, no. Durante la semana he estado curioseando por internet tantos vídeos sobre tríos que si alguien me está vigilando debe de pensar que soy una adicta al porno o algo así. Tengo miedo de que llegue el momento y no sepa qué hacer. Porque, a ver, si ya es complicado ponerse de acuerdo entre dos personas, imagínate entre tres. ¿Tenemos que ir por turnos o pedirnos permiso para cambiar de pareja o algo así? En los vídeos que he visto todo funciona como en una coreografía, perfectamente medido y estudiado, todos saben lo que deben hacer y cuándo y *quién* debe meter *qué dónde* y *a quién*.

Uf. Empiezo a agobiarme de nuevo. Sé que no debo pensarlo, que esto es como cuando vas a enfrentarte a un examen: cuanto más lo pienses, peor. Lo mejor es dejarse llevar y cruzar los dedos para que haya suerte.

Pero es que esto no es un examen, es mucho peor. En cierto modo sí que siento como si fueran a medir mis conocimientos y he de decir que los míos sobre sexo de pronto me parecen bastante escasos. Durante toda mi vida he pensado que tenía el tema más o menos controlado. Me consideraba no una matrícula de honor, pero sí un sobresaliente. Un sobresaliente alto. Y ahora, después de ver todo lo que he visto, me siento como si estuviera en mi primera clase de zumba: torpe, sin ritmo, sin gracia, mientras que todo el mundo a mi alrededor consigue seguir los pasos con una gracia y un ritmo innatos.

A ver, no es que no haya visto porno antes, pero es la primera vez que comparo todo eso con la vida real, con *mi* vida. Sé que no debería hacerlo —nadie debería—, pero ahora mismo no puedo evitarlo. ¿A qué estará acostumbrado este tal Dani, el hombre que ha participado en las mil y una orgías? ¿Pensará que Miguel y yo somos unos mentecatos y se reirá en nuestra cara meneando la cabeza con pesar y lamentándose: «Esto no es lo vuestro, chicos, deberíais dejar de intentarlo»?

Tal vez el problema es que mi marido y yo solo nos hemos tenido a nosotros mutuamente como única pareja sexual en la vida. Después de aquel beso que marcó el inicio de Iván como homosexual declarado, empecé a ver a Miguel con otros ojos. Había comenzado a sentir una especie de enfado contra Iván y durante algunas semanas pensé que se debía a que estaba secretamente enamorada de él. No tardé en darme cuenta de que lo que en realidad ocurría era que me gustaba Miguel y no me había agradado nada que fuera precisamente mi otro mejor amigo el que hubiera tenido la oportunidad de disfrutar de su primer beso.

Tendí a alejarme de Miguel. No podía verlo de la misma forma que siempre, pero tampoco podía decirle nada porque estaba segura de que me rechazaría y eso supondría la muerte irrevocable de mi autoestima. Al mismo tiempo que él empezaba a ampliar su círculo de amigos, Iván —un tanto despechado por el sutil rechazo de Miguel, que no dijo ni palabra después de aquel beso— y yo hicimos lo propio. Durante aquel tiempo me gustaron otros chicos, pero ninguno como Miguel. Supe que él tuvo un par de novias de esas de mentira, de las que tienes cuando tienes trece años y no sabes muy bien qué es lo que se supone que debes hacer que corresponda a tu edad, y con ellas otros tantos besos. Yo, en cambio, no tuve mi primer beso hasta los quince años, y me lo dio precisamente el que ahora es mi marido.

Quizá por eso me siento tan insegura. Debería hablar del tema con él porque estoy convencida de que se siente igual; al fin y al cabo su experiencia es casi igual de limitada que la mía, si descontamos aquellos pocos besos con otras niñas sedientas de experiencias nuevas. Pero no lo hago, a pesar de saber que estoy cometiendo un

gran error y que si lo que pretendemos es solucionar nuestros problemas, comenzar por no confiar en él es lo peor que puedo hacer.

Todas estas cosas las estoy pensando mientras me arreglo. Quiero sentirme cómoda pero sexi; quiero dar una apariencia de «cómeme» y «no te pases» al mismo tiempo; quiero… La verdad, no sé qué quiero, me confieso en silencio a la vez que me aplico el rímel con cuidado. Oigo los ruidos que hace Miguel en el otro baño, quizá buscando el desodorante o una colonia o algo parecido. Entonces la cabeza de Bongo asoma por la jamba de la puerta y yo me agacho para abrazarlo. Lo abrazo como si no fuera a soltarlo nunca y el pobrecito intenta desasirse sin éxito.

No me quiero marchar. No quiero ver a ese Dani ni tomar unas copas con él; quiero quedarme en casa con Bongo y Miguel, ver una peli y disfrutar de una noche rutinaria.

Pero es precisamente esa rutina la que nos ha traído hasta aquí, me digo a mí misma, y el hecho de imaginarnos a Miguel y a mí bloqueados en este punto durante meses o incluso años me hace sentir escalofríos. Eso marcaría el fin de nuestra relación, estoy segura. Así que, a regañadientes, deshago el abrazo, me sacudo los pelos que Bongo me ha dejado adheridos en la blusa y me encaro de nuevo con mi reflejo.

Al final me he decidido por unos vaqueros negros de pitillo conjuntados con unas botas de tacón medio —no me apetece nada torcerme el tobillo con unos taconazos, presa de los nervios— y una blusa blanca un poco escotada. Mi maquillaje es sutil pero efectivo, de esos que parece que apenas vas pintada cuando en realidad es el resultado de tres cuartos de hora de trabajo, y me he hecho unas ligeras ondas en el pelo. Estoy satisfecha con el resultado, aunque me delata una pequeña arruga de preocupación que me ha salido en el ceño.

Cuando ambos estamos listos, salimos de la mano de nuestra adorable casita de cuento de hadas preguntándonos si habrá cambiado algo entre nosotros la próxima vez que crucemos esta puerta.

Después del cuarto vodka con naranja comienzo a sentirme algo desinhibida. Tengo que reconocer que Dani, aparte de estar buenísimo, es muy gracioso y educado. Y se nota que controla todo este tema de la seducción o como quiera que lo llamen los aficionados al sexo en grupo. Tras un rato de charla inocente durante la que nos hemos contado a qué nos dedicamos cada uno y qué cosas nos gustan —él es mecánico y, por supuesto, le pirran los coches además del gimnasio—, ha cambiado un poco el ritmo de la conversación. Sutilmente ha empezado a preguntar por temas más íntimos y ha establecido mucho más contacto físico con Miguel y conmigo.

Curiosa, miro alrededor para ver si alguien nos mira con extrañeza. Me pregunto si desde fuera se nota algo de lo que estamos haciendo. ¿Parecemos simplemente tres amigos tomando unas copas un sábado por la noche o nuestro lenguaje corporal delata a gritos lo que tenemos pensado hacer más tarde?

Cuando apuramos la última ronda me siento relajada. Dani me mira como si le pareciera que estoy increíblemente buena, con lo que mi miedo a que Miguel y él empiecen a darse el lote y se olviden de mí se diluye automáticamente. Madre mía, ahora tengo miedo de lo contrario. ¿Y si Dani y yo nos metemos en faena y nos olvidamos de mi marido? Al instante me siento culpable por tener este pensamiento. ¡Pues claro que no me voy a olvidar de Miguel! Al fin y al cabo, si estamos haciendo esto es por el bien de nuestra relación.

¿O no? A ver, esa es la idea, pero ¿es normal que me sienta atraída por Dani? Pero si no me sintiera atraída por él, ¿cómo demonios íbamos a poder montárnoslo? Pero, por esa regla de tres, ¿a Miguel le resulta atractivo Dani? Lo observo con curiosidad, atenta a cualquier gesto que lo delate, pero no lo encuentro. Están hablando entre ellos con normalidad. Quizá Dani le toque un poco más de la cuenta, pero tal vez simplemente es una de esas personas que no respetan el espacio vital de los demás. Pero entonces eso significaría que hace lo mismo conmigo, con lo cual su contacto físico no querría decir que se siente atraído por mí, y entonces…

¡Para, Oli, para!

—Voy al baño —espeto de pronto, sin saber siquiera que iba a hacerlo. Para no contradecirme, me levanto de la silla y cojo mi bolso. Dudo un momento, insegura de cuál es el protocolo ahora. ¿Le doy un beso a Miguel como hago siempre cuando estamos en un bar y voy al baño o quedará raro? Por suerte, él ya está inclinando la cabeza para recibir su beso, así que por lo menos esto no tengo que pensarlo mucho.

Cuando llego al aseo me apuro a sacar mi móvil con la intención de enviarle un SOS urgente a Iván. De pasada veo que tengo un mensaje de Sam, pero no lo abro; ahora no es momento de pensar en mi sobrina. En cambio, tecleo con rapidez uno para Iván:

YO: *Estoy que me muero!! No puedo hacerlo!!*

Por suerte para mí, mi amigo me quiere tanto —y es tan cotilla— que debe de estar pendiente del móvil, porque al instante aparece como conectado y me responde:

IVÁN: *Puedes hacerlo!! Es por vuestro bien!!*

IVÁN: *El maromo cómo está?*

YO: *Puffffff, te encantaría!! Para hacerle un buen favor!!*

IVÁN: *Y entonces cuál es la duda, cariño? A por él!! Que te folle bien follada!!*

YO: *Es que no se trata de eso…*

IVÁN: *A ver, deja de pensar!!*

IVÁN: *Esto ya lo tienes hablado con Miguel.*

IVÁN: *Olivita, que te conozco y ya estoy viendo que te estás sintiendo culpable.*

IVÁN: *Pero es algo que queréis hacer los dos, lo tenéis hablado y requetehablado, así que deja de pensar y actúa.*

YO: *Pero…*

IVÁN: *Ni peros ni nada, reina!! Que te vayas a echar un polvo a tres ya mismo!!*

YO: *Pero…*

IVÁN: *Luego me cuentas!!*

Es la estrategia que mejor funciona conmigo, tengo que reconocerlo, y está bien para cosas menos trascendentes, como

cuando vamos de compras y tengo que escoger entre dos abrigos, pero para la decisión de hoy me hubiera gustado tener un poco más de diálogo.

Claro que… La decisión ya estaba tomada. A lo que se refiere Iván es a que no puedo darle tantas vueltas a última hora. Como cuando nos decidimos a hacer paracaidismo y, aunque estaba muy convencida, tuve dudas de última hora cuando vi que, desde arriba, ni siquiera podía ver el suelo. ¿Y qué hizo Iván entonces? Me empujó y ya no tuve que pensar nada más. Y fue una experiencia increíble.

YO: *Gracias por el empujón.*

Espero que lo pille, y me río cuando responde:

IVÁN: *Para empujones los que te van a dar esos dos.*

Guardo el móvil en el bolso, me refresco un poco y, después de respirar hondo, regreso junto a los chicos.

—Estábamos pensando en ir a un lugar más tranquilo —comenta Dani en cuanto me siento. Nerviosa, me llevo la copa a los labios antes de darme cuenta de que está vacía. Con una media sonrisa, añade—: Bueno, a no ser que queráis tomar otra copa.

—Tenemos vodka en casa —se adelanta a responder Miguel, lo que parece traducirse en que vamos a montarnos el trío allí, en nuestra casa.

Por absurdo que parezca, no imaginaba nuestro hogar como el escenario de esto. Mi mente estaba concentrada en otras cuestiones y, por alguna razón, había dado por hecho que iríamos a *su* casa, o que tendría algún lugar aclimatado para estas cuestiones.

«Ya, Olivita», puedo imaginarme que dice Iván, «como la habitación roja de Christian Grey, ¿no?». Me muerdo la lengua para no reírme y, aunque creo que deberíamos comer algo, ignoro mi pensamiento y empiezo a recoger mis cosas. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos y nuestros problemas se habrán acabado. O empezado a arreglarse, no sé.

El paseo hasta nuestra casa se hace extraño. A pesar de los intentos de Dani por normalizar la situación, es evidente que Miguel y yo estamos nerviosos y no nos relajamos hasta que Bongo nos recibe meneando el rabo alegremente. Recuerdo que cuando

salíamos por esa puerta hace escasas horas yo pensaba que la próxima vez que la cruzáramos ya habría pasado todo y de pronto la situación me parece muy surrealista: aquí estamos, un matrimonio y una persona a la que apenas conocen dispuestas a tener sexo entre los tres. Además en nuestra casa, y además con un perro que, ajeno a toda la situación, está feliz de que hayamos regresado y nos pide jugar, muy ilusionado. Sin poder evitarlo, y a pesar de saber que se sale un poco de lo que teníamos pensado, juego brevemente con él mientras los chicos preparan unas copas en la cocina. Después se queda dormido en su colchoneta del recibidor, su lugar favorito para soñar después de la vaca de Milka, y nosotros nos dirigimos al salón con nuestras copas en la mano.

Aquí me siento un poco más relajada, quizá sea porque todo me es familiar o quizá por el efecto de la quinta copa. El hecho es que empiezo a disfrutar. Por alguna razón que no acierto a entender, nos hemos sentado los tres en el suelo y yo tengo mis largas piernas extendidas hacia un lado. Casi me arrepiento de no haber escogido una minifalda, porque de haberlo hecho estoy segura de que Dani estaría devorándome con la mirada.

—Es vuestra primera vez, ¿verdad? —inquiere con cautela.

—Uf, ¿tanto se nos nota? —me río, nerviosa de nuevo.

Él me mira con picardía y me guiña un ojo.

—No, un poquitín de nada. —Y se echa a reír.

Miguel y yo intercambiamos una mirada y nos contagiamos de su risa.

—Debemos de parecerte un poco pardillos —se excusa mi marido.

—No, no, para nada. —Toma un sorbo y me da un buen repaso con el que me pongo colorada. Madre mía, hacía siglos que nadie me miraba así. Vuelvo a pensar en mi minifalda y en si hubiera cambiado en algo su expresión de haberla llevado puesta.

Sonrío, sin saber qué decir o qué hacer. ¿Le doy yo también un buen repaso? Porque el chico está para ello, eso está claro. En cambio, doy un largo trago y, por el rabillo del ojo, observo que Miguel me imita.

Entonces, muy despacio, Dani me quita la copa de la mano con suavidad y la posa en el suelo. Algo en ese simple acto me parece

supererótico y me hace darme cuenta de lo necesitada de sexo que estoy. Soy como esas mujeres alocadas que pierden la cabeza cuando ven a un *stripper*, o como una adolescente con las hormonas desatadas, o como…

Trago saliva porque ahora Dani desliza dos dedos sobre mi brazo, subiéndome la manga de la blusa. Mi cuerpo responde —o me traiciona; es que ya no sé lo que está bien y lo que está mal— erizándome el vello y me siento bien; me siento deseada, anhelada, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo, al menos a un nivel tan visceral, tan primario.

La mano de Dani cambia de lugar y se entretiene con mi clavícula. Es algo tan inocente y a la vez tan erótico que no me puedo creer que exista esa mezcla. Es algo que tenía tan olvidado, como si nunca jamás lo hubiera experimentado… Dios, lo echaba tanto de menos… que no puedo evitar que se me escape un gemidito de placer.

Y me pongo tensa al instante. Joder, no. A este paso me voy a correr en cuanto se quite los pantalones. Frena, Olivia, frena.

Ahora Dani se centra en Miguel y me siento rara. ¿Tengo que mirar? ¿Ha estado mirando Miguel mientras otro hombre me hacía estremecer con una simple caricia? ¿Qué habrá pensado? ¿Qué pienso yo ahora, cuando veo que Dani le prodiga a Miguel las mismas caricias que hace un segundo me estaba dando a mí?

De nuevo se gira hacia mí y me mira con una sonrisita y un brillo travieso en los ojos. Me agarra con delicadeza de las muñecas y me tumba con cuidado en el suelo, que siento frío y duro bajo mi espalda. Coloca las manos por detrás de mi nuca y se inclina hacia mí. Veo cómo se acerca, como si fuera a cámara lenta, los ojos marrones chispeantes, los labios entreabiertos, gruesos y excitantes, su atractivo rostro a escasos palmos de mí. Y las manos, cálidas y confortables bajo mi nuca, acercándome a él mientras viene a mi encuentro. Y ahora siento su aliento en mis labios, cálido y dulce. Lo deseo, sin duda. Lo deseo. Lo deseo. Pero no sé qué tengo que hacer. ¿Tengo que abrir la boca? ¿Tengo que sacar la lengua? Solo sé besar a Miguel, me digo, y de pronto me acuerdo de él y me siento muy culpable, porque me he olvidado de su existencia durante los últimos segundos.

Entonces la melodía de mi móvil rompe el momento y me levanto de golpe, de forma que mi frente choca contra la de Dani y ambos exclamamos un «¡Ay!».

—¡Es Sam! —grito, porque es el tono de llamada que tengo reservado para su contacto. Y porque me lo he tomado como una señal para que no continuase lo que quiera que fuese eso que había comenzado. ¿Cómo me he podido olvidar no solo de la presencia, sino de la existencia misma, de mi propio marido? Intento tranquilizarme razonando que han sido solo unos segundos, unos segundos durante los que estaba a punto de besarme un tío que se parece al protagonista de *Thor*. ¿Podría alguien culparme por ello?

—Nuestra sobrina —le explica Miguel a Dani, mientras yo busco nerviosamente mi móvil, moviéndome con torpeza de un lugar a otro, palpando el suelo y los cojines del sofá como si estuviera ciega.

Mi inquietud ha debido de poner en alerta a Bongo, que ha aparecido en la puerta con una expresión de curiosidad en el rostro. Dani se recompone y se levanta, todavía frotándose la frente en el punto exacto donde lo he golpeado sin querer, y Miguel lo imita. Ambos me observan sin decir nada mientras vacío el contenido de mi bolso encima de la vaca de Milka. De repente todo me parece muy inapropiado; el efecto del vodka se ha diluido y lo que sea que haya sentido por una milésima de segundo por Dani también se ha evaporado. ¿Cómo narices íbamos a montarnos un trío en un sofá estampado con lunares? No he visto ningún escenario parecido en ninguno de esos vídeos que he estado curioseando esta semana. No tiene ningún sentido.

Mi bolso, con lo pequeño que es, contiene el equivalente a una tienda de ultramarinos, pero en artículos variados: tampones, horquillas, pañuelos de papel, *tickets* olvidados, billetes del autobús y un montón de monedas sueltas. ¡Ah! Así que ahí es donde se meten; cuando necesito una para poder coger uno de esos carritos de los supermercados siempre tengo que pedirle cambio al cajero.

Por fin aparece mi móvil, que sigue sonando con insistencia, y me apuro a cogerlo.

—¡Ah, tía Oli, menos mal! —La voz de Sam rezuma alivio—. Estaba a punto de colgar.

—He tardado en encontrar el móvil —me disculpo, y evito mirar a los dos hombres que me acompañan, un poco incómoda por estar hablando con mi sobrina desde una habitación que todavía rezuma olor a deseo—. ¿Qué ha pasado?

Al otro lado de la línea, Sam se echa a llorar. Me asusto.

—¿Qué pasa, cariño? Sabes que puedes contarme lo que sea. —Y ahora sí que miro a Miguel, que me está haciendo señas muy preocupado. Él también quiere a Sam como si fuera su propia hija. Me encojo de hombros para hacerle saber que aún no he descubierto qué ocurre.

Sam sorbe ruidosamente por la nariz y, con voz trémula, me pide:

—¿Puedes venir a recogerme?

—Claro, dime dónde estás.

No le pregunto nada más; ya me lo contará luego si quiere. Ahora lo importante es recogerla donde quiera que esté y ponerla a salvo.

Me da una dirección, le aseguro que estaré allí en diez minutos y cuelgo.

—¿Qué ha pasado? —inquiere Miguel, muy nervioso.

—No lo sé, voy a recogerla —respondo mientras cojo mi bolso sin molestarme en guardar de nuevo todas las cosas. De pronto me acuerdo de lo que estaba a punto de ocurrir aquí y, sin atreverme a mirar a los ojos a ninguno de los dos, me disculpo—: Siento tener que marcharme.

Casi estoy a punto de bromear diciendo que pueden seguir sin mí, pero me abstengo, no vaya a ser que se lo tomen en serio.

—Llámame con lo que sea, por favor. O envíame un mensaje para decirme que está bien —me hace prometer Miguel, tras lo que me da un beso rápido y desapasionado en los labios que me hace compararlo inconscientemente con el no-beso de Dani. Me avergüenza reconocer que un no-beso de un desconocido haya calado más hondo en mí que un beso de mi propio marido.

Pero no tengo tiempo de pensar en esto ahora. Me despido rápida e impersonalmente de Dani y le hago un par de caricias en la cabeza a Bongo antes de salir por la puerta. Ya estoy llamando a un taxi cuando veo que justo llega uno a la parada que hay casi enfrente de

casa y echo una pequeña carrera para alcanzarlo antes de que alguien se me adelante.

Cuando llegamos al lugar acordado, una pequeña rotonda bulliciosa en el centro de la ciudad, veo a Sam esperando con impaciencia, con los hombros caídos y la cabeza gacha, una postura poco habitual en ella, que suele mantener la espalda recta y la barbilla levantada con orgullo. Casi me pongo a llorar. Me parece tan desvalida que no puedo soportarlo. Si alguien le ha hecho daño, me prometo, lo perseguiré y lo estrangularé con mis propias manos.

Mientras nos aproximamos a ella recuerdo el día que nació, la primera vez que la sostuve en mis brazos, con un miedo atroz a que se me cayera al suelo, sintiéndome increíblemente torpe y al mismo tiempo plena de amor. Fue una sensación indescriptible, un sentimiento a caballo entre el amor más puro y el terror más absoluto. Y eso que solo soy su tía; no puedo ni siquiera imaginarme lo que sentirá una madre. ¿Tal vez lo mismo pero multiplicado por diez?

En aquel momento, con mi hermana llorando a moco tendido en la cama repitiendo una y otra vez lo perfecta que era su hija recién nacida el mismo día en el que Clau y yo cumplíamos los diecisiete años, me juré que protegería a aquella personita pasara lo que pasase, que nunca le faltaría de nada, y que si alguien le hacía daño alguna vez lo pagaría muy caro.

Y eso es lo que pienso hacer ahora, me digo sin ningún tipo de duda.

Cuando por fin el taxi se detiene a su lado ella me hace un gesto para que baje, así que pago al conductor, salgo y la envuelvo en un cálido abrazo. Lleva una falda hasta medio muslo, unas medias negras y unas botas que simulan cuero a juego con su cazadora. Y también lleva el rímel corrido, aunque por un instante dudo si es por haber llorado o es parte de su maquillaje, porque en realidad no le queda nada mal.

—¿Podemos tomar un café? —susurra mientras señala una cafetería en la que aún quedan un par de personas. Nos odiarán por entrar cuando están pensando en cerrar, pero qué demonios.

Nos dirigimos hacia allí con paso vacilante. No quiero presionarla, pero necesito que me cuente qué le ha ocurrido. Una vez acomodadas y con sendas tazas de café humeantes entre nuestras manos, la invito a desahogarse.

—¿Quieres contarme qué te ha pasado?

Menea la cabeza con resignación y suelta un suspiro.

—Que soy tonta, tía Oli —gime, y le tiembla el labio inferior.

Me doy cuenta de que está pensando que tal vez la regañe, así que la tranquilizo:

—Todos cometemos errores, cielo.

Guarda silencio unos segundos y después, evitando mirarme a los ojos, lo suelta de pronto:

—Nos hemos acostado.

Vale. No es tan terrible. Sam ya me había contado que estaba saliendo con un chico. No esperaba que fuese virgen ni nada de eso.

—No es que sea la primera vez —continúa, y sigue rehuyendo mi mirada—, pero hoy…

Traga saliva. Dejo mi taza sobre la mesa y le acaricio la mano.

—Hoy lo hemos hecho sin protección —termina, y contengo una exclamación. No serviría de nada montarle un escándalo cuando ya es consciente de que lo ha hecho mal, no hay más que verla.

—Vale —susurro, intentando mantenerme tranquila. Tampoco voy a decirle que no pasa nada y que está todo bien.

Busco su mirada con cierta insistencia, pero Sam está demasiado avergonzada para corresponderme.

—Lo siento mucho, tía Oli —balbucea un par de segundos después, y las manos empiezan a temblarle tanto que se derrama un poco de café. Me apresuro a coger la taza de entre sus manos y limpio el líquido de la mesa con una servilleta.

—Está bien —le digo finalmente, cogiéndola de las manos—. Todos cometemos errores —repito de nuevo mi frase anterior.

Sin ir más lejos, Claudia cometió el mismo error que acaba de cometer Sam ahora, y gracias a ello tengo enfrente a esta muchachita un poco díscola y alocada a la que quiero con toda mi alma.

—No quiero tener un bebé —gime, y ahora sí me mira a los ojos con los suyos húmedos de lágrimas—. No quiero dejar de estudiar, ni de salir con mis amigos… ¡Y quiero viajar! No quiero llegar a los cuarenta años resentida porque mi hijo me impidió disfrutar de la juventud.

Sam está enumerando los sacrificios que sabe que su madre tuvo que hacer por ella, aunque la parte del resentimiento —¡y la parte de los cuarenta, por Dios! Claudia y yo solo tenemos treinta y cuatro años— se la ha sacado de la manga. Aunque probablemente sea lo que de verdad piensa.

—Sam —replico muy seria—. Lo primero de todo: tu madre no está ni resentida ni arrepentida de haberte traído al mundo. Quiero que tengas eso muy claro.

Ella sorbe por la nariz y luego se la limpia con la manga de la blusa. Yo rebusco en mi bolso un pañuelo antes de recordar que he dejado todo su contenido esparcido en mi sofá. Después de limpiarse como puede con un par de servilletas, se encoge de hombros y suelta un hipido.

—¡Soy imbécil! ¡Soy la más imbécil!

—Eh, eh, de eso nada. —Me levanto para situarme a su lado, y la abrazo—. Solo has metido un poco la pata y te has dado cuenta a tiempo. Lo arreglaremos.

—Gracias, tía Oli —susurra, y me mira con esos ojazos tan angelicales que siempre me han vuelto loca. Cuando era pequeña y hacía alguna trastada, como comerse entero el paquete de galletas de chocolate que estaban reservadas para ocasiones especiales, siempre me miraba así, con los ojos muy abiertos y cara de pena. Imposible resistirse.

Pasamos un rato allí abrazadas, en silencio. Sé que debería enviarle un mensaje tranquilizador a Miguel, pero no quiero romper el momento. Desde la barra, los dos camareros nos observan con fastidio, y comprendo que hace ya tiempo que ha pasado la hora de cerrar.

—¿Estás mejor? —le pregunto a Sam, y ella asiente levemente con la cabeza.

—¿Podemos ir a una farmacia? —inquiere ella—. Ya sabes, para comprar la píldora del día después.

—Claro que sí, si es lo que tú quieres —asiento—. Pero, Sam…, supongo que entiendes que la píldora del día después no es un método anticonceptivo.

Aunque intenta disimularlo, pone los ojos en blanco.

—Lo sé —murmura—. No es que vaya a hacerlo habitualmente, ¿sabes?

—Ya lo sé, cariño, pero entiende que es mi deber decírtelo, ¿vale?

Asiente con la cabeza. Claro que lo entiende; Sam no tiene ni un pelo de tonta.

Después de buscar en el móvil la farmacia de guardia más cercana, de aprovechar para enviarle un mensaje a Miguel y de pagar los cafés —que el camarero me cobra con el alivio pintado en el rostro—, por fin salimos a la calle. Una pregunta da vueltas en mi cabeza, pero no me atrevo a formularla. Sin embargo, debo hacerlo. Apenas sé nada del chico con el que sale Sam y no puedo entender que la haya dejado sola en esta circunstancia.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Sam explica:

—Bruno ha querido acompañarme a la farmacia, pero le he dicho que te prefería a ti.

Intuyo una pequeña manipulación. Sam debe de saber de sobra que el hecho de que me escoja como confidente por encima de cualquier otra persona me halaga en cierta manera, y no digamos ya que acuda a mí cuando necesita ayuda.

No me gusta su explicación. No se la he pedido —aunque supongo que se respiraba en el ambiente— y, por mucho que ha intentado que su tono sonase desenfadado, no ha conseguido tapar del todo un pequeño deje de decepción.

De pronto me siento un poco sobrepasada. ¿Debería investigar más sobre ese tal Bruno? Son cosas que se supone que los padres tienen que hablar entre sí, ponerse de acuerdo y actuar de la forma que consideren más adecuada. Pero yo no soy la madre de Sam. Si cometo un error que termine en desgracia no me lo podría perdonar nunca, y estoy segura de que Claudia tampoco.

—Tía Olivia —tartamudea Sam—. No le vas a decir nada a mamá, ¿verdad?

Suspiro. Dudo. ¿Debería contárselo a mi hermana? Desde hace años, cuando se hizo evidente que mi sobrina me había escogido como confidente, mi hermana y yo tenemos un trato: no es necesario que le cuente nada de lo que me confíe Sam siempre y cuando me vea capaz de llevar la situación y no sean cosas graves. De esta forma, mi sobrina puede confiar plenamente en mí y tenemos la seguridad de que siempre va a tener un adulto al que recurrir si alguna vez ocurre algo. Así siempre estaremos informadas sobre cualquier cosa que le pueda pasar.

Pero tengo dudas con esta cuestión. Al fin y al cabo, no es solo que Sam haya cometido un desliz, también me preocupa que ese chico con el que sale, ese tal Bruno, pueda convertirse en un problema. Sin embargo, no quiero darle más preocupaciones a Claudia. Bastante tiene con lo suyo. Por eso finalmente meneo la cabeza y, con una sonrisa que pretende ser tranquilizadora, respondo:

—Ya sabes que no, cariño.

—Gracias —susurra, y yo le paso un brazo por encima de los hombros mientras seguimos caminando.

—¿Sabes que has hecho muy bien decidiendo llamarme? —manifiesto, acordándome de pronto de la importancia del refuerzo positivo.

—Te envié un mensaje antes. No quería molestarte, pero…

—Tú nunca me molestas —la atajo, porque no quiero que piense que hay ninguna otra cosa más importante que ella.

—Espero no haber interrumpido nada importante.

Trago saliva. No sé qué contestar a eso, la verdad. ¿Qué pensaría de mí si supiera lo que estaba haciendo? Uf. Mejor no pensarlo.

—Nada importante —le aseguro justo cuando llegamos a la farmacia.

Junto con la píldora del día después nos dan una serie de consejos y advertencias: es probable que Sam se encuentre mal los próximos dos días. Debatimos sobre esa cuestión en el camino de regreso a su casa y llegamos a la conclusión de que, aunque la idea de que pase

dos días en mi casa no es del todo descabellada, podría resultar sospechoso a ojos de mi hermana, así que decidimos que es mejor que se quede en casa y simplemente diga que no se encuentra bien para ir a clase.

—Y cualquier cosa, me llamas, da igual la hora —le hago prometer —. Y cualquier síntoma distinto a los que nos han explicado, me lo dices también y te llevo al médico.

—Bueno, tranquila, que no me voy a tomar un cóctel de cicuta —ríe ella.

Me encanta verla más relajada.

—Lo sé, lo sé. Pero aun así…

—Sí, *mamá* —dice con cierto retintín—, te llamo *ipso facto*.

—Correcto —concluyo.

—Y ya te diré lo que me diga la ginecóloga.

Hemos hablado de la posibilidad de que haya contraído alguna enfermedad de transmisión sexual. A mí, aunque no se lo he comentado a Sam, me preocupa especialmente el virus del papiloma humano, porque tras mucho pensarlo y debatirlo con Clau, ambas habíamos decidido hace unos años no ponerle la vacuna. Como de todas maneras le tocaba la revisión dentro de poco, va a pedir hora con su ginecóloga para quedarse más tranquila.

Nos abrazamos a modo de despedida y puedo oler el dulzor de su colonia: huele como a tortitas recién hechas y casi dan ganas de comérsela. Después, mientras me alejo en dirección a mi propia casa tras descartar la idea de tomar un taxi, noto que alguien se acerca corriendo por detrás de mí y me asusto. Al girarme, veo la carita arrebolada de Sam y esta se echa en mis brazos y me aprieta muy fuerte.

—Gracias por todo, tía Olivia. Te quiero muchísimo.

Y mi corazón se salta un latido.

Capítulo 6

Llevo horas despierta, dejándome mecer por la respiración tranquila de Miguel, aunque no consigo relajarme. Los acontecimientos de la noche anterior aparecen y desaparecen de mi mente como fogonazos que me torturan sin cesar. Por una parte estoy preocupada por Sam, desde luego; pero lo que me lleva teniendo en vela la mayor parte de la noche es el no-beso de Dani. Más concretamente, todo el barullo de sensaciones que tuve ante la inminencia de un beso que no era de mi marido: todo aquel deseo por otra persona, la emoción ante lo desconocido, la urgencia de ser tocada por alguien que no fuera Miguel…

Lo poco que he conseguido dormir ha sido una tortura. Cada vez que entraba en un pequeño duermevela, el rostro de Dani acercándose al mío, con los labios entreabiertos y sus profundos ojos observándome como hacía tiempo que nadie me miraba, con la lujuria pintada en ellos, me sacaba de golpe de mi estado de semiestupor. Y entonces me sentía miserable, culpable y, sobre todo, inmensamente triste.

A mi lado, la respiración de Miguel se agita y sé que está a punto de despertarse. Me giro para observarlo con la luz que empieza a entrar a través de las rendijas de la persiana. Su familiar silueta me inspira tanto amor y ternura que no entiendo cómo puede estar pasándonos esto. No me muero por un beso suyo, no anhelo sus labios ni su cuerpo; en cambio, anoche sí suspiraba por los de otro hombre.

Recuerdo nuestro primer beso. Cuando tenía quince años formaba parte de una de las dos pandillas principales que se habían formado en la clase aquel curso. Una reunía a los alumnos a los que estudiar les parecía un rollo e iban sacando solamente algunas asignaturas a base de copiarse de los empollones en los exámenes, y estaba liderada por mi hermana. La otra juntaba a los estudiantes aplicados que no llegaban a la categoría de empollones —los cuales no

pertenecían a ninguna pandilla—, y a ella pertenecíamos Miguel, Iván y yo, aunque en realidad Iván era bastante vago, pero muy inteligente. En una de las salidas planeadas por la pandilla habíamos acudido al parque de atracciones en un soleado mes de junio para celebrar el fin de las clases. Miguel y yo habíamos entrado juntos a la Casa del Terror —lugar al que nadie más había querido entrar, argumentando cada uno ingeniosas disculpas que en realidad no se creía nadie— y después del primer susto yo le había cogido de la mano y no se la había soltado en ningún momento. Incluso después de salir de la terrorífica atracción, cuando nos acercamos a un puesto de helados para comprar un par de polos que nos refrescaran, nuestras manos no se separaron más que el breve tiempo necesario para rebuscar en nuestros bolsillos en busca de monedas sueltas. Nos sentamos en un banco y me vi obligada a sujetar mi polo con la mano izquierda porque la derecha la tenía agarrada Miguel. Lamimos nuestros dulces en silencio, observando el alegre bullicio del lugar, tranquilos y un poco expectantes. Yo no sabía muy bien qué estaba ocurriendo porque Miguel nunca me había mirado dos veces *de esa manera*. Es decir, por supuesto que éramos amigos íntimos y todo eso, pero estaba convencida de que él no había pensado en mí ni una sola vez de otra forma. Yo, por mi parte, había superado un poco el cuelgue por él del que había sido víctima hacía años, pero todavía sentía algo; lo que ocurría es que estaba convencida de que nunca podría pasar nada entre nosotros.

Cuando terminamos nuestros polos casi al unísono nos miramos sonrientes, con los labios y los dientes teñidos yo de rosa y él de verde. Divertidos, nos señalamos mutuamente y nos echamos a reír.

—¡Estás ridículo! —acerté a decir, entre hipidos.

—¡Como si tú estuvieras muy guapa! —respondió él, y en vez de prorrumpir de nuevo en carcajadas, me miró fijamente, como si me viera por primera vez.

Le sostuve la mirada tanto tiempo como pude, que no fue mucho, y quise quitarle tensión al momento sacándole la lengua y poniéndome bizca para ver si también la tenía rosa. Efectivamente, así era.

—¡Mira! —aproveché la circunstancia—. ¡Tengo la lengua de vampiro!

—A los vampiros no les gusta la fresa —musitó sin apartar la vista de mi boca. Me estaba haciendo sentir incómoda.

Me encogí de hombros e hice un puchero.

—Es igual —aseveré—. Tengo la lengua roja como la sangre.

—La tienes rosa —me corrigió—. Como los labios.

De pronto, acercó el dedo pulgar a mis labios y los rozó con cuidado. Ese simple contacto me puso los pelos de punta; era el contacto más íntimo que había tenido con un chico hasta el momento, y además venía de Miguel, ese chico al que pensaba que había olvidado en un plano romántico, ese chico que me había vuelto loca en su día y del que me había alejado temporalmente solo para que el destino nos volviera a juntar poco después.

Ese chico.

Respiré hondo, un poco temerosa de lo que vendría a continuación. ¿Iba a besarme? Me aterraba que lo hiciera porque no sabía qué debía hacer, pero me aterraba aún más que no lo hiciera.

—Bueno, tú los tienes verdes —dije, tontamente, refiriéndome a sus labios.

Asintió levemente con la cabeza y entonces su dedo pulgar bajó hasta mi barbilla y la tomó con suavidad para acercarme a él al mismo tiempo que se inclinaba hacia mí. Noté el corazón golpeándome en el pecho y sentí estallar mis tímpanos. La proximidad de su boca hizo que el estómago me diera un vuelco, como el que había sentido cuando habíamos montado en la montaña rusa hacía un rato. Cerré los ojos cuando él cerró los suyos, cuando apenas quedaba un segundo para que nuestros labios, hinchados y temblorosos, se fundieran en un beso con sabor a fresa y a menta, un beso cálido y helado a un tiempo. Él llevaba el ritmo, como en un baile que yo no conociese y durante el que me tuviera que guiar, y yo simplemente flotaba, flotaba como si el mundo entero hubiera desaparecido y solo quedara esa sensación de intimidad, de soledad en compañía. El mundo se paró aquel día, mientras yo disfrutaba de mi primer beso, regalado en un paraíso de fresa y menta.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que, jadeantes y risueños, nos separamos. Lo primero que hicimos fue mirarnos con los ojos muy abiertos por la sorpresa y exclamar, atónitos por la química que se había producido entre nosotros:

—¡Jo-der!

Seguidamente, ambos voceamos:

—¡Chispas!

Fue la primera vez que jugamos y desde entonces no hemos parado de hacerlo. Me pregunto si tal vez se encuentra próximo el momento de que dejemos de jugar a «Chispas», o de que dejemos de hablar, o de compartir una *pizza* grasienta mientras Bongo nos mira suplicante para que le demos un trocito. O de que dejemos de ir al cine, o a patinar, o a tomar unas cañas por ahí. No puedo imaginarme la vida sin Miguel, pero no sé cómo vamos a lograr arreglar esta situación.

Por fin, se revuelve y saca los brazos del embozo para estirarse a gusto a la vez que bosteza. Después, abre los ojos y se sorprende al verme observándolo.

—Buenos días —saluda con un tono que parece una pregunta.

—Buenos días —susurro, y me hago un ovillito junto a su cuerpo cálido, con los pies apoyados en una de sus pantorrillas.

Él me rodea con un brazo y me da un beso en el pelo enmarañado.

Me asalta la idea de provocarlo sexualmente, pero mi cuerpo no me lo pide; solo quiere estar aquí tumbada y no salir en todo el día.

—¿Quieres hablar?

Rectifico: solo quiero estar aquí tumbada, no salir en todo el día y permanecer en silencio. Sacudo la cabeza.

—No, pero creo que deberíamos hacerlo.

—Vale, pero antes, ¿cómo está Sam?

Le pongo al corriente de la amarga experiencia de nuestra sobrina, a la que reacciona con más disgusto del esperado, porque —esto nos lo explicó la terapeuta— la frustración sexual intensifica otros pequeños malestares. Pienso que debo enviarle un mensaje para ver qué tal le está sentando la píldora, pero ahora no es el momento. Ahora es el momento de enfrentarse a la realidad.

—¿Qué pasó ayer cuando me marché? ¿Se enfadó… Dani? —Dudo un poco al pronunciar su nombre porque el simple hecho de hacerlo me hace sentir como una traidora.

—La verdad es que se lo tomó bastante bien, con humor. Hizo un par de bromas, me deseó que todo saliera bien con Sam y se marchó.

Me pregunto qué habría ocurrido si hubiera sido Miguel el que hubiera marchado a buscar a Sam. ¿Habríamos seguido Dani y yo sin él? Me estremezco solo de pensarlo y me odio a mí misma al darme cuenta de que me estremezco no solo por lo aberrante de la idea, sino porque a una parte de mí no le importaría que hubiese ocurrido algo así.

Madre mía. Inconscientemente me alejo unos centímetros de él, porque por alguna razón el hecho de pensar en otro hombre me parece aún peor si lo hago mientras mi cuerpo está en contacto con el suyo.

—Bueno. Entonces bien —afirmo, más que nada por llenar el silencio.

Oigo que traga saliva varias veces, como quien se aclara la garganta antes de dar un discurso.

—¿Quieres…? —pregunta con la voz un poco temblorosa—. ¿Quieres intentarlo otra vez?

Instintivamente sé que mi respuesta debe ser un no rotundo, y es lo que pronuncian mis labios. Puedo notar que los músculos de Miguel se destensan, como si se sintiera muy aliviado al saber que no vamos a volver a vivir la misma situación de ayer.

Sé que deberíamos seguir hablando para aclarar toda la situación. No sé si no lo vamos a volver a intentar porque no nos ha gustado o porque Miguel ha intuido todo este volcán de sensaciones que me están matando de culpabilidad. Quizá se ha dado cuenta de lo mucho que deseaba a Dani y ha sido demasiado para él. Quizá simplemente al haber tenido un pequeño adelanto de cómo podría ir la cosa ya no le convence la idea. Y yo prefiero no preguntar porque tengo miedo de lo que pueda responder y también de lo que, asimismo, pueda preguntar. ¿Qué le iba a decir si pidiese que le confesara hasta qué punto me había gustado el no-beso de Dani?

¿Qué podría contestar si quisiera saber si he logrado sentir por un desconocido lo que no logro sentir por él? No hay nada que yo pueda responder que no vaya a hacerle un daño atroz a la persona que más quiero en el mundo.

—¿Quieres que vayamos la semana que viene a la terapeuta? —susurro con un hilo de voz, al borde de las lágrimas.

—No —responde suavemente, pero con rotundidad. Es un *no* cansado, frustrado, angustiado, proveniente de un hombre que ha perdido la esperanza.

Guardo silencio. No hay nada que pueda decir. Sé que deberíamos seguir hablando, pero no lo hacemos porque de pronto se ha abierto entre nosotros un abismo enorme, tan grande que si lográramos cruzarlo llegaríamos al otro lado demasiado extenuados como para poder recuperarnos. Pero, si no conseguimos cruzarlo, jamás podremos volver a estar juntos.

Deslizo de nuevo mis pies helados por el contorno de sus pantorrillas y, por primera vez en nuestra vida, Miguel se aleja unos centímetros de mí.

—Háblame otra vez de sus bíceps —me pide Iván, con un brillo travieso en los ojos.

Estamos tomando el vermú dominical y sé que solo intenta animarme, pero esta vez no lo consigue: lo veo todo demasiado gris. Aun así, le sigo el rollo porque no pierdo nada por intentarlo.

—Eran como los del prota de *Thor* —recito sin demasiado entusiasmo, poniendo los ojos en blanco mientras cedo a las órdenes de Bongo dándole un sinfín de caricias en la cabeza, que tiene apoyada en mi pierna.

—Vamos a ver, Olivita, que no has hecho nada malo —intenta animarme mi amigo.

—Si ya lo sé, Iván, ya lo sé. —Suspiro tan fuerte que me retiro el flequillo de la frente—. Pero esto no tiene buena pinta…

Antes de que pueda contestar, un pitido me avisa de un nuevo mensaje y me apuro a mirarlo, pensando que puede ser Sam

contestándome al que yo le he enviado antes. Y, efectivamente, es ella.

SAM: *Solo me duele un poco el estómago, así que de momento la cosa va bien.*

—Es Sam. Dice que está bien —informo con alivio.

—¿Ves, cariño? Todo se termina arreglando.

Me encojo de hombros, bastante dubitativa. Las cosas no se arreglan solas. Si Sam no se hubiera tomado la píldora del día después, *podría* quedarse embarazada, y si Miguel y yo no seguimos haciendo un esfuerzo por arreglar las cosas, *podríamos* terminar separándonos. Solo de pensarlo se me hace un nudo en el estómago y siento náuseas.

—Me preocupa Sam —comento, y no solo porque sea verdad, sino porque además así le doy un respiro del otro tema a mi abotargada cabeza—. Creo que está un poco perdida últimamente.

Iván le da un sorbo a la cerveza que ha pedido y espeta:

—¿Y puedes culparla? ¡Tiene diecisiete años! Todos estamos perdidos a esa edad.

Me muerdo el labio, pensativa. Yo no tengo la sensación de haber estado perdida nunca en mi vida, excepto en este preciso momento, pero no lo contradigo.

—No sé si todo el tema de las gemelas la tiene un poco tensa. A veces creo que piensa que Clau siente que ha desperdiciado su vida por su culpa.

—¿Pero eso te lo ha dicho ella?

Medito un instante mientras deshago un pequeño nudo que se le ha hecho a Bongo en el pelo. ¿Me ha insinuado Sam tal cosa en algún momento o es todo imaginación mía?

—No lo sé —reconozco—. Puede que solo sea una impresión.

—Bueno, date cuenta también de que no debe de ser fácil tener dos hermanastras tan puñeteras.

—¡Eh! ¡Que estás hablando de mis sobrinas! —protesto, un poco ofendida.

—Está bien, está bien, lo siento. —Pero no lo siente. De verdad piensa que Alba y Blanca son un incordio.

—Pero son sus hermanas —objeto—. No las llames hermanastras.

Se encoge de hombros con dramatismo.

—Ay, ¡cómo me fastidian los eufemismos! Tienen padres distintos, luego son hermanastras. En ningún caso el término hermanastra es peyorativo. Tú, Olivita —añade, señalándome con uno de sus largos dedos—, eres la que le da un matiz negativo a la palabra.

Como tiene razón no puedo discutírselo, pero la verdad es que «hermanas» me sigue sonando mucho mejor que «hermanastras», como si el primer término arrojase amor y ternura y el segundo odio y hartazgo.

—Bueno, obviando esa cuestión —zanjo, y enarco una ceja para impedir que Iván vuelva sobre el tema—, ¿crees que debería preocuparme?

Observo cómo Iván lía un cigarrillo con manos diestras mientras sopesa la respuesta. Finalmente responde con convencimiento:

—No. Creo que Sam es una adolescente perfectamente normal, que se meterá en líos como cualquier otra adolescente normal y a la que afectan cosas que afectarían a cualquier otra adolescente normal. —Y me saca la lengua con desparpajo.

Bueno. Yo no lo tengo tan claro, pero he de reconocer que no soy muy objetiva en los temas relacionados con el bienestar de Sam, así que puede que Iván tenga razón. Para cambiar de tema, le pregunto por Ramón justo cuando se está encendiendo el cigarrillo y le sobreviene un ataque de tos. Bongo levanta la cabeza para observarlo, un poco molesto.

—Vas a flipar, reina —responde finalmente cuando es capaz de respirar de nuevo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

En vez de contestar, manipula su móvil buscando algo y, cuando lo encuentra, me lo tiende. Lo sujeto entre las manos y, cuando me doy cuenta de lo que estoy viendo, casi se me cae al suelo.

—¡Joder! —bramo—. ¿Qué coño…?

—¡Lo sé! ¿No es para morirse? —se ríe él y da una enorme calada.

Lo miro con los ojos muy abiertos, muy seria.

—Iván… —comienzo a advertirle con voz suave, pero él me corta por lo sano.

—Lo sé, lo sé. Te juro que yo no he hecho nada.

En ese momento pasan al lado de nuestra mesa un par de mujeres en la cincuentena y, cuando la mirada de una de ellas tropieza por casualidad con la imagen que muestra a todo color el móvil de Iván, me apresuro a bloquearlo. Me dirige una mirada ligeramente sorprendida y continúa su camino sin decir nada.

—Pues no es muy normal que te envíe fotos de su… —Estoy a punto de decir «pilila», imitando a mi madre, pero me contengo a tiempo.

—De su miembro —termina Iván por mí, y lo miro con sorpresa.

—¿Miembro? —Me entra la risa floja y, tras un par de minutos sin parar de reírme, noto lo bien que me sienta hacerlo; me relaja y me hace pensar que las cosas no están tan mal con Miguel.

Iván espera con paciencia a que se me pase mi exagerado ataque de risa —reconozcámoslo: no era para tanto— y luego sentencia:

—Tú estás hiperansiosa.

Doy un sorbo pequeño a mi cerveza, maldiciendo lo bien que me conoce y lo difícil que es ocultarle nada.

—¿Lo dices porque me río como una histérica solo porque has dicho la palabra *miembro*?

—Entre otras cosas —responde, exhalando el humo por la nariz—. Pero, volviendo al tema, no es nada normal, no. Quiero decir… ¿Pasamos un fin de semana supersexual hace siglos y ahora que *yo* tengo pareja no lo respeta?

Conozco ese tono. Conozco esa perorata. Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Porque tú le has dicho que tienes novio, ¿verdad? —inquiero.

Observo cómo su nuez baja y sube al tragar saliva.

—A ver, pues más o menos, Olivita.

—No, ¡ni más o menos ni nada! —chillo—. Iván, ¡tienes que decírselo!

Le da la última calada al cigarro y aplasta la colilla contra el cenicero de forma hexagonal que está en el centro de la mesa.

—Lo voy a hacer, tranquila, que no va a pasar nada.

Quiero creerlo, de verdad que sí. Pero es que Iván no es un hombre fiel por naturaleza. Entiendo que su apetito sexual supere al

de la media de la población, pero eso no es excusa para engañar por sistema a sus parejas. Siempre he pensado que le iría mejor una relación abierta, pero no quiere ni oír hablar del tema. Es, como yo, una persona bastante celosa.

—Pero al menos le has dicho que no tienes intención de quedar con él, ¿verdad?

—¡Claro, ya te dije que sí! —se ofende, y sé que dice la verdad.

—¿Y qué piensas hacer? —quiero saber.

Él sacude la cabeza.

—Es que es mi media naranja sexual, Olivita, ya lo sabes…

Le lanzo una mirada de advertencia.

—Recuerda que estás loco por Nacho.

Pone los ojos en blanco y aguanta con estoicismo la embestida que recibe su silla por culpa del carrito de la compra que transporta una mujer con cara de mala leche.

—Pues claro que estoy loco por él, pero… —Recoge su móvil de la mesa, lo desbloquea y mira con pesar la fotografía de marras—. ¡Mira *esto*, Olivita!

Aunque no sea de mi incumbencia, hay que reconocer que el tal Ramón está bastante bien dotado —por algo Iván le puso el sobrenombre de Ramón el del pollón—, pero como no quiero echar leña al fuego me limito a encogerme de hombros.

—No es para tanto —opino.

Iván abre los ojos como platos.

—¡Hostias! —se asombra, y ante mi mirada de perplejidad, se explica—: Me consta que tú solo has visto un rabo de carne y músculo en tu vida, cariño. Eso quiere decir que a ese adonis tuyo no le falta de nada, ¿no?

Lo miro con cara de póquer.

—He visto muchas pelis porno —explico, y mira tú por dónde, después de haber visto la mitad de los vídeos sobre tríos que pululan por internet, no es del todo mentira.

Noto cómo se desinfla.

—Buah, esos no cuentan, cielo. ¡Qué decepción tan grande! Pensaba que Miguel escondía un gran tesoro en sus pantalones y resulta que solo posee un par de monedillas.

—¡Oye! —protesto enérgicamente—. ¡Yo no he dicho eso!

Estoy a punto de iniciar una extensa perorata sobre lo orgulloso que puede estar Miguel con todos sus atributos cuando me doy cuenta de que mi amigo se está partiendo de risa.

—¡Eres tan fácil de picar, Olivita!

—Cierra el pico —espeto, medio en serio, medio en broma—, y no te escaquees, anda.

Bloquea su móvil y lo deja de nuevo encima de la mesa.

—Es que a veces me gustaría…, no sé, cambiar un poco de menú —confiesa, señalando el móvil que ahora tiene la pantalla apagada.

—No se puede tener todo —objeto. No hago más que obedecer las instrucciones que me dio en su día, las relativas a intentar frenarlo todo lo posible en los momentos en los que tenga pareja y su sentido de la fidelidad comience a flaquear—. Nacho y tú os queréis muchísimo. No puedes dejar que un tío cualquiera ponga tu vida patas arriba solo porque te ha enviado una foto guarra.

—¡Pero es mi media naranja sexual! —protesta.

—Y Nacho es tu media naranja sentimental, tú mismo lo dijiste, ¿no es cierto?

No le hace falta pensarlo mucho rato; es algo que me ha confesado en numerosas ocasiones. Tal vez no con esas mismas palabras, pero venían a decir lo mismo.

—Sí que lo es —concede, finalmente.

—Si crees que no vas a poder serle fiel deberías decírselo —opino.

Puedo ver el espanto en su mirada.

—Está bien, le diré a Ramón que estoy fuera del mercado. No quiero renunciar a Nacho —anuncia finalmente, con voz convencida.

—Hazlo ahora —sugiero, y le hago una seña al camarero para que nos traiga otra ronda sin preguntarle a Iván, que me mira dubitativo. Insisto—: Ahora.

—Vale, vale, está bien, pesada —dice con fastidio volviendo a coger el móvil.

Mientras se toma su tiempo para redactar el mensaje, yo aprovecho para consultar también mi teléfono y me siento decepcionada cuando veo que Miguel no me ha enviado ningún mensaje. Normalmente, aunque cada uno disfrute por su lado de las

mañanas de los domingos, intercambiamos alguno. Así que le escribo:

YO: *Hola!! Qué tal va la mañana? Nosotros vamos a por la segunda ronda. TQ!!*

En cuanto lo envío aparece el camarero, que cambia nuestras copas vacías por otras llenas de espumosa cerveza.

—A ver qué te parece —comenta Iván, dejándome leer el texto que ha redactado.

IVÁN: *Ey, Ramón, me alegra saber de ti, pero tengo que decirte que tengo pareja.*

—Perfecto —opino, porque me lo parece: no hace ninguna alusión a su foto y no le da pie a seguir con ningún jueguecito.

Gesticulando exageradamente, haciendo gala de un dramatismo innato en él, pulsa el botón de enviar y acto seguido deja el aparato en la mesa.

—Pues hecho.

Levanta su vaso con la clara intención de brindar y me uno a él. Entrechocamos nuestras consumiciones con suavidad y Bongo, como si supiera de qué va la cosa, se levanta y se acerca al bebedero que tienen puesto a la puerta del establecimiento para el disfrute de cualquier mascota. Sin quitarle ojo de encima doy un trago a mi bebida al mismo tiempo que mi móvil vibra indicándome la llegada de un mensaje. Iván se disculpa para ir al baño y yo aprovecho para leerlo:

MIGUEL: *Hemos perdido y ahora vamos a ducharnos. Te veo en casa. Bss.*

Es como un jarro de agua fría. ¿Besos? ¿Dónde está mi «Te quiero»? Ya sé que no nos lo decimos en todos los mensajes, pero en este preciso momento necesitaba que me lo dijera, necesitaba sentirme segura porque siento que lo estoy perdiendo y no sé cómo lo puedo recuperar. Además, mis hombros se hunden bajo el peso de la culpabilidad por lo que ocurrió —o *no* ocurrió— con Dani. Creo que Miguel es plenamente consciente de que me hubiera acostado con ese hombre sin pensármelo dos veces y sin que la intervención de mi marido fuese necesaria, y aunque no puede culparme de algo

que es consecuencia directa de una idea que se le ha ocurrido a él, tampoco puede perdonármelo. Por mi parte, yo no pienso sacar el tema, porque si efectivamente él se siente así, no podría decirle nada sincero que le hiciera sentir mejor.

Releo de nuevo el mensaje y después observo cómo Bongo regresa del bebedero y se tumba perezosamente a mi lado, con parte de su costado pisándome el pie. Por un segundo me pregunto qué ocurriría con él en el caso de que Miguel y yo nos separásemos, y solo el hecho de pensar que eso pudiera suceder, de imaginarme mis días y mis noches sin mi marido, hace que me estremezca. No quiero estar sin él, pero no sé si es aún peor estar con él de esta manera.

Capítulo 7

El lunes me paso por casa de Claudia después del trabajo. Cuando me abre la puerta percibo un ligero rubor en sus mejillas que le dan un aspecto fresco y sano, algo que no veía en ella desde antes de que nacieran las gemelas.

—¡Ey! —no puedo evitar exclamar, asombrada.

—Hola a ti también —responde con sorna.

También es la primera vez que la veo hacer una broma desenfadada en mucho tiempo. La observo con curiosidad: incluso se han mitigado ligeramente las arruguitas que empezaban a surcar su ceño, siempre fruncido. Es casi como mirarse en un espejo, como antes. Si nos vistiéramos para ir de fiesta, la gente volvería a llamarnos *las gemelas buenorras*, seguro.

Dudo mientras ella cierra la puerta a mis espaldas y me invita a pasar al salón, donde las gemelas están jugando en el amplio parquecito que les regalé hará un mes. ¿Debería preguntarle a qué se debe su mejoría? ¿Es consciente, acaso, de ella? Cuando se vuelve de nuevo hacia mí veo que, a pesar de la indiscutible mejora, todavía persiste un halo de tristeza y fatiga en sus ojos y decido no decir nada.

—Las veo muy tranquilas —comento, refiriéndome a las pequeñas, y entonces me doy cuenta de que a lo mejor mi hermana tiene mejor aspecto precisamente por eso.

—Sí, la canguro me ha dicho que han pasado una mañana muy relajada —responde con alivio. Y, después, con lo que es sin duda esperanza, añade—: Tal vez estén cambiando y a partir de ahora sea siempre así.

—Puede —replico, aunque no muy convencida. Luego, como quien no quiere la cosa, pregunto—: ¿Está Sam en casa?

Mierda. Demasiado directa. Mi hermana me dirige una rápida mirada de sospecha y preocupación. Y ahí están de nuevo esas

arruguitas en su ceño. Mientras se sienta en el sofá y me invita con un gesto a imitarla, susurra:

—Qué coincidencia que justo el día que no va a clase por estar indispuesta aparezcas tú preguntando por ella.

Suspiro. La verdad es que el arte del disimulo nunca ha sido lo mío. Aun así, lo intento:

—Bueno, me paso muchas veces por aquí, no sé de qué te extrañas, Clau. —Me percato de que mi afirmación suena más como una pregunta, lo cual le resta bastante credibilidad.

—Ya, pero nunca preguntas por ella porque das por hecho que está en clase. Nunca has sabido mentir, Olivia.

No lo dice enfadada, ni mucho menos, pero me dan ganas de disculparme. No lo hago porque parecería todavía más sospechoso, ¿no?

Tiene razón: el motivo de mi visita de hoy es principalmente ver cómo está Sam, pero podría haber sido más cuidadosa. Me consuelo pensando que tengo la cabeza en otro sitio con la situación que estamos viviendo Miguel y yo, aunque en el fondo sé que en cualquier otra circunstancia también habría venido por aquí con tanto disimulo como un elefante en una cacharrería.

—¿Debería preocuparme? —inquiere, y en sus ojos puedo ver la inquietud.

¿Debería contárselo? Aunque Claudia y yo tengamos ese pacto acerca de no traicionar la confianza que Sam deposita en mí, no sé si esta vez debería quedarme callada. Vale, mi sobrina ha cometido una estupidez, pero no es tan preocupante, ¿no? Es decir, si la cosa se le hubiera ido de las manos y se hubiera quedado embarazada, entonces sí se lo tendríamos que decir a Clau, por supuesto. Pero ¿esto? ¿Es lo suficientemente grave?

Mi hermana me mira suplicante y puedo ver que está deseando que le diga que no, que no pasa nada grave, que puede seguir disfrutando del inesperado día de calma. Es como si hoy estuviera vislumbrando la vida que podría tener si su depresión por fin desapareciese y no quisiera que yo se lo fastidiase dándole malas noticias.

—Nada de qué preocuparte, todo controlado —le prometo con el tono de voz más seguro que consigo, y ella asiente con la cabeza, aliviada. No sé si de verdad me cree o no, pero lo deja pasar y de pronto me siento tremendamente asustada. ¿Y si a Sam le ocurre algo porque yo no he dicho las cosas a tiempo? ¿Y si este error no es más que el primero de toda una serie de ellos que terminan con mi sobrina en la cárcel o algo peor?

Uf, Oli, frena. La chica solo ha tenido sexo sin protección, no ha secuestrado a nadie, por Dios. Aun así, creo que debería estar más pendiente de ese novio suyo, Bruno. No me da buena espina.

Después de hacerles un par de carantoñas a las gemelas, intentando no jalearlas demasiado para que no entren en su estado de excitación habitual, me dirijo a la habitación de Sam y golpeo con delicadeza la puerta con los nudillos.

—Pasa —me da permiso una voz grave desde el interior.

Cuando entro me recibe la penumbra y un cierto tufillo a olor corporal. La cabeza de mi sobrina, coronada por su espesa mata de cabello, reposa en la almohada y el resto de su cuerpo está bien arropado bajo la sábana y una manta fina de color morado y aspecto muy suave.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunto en voz bajita mientras me acerco a ella y le cojo de la mano.

—Uf, la verdad es que hoy estoy un poco peor —confiesa, y me doy cuenta de que tiene el pelo enmarañado y sucio—. He estado vomitando casi toda la noche. Pero no me riñas, tiíta, por favor —añade en el tono que reserva para situaciones así. Situaciones en las que me quiere hacer chantaje emocional, vamos.

—No te voy a reñir, pero me prometiste que me llamarías si te encontrabas peor —susurro.

Ella hace un puchero.

—Eso es reñirme.

Pongo los ojos en blanco. ¡Será manipuladora, esta sobrina mía!

—Además, ¿de qué me hubiera servido llamarte? ¿Qué habrías hecho? ¿Venir aquí de madrugada para recogerme el pelo mientras vomitaba? —razona—. No hubiera resultado nada sospechoso, no…

—Tienes razón. Pero esta mañana…

—Me la he pasado durmiendo entera, tía Oli, prácticamente acabo de despertarme. —Como para probarlo, se estira con pereza. De pronto pregunta, asustada—: No le has dicho nada a mamá, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Puedes estar tranquila. Pero…

—… Que no se vuelva a repetir, ya, ya, ya lo sé. ¿Crees que me quedan ganas de repetir? —inquiere con sorna, y no puedo evitar reírme.

—No, creo que has aprendido la lección.

Pasamos un ratito hablando de cosas intrascendentes, centrándonos en el último episodio de *Crazy Ex-Girlfriend,* y cuando a Sam se le empiezan a cerrar los ojos de puro cansancio le doy un beso en la frente, como cuando era pequeña y tenía pesadillas, y salgo con sigilo de su habitación. Al llegar al salón encuentro a mi hermana jugando relajadamente con las gemelas, con una sonrisa amplia que le ilumina todo el rostro; debe de ser la primera vez que de verdad puede disfrutar de estar con ellas, como si se hubiese quitado una losa de encima y ahora se moviera con más ligereza y dinamismo. Sonrío. Me alegra mucho verla así. Tal vez ha logrado, finalmente, superar su depresión sin ayuda profesional. A lo mejor ella tenía razón y solo necesitaba tiempo. Sea como sea, me alegro de tener a mi hermana de vuelta.

El miércoles, después de que Sam me asegure por quinta vez que ya está del todo bien y me convenza de que resultaría muy sospechoso que la visitara en su casa por tercer día consecutivo, me decido a ir a buscar a Miguel al gimnasio con la esperanza de normalizar un poco nuestra situación a base de hacer cosas habituales en nuestra rutina. Es irónico pensar que antes quisiéramos salir de la rutina para solucionar nuestros problemas y ahora quiera volver a ella con la intención de recuperar lo que teníamos. Irónico y triste, porque ahora me conformo con eso, me conformo con estar como estábamos aunque pesara sobre nosotros ese gran vacío sexual. Pero ahora es todo mucho peor, tanto que lo

de la falta de sexo me parece una nimiedad comparado con la distancia emocional que de pronto se ha interpuesto entre nosotros.

No hemos hablado de ello, y me asusta. Nosotros siempre lo hemos hablado todo y, aunque no siempre se han solucionado los problemas, al menos nos sentíamos unidos, como dos personas luchando por un objetivo común. Ahora es todo lo contrario: somos dos personas luchando cada uno por su lado en la más absoluta soledad.

No sé cómo hemos llegado a este punto. Todo cambió el día del malogrado trío, como si la realidad nos hubiera golpeado cruelmente y nos hubiera dejado fuera de combate; esa realidad que dicta que yo podría, en este mismo momento, acostarme con cualquier otro hombre sin pensar ni por un segundo en mi marido. ¿Qué dice eso de mí, de nosotros? La respuesta es demasiado aterradora como para pronunciarla en voz alta y creo que por eso permanecemos callados; en el momento en el que uno de los dos lo diga, todo cambiará. Toda la vida que hemos construido, nuestros sueños, nuestro proyecto de ser padres, todo se quedará reducido a escombros.

Intento apartar este pensamiento de mi cabeza cuando me dirijo a paso lento a la cafetería enfrente del gimnasio donde suelo tomarme un té mientras espero a que Miguel salga. Esta vez no le envío un mensaje para que sepa que estoy aquí, sino que me siento en una mesa junto a la ventana desde la que pretendo verlo en cuanto salga y así darle una sorpresa.

Cuando la camarera me trae y me cobra el té intento relajarme observando el exterior: personas que van con prisa y prácticamente tropiezan con el resto de la gente en la estrecha calle; adolescentes cargando con pesadas mochilas mientras escuchan música en sus dispositivos móviles; madres primerizas con cara de susto que llevan a sus retoños en sus flamantes carritos; autobuses repletos de gente cansada que regresa a sus casas después de una intensa jornada laboral.

—Hola.

Una voz a mis espaldas interrumpe mis pensamientos. Me giro para ver quién me saluda, porque la voz me resulta familiar, pero no

termino de reconocerla. Cuando lo veo, la boca se me queda seca y el corazón empieza a latirme muy deprisa. Pasan unos bochornosos segundos durante los que no soy capaz de decir nada. Después, cuando logro tragar saliva, grazno:

—Hola.

Él me sonríe desde su altura y me siento muy pequeñita. Siempre me siento vulnerable al charlar con alguien que está de pie y yo sentada. Observo sus ojos marrones, los mismos que me miraban con lascivia hace tan solo unos días, los mismos que vi aproximarse mientras se inclinaba a mí para besarme y…

Uf. Trago saliva de nuevo con dificultad. No sé qué decir. ¿Qué se dice en estos casos?

—Qué casualidad vernos aquí —tartamudeo finalmente.

¿Lo invito a sentarse conmigo? Una parte de mí desea hacerlo, y no solo para acabar con mi posición de vulnerabilidad mientras él está de pie.

—No te creas —responde con picardía, y me guiña un ojo.

Me sorprende su desparpajo. ¿Acaso él no se siente incómodo? ¿Será que ha participado en muchos tríos frustrados? A lo mejor es habitual en ese mundillo, yo qué sé. «¿Qué mundillo, Oli?», me increpa mi vocecilla fastidiosa, «¿el mundillo de Christian Grey?». ¿Y a qué viene ese «No te creas»?

Observo cómo le hace una seña a la camarera para que le traiga un café y, sin pedirme permiso, se sienta a mi lado. El pulso se me acelera. Joder, Oli, céntrate, no es más que un ser humano.

Sí, pero un ser humano que el otro día estuvo a punto de besarme y quién sabe cuántas cosas más y… Trago saliva de nuevo, avergonzada. Parezco una adolescente atontada por Justin Bieber. Tengo que tranquilizarme y comportarme como una persona adulta, aunque cueste hacerlo cuando has quedado como una imbécil en vez de quedar como una diosa del sexo, sinceramente.

—Siempre tomas un café aquí cuando vienes a buscar a Miguel al *gym* —afirma, mirándome fijamente a los ojos, tan fijamente que casi me siento como si me estuviera desnudando.

Algo en mí se remueve y con pesar reconozco que es deseo. Es increíble que no desee a mi propio marido, pero sí a este cachitas de

gimnasio que encima va de listo y enterado.

—Té —lo corrijo.

Dani enarca las cejas y señalo mi taza.

—Siempre tomo un té aquí cuando vengo a buscar a mi marido al gimnasio —aclaro, victoriosa, haciendo hincapié en la palabra *marido*.

Él sonríe, y cuando la camarera le sirve su café, le guiña un ojo con desparpajo. La muchacha está a punto de perder las bragas. Madre mía.

—Bueno, pues té. Tampoco me he fijado tanto —se ríe, y por algún motivo me ofende, porque si me ha estado observando debería saber que tomo té, ¿no? Joder. Algo no va bien, no estoy siendo racional. Quiero que este hombre se sienta atraído por mí, pero al mismo tiempo quiero alejarlo.

—Pues nada —digo, solo por romper el silencio incómodo que se produce.

—Cuando Miguel me propuso…, ya sabes —dice, con un brillo travieso en los ojos—, yo ya sabía cómo eras tú. Te he visto por aquí muchas veces, pero nunca nos han presentado.

—Qué bien —digo, sin entusiasmo, aunque me muero por saber más. ¿Ya sabía cómo era yo? ¿Y qué demonios significa eso?

—Por eso le dije que sí —concluye, justo antes de dar un trago a su café.

Lo miro con sorpresa. ¿Por eso le dijo que sí? ¿Porque sabía cómo era yo? Eso quiere decir que le gusto, ¿no?

¡Joder, Oli, para ya! ¿Y qué más da si le gustas? ¿A quién le importa?

Pues a mí. Por alguna extraña razón, me importa.

Miro alrededor. Un par de chicas están mirando con descaro a Dani y no es difícil adivinar por qué. Aunque el sábado ya sabía que era muy atractivo, con los nervios no me había dado cuenta de hasta qué punto. Es uno de esos chicos que levantan pasiones, como quien dice. Lo más ajustado que puedo decir sobre su físico es que está muchísimo más bueno que el prota de *Thor*, sin ninguna duda. Si Thor es, digamos, un diez, Dani es por lo menos un treinta. Lo siento, Chris Hemsworth.

Y lo tengo sentado a menos de veinte centímetros y me está diciendo que estaba dispuesto a hacer un trío solo por mí.

Entonces se acerca a mí y casi me susurra al oído:

—Me moría por comerte la boca.

Podría entender que una adolescente se volviera loca con una afirmación así, pero… ¿por qué también surte efecto en mí, una mujer hecha y derecha de treinta y cuatro años, que nunca ha tenido problemas de autoestima y siempre ha gozado de un montón de admiración masculina? ¿Por qué me afecta lo que me diga un obseso del gimnasio?

Sus labios tropiezan durante un solo segundo con el lóbulo de mi oreja y ahí está, la palpitación que me indica que me acabo de excitar. Me cabreo conmigo misma y también con Dani, con él por hacerme esto y conmigo por ser tan imbécil. Porque, por mucho que me pese, aunque sé que es una absoluta gilipollez, en este preciso momento me tiraría a Dani sin pensármelo dos veces. Me darían igual sus aires de *sex symbol* y su absoluta seguridad en sí mismo, su ego desmedido al saberse deseado por la mitad de las mujeres de esta cafetería y su tontorrona zalamería. Tendría una apasionada sesión de sexo con él hasta quedarme del todo saciada, y luego seguiría con mi vida como si nada, cada uno por su lado, porque desde luego no es su personalidad lo que me atrae, ni mucho menos.

Entonces, cuando abro los ojos —ni siquiera me había dado cuenta de que los hubiera cerrado—, mi mirada tropieza con la de Miguel, que me observa desde el exterior, justo desde la puerta del gimnasio. Menea la cabeza con tristeza y echa a andar en dirección contraria a la cafetería. Me pongo en pie de un salto y Dani exclama algo, pero no le hago caso. Solo pienso en salir de allí corriendo y alcanzar a mi marido. Mientras me cuelgo el bolso del hombro me percato de que estoy un poco húmeda, y eso me hace sentir todavía más culpable porque el causante ha sido Dani. Ha sido Dani mientras mi marido, de cuya existencia me he vuelto a olvidar durante unos vergonzosos segundos porque otro hombre me susurraba al oído cosas que no debía, me miraba muerto de pena. Consigo abrirme paso entre las mesas con torpeza y cuando salgo a

la calle echo a correr hacia él, gritando su nombre hasta que por fin lo alcanzo.

—¡Eh, se me ocurrió venir a buscarte, como siempre! —jadeo cuando llego a su altura.

Él sigue caminando sin hacerme caso.

—¿No vas a parar? —le digo, cogiéndolo del brazo.

Se gira y no estoy preparada para ver que los ojos le brillan, como si estuviera a punto de llorar.

—Oh, cariño… —digo, y voy a envolverlo en un abrazo, pero él me rechaza. Me quedo muda.

—¿Qué hacías con ese? —espeta con rabia.

—Yo te estaba esperando. Él vino a mi mesa —tartamudeo, y sé que suena a excusa.

—¿Y qué te estaba susurrando al oído, Oli? —inquiere con los dientes apretados.

Nunca lo he visto así antes. Siempre hemos dicho, con muy buen tino, que yo soy la celosa de la relación. ¿Por qué de pronto él está perdiendo los papeles?

—No lo sé, cualquier chorrada —me invento.

—Mientes —farfulla él, intentando contener su rabia—. Y tú nunca me has mentido.

Tiene razón. Aparte de alguna que otra mentirijilla piadosa que en realidad no se llegaba a creer, nunca le he mentido en ninguna cuestión importante.

—Vale. Me ha dicho que quiso hacer el trío porque ya sabía cómo era yo —reconozco.

Me mira unos segundos y yo siento como si el mundo siguiera su curso mientras nosotros nos quedamos inmovilizados: la gente pasa por nuestro lado, rozándonos ligeramente con los hombros, y nosotros, inmóviles, nos miramos fijamente a los ojos.

—Y te ha gustado, ¿verdad? —exige saber.

No sé qué responder a eso. No debería mentirle, es absurdo, pero no puedo decirle la verdad, no puedo confesarle que sí, que tengo ganas de tirármelo hasta quedarme exhausta, no puedo confesarle que deseo tener una maratón de sexo con otro hombre, cuando resulta que con él apenas soy capaz siquiera de lograr que mi

cuerpo responda. ¿Cómo voy a decirle eso? ¿Qué clase de persona cruel sería si se lo dijera?

—Ya tengo mi respuesta —dice, finalmente, como reacción a mi largo silencio.

De pronto es como si Miguel hubiera envejecido cinco años y sé que su mundo se acaba de desmoronar y, por lo tanto, el mío también. No tengo fuerzas para perseguirlo cuando echa a andar de nuevo con paso firme porque nada de lo que pudiera decirle podría aliviarlo.

Cuando su silueta se pierde en el horizonte me doy cuenta de que me he puesto a temblar. Una mujer que pasa a mi lado me pregunta amablemente si me encuentro bien y consigo mascullar una poco creíble respuesta afirmativa. Echo a andar sin rumbo, abrazándome a mí misma, presa de un súbito frío. Entonces me percato de que me he dejado olvidada mi cazadora en la cafetería. No me apetece volver allí y, tal vez, encontrarme de nuevo con Dani, así que decido llamar por teléfono y pedirles que me la guarden hasta el día siguiente. Después llamo a Iván.

—¿Qué ha pasado? —responde al segundo tono con urgencia.

Normalmente solo nos comunicamos a través de mensajería excepto para cosas muy importantes, lo que suele traducirse en desgracias.

—No es nada grave —intento tranquilizarlo, pero el hilo de voz que me sale es tan titubeante que en realidad parece que alguien cercano haya muerto—. ¿Estás en casa?

—Sí. ¿Dónde estás tú?

—¿Puedo ir a tu casa? —inquiero, ignorando su propia pregunta.

—¡Por supuesto, reina! ¿Quieres ir charlando por el camino?

Le digo que prefiero contárselo todo cuando llegue y me dirijo hacia allí a un paso tan rápido que llego en menos de veinte minutos, cuando lo normal hubiera sido media hora. Me recibe vestido con un chándal feísimo de color amarillo chillón que le queda espantosamente y me da un fuerte abrazo con olor a vainilla. Me hace pasar con grandes aspavientos y entonces veo a Nacho en la salita de estar, a punto de recoger su abrigo del brazo del sofá.

—¡Oh! —exclamo, aturdida por mi estupidez—. ¡Lo siento, no me paré a pensar que tal vez estuvieras aquí!

—Estaba a punto de marcharme —responde Nacho con una sonrisa, y después de coger su abrigo, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla—. No has interrumpido nada —me asegura en un susurro, y en ese momento deseo de verdad que Iván lo conserve en su vida, porque este hombre es un amor.

—Gracias —respondo en voz bajita, y consigo dedicarle una sonrisa, aunque más bien me ha salido un puchero.

Cuando Nacho cierra la puerta a sus espaldas después de despedirse de Iván con un apasionado beso, mi amigo se vuelve hacia mí con los brazos extendidos.

—Acabo de hacer un bizcocho. ¿Quieres un poco?

Niego con la cabeza. No puedo probar bocado; apenas puedo tragar mi propia saliva.

Sin decir nada, me refugio en sus brazos y rompo a llorar. Lloro tanto que me parece imposible que mi cuerpo pueda almacenar tanto líquido. Iván aguanta estoicamente e intenta tranquilizarme con una voz suave que suele reservar para los niños más pequeños mientras me acaricia la cabeza con ternura. Tontamente pienso que mi pelo va a impregnarse del aroma dulzón que desprenden sus manos y que cuando llegue a casa Miguel estará olisqueándome la cabeza durante media hora, como hace cada vez que me lavo el pelo con champú con olor a vainilla. Pero cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que va a pasar cuando llegue a casa, mi llanto comienza a mezclarse con violentos hipidos y paso así otro ratito. Cuando estoy exhausta de tanto llorar me separo un poco del hombro de mi amigo y veo que le he llenado de mocos su feo chándal. Me separo y, con un amago de sonrisa, afirmo:

—Ahora ya tienes una excusa para cambiarte ese chándal tan horroroso que llevas.

Iván hace uno de sus gestos teatrales, fingiéndose ofendido.

—¿Esta monada? —replica finalmente, haciendo un barrido por su cuerpo con las manos. Se da la vuelta y menea el trasero con un limitado salero—. ¿Pero tú has visto qué culito me hace?

No puedo evitar que me brote una sonrisa. Iván *siempre* consigue que termine riéndome. Solo que esta vez la risa se mezcla con el llanto que de nuevo escapa de mis pulmones, y de pronto los dos volvemos a estar abrazados, yo con la mejilla pegada en el mismo lugar que le he llenado de mocos instantes antes.

No sé cuánto tiempo transcurre, pero cuando creo que ya no me quedan más lágrimas vuelvo a separarme de él con una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—Puedes cambiarte —opino—. Ya no voy a llorar más… Creo.

—Bueno, por si acaso me lo dejaré puesto, porque ahora mismo vas a reponer líquidos. —Me guía hasta el mullido sofá de la salita, donde me dejo caer, muerta de cansancio—. Quédate aquí, enseguida vengo.

Rebusco un pañuelo en el bolso, a mi lado en el sofá, y mis ojos tropiezan con el móvil. ¿Me habrá enviado un mensaje Miguel? Dudo unos instantes si mirarlo o no, consciente de que, en el caso de que no lo haya hecho, probablemente comenzaré a llorar de nuevo como una Magdalena. En esa diatriba estoy cuando Iván reaparece en la salita portando una bandejita que contiene dos tazas con sendas bolsitas de té en su interior y dos trozos de un bizcocho que huele igual que sus manos.

Estaba equivocada al pensar que no iba a conseguir ingerir nada. Después de pellizcar el bizcocho con desgana y llevarme unas migas a la boca, se me abre un apetito voraz y me lo zampo en menos de un minuto.

—¿Quieres más? —pregunta Iván, un poco alucinado.

—No, gracias —respondo, y rodeo la taza de té con las manos, pensativa.

—¿Quieres contarme qué ha ocurrido? —me pregunta con suavidad.

Asiento con la cabeza.

Y se lo cuento: mi encuentro con Dani en la cafetería, mis estúpidos sentimientos de quinceañera por él, lo que él me dijo y, lo peor de todo, la conversación con Miguel.

—¿Por qué crees que está tan celoso? —le pregunto a mi amigo—. Nunca lo ha sido. Lo conoces. Y no es que sea la primera vez que le

intereso a otro tío.

Él termina el último pedazo de bizcocho y me mira sopesando la respuesta.

—Bueno —anuncia, finalmente—. Yo veo una diferencia principal con respecto a otras ocasiones, cariño.

Lo miro expectante, como si no supiera de sobra la respuesta.

—¿Hace falta que te lo diga? —pregunta, enarcando las cejas.

—¿Que es evidente que a mí también me atrae él? —inquiero con fastidio.

—¿Y…?

—¿Y que estuvimos a punto de montárnoslo delante de Miguel?

—Eso es lo de menos —opina—, porque lo teníais hablado, pero sí, también influye. ¿Qué más?

—¿Que cree que puede perderme? —lo intento.

—¿Por qué podría él pensar eso? —me hace razonar Iván mientras se lía un cigarrillo lentamente. Sé que no se lo va a fumar porque evita hacerlo en casa, pero es incapaz de mantener una conversación sin tener algo en las manos.

—Porque… ¿quiero acostarme con otro tío? —pruebo.

No es la respuesta correcta, lo sé. Pero no quiero decirlo en voz alta. Si lo digo en voz alta se hará más real. Como si me leyera el pensamiento, Iván me advierte:

—Sabes que solo por no hablar de un problema no significa que este no exista, ¿verdad?

—Es justo lo contrario; solo lo magnifica más —respondo automáticamente.

Ya, pero una cosa es la teoría y otra la práctica.

—Dilo —me exige Iván.

Noto cómo me tiemblan las manos. Tengo miedo de romper la taza, así que la poso con delicadeza en la mesa.

—Dilo.

Trago saliva y pienso en Miguel, en nuestra vida juntos, en nuestro primer beso, en nuestro primer te quiero. En cómo serían nuestros hijos si los tuviéramos.

En cómo habrían sido de haberlos tenido. Porque ya es tarde para eso, ¿verdad?

—¡Dilo!

—¡Porque no lo deseo, joder! —exclamo—. ¡Tiene miedo de perderme porque sabe que no lo deseo!

—¿Y tú, Oli?

Y ahí está la otra parte de la mentira que nos hemos estado ocultando mutuamente. Con un hilo de voz, confieso:

—Sé que no me desea. Sé que querría estar con otras mujeres. Y tiene derecho, Iván, tiene derecho… Tiene derecho y yo solo se lo estoy quitando.

De nuevo comienza el torrente de lágrimas. Iván deja el cigarro que acaba de liar encima de la mesa y se acerca a mí para mecerme de nuevo entre sus brazos.

—Y tú también tienes derecho, Oli, tú también. Esto os lo estáis haciendo mutuamente, no tienes que sentirte culpable por nada.

—Pero lo quiero tanto, Iván… Tanto…

Y es cierto. Lo quiero con locura. Haría cualquier cosa por él, por hacerlo feliz.

—Pues si tanto lo quieres, Oli, creo que sabes lo que debes hacer —me explica con delicadeza.

—¡No! —exclamo, espantada, y me alejo de él como si me hubiera dado calambre—. ¡No, de eso nada! Haremos que funcione. Si alguien puede hacerlo, esos somos nosotros.

Sé que es lo mismo que llevamos diciéndonos todos estos meses, incluso años, porque aunque el declive ha sido más acusado en los últimos tiempos, no es algo que haya surgido de un día para otro, ni mucho menos. Pero siempre pensé que tendría arreglo, que no era tan importante, y siempre había una excusa para justificar nuestra apagada vida sexual.

Pero aún no estoy preparada. Aún no.

Iván se da cuenta y recula. Sabe que necesito tiempo —sí, más tiempo aún— para asimilarlo, para convencerme. Mi negativa actual es el primer paso de mi aceptación, siempre ha sido así, y no le pilla por sorpresa. Y, como me conoce tan bien, sabe que la semilla está plantada y terminará germinando y que ahora mismo no sirve de nada presionarme más. Por eso se afana en recoger las miguitas de bizcocho que hemos desperdigado por la mesita.

—¿Algo nuevo de Ramón? —susurro, incluso a pesar de que sé que Nacho no está aquí. Quiero cambiar drásticamente de tema; no puedo seguir pensando en mi matrimonio ni un segundo más.

—Ya te digo que sí —responde mientras se muerde el labio.

Se levanta para coger su teléfono, posado en una de las baldas del armario que está frente al sofá, lo manipula, me lo lanza y por poco se me cae al suelo. Le dedico a mi amigo una mirada de disculpa y procedo a leer la conversación que ha dejado abierta para mí. Me cuesta hacerlo porque tengo los ojos hinchados, pero lo consigo. Tras el último mensaje del domingo, cuando Iván le dijo que tenía pareja, Ramón ha escrito:

RAMÓN: *Y desde cuándo es eso un problema? Te recuerdo que durante aquel fin de semana que pasamos juntos, técnicamente yo tenía novia.*

IVÁN: *Yo quiero serle fiel a Nacho.*

RAMÓN: *Un tipo con suerte. Pero la fidelidad está sobrevalorada. Te pierdes muchas cosas.*

Seguidamente envió cuatro fotos de distintas partes de su anatomía en las que no quiero fijarme y después escribió:

RAMÓN: *Concretamente ESTO es lo que te pierdes. No te apetecería probarlo, rey?*

No hay ninguna respuesta más de Iván, a pesar de que Ramón insiste con otro mensaje.

—¡Ey! ¡Estoy orgullosa de ti! —exclamo con fingida alegría. Y no es que no me alegre por él, ni mucho menos, pero mi estado de ánimo no es ahora mismo lo que se dice fiestero.

Creía que Iván iba a estar contento, pero lo noto apesadumbrado y sé que, en el fondo, está deseando responder a Ramón.

Y no lo entiendo. Otro día podría entenderlo, pero hoy no. Tiene un novio estupendo, superatento, superbueno, y se atraen mutuamente. ¿Por qué le cuesta tanto controlar los impulsos que siente por otras personas?

—¡Joder, Olivita, me muero por contestarle!

Vale, tengo que hacer un esfuerzo por empatizar con él, porque desde luego no le puedo venir con el discurso que estaba creando

en mi cabeza. Pero ¿qué le digo?

—Tú me dijiste… —comienzo a decir. Quiero sonar segura y firme, pero me sale todo lo contrario.

—¡Ya sé lo que te dije! —rezonga, y me recuerda a un crío al que le han quitado su juguete preferido—. Pero de verdad que… lo necesito. —Lo dice tan serio que no me atrevo a replicar nada y me limito a mirarlo.

—Creo que cometerías un error si lo hicieras —concluyo, y lo digo en serio. Uno muy grande, además.

—Lo sé —se lamenta, coge el mechero y juguetea con él entre los dedos—. Pero no sé si voy a ser capaz de resistirme, Olivita.

—Bloquea su contacto —le aconsejo.

Mi amigo guarda silencio y sé que eso quiere decir que no es recomendable que insista en el tema. No lo va a bloquear, al menos de momento. Desgraciadamente, yo también tengo mis dudas de que Iván sea capaz de resistirse. Quiere muchísimo a Nacho, pero ya lleva mucho tiempo siendo fiel a una persona; es casi un récord para él.

Tras unos minutos de incómodo y doloroso silencio cojo mi móvil y, tras buscar con rapidez en él, exclamo con escaso entusiasmo:

—¡Pero yo tengo la solución para todo! —Y sin más preámbulos le pongo delante de los ojos la totalmente antierótica foto de los cachorros.

Y, a pesar de todo, a pesar de que ambos nos encontramos desanimados —en mi caso se ajustaría más el adjetivo *hundida*—, conseguimos soltar una risotada nerviosa.

Pasamos el resto de la tarde viendo una película, durante la que casi me quedo dormida. Me planteo pasar aquí la noche pero decido que no es buena idea. Si mi matrimonio se va a ir a pique, que no sea de esta manera. Regreso a casa a paso lento, helada a pesar de que Iván me ha prestado una sudadera negra —por nada del mundo hubiera aceptado la sudadera de su chándal amarillo chillón—, con una extraña calma en mi mente, que ya no pasa de un pensamiento a otro sin ton ni son. Creo que en ella solo queda resignación. Tenemos que hablar. Miguel y yo tenemos que hablar, es lo único en lo que puedo pensar. Seguro que si permitiese la entrada a otros

pensamientos me desbordarían de nuevo y eso no nos ayudaría nada.

Cuando abro la puerta de nuestro chalecito Bongo me recibe con alegría y casi se me cae el alma a los pies. Todo permanece a oscuras y por un momento estoy segura de que Miguel se ha marchado. Pero no; él no haría eso. Contengo el entusiasmo de Bongo dándole un par de palmaditas en la cabeza y ordenándole que se tumbe en la manta del recibidor. Yo me dirijo a la habitación con paso vacilante, no sé si más temerosa de no encontrar allí a Miguel o precisamente de encontrármelo. Abro la puerta despacio y enseguida noto que la estancia desprende calor: mi marido se ha acostado pronto, solo eso. Aliviada, cierro de nuevo con cautela y decido dar un breve paseo con Bongo.

Tres cuartos de hora después vuelvo a abrir la puerta de nuestra habitación y entro de puntillas, intentando no despertar a Miguel. Aspiro profundamente, como si intentara grabar su olor en mi mente, y aprieto los dientes para no echarme a llorar. Su respiración es agitada, lo que desvela que, o bien está despierto, o bien está teniendo un sueño movidito. Me tumbo a su lado, sin saber si estará bien que lo abrace o no, y como no logro decidirme dejo pasar el tiempo allí tumbada, encogida en posición fetal, con todos los músculos del cuerpo tensos, preguntándome qué va a ser de nosotros.

Capítulo 8

Me está resultando difícil disimular mi tristeza en la videoconferencia semanal. Esta mañana he intentado hablar con Miguel antes de que cada uno saliese de casa en dirección al trabajo, pero me ha dicho, con mucha gravedad, que no era el momento. Es verdad que no lo era, pero no puedo evitar sentirme dolida.

Ahora, mientras mi madre nos cuenta una rocambolesca historia que incluye un caballo desbocado y mi padre convertido en un héroe al lograr evitar la caída de la mujer que lo cabalgaba, me fijo en mi hermana. Es como si hubiésemos intercambiado los papeles. Hoy no se ha maquillado y aun así se la ve muchísimo mejor que el resto de días. Detrás de ella puedo ver a las gemelas jugando en su parquecito más calmadas de lo normal. Como si se retroalimentasen las unas a las otras de esa flamante calma, igual que parecían retroalimentarse de la ansiedad. Por su parte, Sam también está un poco callada, como yo.

—¡Y esa mujer luego le tiró los tejos a vuestro padre! —exclama ahora mamá, muy emocionada.

A su lado, papá menea la cabeza y pone los ojos en blanco.

—De eso nada, no hagáis ni caso —interviene.

—¡Ya lo creo que sí! Vosotros los hombres nunca os dais cuenta de esas cosas, pero nosotras sí. ¿Verdad, chicas?

—¡Claro que sí, mamá! —grita Clau, que como hoy su conexión de internet es mala y hace que la imagen vaya a saltos, piensa que por hablar más alto la vamos a ver mejor.

—Cuando esa mujer bajó por fin del caballo mientras vuestro padre sostenía las riendas, os juro por Dios que pestañeaba como los terneros cuando les piden leche a su madre. —Y a continuación se acerca tanto a la cámara para imitar el gesto que sus pestañas casi tropiezan con mi pantalla.

A mi pesar, suelto una carcajada.

—¿Así que los terneros pestañean para pedir leche, abuela? —dice Sam con sorna.

—¡Y tanto que sí! ¿Nunca te has fijado? Pero vamos a lo importante, chicas. Esa mujer se estaba imaginando a vuestro padre con la camisa desabrochada y el pecho untado de aceite.

—¡Mamá, para, que me voy a mear encima! —chilla Clau, y, efectivamente, tiene cara de estar a punto de hacerlo. Me alegra verla llorar de risa en vez de tristeza. Me alegra mucho.

—Abuela, ¿y tú cómo sabes lo que estaba pensando la mujer esa?

—¡Sí! —intervengo yo intentando demostrar algo de entusiasmo—. ¿Llevaba un letrero o algo así?

—¡No hacía falta más que verle la cara! Si no hubiera estado yo delante, le habría dado un buen morreo baboso, podéis estar seguras.

Papá de nuevo menea la cabeza, pero no dice nada. Mira a mi madre con una expresión embobada, con una intensidad en la mirada que transmite lo muchísimo que la quiere.

Como yo a Miguel.

Y entonces decido que no voy a rendirme. Miguel y yo no podemos terminar así. En todos los matrimonios hay problemas, pero no hay que rendirse, no hay que tirarlo todo por la borda solo porque las cosas no sean siempre como en un cuento de hadas.

Sin ir más lejos, me consta que durante la enfermedad de mi madre, su matrimonio se resintió. Papá siempre la apoyó y estuvo a su lado durante todo el proceso, pero fue tan duro para ambos que era inevitable que de vez en cuando discutieran por tonterías, cosa que hacía que mi madre se sintiese poco apoyada y mi padre frustrado. Pero no se rindieron. Lucharon por su matrimonio y para vencer el cáncer, y lo consiguieron. Y eso los ha unido más aún si cabe. Si ellos pudieron, nosotros también. Por supuesto que sí.

—¡Esa mujerzuela habría perdido la dentadura dentro de la boca de vuestro padre!

—¡Puaj, abuela, no seas tan gráfica, por favor!

—Sí, por favor, mamá, guarda un poco la compostura, anda.

Todos nos reímos, encantados. Ha pasado más de una hora y las gemelas reclaman su cena, así que nos despedimos y yo pulso el

botón de colgar sintiéndome un poco más optimista. Cojo la correa de Bongo e, inmediatamente, él se levanta de su manta y menea el rabo, encantado. Saco del ropero mi cazadora y del armario del recibidor las bolsitas higiénicas y justo entonces me suena el teléfono. Por un momento pienso que es Miguel y me pongo nerviosa, recordando que ninguno de los dos nos hemos enviado ningún mensaje para ver qué tal nos iba el día. Pero cuando veo el nombre de mi padre en la pantalla me preocupo y descuelgo al instante.

—Dime —respondo a modo de saludo.

—Hola, hija.

A papá hay que sacarle las palabras con sacacorchos, así que comienzo la ardua tarea.

—¿Ha pasado algo, papá?

—Algo ha pasado, sí.

El corazón me da un vuelco.

—¿Estás bien? ¿Mamá está bien?

No pronuncio la frase que más miedo me da: «¿Ha vuelto el cáncer?».

—Estamos bien, hija. De hecho, hemos recibido una buena noticia.

Espero unos segundos y luego digo:

—¿Y me la vas a contar?

—Claro, por eso te llamo. Nos han llamado del hospital.

Contengo el aire. No se me ocurre ninguna frase que comience así que sea considerada una buena noticia.

—Tienen hueco para operar a tu madre.

—¡Oh! ¿Para la reconstrucción mamaria? —pregunto con ilusión.

Una vez pasado el susto, me las apaño para ponerme la cazadora y la correa a Bongo, y después salimos en dirección a la playa.

—Eso es. Pero…

El fresco de la tarde me pilla por sorpresa. Me he acostumbrado a que la temperatura sea más bien cálida para la época y no contaba con este frío.

—¿Pero…?

—Pero ella no quiere hacérsela.

Me muerdo el labio, pensativa, y le hago un gesto a Bongo para que no tire de la correa. Normalmente, nada más salir de casa está tan entusiasmado que se le olvidan sus buenos modales, pero en cuanto orina en el primer árbol se le pasa y se muestra muy dócil y educado.

—¿Y por qué no quiere?

—Oye, ella no sabe que te he llamado, ¿vale?

—Sí, ya me lo imaginaba, papá. Dime, ¿por qué no se la quiere hacer? —insisto.

—No lo sé, hija. Dice que no es importante, que lo importante es estar viva.

—Bueno, tal vez tenga razón —opino—. Si ella está bien así…

—Pero no lo está —me interrumpe él—. Aunque se empeñe en fingir que no le importa, yo sé que sí le importa.

—Entiendo —suspiro.

Nunca me hubiera imaginado que una mujer de setenta y tres años pudiera acusar tanto la ausencia de sus pechos, pero por lo visto no se trata de una cuestión de edad.

—Creo que le tiene demasiado miedo a los médicos.

—Es normal —razono. Teniendo en cuenta la cantidad de horas que pasó en el hospital esperando noticias, aterrada, mientras su vida pendía de un hilo, puedo entender perfectamente que no quiera meterse en un quirófano sin tener una necesidad real.

—¿Hablarás con ella? No he querido llamar a Claudia porque la veo un poco agobiada con las nenas.

—Claro, déjamelo a mí —le digo con la voz más animada que puedo. En el fondo no tengo ni idea de qué podría decirle a mamá, pero no quiero que papá se preocupe en exceso.

—Recuerda que ella te dirá que no le importa haber perdido…, ya sabes, sus mamas. —Tengo que contener una sonrisa al oírle pronunciar la palabra como un niño que acaba de aprender a decir *pedo*—. Pero sí que le importa. Veo cómo mira a otras mujeres y a veces llora a escondidas en el baño.

—Está bien —procuro tranquilizarlo—. Hablaré con ella.

—Bien, hija, gracias.

Voy a preguntarle qué tal por lo demás, qué tal lo está pasando aparte de todo lo que nos cuenta mi madre, pero sé que a él le apetece colgar ya y yo estoy a punto de llegar a la playa, así que nos despedimos y meto el móvil en el bolso.

Bongo y yo damos un largo paseo durante el que trota sin parar para devolverme la pelota de tenis que yo le tiro una y otra vez. El ejercicio me sirve para animarme un poco y cuando llegamos a casa estoy de un humor relativamente bueno.

Miguel se encuentra sentado en la vaca de Milka con las luces apagadas, sin hacer nada. Bongo corretea hacia él, meneando el rabo entusiasmado, y mi marido le da un par de palmaditas en la cabeza poco entusiastas. Cuando el perro lo mira apenado, se esfuerza un poco más y le frota la barriga justo donde a él le gusta mientras yo coloco la correa y mi cazadora en sus respectivos lugares. Finalmente yo también me acerco a él y cuando enciendo la luz y veo sus ojos comprendo que ha estado llorando. Le acaricio el brazo con ternura y murmuro:

—Creo que deberíamos hablar, Miguel.

No me mira; se centra en acariciar a Bongo en silencio. Espero un par de minutos.

—Dime algo, por favor. No sé qué he hecho para que estés enfadado y…

—No estoy enfadado —responde, todavía sin mirarme.

No sé si sentirme aliviada o no.

—¿Entonces? —insisto.

Bongo se retira a la cocina para beber agua ruidosamente y nos quedamos en silencio de nuevo. Percibo nuestras respiraciones calmadas y agitadas a un tiempo y no comprendo cómo puede suceder eso. Ni tampoco comprendo cómo puede estar sucediéndonos *esto*. Nos encontramos a escasos centímetros el uno del otro y, sin embargo, estamos más lejos que nunca. Más lejos que cuando él tuvo que viajar a Alemania por trabajo. Más lejos que cuando perdió a sus padres en un accidente de coche y se encerró en sí mismo hasta que, con mi ayuda, logró salir.

—¿Miguel? —susurro, completamente aterrada. ¿Ya está? ¿Es el fin? ¿Así, sin más?—. Mírame, por favor, habla conmigo. Juntos

podemos con esto. Con lo que sea.

Él finalmente me mira, pero no lo hace como siempre. Es como si estuviera contemplando a una desconocida, como si yo no fuera yo.

—¿Es por lo de Dani? —susurro—. No te preocupes por eso, cariño, yo te quiero a ti. Te quiero a ti.

Y, sin previo aviso, me pongo a llorar. Era lo último que debía pasar. Debía mostrarme suave y positiva, no como una histérica llorona. Pero una vez empiezo ya no puedo parar y me descubro limpiándome los mocos en la manga del jersey y casi suplicando:

—Yo te quiero a ti, cariño, te quiero tanto…

Intento sostener una de sus manos entre las mías, pero entonces se pone de pie y se separa de mí para que no le pueda tocar.

—¿Por qué me castigas? —balbuceo—. No lo entiendo…

De pronto Bongo, que no sé cuándo ha entrado, se interpone entre nosotros, mirándonos alternativamente con extrañeza. Miguel y yo no solemos tener discusiones y mucho menos montar un espectáculo así, con mocos y llorera incluidos. Lo miro y veo que él también está llorando. Sacude la cabeza con fuerza, se le marcan las arrugas de la frente y cierra los ojos intentando contener las lágrimas.

—No puedo… —logra susurrar—. No puedo más…

Y, acto seguido, se marcha.

Estoy a punto de exclamar que se lleve un abrigo, como cuando saca la basura por la noche en pleno invierno y dice que para cinco minutos no merece la pena tomarse la molestia de ponerse el abrigo, pero entonces me doy cuenta de que no va a sacar la basura. No sé a dónde va, ni qué ha querido decir con eso. ¿Acabamos de romper o ha sido solo una conversación frustrada?

Me dejo caer en el sofá pesadamente y no tengo fuerzas para decirle que no a Bongo cuando sube en él y apoya su cabeza en mis piernas. Suelta un gemidito de tristeza y me pongo a llorar de nuevo. Él levanta un momento la cabeza y me da un lametón que me hace sonreír por un momento, pero luego me recuerda todo lo que voy a perder si Miguel no vuelve, cómo esta familia —porque para nosotros Bongo es nuestra familia— va a romperse en mil pedazos sin que podamos hacer nada para evitarlo. Abrumada y

exhausta, me tumbo en el sofá abrazada a Bongo, que aún tiene las patas sucias de haber estado correteando por la playa porque al llegar a casa no se las he limpiado como de costumbre. Y así, entre mis sollozos y sus suspiritos de ansiedad, entro en una especie de duermevela agitado en el que mamá, con una talla de pecho descomunal, galopa encima de un ternero mientras papá, cuya camisa está desabrochada, le pisa los talones a lomos de un caballo blanco precioso.

Despierto con el sonido de la puerta al abrirse, pero finjo que sigo durmiendo y permanezco atenta a cualquier ruido que haga Miguel. A mi lado, Bongo levanta la cabeza, pero, aunque seguro que siente curiosidad, está demasiado cómodo como para salir a ver qué ocurre. A los pocos segundos Miguel entra en el salón y yo sigo sin abrir los ojos. Entonces noto una caricia ligera en la frente, casi como si alguien me estuviera soplando con suavidad, y tardo un ratito en darme cuenta de que ha sido un pequeño beso.

—Cielo, vamos a la cama —me susurra con su voz cálida, esa voz que tanto me gusta—. Si no, mañana va a dolerte todo el cuerpo.

No puedo evitar sentirme dichosa porque, a pesar de lo mal que parecen ir las cosas entre nosotros, mi marido aún se preocupa por mi bienestar. Abro los ojos despacio, un poco insegura, y en la penumbra distingo su silueta familiar, muy cerca de mí.

—Mañana me cuentas qué hace este en el sofá —dice, refiriéndose a Bongo, con la intención de hacer una broma, aunque su voz suena tan seria y grave como cuando se ha marchado de casa.

Me incorporo despacio y Bongo suelta un gruñido molesto. Acto seguido y sin que Miguel se lo tenga que decir, se baja del sofá y se dirige a su manta, donde se tumba y cierra los ojos de nuevo.

Miguel me ayuda a sostenerme en pie. No sé qué hora es, pero no ha podido pasar mucho tiempo desde que me he quedado medio dormida en el sofá. Miguel tiene razón: si llego a pasar la noche en él, mañana no habría sido capaz de levantarme. Lo que hace la edad.

Mientras nos dirigimos a paso lento a nuestra habitación, Miguel me arropa con sus brazos porque me he puesto a temblar, toda

destemplada, no sé muy bien si por el disgusto o por no haberme tapado con nada durante mi pequeña y tormentosa siesta.

—Lo vamos a arreglar, ¿verdad? —No puedo evitar preguntarlo, aunque de mi boca sale apenas un suspiro.

Él no responde inmediatamente, lo que me hace pensar que no me ha oído, por lo cual repito la cuestión en voz un poco más alta. Y entonces sí, me da un pequeño apretón tranquilizador en el brazo y responde:

—Lo vamos a arreglar.

Si no me sintiera como si me hubiera pasado por encima un camión, me habría puesto a dar saltos de alegría, pero me conformo con dejarme llevar a la habitación, donde mi marido me quita delicadamente la ropa para ponerme un grueso pijama que me encanta. Acto seguido me arropa con dulzura en la cama y antes de que él pueda terminar de desnudarse, ya me he quedado profundamente dormida.

Al día siguiente amanezco con energías renovadas. Me siento como una adolescente a la que han besado por primera vez y no puede dejar de recrear la imagen en su mente. En mi caso, no dejo de repetirme una y otra vez las tranquilizadoras palabras de Miguel: «Lo vamos a arreglar». Pues claro que sí, lo arreglaremos juntos. Feliz, me giro para observarlo mientras duerme y entonces se me ocurre ir a comprar unos dulces para desayunar; conozco una pastelería que abre superpronto y creo que nos daría tiempo a desayunar con calma antes de ir al trabajo. Me levanto con sigilo, saco del armario las primeras prendas que encuentro y salgo de la habitación. Le sirvo a Bongo el desayuno, me meto en los vaqueros a trompicones y enseguida estoy lista para salir. Por el camino decido llamar a mi madre, porque aunque apenas son las siete de la mañana, sé que ella siempre madruga. No me equivoco, porque responde al segundo tono:

—¡Hola, hija!

—¡Mamá! ¿Qué tal estáis?

—Pues bien, cariño, ¡hoy nos toca hacer submarinismo! —exclama toda ilusionada—. Pero qué raro que nos llames. ¿Ha pasado algo?

—No, no, tranquila, estamos todos bien —me apresuro a responder mientras sorteo por los pelos a un ciclista—. Pero… quería hablarte de algo.

Silencio al otro lado, concluido con un resoplido.

—Ya se ha ido tu padre de la lengua, ¿verdad? Un día de estos se la voy a cortar, por chismoso…

—Mamá —la interrumpo, porque si la dejo hablar nuestra conversación va a terminar yendo por un camino muy distinto al que espero. Mamá es toda una artista de la distracción—. ¿Lo has pensado bien?

Suspira con fastidio.

—Oli, cariño, la verdad es que no tengo mucho tiempo para hablar.

—Pero, mamá…

—He tomado mi decisión, cariño, y me están esperando para hacer submarinismo, así que si no te importa dejar el tema…

Me muerdo el labio, pensativa, mientras ya oteo a escasa distancia la pastelería. ¿Qué derecho tengo yo, en el fondo, a hacerla cambiar de opinión?

—¿Eres feliz? —pregunto, de repente.

Mamá no se esperaba esa pregunta. Yo, desde luego, tampoco.

—Muchísimo —responde sin gran dilación, lo que me hace pensar que es cierto.

—¿Pero no te hace infeliz…? —me detengo, sin saber muy bien cómo hacer la pregunta con delicadeza.

—¿Haber perdido mis pechos? —termina mamá la frase por mí—. Por supuesto que sí. Pero ya he tomado mi decisión, hija. De verdad, si no te importa… Tengo prisa.

La conozco lo suficiente como para saber que se va a cerrar en banda de un momento a otro, así que debo parar.

—Está bien, mamá, si tú estás totalmente segura…

—¿Y quién está totalmente seguro de nada en esta vida? —suspira, con un deje de amargura en la voz, pero enseguida añade con voz más animada—: ¡Oh, mira, por aquí viene tu padre! Voy a echarle la bronca y después a bucear.

Suelto una risita. Bueno, espero que no lo riña mucho. Nos despedimos con un montón de besos, entro en la pastelería y compro un par de cruasanes con almendras, los preferidos de Miguel. En casa de nuevo, Bongo me recibe como siempre con entusiasmo y le prometo sacarlo a pasear tan pronto como Miguel y yo hayamos desayunado. Un par de minutos antes de que suene su despertador entro en la habitación y lo despierto con un beso en la punta de la nariz. Él se muestra sorprendido y, frotándose los ojos soñolientos, murmura:

—Buenos días.

Me sorprende que no esté de tan buen humor como yo, que me siento como si estuviera en la parte más alta de una montaña rusa. Anoche nuestro matrimonio podría haberse roto en pedazos, pero en vez de eso de pronto me siento mucho más optimista respecto a nuestro futuro.

—¡Buenos días! —Hasta yo noto que mi entusiasmo es tan excesivo que resulta un poco forzado, pero me ignoro a mí misma. Porque sí, porque esto tiene que funcionar. Tiene que hacerlo—. ¡Adivina qué he comprado para desayunar!

En circunstancias normales él abriría muchísimo los ojos y exclamaría superfeliz:

—¿*Curasanes* de almendra?

Entonces yo le reñiría de broma:

—¡Que no digas *curasán*, que queda muy mal!

Y él se incorporaría lo justo para rodearme la cintura con los brazos, atrayéndome hacia él hasta hacerme caer encima. Y de ahí al sexo habría tan solo un paso, y tendríamos que comernos los cruasanes cada uno por su lado de camino a nuestros respectivos trabajos.

Bueno, en realidad ya hace mucho tiempo de esto. La última vez que uno de los dos fue a comprar el desayuno para sorprender al otro, no hubo ni el más mínimo amago de un encuentro sexual. Y hoy…

—¿Cruasanes de almendra?

Lo dice con tan poco entusiasmo que estoy a punto de echarme a llorar, pero no lo hago. A ver, hemos pasado mala noche, es normal

que no tenga la energía del conejito de Duracell. Sin embargo, la palabra *cruasán* se me clava en el pecho. ¡Quién me iba a decir a mí que iba a echar de menos que dijera «curasán»!

Decido compensar su falta de entusiasmo aumentando aún más el mío.

—¡Sí! —exclamo, y lo destapo para obligarlo a salir de la cama.

Por supuesto, no se levanta de un salto, sino casi a cámara lenta. Me dan ganas de darle un empujón que lo anime un poco, pero no lo hago. Parte de mí está algo rabiosa porque no me está ayudando nada. Aquí estoy yo, intentando que las cosas vuelvan a su cauce y él…

Él me besó ayer en la frente y me llevó a la cama, me puso el pijama y me arropó. Hoy simplemente está cansado. Nada de qué preocuparse, me digo. Y me lo vuelvo a repetir cuando dirige sus pasos desganados a la cocina. Y de nuevo cuando se sirve leche sin ningún entusiasmo. Y más tarde, cuando le da el primer mordisco a su cruasán y no comenta nada sobre lo rico que está, me contengo para no gritarle. Para distraerme, consulto las notificaciones de mi móvil y veo que tengo un mensaje de Sam:

SAM: *Ey, tía Oli!! Oye, tú sabes qué le pasa a mamá, que está de tan buen humor? Si no fuera porque apenas tiene tiempo ni para arreglarse un poco el pelo pensaría que tiene una aventura.*

Sonrío al pensar en mi hermana poniéndole los cuernos a Fran, lo cual me lleva a pensar en la tarde durante la que Miguel y yo buscamos un candidato para el trío que pretendíamos hacer, cuando nos entró un ataque de risa al imaginarnos a mi cuñado, amante del orden hasta lo enfermizo, planchando la ropa interior durante el poscoito. Aunque el recuerdo es simpático, solo consigue llevarse una parte de mi nuevo entusiasmo.

Pero, bueno, solo una parte pequeñita. Me queda entusiasmo a raudales, suficiente para levantar mi matrimonio y cuatro más como el mío, ya lo creo que sí.

YO: *Dudo que sea eso, pero es magnífico tenerla de vuelta, no crees?*

SAM: *Psé, no sé qué decirte. Ahora quiere que salgamos juntas alguna vez.*

SAM: *De fiesta.*

SAM: *LoL!!*

Supongo que es innato en los adolescentes avergonzarse de los padres, pero nunca me ha quedado muy claro por qué mi sobrina parece aceptarme a mí en esa parcela de su vida que tiene vedada a su madre. ¡Si somos como dos gotas de agua, literalmente!

YO: *Bueno, siempre podemos llevarla de compras una tarde.*

SAM: *Oh, sí, la tarjeta de crédito echará fuego!!*

SAM: *:D:D:D*

Suelto una pequeña carcajada y noto que Miguel me mira con una expresión extraña en el rostro. ¿Está enfadado conmigo? ¿Quizá porque hoy estoy contenta? ¿Cree que me he olvidado de la precaria situación que atraviesa nuestro matrimonio? Antes de que pueda decir nada, se levanta y anuncia, con una voz monótona y carente de sentimiento, que va a darse su ducha matutina. Yo trago saliva mientras lo veo salir de la cocina y otra parte de mi nuevo entusiasmo se disipa cuando me doy cuenta de que ha dejado sin tocar más de la mitad del cruasán.

Capítulo 9

El lunes estoy tan cansada que, la quinta vez que confundo las fechas de devolución de un libro —¡la quinta vez en media hora!—, decido que debo tomarme un café. Mariana, mi compañera, me mira con curiosidad cuando le informo de que voy a bajar un momento a la cafetería, pero no me hace ninguna pregunta; nuestra relación personal no es muy estrecha, aunque de vez en cuando salimos junto con otras compañeras a tomar unas cañas o a cenar.

—No tardo nada —le prometo, y ella asiente con la cabeza, restándole importancia.

En la biblioteca solemos tener unos horarios más bien estrictos a la hora de tomarnos nuestra media hora libre de descanso con vistas a que todo el público que nos visite ese día esté correctamente atendido, pero como apenas son las nueve de la mañana supongo que no habrá mucho jaleo mientras no estoy.

Bajo con pesadez los escalones exteriores y me dirijo a paso lento a la cafetería, en la que mi mente se despeja un poco con el simple aroma que allí se respira. Me siento en la barra, pido un café con leche grande bien cargado y cuando le doy el primer sorbo ya soy capaz de reírme de mí misma. Bueno, *reírse* puede ser un poco exagerado; dejémoslo en *sonreír*.

Ayer Iván y yo nos pasamos un pelín con los vermús. Más que pasarnos, lo que ocurrió es que bebimos muy deprisa y con el estómago vacío, y ya se sabe que esa combinación no es nada recomendable. Pero lo estábamos pasando tan bien que no nos paramos a pensar en el día siguiente, excepto cuando ya nos despedimos, momento en el que Iván dijo:

—Olivita, creo que nos hemos pasado. Ya no estamos para estos trotes.

Yo me reí, a pesar de saber que él tenía razón y que era muy probable que hoy tuviera un poco de resaca. Siempre he sido un poco sensible al alcohol, incluso en plena adolescencia, cuando

parece que las resacas son inventos de viejos. Pero, hoy en día, si cometo el error de beber con el estómago medio vacío, lo termino pagando con creces.

Obviando este detalle, tengo que reconocer que la mañana de ayer fue muy divertida. Cuando íbamos por la segunda ronda de vermús, Iván me suplicó:

—¡Cuéntame otra vez la historia de tu padre descamisado a lomos de un jamelgo, Olivita!

Al principio me espanté, pero enseguida me dio un ataque de risa.

—¡Eso fue un sueño, bobo! —respondí lanzándole una bola de servilleta—. En la vida real, mi padre iba con su camiseta…

—¡Y de pronto se le desgarró! —me interrumpió.

—¡Anda, calla! —exclamé, con lágrimas en los ojos a pesar de la surrealista imagen sobre mi padre que iba tomando forma en mi mente—. ¡Que fue la señora esa!

—¿La que se lo quería beneficiar? —inquirió con una sonrisita mientras le daba un generoso trago a su vermú.

Yo lo imité, preguntándome por qué no habíamos pedido las habituales cervezas, mucho más de mi gusto que el vermú.

—Esa —asentí relamiéndome los labios después de tragar—. Bueno, pues según mi madre, a esa señora le iba mi padre.

—No te repitas, Olivita, que eso ya me lo has dicho. Pero sigue interesándome el tema del caballo… —Se quedó pensativo un momento, con los ojos dirigidos al cielo y una sonrisa embobada.

Le tiré otra bola de servilleta.

—¡Que dejes de pensar en mi padre! —espeté, fingiéndome más horrorizada de lo que en realidad estaba.

Me sacó la lengua antes de terminar su vermú de un trago.

—Que no estaba pensando en tu padre, mujer. Pero reconoce que esa visión de un tío bueno montando un caballo… Tal vez con el pelo largo y suelto…

—¡Madre mía, Iván! ¡Eso es una portada de Corín Tellado por lo menos!

—Y el musculoso torso bronceado, los abdominales tan marcados como si estuvieran esculpidos por Miguel Ángel… —me ignoró con voz soñadora y luego prosiguió—: Me lo imagino cabalgando en la

orilla de la playa y, al llegar a mi altura, ordena detenerse a la bestia y…

—¿A la bestia? Pero si los caballos son de lo más dócil, ¡hombre! —interrumpí, aunque no tengo ni pajolera idea de cómo es el carácter de un caballo.

Iván me fulminó con la mirada y se llevó su vaso a los labios antes de recordar que estaba vacío.

—Y entonces viene la cortarrollos de Oli y te quedas a media paja —espetó con un gruñido mientras le hacía un gesto al camarero para que nos trajese otra ronda.

—¡¿Qué?! —fingí que me sorprendía, y sin pensar me agaché para mirar por debajo de la mesa—. No estarías tocándote cuando pensabas en mi padre, ¿verdad?

Apenas pude contener la risa al ver cómo se ponía rojo como un tomate.

—¿Qué dices? —siseó, acercándose mucho a mí para que pudiera oírlo—. Baja la voz, Olivita, que me estás dejando de guarro redomado ante toda esta gente —añadió señalando la terraza, completamente vacía a excepción de nosotros y de Bongo, que, como de costumbre, se encontraba tumbado a mis pies.

Todavía nos estábamos partiendo de la risa cuando llegó el camarero con la siguiente ronda y me percaté de que aún me quedaba media copa de vermú de la anterior. Me la bebí de un trago. ¿Por qué no? Me sentía relajada y feliz. La sensación de tristeza que había experimentado esa misma mañana cuando había abierto los ojos y me había dado cuenta de que Miguel ya se había levantado empezaba a difuminarse gracias al alcohol. Con un poco de suerte lograría deshacerme del nudo que se me había hecho en el estómago al enterarme por una nota que había dejado escrita para mí de que había quedado un poco antes de lo habitual para jugar al tenis con los chicos.

En ese momento en el que se me saltaban las lágrimas de la risa me pareció buena idea seguir bebiendo. Y me lo siguió pareciendo cuando pasamos al tema de los mensajes de Ramón. Por lo visto, había seguido insistiendo en su dinámica de acoso y derribo, pero ayer Iván tenía las cosas muy claras.

—Voy a bloquear su contacto —anunció tras darle una calada al cigarro que sujetaba entre los dedos índice y pulgar.

Aplaudí, entusiasmada.

—¡Sí, hazlo! —lo animé—. Ese tío tiene más cara que espalda.

—¡Y más polla que labia! —coreó Iván.

Aunque no entendí muy bien esa metáfora, me reí exageradamente.

—No era para tanto —opiné para quitarle importancia. Aunque, por lo que había visto, la verdad es que sí era para tanto.

De pronto, Iván se puso muy serio y me cogió de la mano. Me asusté un poco al pensar que se había vuelto loco y que me iba a proponer matrimonio.

—Quiero a Nacho —afirmó con voz rotunda y ojos brillantes—. Lo quiero de verdad. Quiero que esto salga bien, Oli.

Me emocionó mucho su momento de ternura porque mi amigo suele enfrentarse a sus emociones a través del sarcasmo. No suele mostrarse así de serio. O, bueno, eso pensé yo bajo los embriagadores efectos del alcohol. Me emocionó tanto que se me escaparon un par de lágrimas.

—¡Jo, es precioso lo que acabas de decir! —balbuceé mientras me limpiaba las lagrimitas con cuidado.

No quise pensar ni mucho menos decir que ojalá Miguel pensara lo mismo de nuestra relación, que me mirase a los ojos con la misma intensidad que acababa de hacerlo Iván y me dijera: «Quiero que esto salga bien». Con convicción, con una convicción tan grande que no dejara ni un atisbo de duda en mí. No un «Lo arreglaremos» inseguro como el de aquella noche de jueves.

—Es la verdad —afirmó de nuevo Iván con la misma firmeza que antes.

Observé cómo apuraba su cigarrillo, pensativo. Cuando apagó la colilla cogió su móvil y, con un gesto teatral, me lo enseñó.

—Vas a ser testigo —empezó a decir al mismo tiempo que manipulaba el móvil— de cómo Ramón el del pollón desaparece de mi vida.

Arqueé las cejas, divertida, pero no hice ningún comentario.

—¡Tachááááán! —exclamó, mirándome con una amplia sonrisa—. Adiós, Ramón —se despidió mientras pulsaba alguna cosa en la pantalla. Y después, con un aire trágico, añadió—: Adiós, pollón.

Con mucha dignidad, dejó de nuevo el móvil en la mesa y me miró.

—Debes dar fe de lo que has visto —sentenció antes de beber otro trago de vermú.

Lo imité. A decir verdad no había visto nada, pero alcé la mano derecha con mucha seguridad.

—A Dios pongo por testigo…

—¡No! ¡A Dios no! —exclamó, dándome un manotazo en el brazo. Bongo levantó la cabeza para mirarlo con fastidio porque sin querer le había dado un pequeño puntapié—. Lo siento, chico, ha sido sin querer —se disculpó antes de dirigirse de nuevo a mí y lanzarme una explícita mirada.

—Vale, vale. —Iván a veces es un poco obsesivo y conviene seguirle el rollo, así que me puse seria y afirmé con rotundidad—: Doy fe de que Ramón ha salido de tu vida para siempre y que a partir de ahora solo tendrás a Nacho en la cabeza.

Y, cuando él asintió y dio por cumplido el trámite, añadí:

—A Nacho subido a lomos de un jamelgo, con la camisa desabrochada y en gayumbos superajustados de Calvin Klein…

Iván comenzó a abanicarse teatralmente con la mano.

—¡Para, Olivita, que te dejo aquí plantada para darle un buen meneo a mi semental!

Eso nos provocó un nuevo ataque de risa, tras el cual, sedientos, nos terminamos las copas y pedimos otro par.

Ahora, sentada con la taza de café humeante entre las manos, no puedo evitar sonreír. De pronto me doy cuenta de un detalle importante: Iván debería borrar las fotos que le ha estado enviando Ramón, si es que no lo ha hecho ya. Tomo nota de comentárselo después y me concentro en la sensación de la cafeína abriéndose paso en mi cuerpo a través del torrente sanguíneo.

Voy pasando la mañana lo mejor que puedo, aunque mis ojos se desvían incesantemente al reloj que tenemos colgado en una de las columnas. Las horas parecen no pasar nunca y estoy tan agotada que no veo el momento de llegar a casa.

Justo cuando estoy colocando en su sitio *La Celestina*, una voz a mis espaldas me sobresalta. Una voz que hace que se me erice la piel de la nuca, no sé por qué. Aunque no tardo en averiguarlo: cuando me vuelvo para encararme con el dueño de la misma, me encuentro con el rostro de Dani, que abre mucho los ojos al verme, como si estuviera sorprendido, aunque sospecho que debe de saber dónde trabajo. Inmediatamente, el recuerdo de sus labios casi rozando los míos hace que sienta un ardor en las mejillas.

—¡Olivia! —exclama un poco demasiado alto, pero no me molesto en decirle que baje la voz.

—Eh, hola —susurro, y al instante me siento como una tonta adolescente. ¡Si hasta me dan ganas de ahuecarme el pelo con coquetería!

Procuro recomponerme poniéndome bien recta, una postura que mi madre siempre nos recalcaba a Claudia y a mí que era la que adoptaban las verdaderas señoritas. No sé si es la postura que debe adoptar una mujer, pero desde luego ayuda bastante más a la autoestima que andar con los hombros gachos todo el día.

—¿Querías algo? —pregunto para romper el silencio incómodo que se ha hecho entre nosotros.

La intensidad de su mirada, que por un momento se detiene en mi boca, me hace sentir tan incómoda que desvío la mía hacia un grupito de estudiantes que deben de estar en plenos exámenes y se hallan estudiando en una mesa cercana.

—Sí, quería preguntarte por *La sombra del viento*. Nunca está disponible.

El simple hecho de pensarlo me hace sentir mal, pero me gusta que a Dani le agrade venir a la biblioteca a tomar prestado un ejemplar porque es algo que está quedando en el olvido. Meneo la cabeza. No te dejes engañar, Oli. Apuesto a que es la primera vez en años que pisa una biblioteca. Creo que solo ha venido para verme.

Ese pensamiento hace que mi corazón pegue un brinco y que yo sienta ganas de darme una patada a mí misma, por idiota. Intento adoptar mi tono más profesional y afirmo, con solo un pequeño temblor en la voz:

—Si me acompañas al mostrador lo consultaré en la base.

—Por supuesto —responde, risueño, y me hace un gesto para que pase yo delante.

Siguiendo con mi vena de adolescente estúpida, me preocupa el aspecto que pueda tener mi trasero ahora que sé que Dani está detrás y que probablemente le dé un buen repaso. Cuando hago una revisión mental de la ropa que llevo puesta me quedo tranquila, porque por suerte llevo los pantalones negros que me hacen el culo respingón. Bueno, no es que necesite que ningún pantalón me haga ningún favor, pero…

¿De qué vas, Oli?, me pregunto, y me detengo con tanta brusquedad que Dani no puede (o no quiere) evitar chocar conmigo, de modo que siento en los omóplatos y en mi trasero su cuerpo.

—¡Oh, perdón! —se excusa entre risas.

Me vuelvo y lo fulmino con la mirada, a pesar de que sé que ha sido culpa mía. En realidad, no del todo, porque si él no hubiera venido aquí a provocar que me haga un lío en la cabeza yo no hubiera tenido que parar con brusquedad y no habríamos chocado. Y yo no habría sido plenamente consciente del aroma que desprende su perfume ni de lo bien tonificados que tiene los pectorales ni de los siglos que hace que no echo un polvo.

Cuando llegamos al mostrador decido permanecer de pie y aparto discretamente la silla que suelo ocupar. Tecleo con torpeza en el ordenador el título que me ha solicitado y espero a que salte la información.

—El otro día te marchaste sin despedirte —susurra Dani como quien no quiere la cosa.

Levanto la mirada. No es mucho más alto que yo, pero aun así desearía poder ser yo quien lo mirase desde arriba.

No quiero pensar en ese fatídico día en el que Miguel nos vio juntos y todo terminó de torcerse y tampoco quiero darle

explicaciones, así que, de nuevo en el tono más profesional que consigo adoptar, le informo:

—*La sombra del viento* tiene lista de espera. ¿Deseas apuntarte?

He estado a punto de hablarlo de usted, pero me ha parecido excesivo.

Su expresión no deja lugar a dudas: está confuso. Bien. Punto para mí. Si este tío se cree que va a conseguir algo de mí lo tiene claro. Quiero arreglar las cosas con Miguel, esa es mi prioridad. Miguel. Mi marido. Todo irá bien, lo arreglaremos. Todo volverá a ser como antes.

—Sí, ¿por qué no? Supongo que necesitarás mi teléfono —responde Dani mientras me guiña un ojo.

Siento emociones contradictorias. Por un lado me apetece darle una buena bofetada, por engreído y estúpido. Pero por el otro…

Por el otro no soy muy distinta a esas mujeres a las que tanto critico con Iván, esas que pierden las bragas por el primer musculitos que les tira los tejos.

—En realidad no —lo corto, y compruebo por el rabillo del ojo que está decepcionado. Otro punto para mí—. Un correo electrónico bastará. Se te enviará uno automáticamente cuando el libro esté disponible. —Y recalco la palabra *automáticamente* para que quede claro que no seré yo quien lo envíe.

—Está bien —responde mientras apoya los codos en el mostrador y me mira fijamente. Dios. Ojalá viniera alguien a preguntarme alguna cosa. Cualquiera. Me valdría incluso uno de esos raritos amantes del dinoporno. Me recita su correo electrónico y lo copio obedientemente en su ficha —en la que, por cierto, figura que la última vez que tomó prestado un libro fue en el año 2006, lo que avala mi teoría sobre que en realidad ha venido a la biblioteca para verme a mí—.

—Bueno, pues ya está —concluyo con un tono que deja bien claro que, por mi parte, nuestra pequeña transacción ha concluido.

—Te voy a dejar mi teléfono de todas formas —resuelve.

—No es necesario.

¿De qué va este tío? ¿Y por qué me siento vergonzosamente atraída por él?

—Solo por si alguna vez decides que quieres verme.

Arqueo las cejas de forma exagerada.

—Lo dudo —replico con seguridad, y no miento. No iría ni a tomar un café con un tío tan prepotente.

De pronto se echa a reír.

—Tendrías que haberte visto la cara. Que es una broma, mujer —dice, y me siento un poco tonta. ¿Y si todo es cosa de mi imaginación? Tal vez sí que quiera ese libro de verdad (claro, porque no existen librerías ni libros digitales) y a lo mejor me estoy montando una película sin pies ni cabeza. O tal vez, al verse rechazado, ha decidido optar por la salida más fácil—. Nos vemos, Olivia —se despide con una voz supersexi y con una sonrisa que tengo que admitir que me desarma un poquito.

Hago un gesto con la cabeza a modo de despedida, que es lo máximo que puedo permitirme en mi estado de *shock* actual, y en cuanto desaparece de mi vista —no sin antes echarle un involuntario vistazo a su trasero, que, como ya sabía, no está nada mal—, me dejo caer en la silla, tan agotada como si acabase de correr una maratón. Justo entonces entra Mariana toda sonrojada y, cuando ocupa su lugar junto al mío, susurra:

—¿Has visto a ese ejemplar de hombre que acaba de salir?

Empieza a abanicarse con la mano, sofocada, y eso no me ayuda en absoluto.

Como en el fondo no espera respuesta no se la doy y en cambio consulto mi móvil con la esperanza de olvidarme de Dani, de su culo, de sus pectorales y de todo lo demás. Quiero centrarme en Miguel y en nuestro matrimonio y en lo que vamos a hacer para…

¡Oh! Tengo un nuevo mensaje de un número desconocido. Lo abro con curiosidad y no puedo evitar sentir un nudo en la garganta cuando lo leo:

NÚMERO DESCONOCIDO: *Soy Dani. Miguel me dio tu número en su día, por si necesitaba contactar con vosotros y su número estaba ilocalizable. No era del todo broma. Me gustaría que tuvieses mi teléfono, solo por si acaso. Besos. Dani.*

A pesar de que en mis labios se dibuja una tenue sonrisa, por dentro estoy cabreada. Con Dani. O conmigo, no lo sé. O con lo que quiera que sea que me ocurre cuando él está cerca, esa forma de reaccionar como si tuviera quince años y tuviera delante a Brad Pitt en ropa interior. ¿Qué coño me pasa? Mi matrimonio está a punto de derrumbarse y aquí estoy yo poniéndome cachonda con un zalamero de pacotilla.

Debería imitar a Iván y borrar el mensaje de Dani, igual que mi amigo bloqueó a Ramón el del pollón. Y lo voy a hacer. Ahora mismo. En cuanto…

—Perdone —me interrumpe una voz, y al momento dejo el móvil en la mesa, porque odio que el público me sorprenda consultándolo; me parece que da muy mala impresión.

Alzo la vista y descubro a un chico muy joven que parece estar intentando dejarse barba, solo que esta está llena aún de calvas y le confiere un aspecto extraño a su rostro.

—Dígame —respondo con una sonrisa, una vez recuperada del todo la compostura.

—¿Han pensado en poner una sección de dinoporno? Es la última moda y no tienen ningún ejemplar.

Suspiro. Qué bien me habría venido esto hace unos escasos minutos.

Capítulo 10

La semana pasa lenta y tediosa. Las cosas con Miguel no van peor, lo cual debería ser una buena noticia, pero no consigue alegrarme en absoluto. Convivimos en una armonía tan perfecta que es innegable que no es natural. No hemos vuelto a hablar en serio. De nuestro matrimonio, quiero decir. Tenemos conversaciones banales sobre cuestiones intrascendentes, como quién va a comprar el pan o lo caro que se ha puesto el gasoil. Creo que evitamos el tema porque no sabemos cómo encararlo, y a mí me da miedo proponerle de nuevo volver a nuestra terapeuta porque me dirá que no. Y porque, aunque me diga que sí, no lo consideraría una victoria porque ya no nos puede ayudar. Sin embargo, que aún exista esa opción, ese último cartucho de esperanza, me da una cierta tranquilidad. No soy tan tonta como para pensar que esta situación pueda ser de algún modo sostenible, pero me lo hago. La tonta, quiero decir. Lo hago adrede y creo que Miguel también, pero en algún momento uno de los dos tendrá que dar un paso en alguna dirección, ¿no?

El jueves, tras la habitual videoconferencia familiar en la que mi madre nos ha contado que mi padre acaba de descubrir que es todo un Fred Astaire —por lo visto *todas* las mujeres de la sala en la que estaban disfrutando de un concierto de grandes clásicos han hecho cola para conseguir bailar una pieza con mi padre, ahí donde lo ves, un hombre de tan pocas palabras—, estoy wasapeando con Sam a propósito de Claudia. Esta semana no me he pasado por su casa y en la pantalla de mi tableta la he visto de nuevo desmejorada.

SAM: *Sí, cambia de humor constantemente, tía Oli!!*

SAM: *Debería preocuparme???*

Sopeso un momento su pregunta mientras me muerdo el labio. Para no asustarla, me apresuro a contestar:

YO: *No, cielo, son las hormonas. Ya verás como se le pasa.*

Espero que sea cierto. No logro entender por completo qué es lo que le ocurre a mi hermana y me duele en el alma no haber dado con la fórmula mágica que consiga ayudarla de verdad.

SAM: *Eso espero… Parecía tan contenta estos días atrás…*

YO: *No te preocupes, cariño, y cuéntame cosas de ti. Has ido ya a la ginecóloga?*

Me avergüenza darme cuenta de que se me había olvidado por completo. Por suerte, Sam no se queda atrás.

SAM: *Ay, madre!! Se me olvidó decírtelo!! Sí, me hizo pruebas y está todo bien.*

Suspiro con alivio. No estaba muy preocupada por que Sam pudiera haber contraído una ETS, pero nunca se sabe. Respondo con entusiasmo:

YO: *Genial!! Me alegro mucho!!*

YO: *Este fin de semana pasado no saliste?*

SAM: *Sí!! Fue la caña!! Estuve con Bruno y sus amigos.*

Bruno. El chico que dejó a Sam sola tras tener sexo sin protección. Su *novio*. Puaj. Por supuesto, demuestro la más absoluta hipocresía en mi siguiente mensaje, en aras de mantener la buena relación con mi sobrina:

YO: *Qué bien!! Y qué hicisteis?*

Eso, ¿qué hicieron para que no me enviara su acostumbrado selfi sacando la lengua? Mientras espero a que termine de escribir el mensaje, acuden a mi mente imágenes de lo más rocambolescas, y todas ellas tienen como protagonista a Sam vestida de cuero, con los ojos supermaquillados y probando toda clase de drogas recreativas.

SAM: *Nada del otro mundo! Fuimos a la hora golfa del cine y después tomamos una copa.*

Anda. No veía yo a Bruno como un chico que dedique las noches de fin de semana a ir al cine. Tal vez esté exagerando. Al fin y al cabo, fue Sam la que le dijo que prefería ir a comprar la píldora del día después conmigo. Debería darle una oportunidad al chico, ¿no?

YO: *Una noche tranquila, entonces.*

Decido que le daré un poco de manga ancha, pero solo un poco. Tampoco va a convertirse de la noche a la mañana en mi persona favorita.

SAM: *Sí!! Oye, tía Oli, te dejo, que tengo que estudiar!*

Sonrío. No es que mi sobrina sea la mejor estudiante del mundo, pero va sacando los cursos limpios, así que algo sí que se debe de esforzar.

YO: *Muy bien, cielo!! Hablamos!!*

SAM: *Bss!!*

Dejo el móvil en el brazo del sillón y me dedico a observar a Bongo, tumbado en la alfombra al lado de la vaca de Milka. Miguel aún tardará en venir y me siento tentada de permitirle subir al sofá para tenerlo aquí conmigo, pero no lo hago. Luego el pobre no distingue cuándo puede hacerlo y cuándo no y se hace un lío.

Tras pasar un rato a solas con mis pensamientos decido llamar a mi hermana, que contesta al cuarto tono con voz de cansada.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta ansiosa. Supongo que le parece raro que la llame por teléfono cuando hace apenas una hora que nos hemos visto en la videoconferencia—. ¿Es Sam? ¡Se ha marchado tan deprisa de casa que no podía estar planeando nada bueno!

Frunzo el ceño, extrañada. Sam me ha dicho que iba a estudiar. ¿Por qué me habrá mentido?

—No, no, tranquila —me apresuro a tranquilizar a mi hermana—. Solo quería ver qué tal estabas. Me ha parecido que estabas cansada. ¿Las gemelas están en modo guerrillero otra vez? —bromeo.

Claudia suelta un suspiro.

—Sí, algo así —responde, dubitativa, y guarda un silencio que decido respetar. Luego añade—: Es solo que estoy cansada, ya sabes.

Me muerdo el carrillo por dentro.

—¿Quieres que me pase un rato y así tú puedes descansar? —sugiero, a pesar de que, siendo sincera, no me apetece mucho.

—No, no te preocupes. Estoy bien.

Lo dice con un ligero tono interrogativo al final de la frase, como si se dejase algo en el tintero. Algo que me quiere contar, pero no se atreve. Conozco a mi hermana. No es que tengamos esa conexión casi mística que se les presupone a los gemelos, pero sé cuándo oculta algo. También sé que no debo forzarla a sacar lo que quiera que tenga ahí dentro; debo esperar hasta que ella quiera compartirlo y entonces, cuando llegue ese momento, estar disponible para escucharla. Tan simple como eso. Sin embargo, un ligero empujón a veces la ayuda, así que pregunto con ligereza:

—¿Estás segura?

Silencio. Silencio. Silencio.

—Sí —responde finalmente.

—Bueno, ¿y qué te parece la nueva faceta de papá? —Cambio de tema radicalmente. Es una estrategia que llevo practicando desde que éramos adolescentes cuando mantenemos conversaciones en las que noto que se siente incómoda.

—¿Qué? —inquiere, despistada, y luego, cuando recuerda la videoconferencia, añade—: Ah, lo de Fred Astaire.

Bongo suelta un estornudo, cosa que lo despierta. Alza la cabeza y me mira con fastidio. Si fuera un ser humano, sería de esos que se despierta siempre de mal humor, de aquellos de los que es mejor mantenerse alejado durante un tiempo prudencial antes de dirigirle la palabra.

—Casi me parto de risa al imaginarme a papá bailando la bachata —comento, aunque en realidad no tengo ni idea de cómo se baila la bachata. Para mí bien podría ser una mezcla de jota aragonesa y *Paquito el chocolatero*.

Si Miguel y yo hubiéramos tenido una boda más tradicional, quizá hubiéramos recibido clases de baile y podría distinguir un tango de una rumba, pero decidimos casarnos de una manera supersencilla y tan solo celebramos una pequeña comida con la familia más cercana.

—Sí, qué gracioso —responde Claudia, y aunque se esfuerza para que su tono suene normal, en realidad no ha hecho más que poner de manifiesto su total desgana.

Charlamos otro par de minutos, hasta que me doy cuenta de que discretamente está intentando colgar, y me doy por vencida con un suspiro. Nos despedimos y cuando dejo el teléfono sobre la vaca de Milka de pronto echo muchísimo de menos a Miguel y me abrazo a uno de sus espantosos cojines de emoticonos mientras miro la hora. Debe de estar a punto de llegar, pero no me entusiasmo ni lo más mínimo porque sé que, incluso cuando llegue a casa, seguiré sintiéndome sola. Peor todavía: me sentiré más sola aún cuando llegue a casa.

Necesitada de consuelo, me siento en el suelo al lado de Bongo, que gruñe ligeramente porque está intentando volver a conciliar el sueño, pero en cuanto apoyo la cabeza en su lomo se calma, y yo, escuchando los suaves latidos de su corazón, también. Entonces recuerdo la mentirijilla de Sam y siento una ligera inquietud. Aunque sé de sobra que los adolescentes mienten sin parar, mi relación con ella es distinta. Sam puede mentir y ocultarle cosas a su madre, pero no a mí. Así era nuestra relación, totalmente aceptada por las tres. Tal vez no me haya mentido, quizá haya ido a estudiar a la biblioteca, razono, aunque la sola idea me da risa. ¿Debería preocuparme por esto? Pero si todos los padres se angustiaran cada vez que sus hijos les mienten, la gente andaría histérica por ahí. No, decido, no merece la pena darle más importancia. Hay que dejarla ser una adolescente.

«¿Una adolescente que practica sexo sin protección con un tío que luego la deja tirada para que vaya a comprarse la píldora del día después?», me pica la vocecilla fastidiosa.

Mi respiración se agita.

«Una adolescente que ha cometido un error», contradigo.

Bongo respira profundamente y ese simple hecho tiene la facultad de tranquilizarme. Cierro los ojos, tratando de imaginar que todo va bien, que mi matrimonio no está a punto de romperse, que Claudia decide por fin ir a terapia, que Sam se vuelve una estudiante aplicada y responsable que nunca se mete en líos (aunque esto, en realidad, sería un problema), que mi madre supera por completo las consecuencias del cáncer, que Iván de verdad sienta la cabeza con Nacho para siempre. Y, con esta vida idílica en mente, noto que los

párpados me van pesando cada vez más y no tardo en quedarme dormida usando a Bongo como almohada.

El lunes estoy en la recepción de la biblioteca, poniendo al día nuestra base de datos, cuando veo a Dani entrando por la puerta. Busco con la mirada a Mariana para pedirle que lo atienda él, pero no la veo, así que no me queda más remedio que ponerme de pie cuando él llega a la altura del mostrador. Es lo último que deseo hacer, y no solo por lo del otro día, pero no me queda otro remedio.

—*El nombre del viento* todavía no está disponible —espeto, y él enarca las cejas, sorprendido.

—Buenos días —responde con un tono que parece una pregunta más que una afirmación.

Me doy cuenta de mi falta de educación. En mis prisas por quitármelo de en medio cuanto antes ni siquiera he pensado lo que decía. Pero no ha sido una buena estrategia demostrarle que recuerdo perfectamente que se encuentra en lista de espera para un libro. Me muerdo el labio, rabiosa.

—Buenos días. —Por lo menos consigo que no me tiemble la voz, de forma que él no pueda sospechar ni por asomo que me he pasado parte del fin de semana fantaseando con él.

Como ya viene siendo una costumbre entre nosotros, Miguel y yo no solo no nos hemos rozado siquiera durante estos días, sino que además apenas hemos intercambiado palabra. El viernes me desperté en mitad de la noche superexcitada porque estaba teniendo un sueño de lo más erótico con Dani. Me despertó una aguda punzada en la entrepierna y una respiración tan agitada que tuve miedo de haber despertado a mi marido. Por suerte, o no lo hice o él fingió que seguía dormido. Ahora, al tener a Dani frente a frente, apenas puedo tragar saliva y noto cómo la sangre sube a mis mejillas. Espero a que diga alguna de esas cosas tan prepotentes para ver si se reduce mi libido, pero lo que afirma a continuación me pilla desprevenida.

—He venido a disculparme.

Frunzo el ceño.

—¿Disculparte? ¿Por…?

En ese momento veo que detrás de él está Mariana, quien le da un buen repaso de arriba abajo y me mira abriendo muchos los ojos y asintiendo con la cabeza. «¡Es el tío buenorro del otro día!», parece exclamar, y pienso que solo le falta relamerse para parecer uno de esos viejos verdes que tanto criticamos las mujeres. Aunque, la verdad sea dicha, no me faltan ganas de hacer lo mismo yo también.

—¿Puedes tomarte un café rápido conmigo? —me suplica entonces Dani en un susurro.

Ni siquiera pienso que no debería hacerlo. Me pilla tan desprevenida todo esto que me sorprendo aceptando una bebida que no me apetece con el hombre con el que he fantaseado todo el fin de semana. Podría decirse que le he puesto los cuernos a Miguel con él, maldita sea. ¿Y ahora voy a tomarme algo con él tan tranquila? Aunque ya estoy cogiendo mi bolso, balbuceo:

—Creo…, creo que es mejor que no.

Dani me mira con auténtica desilusión en los ojos.

—Por favor, Olivia. Es importante.

Es solo un café, me digo, y asiento levemente con la cabeza tratando de olvidar la cantidad de personas que han dicho esas mismas palabras antes de tirar por la borda sus matrimonios a cambio de un polvo de una noche.

Mientras caminamos uno junto a otro en dirección a la salida, mi olfato se impregna de ese aroma que el otro día se debió de quedar grabado en mi pituitaria, porque ha sido el que este fin de semana ha estado acompañando a mis inconfesables fantasías. Al rozarle accidentalmente el brazo cuando los dos nos disponemos a abrir la puerta recuerdo con todo detalle cómo, en mi sueño, él me agarraba por las muñecas y me empujaba hasta apoyarme en una pared fría y rugosa, tras lo cual me besaba como si quisiera devorarme, mientras yo, con un gracioso brinco, le rodeaba las caderas con las piernas y notaba su tremenda erección abriéndose paso en mí. Así, sin florituras. Ni siquiera estoy segura de cómo nos despojamos de la ropa, porque un momento estábamos vestidos y al siguiente completamente desnudos —supongo que los detalles técnicos

carecen de importancia en los sueños—. Para contrarrestar el calorcito que empieza a subirme por el cuerpo suelto una risita nerviosa que suena muy estúpida.

No decimos nada hasta que llegamos a la cafetería y los dos tenemos sendas tazas humeantes entre las manos. Entonces él rompe el silencio.

—Olivia, quiero disculparme. Creo que te estoy dando una pésima impresión.

Estoy de acuerdo, la verdad. No solo está persiguiendo a la mujer de un compañero de gimnasio, sino que también se está colando en mis sueños y poniendo aún más patas arriba mi vida. Aunque de esto último no tiene él la culpa, pero decido igualmente ampliar su disculpa también a ese terreno.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no hay más que ver cómo me comporto cuando estoy contigo.

Tomo un sorbo de café. Aunque me quemo los labios, la lengua y la garganta, guardo la compostura porque no quiero que me vea abanicándome la boca abierta con una mano.

—¿No estás de acuerdo? —insiste.

Puede que sea por el trauma de mi pobre boca quemada, pero de pronto se disparan mis alarmas y empiezo a ser capaz de separar el tórrido sueño, con sus posteriores fantasías conscientes, de lo que está pasando ahora. Por mucho que el hombre de mis aventuras imaginarias tenga el aspecto de Dani, *no* es Dani en realidad, sobre todo porque apenas lo conozco, y lo que conozco de él no me gusta —físico aparte, por supuesto—.

Con las ideas más claras ya soy capaz de contestar y lo hago de manera mordaz:

—Como un completo gilipollas —respondo, toda digna.

Él acusa el golpe.

—Bueno, no hacía falta ser tan específica —se ríe, pero yo no le devuelvo la sonrisa—, pero sí.

—Porque yo estoy casada y tú estás intentando vete a saber qué conmigo —prosigo—. Vienes a mi lugar de trabajo, me das tu número de teléfono, que, por cierto, he borrado. —Estoy tan lanzada

que decido tirarme ese farol porque, para ser sincera, no he vuelto a acordarme de que aún no he borrado del móvil aquel mensaje que me envió.

Dani me mira un poco alucinado y menea la cabeza.

—Bueno, si sirve de algo, *de verdad* quiero leer *La sombra del viento*.

—Y no es solo que yo esté casada, sino que eres amigo de mi marido —prosigo, ignorando su comentario—. ¿Me dejo algo?

Se muerde los labios y no puedo evitar que mi mirada se clave en ellos. Mentiría si dijera que no me apetece besarlos ahora mismo. Cuando él me sorprende, desvío rápidamente la vista.

Contrólate, Oli, me digo.

Pero no es tan fácil. Alguna parte recóndita de mi mente lleva la cuenta del tiempo que hace que no me acuesto con Miguel —ni con nadie, por supuesto—, y es mucho mucho tiempo. Pero mucho. ¿Qué tiene de malo fantasear un poco?

—No te dejas nada —responde con franqueza—. Y por todo eso es por lo que me quiero disculpar.

—Bien —respondo—, disculpas aceptadas.

—Es que… —comienza a decir, pero se detiene como si estuviera buscando las palabras apropiadas—, no sé cómo decir esto sin que parezca que vuelvo otra vez a lo mismo.

Pruebo de nuevo el café. Esta vez no me quemo.

—Dilo sin más —lo tranquilizo después de tragar.

—Es que me pongo nervioso cuando estás delante y digo muchas tonterías… Más de las habituales, quiero decir.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

—¿Quieres decir que una chica consigue ponerte nervioso?

Se muerde de nuevo el labio y yo obligo a mis ojos a sostener la mirada de los suyos para no caer de nuevo en la tentación de fantasear con mordisqueárselo. Al labio, me refiero.

—Eso es, sí —afirma, acompañando la respuesta con un movimiento de cabeza.

Me levanto, deposito un billete de cinco euros en la mesa y me acomodo el bolso en el hombro. Noto la extrañeza en su mirada.

—Sigues haciendo el gilipollas —le explico—. Eso no se lo traga ni la más estúpida de las mujeres.

Y, sin darle tiempo a replicar, me encamino con mucha seguridad a la puerta de la cafetería, esperando dejarlo con un palmo de narices.

¡Ja! A mí con esas… Me da igual que el tío esté buenísimo y que sus labios parezcan cincelados por los ángeles. Reconozco a distancia a un zalamero rompecorazones pagado de sí mismo y no me agradan, por mucho que a este en concreto le haya permitido colarse en mi mente calenturienta.

Camino con decisión, altiva y orgullosa, muy satisfecha conmigo misma. Habría podido caer en la tentación —¿quién podría reprochármelo cuando llevo tanto tiempo sin sexo? Aparte de Miguel, quiero decir—, pero no lo he hecho. Y no lo he hecho porque sigo creyendo en mi matrimonio, en nuestro matrimonio, en Miguel y en mí. Hay que hacer algo, y hay que hacerlo ya, decido. No podemos retrasarlo más. Es hora de jugar al todo o nada, me digo mientras subo con firmeza los escalones de la entrada a la biblioteca. Y algo me dice que tenemos las de ganar. Con una gran sonrisa, le envío un wasap a Iván citándolo mañana. Necesito su ayuda. Voy a por el todo.

Al día siguiente, tras una agotadora sesión de compras, Iván y yo nos dirigimos a una de nuestras cafeterías preferidas, un local muy chic donde te sirven el café con elaborados dibujos hechos con espuma y lo acompañan con *croissants-franceses-de-verdad* recién horneados. Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

—Gracias por lo de hoy —repito por décima vez en la tarde. Otra cosa no, pero agradecida lo soy mucho.

Mi amigo pone los ojos en blanco y me da un empujoncito amistoso.

—Para ya, pesada.

No se me ocurre una persona mejor para pedirle consejo sobre qué ropa interior comprar para una noche de pasión. O lencería de zorrilla, como dice él. Quién sabe, puede que mi anterior intento, cuando Miguel y yo fuimos a aquella *romántica* cabaña con invitado

sorpresa, fracasase porque no fue Iván el que eligió el atrevido conjuntito, sino yo misma. A lo mejor me quedé corta, o quizá pasé directamente de la ropa de zorrilla a la ropa de putón —sí, según Iván, la diferencia es abismal—.

El conjunto que ha elegido hoy, además de no desmerecerme en absoluto, está en un punto medio entre provocación y elegancia, entre erotismo y picardía. Rojo con transparencias, destaca sobre mi piel de un modo increíble. En el probador no podía parar de mirarme en el espejo, entusiasmada por saber cómo reaccionará Miguel cuando lo vea.

Porque esto es lo que vamos a hacer: voy a preparar una suculenta cena sorpresa en la que incluiré dos de sus platos preferidos —cóctel de gambas de entrante y lasaña de plato principal— y un vino que promete ser delicioso, al menos a juzgar por su precio. Voy a poner una música suave, brindaremos a la luz de las velas y nos dejaremos llevar. No quiero hablar más del tema. Quiero actuar. Quiero recuperar a mi marido.

Desde que se me ocurrió la idea ayer, tras la victoriosa despedida de Dani, he tratado de acallar a la vocecilla fastidiosa que se empeña en recordarme que esto ya lo he intentado y no ha funcionado. Pero esta vez estaremos en nuestro hogar, no habrá inquilinos indeseados y no sentiremos una presión tan grande. Puede que funcione.

Así que, mientras bamboleamos las bolsas al ritmo de nuestras caderas, me siento optimista. Iván lleva la bolsa con los ingredientes para la cena y yo la del conjunto de zorrilla. Y mi optimismo no hace más que aumentar cuando me dice por quinta vez:

—Vas a estar tremenda con este conjunto, Olivita. Si no fuera porque soy completamente homosexual, yo mismo te hubiera echado un polvo después de vértelo puesto.

Y, aunque parezca estúpido, me halaga. ¡Si hasta casi me sonrojo!

—Eres un encanto, cariño —replico, y le doy un besazo en la mejilla que le deja marcado el rosa de mi pintalabios, cuestión que me hace decidir pintarme los labios de color rojo esta noche, a juego con el conjunto.

—¡Ay, Olivita! Espero que ese adonis tuyo caiga rendido a tus pies, como tiene que ser.

—Y yo —coincido, intentando no pensar en la cantidad de veces que ya he pasado por esto mismo, en realidad. Luego viene el fracaso, la frustración, la desesperanza…

No. Para, Olivia. Esta vez no tiene por qué ser igual. Siento algo distinto, estoy convencida de que va a funcionar. Mañana a estas horas seré una de las mujeres más felices del mundo.

—Me muero por ese café —confieso. Hemos recorrido nada más y nada menos que nueve tiendas hasta dar con el conjunto perfecto, y después hemos ido al súper para comprar toda la comida. Quizá me pida un *croissant-francés-de-verdad* extra.

Entonces, cuando nos encontramos a tan solo un par de manzanas de nuestra cafetería favorita, algo que mis ojos aciertan a ver al otro lado de la calle hace que me detenga de golpe y deje caer la bolsa al suelo. Parpadeo, incrédula. El corazón se me detiene durante un instante y luego empieza a golpearme con fuerza en el pecho. Me froto los ojos con las manos, convencida de que debo de estar viendo mal. Eso es lo que ocurre, intento tranquilizarme, me estoy quedando cegata y en realidad no estoy viendo lo que yo creo. Pero cuando abro de nuevo los ojos, la imagen no ha cambiado. Debo de estar volviéndome loca, concluyo, y, extrañamente, esa convicción casi me resulta tranquilizadora.

—¿Qué pasa?

La voz de Iván se me antoja irreal. Todo parece como sacado de un sueño, o, más bien, de una pesadilla. De pronto siento como si todo estuviera ocurriendo a cámara lenta: los coches rodando sobre la calzada que me separa de la acera de enfrente, la gente pasando despreocupadamente por delante del escaparate de la cervecería en el que están fijos mis ojos.

—¿Qué ocurre, Oli? —insiste mi amigo, y percibo un matiz de preocupación en su voz. Me agarra de la muñeca y me zarandea un poco, pero no consigue que despegue la mirada de ese escaparate.

Estoy loca. Me estoy volviendo loca. Me estoy volviendo loca, me digo una y otra vez intentando tranquilizarme.

Ante mi falta de respuesta, Iván sigue con los ojos la dirección de mi mirada y deja escapar una exclamación que me aclara que no me estoy quedando ciega ni me estoy volviendo loca: la imagen es tan real como el conjunto rojo que va dentro de la bolsa que he dejado caer.

Capítulo 11

Una vez superado el impacto inicial mi reacción resulta surrealista: me pongo a caminar con paso firme y decidido —es decir, agresivo y escandaloso— en dirección a esa maldita cervecería, como si pretendiera echarme a la carretera y atravesar su cuantioso tráfico. Por suerte, Iván me agarra del codo e impide que cometa semejante locura.

—¡Suéltame! —exijo, elevando demasiado el tono de voz.

Mi amigo se las apaña para mantenerme sujeta y a la vez recoger mi bolsa del suelo. Cuando lo veo una rabia increíble se apodera de mí y se la arrebato con tanta saña que me corto con el borde del cartón. Luego consigo soltarme de él y empiezo a pegarle puñetazos a la bolsa ante la mirada atónita de las personas que pasan por nuestro lado. Sé que estoy montando la típica escena de la que sentiría vergüenza ajena, pero no puedo evitarlo. Necesito golpear algo… o a *alguien*.

Iván deja que me desgañite a gusto, o quizá es que no es capaz de reaccionar. Creo que nunca me ha visto así. Es más, estoy segura de que nunca he perdido los papeles de esta forma. Sin darme cuenta, estoy rompiendo la maldita bolsa en trozos y su contenido —el flamante conjunto destinado a salvar mi estúpido matrimonio— se desparrama por el suelo, lo que atrae la mirada de otras tantas personas. Noto que me miran como a veces he mirado yo a esas personas que pierden el control en público, con una mezcla de compasión y rechazo. Me siento humillada, pero la ira no entiende de apuro y hasta que no termino de romper la bolsa por completo seguida del carísimo conjunto, que queda reducido a una amalgama de tela semitransparente, no me quedo a gusto. Alcanzo a ver las miradas de compasión que algunos le dedican a Iván, pensando seguramente que es mi pareja y el causante de mi pérdida de control.

Pero tras un segundo de calma, de pronto y sin previo aviso le arrebato a mi amigo la bolsa de comida, la tiro al suelo y la pisoteo con saña, de forma que las gambas, las placas de pasta, la carne y el resto de la comida preferida del cabrón de mi marido quedan hechas un despojo en la acera. Después de eso, me siento desfallecer y me dejo caer al suelo, agotada, sintiéndome muy humillada y muy deprimida al mismo tiempo.

Es entonces cuando Iván reacciona, se agacha hasta quedar a mi altura y, sin importarle mancharse sus pantalones preferidos con la papilla en la que he convertido los caros ingredientes de mi frustrada cena, me abraza con dulzura. Su aroma familiar me envuelve como una manta y allí, en mitad de la calle por la que pasa una riada de gente que nos mira con curiosidad, me echo a llorar con tanta intensidad que creo que no voy a poder parar nunca.

Estoy sentada a oscuras en el sofá, con Bongo tumbado a mis pies con la cabeza apoyada en mis pantorrillas. Después del ataque de ansiedad que he sufrido, Iván ha pedido un taxi y me ha llevado a su casa, donde un Nacho alucinado se ha apurado a prepararme una tila —con tres bolsitas, a petición de Iván—. A pesar de sentirme increíblemente ridícula por la escenita que he montado en plena calle, la sensación abrumadora era la furia, y no solo contra Miguel, sino también contra nuestra mala suerte a la hora de intentar arreglar nuestros problemas. Porque sabe Dios que lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas. Supongo que a veces nada es suficiente.

Pero la mayor parte de mi ira, evidentemente, estaba dirigida a Miguel. Cada vez que acudía a mi mente su imagen sentado tranquilamente en esa cervecería en vez de estar, tal y como se suponía, en el gimnasio, con aquella…, aquella…

Aprieto los dientes hasta que me duelen las mandíbulas. A pesar de que la ira ha ido dejando paso a un profundo cansancio y una no menos notable tristeza, sigo enfadada. Mucho.

Cada vez que me imagino a mí misma caminando con mi bolsa llena de ropa interior sexi, esperanzada e ignorante de lo que iba a

ocurrir a continuación… Cuando recuerdo cómo se me paró el corazón al levantar la vista y toparme, al otro lado de la calle, en aquella cervecería, con la imagen de Miguel cogido de la mano de otra mujer mientras charlaban con las cabezas muy juntas… Cuando todo esto pasa por mi mente tengo ganas de morirme y de matarlos a ellos también.

Sin poder evitarlo, noto que las lágrimas acuden de nuevo en forma de torrente. He debido de gastar ya por lo menos un rollo de papel higiénico en casa de Iván, y dos paquetes de pañuelos de papel en la mía, y parece que no voy a parar nunca. Lentamente me dejo caer al suelo hasta quedar apoyada en Bongo, que suspira con tristeza, contagiado por mi estado de ánimo.

Después de tener otra rabieta y una sesión continuada de llanto en casa de mi amigo, le pedí que me llevara a casa.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —dudó—. Puedes quedarte a dormir en el sofá si quieres.

—Aún mejor —intervino Nacho—, duerme con Iván en su cama; yo dormiré en el sofá.

Su proposición casi me hizo sonreír. Casi, pero no del todo, cosa normal dadas las circunstancias, supongo.

Negué débilmente con la cabeza.

—Quiero ir a casa. Necesito que me lo diga él mismo.

Porque, evidentemente, he estado buscando explicaciones a la escena: tal vez solo son amigos —puede—, tal vez no fuera él —dudoso, puesto que Iván lo ha visto también—, tal vez es una hermana secreta, fruto del amor encubierto entre mi suegra y un adorable caballero, tal vez… Tal vez. Pero mi parte sensata me dice que no hay ninguna explicación salvo la evidente. Sé leer el lenguaje corporal de Miguel, sé cuándo está sintiendo una atracción irresistible, una química inigualable; algo que hace mucho tiempo que no siente por mí. ¿Cuánto tiempo iba a pasar hasta que la sintiese por otra persona?

Sacudo la cabeza. No quiero disculparlo. No lo ha hecho bien. Yo he estado todo este tiempo en la misma situación que él y sin embargo no he caído rendida en los brazos de nadie. Por un momento, la imagen borrosa de Dani se abre paso en mi mente,

como un recordatorio de que yo también he sentido algo —algo intenso— por otra persona. Pero, y aquí se halla la diferencia más reseñable, yo no he cedido a ese impulso.

Chasqueo la lengua con decisión, notando cómo la rabia vuelve a colarse por mis venas. No, no he cedido a él. Al contrario, me he esforzado aún más en lograr que nuestro matrimonio sobreviviese. Nuestro matrimonio, esa farsa, esa falacia, ese fracaso…

De nuevo me pongo a llorar. Bongo levanta su cabezota y me da un ligero lametón en la mejilla que, lejos de consolarme, me entristece más aún. Porque, ¿qué vamos a hacer ahora con Bongo? Lo acaricio con suavidad, intentando tranquilizarlo, y, en la penumbra, mis ojos tropiezan con los cojines tan feos de emoticonos que Miguel eligió para poner encima de la vaca de Milka y, automáticamente, recuerdo el día que los compramos. Él había escogido el del beso y el que guiña un ojo, y aunque yo no estaba encantada con ellos, me bastaba con saber que si su elección lo hacía feliz, a mí también. Entonces señaló con énfasis el de la caquita, que estaba colocado en un estante distinto al del resto, y exclamamos a la vez cada uno una cosa distinta:

—¡Noooo! —me negué.

—¡Síííí! —suplicó.

A continuación, al mismo tiempo dijimos riéndonos:

—¡Eso es un «Chispas» inverso!

Y, por supuesto, seguidamente los dos exclamamos: «¡¡Chispas!!», aunque él se adelantó por poco y yo no tuve más remedio que permanecer en silencio mientras observaba cómo él cogía uno de los cojines con forma de caquita del estante, lo apretaba contra su pecho con orgullo y me lanzaba una mirada de «Me lo llevo a casa y no puedes hacer nada para evitarlo». Por supuesto, yo en realidad no quería evitarlo, y no porque me gustase el cojín, sino por lo feliz que parecía hacerlo a él, y no dije ni una palabra hasta que él, al llegar a casa, pronunció mi nombre tres veces para liberarme del voto de silencio.

Ahora, sentada al lado de Bongo con el corazón en un puño y lágrimas atravesadas en la garganta, no quiero recordar que, a continuación, la vaca de Milka y sus tres flamantes cojines fueron

testigos de una escena de lo más tórrida y a la vez romántica del mundo.

Sorbo por la nariz, completamente exhausta. Solo quiero meterme en la cama y descubrir que todo esto ha sido una pesadilla. De pronto, Bongo levanta la cabeza y se pone en pie meneando el rabo con alegría.

Miguel ha llegado a casa.

Oigo el sonido de la puerta al cerrarse y después el de las llaves cayendo al platillo de la entrada. Supongo que mi marido ve que las mías también se encuentran allí, porque pregunta, dubitativo:

—¿Oli?

No es que no quiera responder, pero la garganta se me ha cerrado y solo consigo que salga de ella un pequeño gruñido, tan bajito que es imposible que lo haya oído. Bongo me mira con extrañeza, seguramente intuyendo que algo malo ocurre, y duda entre salir a recibir a Miguel como de costumbre o quedarse conmigo en el salón a oscuras.

—¿Oli? ¿Bongo? —Miguel avanza con cautela y enciende la luz del recibidor, de forma que ilumina parcialmente el salón. La claridad me molesta en los ojos y los cierro.

—¿Oli?

El tono comienza a ser de preocupación y Bongo se decide a salir, aunque ha dejado de menear el rabo.

—¡Ey, chico! —lo recibe Miguel y, a continuación, le pregunta—: ¿Dónde está Oli, Bongo?

Nuestro perro entiende bastantes más cosas de lo que uno se pudiera imaginar, y el muy chivato se dirige al salón, al que mi marido entra solo un segundo después y deja escapar un grito.

—¡Oli!

Se agacha para recogerme del suelo, en el que me he quedado derrumbada sin darme cuenta tras la marcha de Bongo. No sé si es por las tres tilas, por el disgusto o por la mezcla de ambas cosas, pero casi no puedo ni moverme.

—¡Oli! —exclama de nuevo mientras me levanta con cuidado y me sienta en el sofá—. ¿Qué ha pasado?

Me acaricia el pelo con la mano, una mano muy suave. Dios, no me acordaba ya de lo suaves que son sus manos… Sus manos… Las mismas que seguramente acarician el pelo de esa otra chica. Me aparto de él con brusquedad. Con la iluminación del recibidor puedo distinguir sus rasgos perfectamente cuando por fin abro los ojos: manifiestan auténtica sorpresa.

—¿Qué ha pasado, Oli? —Noto que no sabe muy bien qué hacer. Bongo, nervioso, empieza a dar vueltas sin sentido por el salón hasta que Miguel le ordena que se tumbe—. ¿Alguien te ha hecho daño?

«Sí, tú», quiero decirle con amargura, «tú, pedazo de cabrón insensible», pero lo que ocurre en cambio es que digo con un hilo de voz:

—Te he visto… con ella.

La tensión y el silencio se hacen palpables. Hasta puedo oír cómo Miguel traga saliva.

—Te he visto. No estabas en el gimnasio —prosigo, a pesar de que me doy cuenta de que es una obviedad. Adiós a la mujer segura de sí misma, altiva y orgullosa que siempre me había propuesto ser si algún día mi marido (este o cualquier otro) me era infiel.

Niégalo, suplico mentalmente. Aún hay esperanza. Puede haber una explicación, puede…

—Lo siento —dice finalmente.

Es como si explotara una burbuja. Un «lo siento» y, de pronto, todas mis esperanzas se ven hundidas. Un «lo siento» y todo se ha acabado. Ya no hay vuelta atrás.

No necesito preguntarle por qué. Ya lo sé. Y no quiero saber quién es ella, ni dónde la ha conocido, ni cuántos años tiene ni cuánto tiempo hace que se folla a mi marido. No quiero saber nada. Solo quiero tumbarme en la cama, taparme con la sábana hasta cubrirme la cabeza y cerrar los ojos.

Ninguno decimos nada. Es como un «Chispas» silencioso, pienso con amargura, y el simple hecho de saber que nunca más exclamaremos felizmente esa palabra hace que tenga que obligarme a tragar saliva para evitar que las lágrimas inunden de nuevo mis ojos.

—¿Quieres hablar? —inquiere Miguel con suavidad, y a mí me parece surrealista que me pregunte algo así. Sacudo la cabeza, espantada. Hablar es lo que menos quiero ahora mismo.

—¿Prefieres que me marche?

Asiento, sin mirarlo a los ojos. Aunque siempre he defendido que no tendría por qué ser el hombre el que deba abandonar su hogar en caso de separación, decido mandar a la mierda mis principios. Es él el que se está tirando a otra, ¿no? Pues encima no voy a irme yo de mi casa. Además, esto no es una separación todavía… Tal vez haya esperanza, ¿no? Tal vez…

Me da igual, decido. Estoy demasiado cansada como para preocuparme por eso ahora. Solo quiero dormir. Dormir durante muchas muchas horas.

Miguel se levanta con suavidad y también lo hace Bongo, con las orejas alzadas, expectante.

—Entonces, voy a recoger algunas cosas.

No contesto. Bongo va tras él y yo procuro hacer oídos sordos a los sonidos apagados que escucho mientras mi marido *recoge-algunas-cosas*. ¿Esto está ocurriendo de verdad? No sé cuántos minutos más paso allí sentada, tan solo esperando a que este hombre al que al parecer no conozco tan bien como pensaba termine de preparar una bolsa para pasar unos días fuera de casa. ¿Se irá a casa de su amante? Tal vez esto es lo que ha estado esperando todo este tiempo, tal vez se lo he puesto en bandeja, ¿no?

Cuando pasa de nuevo por delante de la puerta del salón de camino al recibidor no parece muy seguro de lo que debe hacer. Finalmente opta por decir:

—Hablamos cuando estés mejor.

No le digo que yo no quiero hablar con él ni ninguna de las otras cien mil lindeces que tengo en mente; me limito, en cambio, a permanecer en silencio. Pero cuando oigo cómo se despide de Bongo —«Ey, amigo, no te preocupes, nos veremos pronto. Tú cuida de Oli por mí, ¿vale?»— y se cierra la puerta a sus espaldas —sí, se ha llevado con él la llave, advierto—, solamente puedo cerrar los ojos y llorar.

Capítulo 12

Las siguientes dos semanas transcurren ante mí como si en vez de estar viviendo, fuera una simple espectadora de todo lo que ocurre a mi alrededor, como si estuviera hasta arriba de pastillas o algo así. Las horas en la biblioteca se me hacen interminables, pero aún resultan peores las que paso encerrada en casa con Bongo, el cual evidentemente echa mucho en falta a Miguel, a pesar de que estoy segura de que él ha debido de pasar por casa en algún momento para recoger algo más de ropa. Me obligo a llevarlo a pasear por la playa como siempre, pero me cuesta hasta caminar.

Iván pasa conmigo la mayor parte de mi tiempo libre: va a buscarme al trabajo, me lleva a comer a sitios estupendos —a pesar de lo cual estoy perdiendo peso a un ritmo alarmante—, me acompaña a pasear a Bongo y solo le falta dejarme arropada en mi cama por las noches.

Nadie más lo sabe. He aguantado estoicamente las videoconferencias familiares semanales, aunque debo reconocer que de la primera, celebrada apenas un par de días después de que Miguel se marchara de casa, no recuerdo nada. De la última sí recuerdo que mi madre nos contó que papá se había liado la manta a la cabeza y se había decidido a probar la carne de caimán en una de las noches de cenas temáticas. A partir de entonces, por lo visto comenzó a desarrollar una afinidad especial por ese tipo de criaturas, hasta el punto de arrastrar a mi madre a cien kilómetros de distancia para visitar un zoo especializado en ellas y plantearse un viaje a Florida, donde, según él, hay muchísimos —ahora me entra la duda de si quiere verlos o comérselos, pero da igual—. Y la cosa no acaba ahí: presa de un impulso irresistible, ha visto la friolera de cinco veces seguidas *Cocodrilo Dundee*. La original, matizó.

No obstante, Sam sí que ha sospechado algo porque me ha enviado más wasaps que de costumbre, en uno de los cuales me

preguntaba si me encontraba bien porque me había visto un poco pálida en las videoconferencias. Como no quiero que mi familia sepa nada todavía hasta que Miguel y yo decidamos qué va a ocurrir a partir de ahora, la tranquilicé excusándome con una gripe imaginaria, pero estoy segura de que no se lo ha creído.

Cuando se cumplen quince días exactos desde que mi marido se marchó de casa decido que es hora de hacer que Iván deje de tratarme como si fuera mi madre, así que cuando terminamos de pasear a Bongo le propongo:

—¿Por qué no te vas a casa?

Me mira con los ojos muy abiertos, sorprendido, y menea la cabeza.

—De eso nada, Olivita. Me quedo contigo.

Chasqueo la lengua.

—Estoy mejor —le aseguro, y es cierto. Lo estoy. Era un hecho que nuestro matrimonio hacía aguas, no es que me haya pillado tan de sorpresa, la verdad. Vale, no me esperaba que Miguel estuviera viéndose con otra, pero en realidad no es tan sorprendente.

Me muerdo el labio, pensativa. Llevo pensando eso mismo todos estos días, sabiendo que es verdad, pero sin querer creérmelo. Creo que me resulta más fácil culpar a Miguel porque así por lo menos tengo alguien contra el que dirigir la rabia que habita cada célula de mi ser. Así que mi vocecilla racional intenta convencerme de que nuestro matrimonio se había acabado hacía mucho tiempo, y la fastidiosa me empuja a echarle la culpa a mi marido por no haberlo intentado más.

—Hoy toca ensalada de pasta para cenar —me ignora Iván, tras lo que llama a Bongo para ponerle la correa cuando se acerca—. A ver si consigo que ganes esos kilos que has perdido, niña.

Sacudo la cabeza y le quito la correa de las manos.

—Debes irte, de verdad. —Lo miro con seriedad y noto que se me empañan los ojos, aunque esta vez no es solo por Miguel—. Te has portado conmigo como un hermano, Iván, pero es hora de continuar sola. Lo digo en serio —me dicta la vocecilla racional, mientras la fastidiosa me está gritando que prefiere que alguien nos haga la cena y se ocupe de nosotras para siempre, para no tener que

esforzarnos nunca más por nada—, pero sobre todo lo digo porque, por mucha paciencia que esté demostrando tener Nacho, no quiero que tengáis un problema por mi culpa.

—Ni hablar. —Cruza los brazos y se pone de morros. A cabezota no le gana nadie—. Voy a cuidar de ti y punto.

Me enternece su insistencia. Iván siempre ha sido para mí un hermano, pero debo reconocer que esta vez, además, si no hubiera sido por él creo que el batacazo habría sido mucho peor. Incluso ha sido capaz de hacerme reír en dos ocasiones, a pesar de que lo único que quería era morirme.

—La mejor manera de cuidar de mí ahora —le digo con suavidad, separándole los brazos cruzados con las manos— es dejar que me las apañe sola.

—¡¿Sola?! —se enfurece—. ¿Sola? ¡Tú nunca vas a estar sola, Olivita!

Mierda. Expresión equivocada.

—No sola-sola —me apresuro a rectificar—, solo que no acompañada las veinticuatro horas del día.

Me mira como si no comprendiera. Me trago un suspiro. Pruebo a bromear:

—Quiero decir que me gustaría ir a mear sin que entrases conmigo al baño para entretenerme mientras tanto.

Una sonrisa se pinta en su cara y sé que se está ablandando.

—¡Eso solo pasó una vez! —protesta—. ¡Y fue porque pensé que solo ibas a lavarte la cara!

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Y no te dio una pista cuando empecé a bajarme los pantalones?

—Pero, Olivita, yo te estaba describiendo el hotel de ensueño que había visto en *Instant Hotel.* ¡Ni siquiera me di cuenta de que te sentabas en la taza del váter!

Eso es completamente verosímil viniendo de él. Iván tiene una facilidad pasmosa para imaginar cosas. Tal vez creas que es consciente de lo que le rodea por el simple hecho de estar allí, pero en esos momentos los ojos de mi amigo están ciegos por completo; solo ve lo que tiene en la mente.

—¿Y el sonido del chorrillo no te dio que pensar?

Pone los ojos en blanco y le da una patadita a la arena de la playa. Bongo cree que va a patear una pelota para que vaya a buscarla y se pone alerta.

—¡Ya te lo he explicado mil veces! ¡Para mí, ese sonido era el de la cascada de la piscina del hotel!

Estallamos en carcajadas hasta que casi estoy a punto de hacerme pis encima. Después, cansados y satisfechos, nos dejamos caer en la suave arena y él me rodea los hombros con el brazo.

—Prométeme que me llamarás si en algún momento no quieres estar sola.

—Te lo prometo.

—Prométeme que vas a comer en condiciones.

—Sí, mamá.

Me da un apretón en la mano.

—Prométeme que vas a hacer los ejercicios de relajación que te he enseñado.

Todos los días antes de marcharse, Iván me sometía a unas sesiones de relajación/meditación que me dejaban, en efecto, superrelajada.

—Lo haré.

A nuestro lado, Bongo empieza a hacer la croqueta en la arena. Sonrío con tristeza. ¿Qué va a pasar con Bongo? «Quédatelo tú, que para eso ha sido tu marido el infiel», salta la vocecilla fastidiosa. «Lo que sea mejor para Bongo», opina mi vocecilla racional.

—Pero solo a cambio de algo —dice de repente Iván, como si se le acabase de ocurrir una gran idea.

—Dispara —respondo con un poco de reparo, porque a saber qué demonios se trae entre manos ahora.

—Este sábado vamos a salir por ahí, Nacho, tú y yo. Nada muy alocado, tranquila.

«Nada muy alocado» puede sonar a plan tranquilo viniendo de cualquier persona menos de Iván. Debe de captar el terror en mi mirada porque rápidamente añade:

—Te lo prometo. Solo cenar y tomar una copa después si te apetece.

Lo pienso un momento. No me apetece nada, pero tampoco me apetece ir todos los días a trabajar y, sin embargo, es la parte del día que se me hace más liviana porque me gusta lo que hago allí. Tal vez salir a cenar y hacer lo que hace todo el mundo los sábados por la noche me venga bien; quizá me haga sentir más normal, menos sola, menos apartada del mundo.

—De acuerdo —accedo, y extiendo la mano para estrechar la suya como si fuésemos a cerrar un trato.

Mi amigo disimula su sorpresa, ignora mi mano y se inclina para darme un abrazo de oso que me hace sentir un poquito mejor.

El sábado, después de compartir con Nacho e Iván una cena informal en un restaurante mexicano en el que nunca habíamos estado —Iván se lo ha tenido que currar mucho para localizar uno en el que nunca haya estado con Miguel—, me siento mejor. Tal vez sea por las dos jarras de margarita que nos hemos ventilado entre los tres, pienso mientras me río de la historia que nos está contando Nacho sobre el tipo pequeñito y pesado que lo persigue a todas partes en la oficina donde trabaja.

—Seguro que es por ese culito tuyo, tan prieto y firme —opina Iván arrastrando un poco la lengua. No deberíamos olvidar que antes de cenar hemos tomado dos pintas de cerveza cada uno.

—Gracias, rey, pero lo que ocurre con este tipo es que es un plasta.

Iván chasquea la lengua con fastidio.

—Te lo digo yo, que tengo buena vista. Ese tío va siempre detrás para poder verte el culo… —Hace una pausa dramática, pone los ojos en blanco y añade—: ¿Acaso puedes culparlo?

Yo suelto una carcajada, no porque en realidad me haga tanta gracia la conversación, sino por el efecto del alcohol, y observo cómo Nacho pone morritos y le lanza una miradita de total adoración.

—Mira que eres exagerado —protesta, aunque en el fondo se le nota encantado. No es para menos; a mí también me gustaría que alguien sintiera una devoción así por alguna parte de mi cuerpo. Doy

otro sorbito al margarita para desechar el pensamiento de que Miguel, en algún momento de nuestra vida, también sentía devoción por *todas* las partes de mi cuerpo. «Todo en ti es perfecto», solía decirme, «pero lo mejor está aquí». Y entonces me tocaba el pecho dando a entender que lo mejor de mí era mi corazón, aunque la primera vez que lo hizo yo lo miré asombrada por su descaro y protesté: «¡¿Mis tetas?! ¡¿En serio?!». Desde entonces se convirtió en una de nuestras muchas bromas privadas.

Desvío la mirada cuando mis amigos se dan un beso un poco más largo de lo que me hubiera gustado ver —juraría que acabo de ver una lengua topándose con la nariz del otro; ¡puaj!— y observo alrededor, intentando olvidarme de Miguel.

—¡Bueno! —exclama Iván, que por lo visto ya ha terminado su eterno beso—. ¿Qué os apetece hacer, chicos?

—Tomaremos una copa por ahí, ¿no? —propone Nacho. Más que proponer, lo dice como cosa hecha.

Los dos me miran esperando una respuesta. Suspiro y sopeso mis opciones. No tengo sueño, estoy un poco achispada y no me apetece regresar a una casa donde sigue oliendo a Miguel. Tampoco me muero de ganas de pegarme una buena juerga, pero entre las dos opciones…

—Algo tranquilo —suplico—. Una copa tranquila.

Todos estamos de acuerdo, así que apuramos nuestros margaritas, pagamos la cuenta y nos dirigimos a un *pub*, donde nos sentamos a una mesa con sendas copas delante.

—Una vez casi entra en el baño conmigo y todo —afirma Nacho, y tardamos en darnos cuenta de que sigue hablando de Gabriel, el tipo pequeñito que lo sigue por toda la oficina. Entonces asentimos y él prosigue—: Os juro que iba tan pegado a mí que casi tropieza conmigo cuando me paré para abrir la puerta.

—¡A ese chico hay que decirle que puede mirar, pero no tocar! —protesta Iván con energía—. ¡A la hoguera con él!

—¡Eso, eso! —coreo yo—. ¡A la hoguera con Gabriel!

Levantamos nuestras copas para hacer un brindis por la hoguera para el tipo pequeñito y después nos embarcamos en una

conversación surrealista sobre quién cree Iván que debería ganar *Instant Hotel* y por qué.

—Me gustaría que ganase la pareja de gais —opina con tanta seriedad que me entra la risa—, pero es que no se lo merecen. Son tan…

Hace una pausa de por lo menos un minuto, durante el que Nacho y yo observamos su boca abierta en forma de O como si no hubiera nada más interesante en el mundo e intercambiamos miraditas furtivas antes de echarnos a reír. Iván nos ignora y continúa con su perorata:

—¡Prepotentes! ¡Esa es la palabra! —exclama mientras chasquea los dedos—. Son unos prepotentes y seguro que su hotel no es para tanto.

De pronto me doy cuenta de que tenemos que elevar el tono de voz para hacernos oír por encima del barullo que se está empezando a formar. Cuando hemos llegado éramos casi los únicos clientes, pero no sé en qué momento han ido llegando más y apenas cabe un alfiler.

—Por otra parte están la madre y la hija. La hija es como para llevarla a *Supervivientes* y que se busque la vida, os lo digo en serio. Tan mayor, tan pija y tan boba… —Menea la cabeza como si estuviera profundamente ofendido—. No quiero que ganen ellas, la verdad.

Alguien que pasa por detrás de la silla de Iván lo empuja sin querer y Nacho y yo vemos clara la oportunidad de hacerle cambiar de tema.

—¿Otra copa? —pregunto, porque es lo primero que se me ocurre.

Decidimos tomarla en la barra y dejar que los buitres se peleen por la mesa que acabamos de dejar libre, y es entonces, cuando los efectos del alcohol ya son del todo palpables e Iván va al baño, cuando Nacho me pregunta un poco inseguro:

—¿Qué tal lo llevas? No te he preguntado antes porque… —Se detiene y yo asiento con la cabeza. Lo entiendo. No hay forma amable de sacar un tema así.

—Estoy bien, no te preocupes —respondo, y puedo ver que no se lo cree, como es normal—. Bueno, en realidad estoy bastante jodida,

Nacho. Es como… si mi vida de pronto estuviera patas arriba y no supiera qué hacer con ella, ¿sabes?

Él asiente con la cabeza y se inclina hacia mí para hacerse oír:

—Sé lo que es eso. Cuando yo me separé de Carlos me pasó lo mismo. Parecía que estábamos hechos el uno para el otro, y como toda nuestra vida estaba planeada para los dos, después no supe qué hacer con la mía.

Noto su aliento cálido en mi oreja, y entre eso y sus palabras, que dan del todo en el clavo, me entran ganas de ponerme a llorar, pero no lo hago. En cambio, respondo:

—Es así exactamente como me siento.

Entonces se separa un poco de mí para mirarme a los ojos, me sostiene la barbilla en alto como haría mi madre —«la frente siempre bien alta, Olivia»— y afirma:

—Pero luego todo se arregló. Aprendí a disfrutar de la vida por mí mismo. Aprendí a apreciar cada detalle de ella. Disfruté siendo una persona independiente. Y cuando mejor estaba, llegó Iván. —En este punto le brillan los ojos y puedo ver cuán enamorado está de mi amigo—. Me costó aceptarlo en una vida que ya era de por sí maravillosa —me confiesa—, no quería que la pusiera patas arriba, y ya sabes que Iván no destaca por su capacidad de compromiso precisamente… —Otra pausa. Yo asiento con la cabeza y me acuerdo de que al final no le recordé que borrase de su móvil las fotos de Ramón el del pollón. Tengo que hacerlo en cuanto encuentre una ocasión esta noche—. Pero ahora todo va genial entre nosotros, Oli, es todo perfecto.

Asiento con la cabeza con una sonrisa.

—Pero, perdona —se disculpa—, me he ido por los cerros de Úbeda… Lo que quería decirte con esto es que verlo todo muy negro ahora es el primer paso para salir del bache.

Lo noto nervioso. Aunque tengo un aprecio infinito a Nacho, no nos conocemos tan bien como para que nos sintamos cómodos teniendo este tipo de conversación. En un intento de normalizar la situación, lo cojo de la mano y le digo:

—Gracias, Nacho.

Él sacude la cabeza con una sonrisa.

—No sé si te he ayudado algo o todo lo contrario… —Se ríe mientras toma un generoso trago de su copa.

Le devuelvo la sonrisa y le prometo:

—Me has ayudado, claro que sí.

Y es verdad. El simple hecho de que se preocupe por mí me ayuda. Imito su gesto de beber y me doy cuenta de que han puesto demasiado limón en mi copa, lo que me hace fruncir los labios y tragar con cuidado. Veo que Iván se aproxima a nosotros, abriéndose paso entre la gente con dificultad, y cuando llega nos abraza a los dos efusivamente. Poco a poco empezamos a dejarnos llevar por el ritmo de la música y en cierto momento me percato de que la barra ha quedado a cierta distancia de nuestras espaldas y de que Iván y Nacho están empezando a darlo todo, como si estuvieran en una discoteca. Como nadie parece molesto no les digo nada y me limito a observarlos con una sonrisa en los labios mientras doy pequeños sorbos a mi bebida, ya aguada. Decido pedir la última ronda y me dirijo hacia la barra, pero cuando voy a llegar me tropiezo con algo y estoy a punto de darme de bruces en el suelo. A punto nada más, porque por suerte alguien me agarra por el abrazo y evita que haga el ridículo y que me parta un diente. Cuando recupero el equilibrio me incorporo con toda la dignidad que puedo reunir y, al alzar la vista, el «¡Gracias!» que iba a exclamar se queda atrapado en mi garganta y en cambio espeto:

—¡¿Tú?!

Un sorprendido Dani se apresura a soltarme el brazo y hace una mueca tan graciosa, como si fuera un niño pequeño al que acaban de sorprender haciendo alguna travesura, que no puedo evitar reírme.

—¡Sí, yo! —exclama, tan achispado como yo—. ¡El gilipollas!

Tardo un momento en comprender por qué dice eso, pero enseguida recuerdo que la última vez que nos vimos, cuando intentó venderme la moto de que se portaba de un modo estúpido cuando estaba conmigo porque lo ponía nervioso, le dije que, efectivamente, se comportaba como un gilipollas cuando estaba conmigo y le dejé con la palabra en la boca. Al recordarlo, su respuesta me parece graciosísima y suelto una carcajada.

—Lo siento —me disculpo sin saber muy bien por qué lo hago. ¿Porque lo llamé gilipollas con toda la razón? ¿Porque hoy en vez de darle las gracias he reaccionado como si me hubiera encontrado con mi peor enemigo?

—No pasa nada —responde, y sé que él tampoco sabe por qué razón exactamente me acabo de disculpar—. Iba a la barra —afirma señalando en esa dirección, para que le deje pasar.

—Yo también —coincido, y por alguna razón nos dirigimos juntos hacia allí.

Cuando llegamos me doy cuenta de que no les he preguntado a Nacho y a Iván si quieren tomar algo más, pero cuando me giro para preguntarles por señas, están tan ensimismados el uno en el otro, besándose como si el mundo se fuera a acabar en cualquier momento, que decido pedir una copa solo para mí.

Pedimos las copas por separado porque, por supuesto, no estoy dispuesta a que me invite, y después nos despedimos y me alejo de él sin saber muy bien a dónde dirigirme. Mis amigos siguen a lo suyo y no quiero molestarlos, pero la situación me resulta un poco incómoda. Deambulo por el concurrido local sintiéndome fuera de lugar y finalmente decido regresar a la barra, donde creo que pasaré mucho más desapercibida. Tras un par de canciones y casi toda la copa apurada a una velocidad de vértigo decido que es hora de irme a casa. Echo un vistazo por el local, pero no localizo a Iván y a Nacho. ¿Dónde demonios se habrán metido? Puedo imaginármelos echando un polvo fogoso en el cuarto de baño, lo que hace que me sienta triste. ¿Ya no voy a volver a hacer el amor con Miguel nunca más? Trago saliva, consciente de que puedo ponerme a llorar en cualquier momento.

De pronto me agobio. Necesito salir de aquí. Dejo el resto de mi copa en la barra con tanta fuerza que la pareja que tengo al lado me mira con extrañeza, pero no me importa. Solo necesito salir de aquí. Ya. El sonido de la música y las luces intensas se me hacen, de repente, insoportables. Los cuerpos tibios de las personas que me rodean por todas partes me agobian y tengo ganas de gritar y ponerme a empujarlos a todos para conseguir salir a la calle. Entonces, sin darme cuenta, me sorprendo boqueando apoyada en

la barra, sin lograr introducir ni una pizca de oxígeno en mi organismo.

«Es un ataque de pánico», me advierte mi vocecilla racional, y no puedo estar más de acuerdo con ella. Busco a Iván con la vista desesperadamente y me enfado con él. Fue idea suya salir a cenar y tomar una copa. Dijo que me vendría bien, que me animaría, pero aquí me tienes, abandonada en mitad de un local lleno de gente borracha y sudorosa que se ríe con estridencia como si fueran las personas más felices del mundo, como si no existiera la desdicha, como si no existieran los divorcios y las infidelidades y la soledad y…

—¿Estás bien?

Una voz conocida. No tranquilizadora, pero sí conocida. Distingo a Dani con la vista borrosa, pero no soy capaz de responder, solo de menear levemente la cabeza. No, no estoy bien.

—¿Quieres salir? —me ofrece con los ojos muy abiertos, preocupado.

Me apoyo en su brazo y él entiende que es una respuesta positiva, porque me dirige suavemente a la salida. Me parece que tardamos siglos en llegar a la puerta y estoy a punto de vomitar dos veces, pero finalmente lo conseguimos. El frescor del exterior reduce como por arte de magia la presión en mis sienes y en mi pecho y, después de unos segundos, puedo inhalar una profunda bocanada de aire.

—¿Estás mejor? —pregunta Dani con delicadeza. Por un momento me había olvidado de él. Apoya dubitativamente la mano en mi espalda, pero la retira al instante. Tal vez mi cuerpo se haya puesto tenso con el contacto y lo ha notado, no lo sé, pero la verdad es que prefiero que nadie me toque.

—Creo que sí, gracias —respondo con un hilo de voz.

Por fin he recuperado la respiración y, una vez pasado el apuro, se abren paso a marchas forzadas la vergüenza y la rabia. ¡Precisamente tenía que ser este tío el que me ayudase! Ahora no me queda más remedio que mostrarme agradecida con él cuando lo que en realidad quiero es odiarlo.

Aunque no tengo motivos para odiarlo, me digo, porque en realidad Dani no ha hecho nada. Él no es el causante de que Miguel

me haya engañado con una pu…, con otra chica. Dani solo es gilipollas, pero no ha tenido nada que ver con mi separación.

La palabra cae sobre mí como una pared de hormigón: separación. ¿De verdad Miguel y yo nos vamos a separar? Tal vez lo suyo con esa mujer sea algo pasajero; tal vez regrese y podamos seguir desde donde lo dejamos…

Me obligo a dejar de pensar. Eso no va a pasar. Miguel estará ahora mismo follando felizmente con esa fulanilla y mientras tanto aquí estoy yo, sufriendo ataques de pánico en mitad de un *pub*. ¿Y dónde coño se ha metido Iván, a todo esto? ¿Por qué me ha dejado sola?

—¿Quieres que te pida un taxi? —Dani parece de verdad preocupado, aunque seguramente lo que ocurra sea que tiene prisa por volver a entrar en el *pub*.

—Estoy bien, no te preocupes —respondo con una amargura que no quería mostrar—. Puedes regresar a la fiesta.

Sueno resentida y desagradable en vez de agradecida, así que me apuro a añadir:

—Lo siento. No sé qué me pasa, yo… Es solo que no está siendo una buena noche.

—No te preocupes, no pasa nada. —Dani lleva su peso de un pie a otro y después, con inseguridad, como si pensara que voy a morderle o algo así, añade—: Ya me he enterado de…

Se frena de golpe, seguramente por la mirada que le acabo de echar. Claro, cómo no va a haberse enterado de lo de Miguel. Me apuesto algo a que el rumor corre por el gimnasio: «Miguel se ha liado con la profesora buenorra de zumba… ¡Sí, sí, la que es tan elástica que probablemente pueda practicar con total facilidad t-o-d-a-s las posturas del *Kamasutra*!», y todos estarán opinando: «¡Qué buen cambio, Miguel, una diosa del sexo por una frígida! ¡Has hecho bien!». Siento arder mis mejillas.

—¿Y qué dice la gente? —espeto—. ¿Que la última en enterarse siempre es la pobrecita mujer? —Sé que mi tono es agresivo, y que cuando señalo a Dani con el dedo y me acerco a él con rabia, me estoy acercando peligrosamente a lo que podría llamarse

intimidación—. ¿Es verdad eso? ¿Lo sabían todos en el gimnasio? ¿Soy el hazmerreír de todos?

«¿Nunca más voy a volver a hacer el amor? ¿Nunca más voy a volver a besar a nadie? ¿Nunca voy a poder confiar en un hombre?».

Dani se ha echado ligeramente hacia atrás, con las manos levantadas como si pensara que voy a pegarle. Y siento vergüenza. ¿Qué estoy haciendo, Dios mío? Estoy perdiendo los papeles con la persona equivocada.

—¡Oh, Dios! —exclamo, viniéndome abajo—. ¡Lo siento mucho! Hoy soy yo la que se está comportando como una gilipollas —intento bromear, y Dani premia mi esfuerzo con una sonrisa—. Es que estoy tan cabreada… No sé lo que hago. No debería haber salido. Iván me convenció, pero ahora ha desaparecido y…, y de pronto todo me daba vueltas, y ahora tú estás aquí ayudándome y yo me he vuelto loca y juraría que he estado a punto de pegarte…

—Eh, eh, cálmate —me dice Dani con suavidad—. No has estado a punto de pegarme. Y aunque lo hubieras hecho… —Hace una pausa y me mira con los ojos muy abiertos, como si se le acabase de ocurrir una gran idea. Luego añade—: De hecho, ¡hazlo!

Lo miro sin comprender mientras me limpio la nariz con el dorso de la mano, un poco humillada.

—¡Hazlo! —insiste, extendiendo una de las manos con la palma abierta y señalándosela con el dedo índice de la otra.

—¿Que haga qué?

—¡Pégame! —me anima—. ¡Pega fuerte aquí! ¡Desahógate!

Suelto una risita nerviosa. La verdad es que me apetece pegar a alguien, aunque ese alguien es Miguel, no la palma de la mano de un desconocido. Por mucho que esa palma sea grande y esté abierta ante mí, pidiéndome —qué digo pidiéndome, ¡suplicándome!— que me líe a puñetazos con ella.

—No voy a hacerlo —replico con un hilo de voz, aunque más que una afirmación parece una pregunta. ¿Voy a hacerlo?

—¿Por qué no? ¿No hay narices? —me provoca Dani, agitando un puño en el aire. Después empieza a mover los dedos de la otra mano, la que tiene abierta, y engola la voz para fingir que son ellos

los que hablan—: Soy Miguel, tu marido, el estúpido que te ha engañado con otra.

—¡Cállate! —exclamo, espantada. Oírlo en voz alta hace que me parezca más real, como si hasta ahora fuera un hecho imaginario que solo habitaba en el fondo de mi mente.

Pero Dani, lejos de callarse, insiste, acercándose a mí, provocándome:

—Oh, sí, te he engañado y he conseguido cabrearte mucho…

Es verdad. Estoy muy cabreada. Estoy tan cabreada que si lo tuviera delante podría zarandearlo hasta hacerle daño. Podría darle una bofetada y gritarle hasta quedarme afónica. Podría…

Y entonces lo hago. Me dejo llevar y comienzo a golpear con los puños la palma de la mano de Dani, que no parece tener ningún problema en aguantar mis embestidas. Y con cada puñetazo noto que una parte de mi ser se vacía de esa rabia que me ha embargado desde el preciso momento en el que vi a Miguel con aquella mujer.

Las manos entrelazadas. Golpeo con furia.

Las cabezas muy juntas. Me hago daño en los nudillos, pero ahora no puedo parar.

Me los imagino uniendo sus bocas en un dulce beso, el beso que yo llevo esperando meses, me desgañito y golpeo, golpeo, golpeo hasta que me falta el aliento y me doy cuenta de que estoy chorreando de sudor. Pero no importa, porque todo el cabreo está saliendo de mí y me produce un alivio tan grande que nada más importa.

—¡Olivita!

De pronto me percato de dónde estoy y lo que estoy haciendo. Observo a Iván, recién salido del *pub*, corriendo hacia mí con una expresión de honda preocupación en el rostro, seguido de cerca por Nacho. Cuando llega a mi altura, me da un abrazo mientras mira a Dani con suspicacia.

—¿Todo bien por aquí?

Todos sabemos lo que está preguntando en realidad («¿Te ha hecho daño este tipo?»), así que me apresuro a aclarar las cosas:

—Me ha ayudado a salir del *pub*. Me ha dado un ataque de ansiedad o algo así.

—¡Oh, Olivita, lo siento! —se disculpa efusivamente mi amigo—. Me distraje solo un momento y…

—Olvídalo —le pido—. No pasa nada, todo está bien.

Y no es del todo mentira. Bueno, a excepción de mis doloridos nudillos. Súbitamente preocupada por la mano de Dani, le pregunto:

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Percibo el intercambio de miradas de extrañeza entre Iván y Nacho, desconocedores de lo que ha ocurrido aquí. Si me pongo en su lugar, comprendo que no es muy normal salir del *pub* y encontrarte a tu amiga liándose a puñetazos con la mano de un hombre.

—Pegas fuerte —responde Dani—. Pero no me has hecho daño, no te preocupes. Me han pegado muchas veces tipos más fuertes, sin ofender —añade, guiñándome un ojo.

Intercambiamos una sonrisa mientras Iván, que aún me sostiene entre sus brazos, me da un pellizco ligero en el brazo, como preguntándome qué ha ocurrido aquí.

—Gracias —le digo a Dani—. De verdad.

—No es nada. Cuando quieras —replica, tal vez un poco nervioso. Y cómo no, no puede evitar soltar una de sus estupideces—: Yo me dejo si eres tú la que me pega.

En circunstancias normales su respuesta me provocaría desaprobación, pero ahora lo único que puedo sentir por Dani es agradecimiento.

—Te llevo a casa —interrumpe Iván, con afán protector, ya que todavía no tiene ni idea de qué ha pasado entre nosotros exactamente.

—Adiós, Olivia —se despide Dani, que echa a andar de nuevo en dirección al *pub* sin volverse ni una sola vez.

Capítulo 13

—Galleta —me oigo murmurar y me despierto a mí misma.

Siento la boca seca y pastosa, como si anoche hubiera cogido una buena cogorza. Me desperezo lentamente y le pego sin querer una patadita a Miguel por debajo de las sábanas.

—¿Galleta? —susurra una voz que no es la de mi marido, pero es igualmente familiar.

Iván.

Poco a poco, todos los recuerdos van acudiendo a mi mente: Miguel y esa mujer. Iván cuidando de mí. La salida de anoche. Dani y…

Me incorporo bruscamente, con lo que la cabeza empieza a darme vueltas. ¿Anoche le di una paliza a Dani?

—¿Galleta? —repite Iván, incorporándose también—. ¿Quién coño se despierta diciendo «galleta», Olivita? —Se restriega los ojos soñolientos y bosteza profundamente, regalándome su aliento acre a recién levantado—. Puedes estar teniendo un sueño guarro y despertarte gritando: «¡Oh, sí, semental, móntame!», pero… ¿«galleta»? ¿Estabas soñando que la mojabas en leche o qué?

Iván tiene mal despertar, así que supongo que está intentando disfrazarlo de humor, pero en el fondo le ha fastidiado que lo haya despertado y que lo primero que haya oído en todo el día haya sido «galleta».

Ayer, después de acompañarme a casa, Nacho le sugirió a Iván que se quedase conmigo. Aunque yo no quería fastidiarle los planes no podía consentir que Nacho se fuera a casa con el rabo entre las piernas —casi literalmente, porque estaba claro que tenían en mente una noche de amor fogoso— y sugerí que se quedasen ambos. Propuse ser yo la que durmiese en el sofá, pero no accedieron de ninguna manera. Por eso Iván se ha despertado esta mañana en mi cama. Así que es normal que esté de mal humor, siendo yo lo

primero que ve en el día en vez de Nacho, y además pronunciando la palabra que me está abriendo el apetito.

—Gracias por quedarte —le digo, e Iván empieza a ablandarse, así que hace que me tumbe de nuevo y él hace lo propio mientras me rodea la cintura con un brazo.

—Siento haberte dejado sola en el *pub* —se disculpa por enésima vez.

—Olvídalo —gimo—. Si lo único que estás haciendo es ayudarme, como siempre.

—Oye, ¿quién era ese tío? —pregunta ahora, con la voz más animada.

—¿Dani? —Suspiro, un poco avergonzada al recordarme pegándole como si fuera una histérica.

—Sí, el tío al que estabas atacando ayer —responde con una risita.

Vale, supongo que la escena tenía algo de cómico viéndola desde fuera. Hasta yo me reiría si no fuera porque la estaba viendo desde dentro y, de esa forma, tenía de todo menos gracia.

—Es el del trío —confieso, un poco avergonzada.

—¡Qué me dices! —ruge Iván, que se incorpora y se apoya en un codo para mirarme, todo emocionado. Luego inquiere con curiosidad —: ¿Y por qué le estabas pegando?

—¡Uffff! Es difícil de explicar.

—¿Era alguna especie de preliminar erótico extraño o algo así? —pregunta, y acto seguido se tira un pedo.

—¡Serás guarro! —exclamo, un poco enfadada. No soporto las ventosidades dentro de la cama, es una de mis manías.

Recuerdo la primera vez que Miguel se atrevió a hacerlo. Lo primero que pensé fue que estaba saliendo con un bárbaro. Ni siquiera hacía tanto que salíamos juntos, ¿cómo se atrevía a hacer una cosa así?

—Se me ha escapado —se disculpa Iván, exactamente igual que hizo Miguel aquella vez.

—No es verdad, he notado cómo empujabas —objeto, igual que hice entonces.

—¿Cómo puedes pensar algo así de mí? —protestó Miguel, fingiéndose ofendido—. ¿Acaso crees que voy conquistando a las

chicas a ritmo de pedo?

Solté una carcajada.

—¿A ritmo de pedo? —Se me había pasado el cabreo. ¿Cómo no hacerlo con esa carita de inocencia y esos morritos de piñón? Así que lo abracé con fuerza mientras él agitaba la ropa de la cama para que la peste saliera de ella cuanto antes.

—Vaaaale —reconoce Iván ahora—. Lo he hecho aposta. Soy un guarro. Ahí lo tienes. —Y se encoge de hombros.

No es que sea la primera vez que compartimos cama Iván y yo, ni la primera vez que tenemos esta conversación. Pero, por lo visto, mi amigo no puede evitar las ventosidades matutinas. Doy gracias por no ser Nacho.

—Bueno, di, ¿por qué estabas pegando al pobre tío? —exige saber Iván a la vez que se remueve con inquietud.

—Quería que me desahogara pegándole —explico, y rápidamente añado—: En la palma de la mano. Como si fuera Miguel.

Miro de soslayo a mi amigo, que enarca las cejas, como sopesando la información.

—Hoooombre… —termina diciendo—. No es mala idea, pero…

Bongo, que nos ha debido de oír, entra en la habitación y se sube de un torpe salto a la cama. No tarda en aparecer también Nacho, mucho más discreto, eso sí.

—¿Se puede? —inquiere con suavidad.

—¡Entra, entra! ¡Cuantos más mejor! —ironizo, aunque en el fondo estoy encantada. Bongo me lame la cara como si no me hubiera visto en cinco años.

Nacho se sienta discretamente al lado de Iván e intercambian un beso breve. Luego Nacho pregunta:

—¿Qué os hago para desayunar, vagos?

Estoy a punto de exclamar: «¡*Curasán* de almendra!», imitando a Miguel, pero me contengo y trago saliva, repentinamente triste.

Tras planear durante unos minutos un desayuno que más bien parece una comida de tomo y lomo, Nacho sale de la habitación después de pegarle un pequeño cachete en el trasero a Iván. Bongo, por su parte, se ha hecho sitio entre Iván y yo y parece la mar de feliz.

—Como te iba diciendo antes de la interrupción —empieza Iván, dándole unos suaves golpecitos en la cabeza a Bongo—, creo que te hubieras desahogado más echándole un buen polvo que pegándole.

—¡¿Qué?! —exclamo, descompuesta. «¡Pero si acabo de separarme de mi marido!», tengo ganas de protestar, aunque no sé si en realidad nos hemos separado o no. Pero, claro, cuando llevas meses sin echar un polvo supongo que no importa tanto que solo lleves unos días separada, ¿no?

—¡Un polvazo es lo que te hace falta, Olivita! —insiste mi amigo, todo emocionado—. Y ese tío tenía pinta de saber echarlos bastante bien —añade mientras se muerde el labio, pensativo.

—Seguro que sí —espeto con amargura, sin saber de dónde me viene esa sensación—. ¿No ves que es el rey de las orgías?

—Bueno, reina, tampoco te flipes, que ya sabes lo que dicen: unos crían la fama…

—¿Y otros, como tú, cardan la lana? —termino el refrán, y le doy un pellizco pasando el brazo por encima de Bongo, que, presintiendo lo que va a llegar, baja de un salto de la cama.

Por supuesto, Iván me devuelve el pellizco, y lo hace en la tripa, mi conocido punto débil.

—¡Serás… bellaco! —protesto, gritando más de la cuenta porque en realidad no me ha hecho daño.

—¡Bellaco, dice la otra! —se carcajea él—. ¡Nacho! ¡Nachoooo! ¡Que dice Olivita que soy un bellaco!

Entonces comienza una guerra de cosquillas sin compasión, una particularmente peligrosa además, puesto que ninguno de los dos ha ido al baño desde que nos hemos levantado. Teniendo en cuenta lo que bebimos anoche es de extrañar que no nos hagamos pis encima, amén de que no tengamos ni el más ligero asomo de resaca, excepto la boca seca.

En mitad de nuestras risotadas, peticiones de piedad y amenazas con mojar la cama, aparece Nacho un poco sorprendido porque nunca nos ha visto en esta tesitura, a pesar de ser algo bastante frecuente entre nosotros. No precisamente tirados en una cama, pero sí en cualquier otro lugar.

—¡Nacho, ayúdame! —suplica Iván entre carcajada y carcajada—. ¡Olivita me quiere marcar con su orina!

—De eso nada —le contradigo—. A ver si te crees que soy tan tonta de mearme en mi propio colchón. ¡Eso lo haré en el tuyo!

Y sigo intentando atrapar su pie derecho, donde tiene su talón de Aquiles —y nunca mejor dicho—, su «punto C» —de «cosquillas»—, como nosotros lo llamamos. Tiene que ser el pie derecho, y tiene que ser justo en la base del dedo pulgar: si tocas ahí a Iván, te dará todo lo que le pidas con tal de que pares. Una tortura deliciosa. Él, sabedor de mis intenciones, se resiste con uñas y dientes mientras me tira de la parte de arriba del pijama, que yo me apresuro a bajar porque no llevo nada debajo. Eso me hace perder la concentración y de pronto lo tengo encima de mí, apresándome con su peso, pero yo me las ingenio para estirar la pierna más de lo recomendable y, con los dedos de los pies, consigo alcanzar su punto C. Entonces Iván pierde el control sobre su cuerpo y todo lo que quiere es escapar, por lo que no se da cuenta de que al retirarse me pega un codazo en la nariz que me hace ver las estrellas. Entre lágrimas de risa y dolor distingo a mi amigo llevándose las manos al pie para masajeárselo, como si le hubiera pasado un elefante por encima o algo así. Me duele horrores la nariz, pero no puedo parar. Me siento tan bien como ayer después de la paliza que le metí a la mano de Dani.

—El desayuno está listo, niños —interrumpe Nacho el concierto de risitas, maldiciones y juramentos de buen rollo con un tono irónico, haciendo hincapié en la última palabra.

—¡No sé si podré desayunar! —protesto entre risas—. ¡Creo que el borrico de tu novio me ha roto la nariz!

—¡Mira quién fue a hablar! —exclama Iván muy ofendido—. ¡Te has pasado mucho con mi punto C!

Por el rabillo del ojo veo como Nacho menea la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Nunca te quejas de eso conmigo, rey —afirma, le guiña un ojo y sale de la habitación soltando una carcajada.

Iván y yo nos miramos con los ojos muy abiertos y estoy a punto de darle unas palmadas en la espalda y llamarle campeón, pero, en

cambio, para hacerle rabiar, digo en voz muy alta:

—¡Galleta! —Y le tiro a la cara un calcetín sucio que encuentro en mi mesilla.

Horas más tarde estoy sentada en la vaca de Milka con Bongo. Después del opíparo desayuno hemos ido todos a dar un largo paseo por la playa, durante el que el animal ha correteado de aquí para allá y ha quedado finalmente agotado. Luego, tras insistir mucho en que me encontraba bien, he logrado que Iván y Nacho se fueran a casa. Ahora, mientras Bongo ronca suavemente con la cabeza apoyada en mis piernas cruzadas, me estoy planteando la opción de ver una película en Netflix cuando mi móvil comienza a sonar. Por suerte lo he dejado a mano y no tengo que molestar a Bongo para cogerlo. Cuando veo el nombre de Miguel en la pantalla dudo un instante. ¿Estoy preparada para esta conversación?

En realidad, desde lo de anoche me siento más tranquila. La idea de Dani surtió efecto y no me noto tan cabreada con Miguel. Tampoco es mi persona preferida ahora mismo, para qué mentir, pero la parte de mí que comprendía por qué había ocurrido lo que había ocurrido se ha impuesto a la parte de mí que cargaba con la pataleta. Puedo entenderlo. Puedo entender que Miguel terminase cediendo a sus impulsos; de hecho, si no lo hubiera hecho él, probablemente lo habría hecho yo antes o después. Pero que lo entienda no quiere decir que lo perdone, ni muchísimo menos.

Mientras me hallo inmersa en mis pensamientos el teléfono ha dejado de sonar. Casi me vence la tentación de dejarlo pasar sin más, pero me fuerzo a devolverle la llamada; no tiene sentido retrasar más esta conversación.

—Hola, Olivia. —Esta voz no parece la de Miguel, al menos no la de *mi* Miguel. Es decir, es la misma voz, pero no utiliza el mismo tono de siempre, sino que emplea el que usa con el resto de las personas. Me siento rara.

—Hola —me fuerzo a contestar, y tampoco yo empleo el tono de voz que tengo reservado para él.

Es como si fuéramos dos amigos íntimos que hace décadas que no se ven: el cariño y la confianza persisten, pero escondidos tras capas y capas de formalismo e inseguridad.

Me pregunto si él también se dará cuenta, si siente lo mismo que yo, si…

—¿Qué tal estás?

Bongo levanta la cabeza; tal vez esté oyendo su voz. Debe de echarlo mucho de menos. Ambos deben de estar extrañándose el uno al otro muchísimo. Trago saliva para que las lágrimas se queden donde están.

—Bien —respondo en automático.

—¿De verdad? —insiste él, inseguro.

Meneo la cabeza. No tiene sentido mentir.

—Mal, Miguel, cómo quieres que esté.

—Lo sé, lo sé, lo siento. Ha sido una pregunta estúpida.

No puedo estar más de acuerdo con él.

—¿Dónde te estás quedando? —inquiero, temerosa de que me confiese que se ha ido a vivir con su nueva novia, esa diosa del sexo. Dios mío, tengo que dejar de ponerla en un pedestal o me volveré loca.

—En casa de mis padres —dice, lacónico.

Chasqueo la lengua. Sé que a Miguel no le estará haciendo mucha gracia quedarse allí; sus padres le dejaron en herencia esa casa, el lugar donde él se crio y posee tantos recuerdos.

—¿Y estás bien allí? —«¿Te la tiras allí, Miguel, rodeado de los vestigios de tu infancia?».

—Estoy bien, tranquila. Olivia, he pensado… —Se interrumpe, dubitativo, y yo espero en silencio; no sé si quiero saber qué es eso en lo que ha estado pensando—. He pensado que podría quedarme aquí una temporada. Ya sabes, hasta que… decidamos qué vamos a hacer. Puedo seguir pagando mi parte de la hipoteca si me quedo aquí.

Sopeso nuestras opciones. Desde luego, no podemos vivir juntos. Y todavía no está todo decidido, todavía no estamos hablando de separarnos y mucho menos de divorciarnos; sería precipitado

deshacernos de esta casa antes de pensar las cosas con claridad, me digo, aunque una parte de mí está deseando hacerlo.

—Me parece bien —respondo finalmente mientras acaricio el pelo suave de Bongo.

—Genial —responde sin ningún entusiasmo.

Nos quedamos en silencio. Es un silencio incómodo, no como los familiares silencios que solíamos compartir.

—Hay otra cosa… —interviene, y se le traba la lengua.

—Bongo —decimos a la vez.

Reprimo el impulso de exclamar: «¡Chispas!», pero él no lo consigue y se crea un momento muy incómodo en el que puedo oír su respiración agitada a través del aparato. Por supuesto, no pronuncio su nombre tres veces, y para terminar con la incomodidad lo invito a seguir:

—Quieres ver a Bongo.

—Sí. —Lo dice en tono de súplica y suena como si fuera una pregunta—. ¿Te parece bien?

—Pues claro. —Quiero ser civilizada, pero no me sale ser demasiado atenta, así que no añado lo que estoy pensando: «¡No tendrías ni que preguntármelo! Bongo es tan tuyo como mío».

—Genial —dice otra vez, y esta vez le noto alivio en la voz. Se me ocurre que tal vez estaba pensando que le iba a poner problemas y me ofende que no me conozca en absoluto. Puedo estar enfadada con él, puedo estar distante, esquiva y hasta desagradable, pero nunca se me ocurriría impedirle ver a Bongo—. ¿Y cómo podemos hacerlo?

Pasamos los siguientes minutos aportando ideas, tiempo durante el que Bongo permanece con la cabeza y las orejas levantadas, muy atento, como si supiera que estamos hablando de él. Finalmente acordamos que de momento él se ocupará de los paseos vespertinos, de manera que coincidamos lo menos posible. Creo que ninguno de los dos está preparado para ver al otro. Es un acuerdo que nos satisface a ambos y no rompe demasiado la rutina de Bongo. Después colgamos, despidiéndonos con alivio en la voz, no sé si porque por fin finaliza la comunicación o por haber resuelto al

menos un par de asuntos. Bongo lanza un suspiro, apoya de nuevo la cabeza en mis piernas y cierra los ojos.

Hablar con Miguel ha sido extraño. Pensaba que cuando hablásemos me sentiría fatal, que me pondría a llorar como una Magdalena y que el mundo se derrumbaría a mi alrededor. Pero no ha ocurrido nada de eso. Al contrario: me he quedado extrañamente relajada, como si mi mente y mi cuerpo comenzaran a aceptar la nueva situación. Lógicamente me siento triste, pero supongo que es normal.

Justo entonces me llega un mensaje de Iván y sonrío al leerlo:

IVÁN: *Qué tal estás después de la bomba de colesterol que nos ha hecho tragar Nacho?*

¡Como si no le hubieran encantado a él los gofres, los huevos revueltos y el beicon! Ha sido un sustituto casi perfecto de nuestro vermú habitual de los domingos.

YO: *Preparada para lo que venga!*

YO: *Sabes? Acabo de hablar con Miguel.*

IVÁN: *Y qué tal ha ido la cosa?*

YO: *Extrañamente bien. Me siento tranquila.*

YO: *Y triste.*

YO: *Pero bien.*

IVÁN: *Eso es bueno, supongo.*

YO: *Supongo.*

YO: *Gracias por cuidar tan bien de mí, Iván. Y a Nacho también. Siento haberos estropeado la noche.*

IVÁN: *Estropear la noche, dices? Si ha sido superdivertido dormir con un oso roncador como tú!*

YO: *Yo no ronco!!*

Me muerdo la lengua para no reírme al enviar el mensaje. Que si ronco… Que se lo pregunten al pobre Miguel.

¿Roncará también su nueva novia? Sacudo la cabeza para alejar ese pensamiento.

IVÁN: *Que no ronca, dice!! Suenas como una locomotora de los años veinte!!*

YO: *Bueno, bueno, ya será menos, jajaja!*

IVÁN: *Sabes a quién deberías darle las gracias también?*

IVÁN: *Al semental ese al que pegabas anoche.*

Me muerdo el labio, pensativa. Tiene razón, pero…

YO: *No tengo su teléfono.*

Excepto que…

YO: *Espera, sí, creo que sí que lo tengo!*

Recuerdo que cuando estuvo en la biblioteca me envió un mensaje y al final no lo borré, así que debe de estar ahí. No tardo ni treinta segundos en comprobarlo y se lo confirmo a Iván:

YO: *Pues sí que lo tengo.*

IVÁN: *Pues ya sabes.*

YO: *Tú crees que debería? Es una situación un poco rara…*

La educación dicta que *sí que debería* agradecérselo —al fin y al cabo no todo el mundo te ofrece desahogarte a golpes contra ellos —, pero cuando pienso en aquel día, cuando estuvimos a punto de hacer un trío, él, yo y Miguel… No sé, es extraño. Recuerdo sus labios a escasos centímetros de los míos, su aliento rozando mi rostro, sus manos rodeando mis muñecas con delicadeza, empujándome contra el suelo y…

Y en vez de sentir un ramalazo de nostalgia o de tristeza lo que siento es uno de excitación. Por mucho que me esfuerzo en borrar esa sensación a fuerza de imaginármelo todo arrogante y con esa pose de *todas-las-tías-están-locas-por-mí,* mi cuerpo se niega a rechazarlo. Pero es normal, llevo muchos meses sin sexo. Por mucho que esté deprimida por lo de Miguel, mi cuerpo…

IVÁN: *Y de paso le echas un buen polvo, que es lo que necesitas, Olivita.*

Vale. Iván me lee el pensamiento.

YO: *Estás loco! Cómo voy a acostarme con un tipo así?*

IVÁN: *Un tipo cómo? Guapo, musculoso y que te desea? No sé ni cómo se me ocurre proponérselo, oh, mi señora.*

YO: *Ya sabes a qué me refiero…*

IVÁN: *Sí, lo conociste por Miguel, y qué?*

YO: *No me parece correcto…*

IVÁN: *Quieres que te hable de las cosas incorrectas que ha hecho Miguel?*

Ouch. Eso sí que duele. Directo al grano, este amigo mío. Sin embargo, tiene razón.

YO: *Da igual, Iván, no estoy preparada para acostarme con nadie.*

Es verdad. Por mucho que mi cuerpo me lo esté pidiendo a gritos, no me veo estando con alguien que no sea Miguel. ¡Ni siquiera estoy segura de saber besar a otro que no sea él! Nosotros tenemos —teníamos— nuestros ritmos, nuestras costumbres, todo era familiar y tranquilo. ¿Cómo voy a poder besar a otro hombre? ¿Y mucho menos acostarme con él? Me agobio solo de pensarlo, la verdad. Es demasiado pronto para pensarlo siquiera.

IVÁN: *Está bien. Pues solo dale las gracias.*

Por suerte, mi amigo sabe cuándo debe parar; así me ahorro el esfuerzo de explicarle todas las cosas que se me están pasando por la cabeza. Seguro que se las confesaré en algún momento, pero no ahora. Ahora solo quiero disfrutar de una plácida tarde de domingo después de la conversación con Miguel que me ha hecho estar más conforme con la situación.

YO: *Lo haré!!*

Nos despedimos con un montón de emoticonos de sonrisas y corazones y a continuación añado el número de Dani en mi agenda para que aparezca su contacto en mi WhatsApp. Después medito unos instantes sobre lo que voy a escribirle.

¿«Gracias por lo de ayer»? Ni hablar. Parece salido de una mala comedia romántica en la que la chica le da las gracias al chico por provocarle su primer orgasmo.

¿«Gracias por ayudarme»? Demasiado soso y formal.

¿«Gracias por estar ahí»? ¡Puffff!

¿«Gracias por dejarme pegarte»? No está mal, pero suena demasiado a fantasía sexual por fin cumplida.

Ya sé. Tecleo el mensaje a toda prisa, lo envío y cuando lo compruebo advierto con sobresalto que el autocorrector ha hecho de las suyas:

YO: *Se te da bien hacer de espaguetis. Gracias!*

Me apresuro a eliminar el mensaje, pero por desgracia Dani aparece como conectado y el doble clic en color azul me confirma que ya lo ha leído. Me pongo un poco colorada, aunque esto no es tan grave como aquella vez que le envié por error a Sam un mensaje picante que iba dirigido a Miguel. Para entonces mi sobrina era apenas una cría y no se explicaba por qué la tita Olivia tenía «ganas de lamer nata de un tronco grande y duro en vez de tomarla con tortitas, como todo el mundo».

La respuesta de Dani no tarda en aparecer en mi pantalla:

DANI: *Me he perdido algo o te has equivocado de persona?*

YO: *Perdón, el autocorrector!! Quería decir* sparring*!!*

Y añado el emoticono ruborizado.

DANI: *Ah!! Eso tiene más sentido! Jajajaja!!*

DANI: *Nada, un placer. Te encuentras mejor?*

Por algún motivo me halaga que no haya borrado mi número de teléfono de su agenda, aunque por otra parte me ofende un poco que diera por hecho que íbamos a estar en contacto y que… Para, Oli, para. Que no haya borrado tu número no tiene por qué significar nada en absoluto. Puede que simplemente sea vago.

YO: *Bastante, la verdad. Es sorprendente.*

DANI: *No te creas. Con el ejercicio quemas energía, rabia, liberas endorfinas y…*

DANI: *Bueno, resumiendo, que te mejora mucho el ánimo.*

DANI: *Es que me flipo un poco con el tema, perdona.*

YO: *Bueno, es evidente que vas bastante al gimnasio.*

Me arrepiento de mis palabras nada más enviar el mensaje. Para el caso, también podía haber escrito: «¡Oh, sí, estás muy fuerte, déjame que te toque esos músculos!» o «Sí, ya sé que mi marido y tú vais juntos al gimnasio, gracias por la información». Bueno, eso si es que Miguel sigue yendo al gimnasio. A lo mejor se pasa todo el día cogiendo de la mano —y de otras partes— a su nueva amiguita.

DANI: *Pues tú eres bastante más fuerte de lo que pueda parecer en un primer momento, si me permites que te lo diga.*

YO: *Estás diciendo que parezco una enclenque?*

DANI: *No, no, para nada!!*

DANI: *Lo siento.*

YO: *Era una broma.*

DANI: *Ah!! Vale, es que…, ya sabes, por aquí es difícil interpretar las palabras…*

Vamos, me está diciendo que le parezco una borde, pero tampoco me extraña, teniendo en cuenta nuestros últimos encuentros, obviando, claro está, el último.

YO: *Ya, no te preocupes. He sido bastante borde contigo, así que es normal que pienses que lo sigo siendo.*

Se hace una pequeña pausa.

DANI: *Pues me gustaría decir que no has sido borde, pero teniendo en cuenta que yo he admitido ya mi condición de gilipollas, supongo que lo justo es que cada uno se haga cargo de sus defectos.*

Añade un par de emoticonos sacando la lengua.

YO: *Jajaja,* touché*!!!*

DANI: *Entonces, ya no vas a ser más borde conmigo?*

YO: *Bueno, qué te hace pensar que vamos a volver a hablar?*

Debería molestarme que lo dé por supuesto, ¿no? Pero, por alguna razón, esta vez no solo no me importa, sino que me apetece seguirle el juego. ¿Qué tiene de malo que una mujer desee un poco de atención?

DANI: *Estoy en la lista de espera de* La sombra del viento*…*

YO: *Jajaja!! OK, doble* touché*!!!*

DANI: *Entonces, no más borderías? Prometo no ser tan gilipollas y seguir dejando que me golpees siempre que quieras.*

Um. ¿Eso es una indirecta? ¿Está coqueteando conmigo? ¿Estoy yo coqueteando con él? Siento unas cosquillitas que me suben por el estómago, como cuando tenía catorce años y conseguía que me mirase el chico que me gustaba. Buah, ¡patético, Olivia!

YO: *No más borderías, y tú no más gilipolleces, vale?*

DANI: *Procuraré contenerme, prometido.*

Capítulo 14

Poco a poco me voy acostumbrando a mi nueva vida. Que me acostumbre no quiere decir que me resulte fácil, pero al menos ya no me siento como si me faltase el aliento constantemente. Supongo que hay algo de cierto en aquello de que el tiempo lo cura todo. A pesar de eso evito a Miguel todo lo posible, aunque por fuerza hemos coincidido algunas veces cuando él viene a casa a buscar a Bongo para llevarlo de paseo. Siempre han sido encuentros muy breves, civilizados y, por encima de todo, extraños. Se me hace muy raro tratar a Miguel sin la familiaridad a la que estoy acostumbrada, sin nuestras bromas privadas, y, además, una parte de mí aún quiere echarle en cara que me engañase, por mucho que mi parte racional comprenda por qué ocurrió.

A pesar de eso intento seguir con mi vida de la mejor forma posible. Aún no le he comentado nada a mi familia, pero sé que debo hacerlo pronto. Precisamente en esto voy pensando mientras regreso a casa del trabajo cuando un tipo alto y atractivo con el que me cruzo se me queda mirando con la sorpresa pintada en el rostro. Como no me suena de nada prosigo mi camino, pero entonces él, dirigiéndose a mí, exclama:

—¡Claudia! —Y me toca en el brazo con excesiva familiaridad.

No es la primera vez que me confunden con mi hermana, pero hacía tiempo que no me ocurría. Solía pasarnos más antes de que ella se quedase embarazada de Sam; hasta entonces fuimos como dos gotas de agua, pero después su cuerpo y su rostro cambiaron ligeramente y a la gente le resultaba mucho más fácil distinguirnos.

Aunque no parece ser el caso de este hombre, que me mira con una sonrisa embobada en el rostro.

—Dios mío, pensé que no volvería a verte —afirma mirándome tan intensamente que me siento incómoda.

—Se equivoca de persona —me disculpo—. Me confunde con mi hermana.

Él enarca las cejas y, después de la sorpresa inicial, puedo ver cómo su expresión cambia a un ligero disgusto.

—¡Vaya! —exclama, socarrón—. Es la peor excusa que he oído nunca.

Ahora es mi turno de sorprenderme.

—¿Perdone? Le digo la verdad. Me llamo Olivia.

Ignorándome, el desconocido chasquea la lengua con disgusto.

—Ya me imaginé, cuando no contestaste a mis mensajes, que habías salido corriendo a refugiarte en los brazos de tu maridito para olvidarte de lo que pasó, pero no sabía que pudieras ser tan cínica.

Me siento incómoda, como si estuviera espiando a mi hermana.

—Lo siento, ya le digo que se equivoca —repito y hago amago de echar a andar de nuevo.

—Qué pena que lo nuestro termine casi antes de empezar. Te aseguro que nos lo hubiéramos pasado muy bien —susurra él, poniendo especial énfasis en «muy bien»—. Que te vaya bien, Claudia. Sin rencores.

Me quedo con la boca abierta mientras lo observo alejarse. ¿Qué acaba de ocurrir? Echo a andar con parsimonia, intentando colocar las piezas del puzle en mi cabeza. A decir verdad, no es tan complicado de entender, pero mi mente se niega a aceptar una cosa así.

¿Claudia poniéndole los cuernos a Fran? No. Meneo la cabeza. Imposible.

Pero los indicios están ahí, pienso de nuevo observando mi reflejo en el escaparate por delante del cual estoy pasando. El repentino cambio de humor de mi hermana, hace unas semanas, que primero pareció mejorar mucho y después volvió a caer en picado.

Frunzo el ceño y me detengo de golpe. No, no puede ser. Claudia no.

Pero… ¿se la podría culpar? Está atravesando una dura depresión posparto y, para ser sinceros, no me da la impresión de que Fran la esté apoyando mucho con eso.

¡Qué demonios! ¿Por qué me ha dado ahora por disculpar a todo el mundo que engaña a su pareja? Si es que no aprendes, Olivia…

Reemprendo la marcha ante la mirada curiosa de una mujer que me ha visto pararme de golpe y, probablemente, gesticular mientras debato mentalmente conmigo misma. La ignoro y sopeso la conveniencia de decirle algo a Claudia. No tardo ni dos segundos en decidirme. Pues claro que tiene que saberlo. Quizá así se abra a mí y me cuente qué le está pasando exactamente. O, al menos, estará sobre aviso por si ese tipo decide irle con el cuento a Fran.

Satisfecha con mi decisión regreso a casa, un par de horas antes de la videoconferencia semanal. Decido que es un buen momento para llamarla y, cuando responde al quinto tono, la saludo con voz suave y seguidamente le pregunto:

—¿Estás sola con las gemelas?

—Sí, aunque por suerte están entretenidas —responde con voz de hastío—. ¿Por qué?

Me muerdo el labio, pensando cuál es la mejor forma de abordar el asunto:

«Clau, ¿te has tirado a otro hombre?».

«Clau, ¿le has puesto los cuernos a Fran? Pues te va a resultar gracioso, pero resulta que Miguel también me los ha puesto a mí, así que tenéis otra cosa en común y…».

Para, Olivia, no te lances, me digo, consciente de que me resultaría la mar de sencillo tomar a Claudia por un *sparring* emocional, tal y como hice con Dani.

—Quería… comentarte un asunto —titubeo.

—Vale. Dispara.

Su voz agotada me dice que deje estar el tema, pero no puedo. Conozco a Clau; solo estando entre la espada y la pared va a dejar que alguien acceda a ese pequeño mundo angustioso en el que se está encerrando.

—Hoy me han confundido contigo —afirmo sin más preámbulos.

—Vale. —Su voz carece de emoción. Apuesto a que solo quiere colgar cuanto antes para poder seguir lamiéndose sus heridas en soledad.

—Era un tío muy atractivo —digo, aunque no es mi frase más brillante, pero de un tiempo a esta parte me fijo *mucho* en el atractivo de los hombres. Demasiado. De hecho, si yo fuera un

hombre, sin duda dirían de mí que estoy salido—. Me dio la impresión de que os conocíais *demasiado* bien, Clau.

Mi hermana no tarda en pillar la indirecta; casi puedo oír un «¡Plop!» en su cerebro al atar cabos. No obstante, como es lógico, intenta disimular.

—No sé qué quieres decir.

—Pues, Clau, básicamente dijo que os habíais acostado.

Al otro lado de la línea, mi hermana se queda sin aliento. Por poco tiempo, porque seguidamente empieza a jadear.

—Tranquilízate —le pido mientras me pego una patada mental por habérselo dicho por teléfono. ¿No podía haber ido hasta su casa? Mierda, no me gusta pensar *después* de actuar—. Solo quiero saber qué está pasando. Estoy preocupada por ti. Todos lo estamos. —Incluyo el pronombre plural a propósito para no sentir que soy la única que ha metido la pata.

Y entonces se echa a llorar. A pesar de que en los últimos meses la he oído llorar muchas veces, esta vez es diferente. No es un llanto de tristeza, sino de desesperación. Suena como si todo su mundo se estuviera derrumbando en este preciso instante.

—¿Puedes venir? —suplica entre sollozos.

Quince minutos después estoy sentada en su sofá observando cómo se toma a pequeños sorbos la tila que le he preparado. Más bien le haría falta un Valium, pero tendrá que servir. Su apariencia es más entera, la misma que ha estado adoptando desde que la depresión empezó a ahogarla; tan solo una máscara, me doy cuenta con un súbito temblor.

—Solo fue una vez —me confiesa con los ojos brillantes.

Desde que he llegado a su casa no he vuelto a sacar el tema. Solo la he abrazado durante un largo rato y luego les he puesto a las gemelas unos dibujos en la tele que espero que las mantenga distraídas un ratito mientras nosotras charlamos en el cuarto de al lado.

—Solo una vez —repite con la voz temblorosa—. Te lo prometo, Oli.

Sacudo la cabeza.

—No he venido a juzgarte. No tienes que darme explicaciones.

Toma otro pequeño sorbo de su taza y me extraña que no se queme.

—Estaba muerta en vida, Oli. No espero que lo entiendas. No espero que nadie lo entienda, en realidad… —Se muerde el labio, pesarosa—. Sé que suena a excusa barata, pero… ese hombre me miraba como si yo no fuera yo.

No entiendo lo que quiere decir, pero no quiero interrumpirla y dejo que prosiga.

—Nos conocimos por casualidad en el parque. Él está divorciado y su hija estaba jugando con las gemelas. También estaba… pasando por algo parecido —relata, evitando a propósito la palabra *depresión*. Yo asiento con la cabeza, animándola a continuar—. Estaba muy triste. Su mujer apenas se ocupa de la cría, ¿sabes? Así que Rafael se sentía tan solo… —Deja la frase a la mitad, pero no hace falta que la termine. «Como ella». Ese tal Rafael se sentía tan solo como ella.

Quiero preguntarle por qué se siente sola. ¿Acaso Fran no está siendo un buen marido? Por mucho que Miguel y yo nos riamos —nos riéramos, en pasado, me recuerdo con nostalgia— de él, siempre me ha parecido un buen tipo. Quizá un poco frío para mi gusto, pero no para el de Claudia.

—Los dos nos comprendimos al momento. Es que… —menea la cabeza, buscando las palabras oportunas— es tan difícil explicar lo que siento, Oli… Y él se sentía exactamente igual. Lo veía en sus ojos. Aunque no fuera lo mismo.

Leo entre líneas. Rafael padecía una severa depresión, por lo cual se sentía igual que mi hermana aunque sus casos personales no fueran ni siquiera parecidos, ya que la depresión de mi hermana es posparto. Pero la cuestión es que sentían cosas similares. Claudia se sentía comprendida.

Gran psicoanálisis, Olivia. Me mata no haber podido ser la persona con la que mi hermana se pudiera desahogar. Suspiro. Supongo que a veces no basta con saber escuchar; a veces necesitas encontrar a

alguien que esté pasando por algo lo suficientemente similar a lo que estás sufriendo tú para poder establecer esa conexión mágica.

—Creía que era un bicho raro, pero me di cuenta de que había gente que sentía lo mismo que yo —ratifica Claudia mi teoría.

—Oh, Clau… —susurro mientras tomo sus manos entre las mías y guardo silencio, porque lo único que me saldría decir ahora mismo sería que siento no haber podido ayudarla, que ojalá todo hubiera sido diferente, que me gustaría que hubiera podido confiar en mí. Y no puedo echarle mi culpa encima.

—Ocurrió casi sin darnos cuenta. Fue tan natural que, mientras ocurría, ni siquiera me sentí como si estuviera traicionando a Fran —prosigue, y ya no titubea—. Luego me sentí jubilosa, como si aquella dosis de vida me hubiera devuelto a mi estado normal.

¿Debería preocuparme que mi hermana se refiera al sexo con un desconocido como «dosis de vida»? Puedo entender lo que dice. Podría haber sido cualquier cosa en vez de sexo. Podría haber funcionado con cualquier otra experiencia. Lo que ha ocurrido no tiene tanto que ver con el sexo en sí como con reengancharse a la vida y reencontrarse con uno mismo.

—Pero luego me fui desinflando —prosigue con pesar—. Al principio poco a poco y luego como un globo… Hasta que no quedó nada de mí, Oli. Me sentí como si… me hubieran absorbido y me hubieran dejado vacía, mucho más vacía de lo que estaba antes.

No llora. No le quedan lágrimas. Su metáfora es totalmente realista; mi hermana está, en efecto, consumida.

—No contesté a sus mensajes. No le conté nada a Fran.

Y yo creo que no debería contárselo, pero eso me lo callo porque no tengo ni idea. No sé cómo hay que tratar a una persona con depresión. Por eso siempre le he aconsejado a Claudia que acuda a un terapeuta. Me muerdo el labio, indecisa.

—Sé lo que estás pensando —musita con una ligera falsa sonrisa.

—Por algo somos gemelas, ¿no? —respondo con una sonrisa bastante más sincera.

—Tal vez lo haga —confiesa, pero no me queda claro a qué se refiere. ¿Va a contárselo a Fran? ¿Va a ir a un terapeuta? ¿Va a contestar a los mensajes de Rafael?

La miro, buscando la respuesta en sus grandes ojos enrojecidos. Entonces una de las gemelas empieza a berrear y el momento se rompe. Se levanta con pesadez, como quien sabe que debe emprender de nuevo una tarea pesada y angustiosa para la que no está preparado.

—Ya voy yo —la detengo, esperando poder calmar a las gemelas con rapidez para poder volver a reconectar con Clau, cosa que me parece altamente improbable. Al fin y al cabo, he necesitado meses y un casual tropiezo con un desconocido para lograr que se abra un poquito a mí.

Cinco minutos después, cuando vuelvo al saloncito, sé que, definitivamente, el momento se ha roto. Claudia está recogiendo ambas tazas de tila, la mía sin probar, y Sam le da la tabarra para que este fin de semana la deje quedarse a dormir en casa de «una amiga». Me imagino que esa *amiga* será Bruno, pero no digo nada. En cambio, la saludo con un abrazo que me devuelve sin mucho entusiasmo. Frunzo el ceño, preguntándome qué demonios le ocurre, pero ella tiene toda la atención centrada en su madre.

—Anda, mamá —suplica—. Solo por esta vez.

Mi hermana la mira, cansada, y después de soltar un suspiro cede:

—Está bien. Pero solo por esta vez.

En la cara de Sam se dibuja una gran sonrisa de triunfo, aunque procura disimular su entusiasmo para que no parezca sospechoso. En realidad no le haría falta fingir nada porque no creo que ahora mismo Claudia se diera cuenta del engaño ni aunque se lo vociferasen al oído.

—¿Te importa quedarte mientras me doy una ducha? —me pregunta con ojos suplicantes.

—Claro que no —afirmo sin dilación—. Si queréis podemos conectarnos a la videoconferencia semanal desde aquí, las tres juntas —propongo.

Las dos se muestran de acuerdo y cuando Claudia se prepara para la anunciada ducha, Sam y yo nos quedamos en el saloncito. Entre nosotras hay un silencio incómodo que no sé a qué es debido.

—Bueno, ¿qué tal te va, cariño? —intento romper el hielo. Después, en voz más bajita, pregunto—: ¿Qué tal con Bruno?

Lo digo como si fuera un secreto entre nosotras, como si ella me hablase constantemente de él mientras Claudia no tiene ni idea de su existencia, pero no se me olvida que yo sé de su existencia por mera casualidad.

—¿Acaso me estás controlando? —inquiere a modo de respuesta con voz áspera.

Arqueo las cejas con sorpresa.

—¿A qué viene eso?

—A que es lo que parece.

—Pero si yo solo…, yo solo te he preguntado qué tal te va.

Sam suelta un gruñido y se deja caer pesadamente en el sofá mientras oímos cómo Claudia cierra la puerta del cuarto de baño y abre el grifo de la ducha. En escasos cinco minutos aquello parecerá una sauna; mi hermana siempre ha tenido la manía de ducharse con el agua tan caliente que podría usarse para escaldar a cualquiera.

—Últimamente no paras de preguntarme por Bruno —protesta Sam—. Como si quisieras controlar todo lo que hago con él.

Me quedo muy sorprendida porque precisamente he tenido la sensación de estar prestándole poca atención con todo el asunto de Miguel. De hecho, hubo un fin de semana entero durante el que no intercambiamos ningún mensaje, y eso es algo muy infrecuente entre nosotras.

—Pero si últimamente casi no hablamos…

Ahora es ella la sorprendida.

—¿Que no hablamos? No, hablar lo que se dice hablar no mucho, desde luego —ironiza mientras saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros hipercortos. Lo manipula un momento y me muestra la pantalla de nuestra conversación de WhatsApp.

Enseguida me doy cuenta de lo que quiere decir. Mis últimos cinco mensajes son todos parecidos: «Ey, qué tal todo? Qué tal con Bruno?». Sam me mira como diciendo: «¿Ves lo que te digo?», y desliza el dedo por la pantalla de forma que aparecen los mensajes anteriores, tres de los cuales son, básicamente, iguales.

—Oh —musito.

—Sí, oh —gruñe ella, aunque su tono de voz ya no se me antoja tan agresivo como antes.

—Lo siento, Sam. Es…, es que… —Busco una forma de explicárselo sin tener que confesar lo de Miguel, pero en el último instante decido que debo compartirlo con ella—. Te voy a contar una cosa.

Ella me mira con ojos expectantes y preocupados, y me siento a su lado apoyando una mano en su pierna.

—Verás, no sé si te has dado cuenta de que hubo una pequeña temporada durante la que no hablábamos tan frecuentemente como de costumbre.

Sam asiente con la cabeza, picada ahora por la curiosidad.

—Sí, pero tampoco lo pensé mucho —dice mientras se encoge de hombros.

—Bueno, pues yo sí lo pensé. Cuando me di cuenta…, supongo que quise remediarlo, compensártelo de algún modo, y… resultó en esto —concluyo, señalando el móvil con la cabeza—. En un montón de mensajes que rozan el acoso —añado con una sonrisa.

Al menos consigo que deje de fruncir el ceño. Sam tiene un carácter fuerte, pero los enfados no le suelen durar mucho tiempo.

—O sea, que primero sientes que me estás abandonando y luego lo compensas con un exceso de atención. ¿No podrías hacer como todos los padres y limpiar tu conciencia soltándome un fajo de billetes o algo así? —responde, soltando una carcajada.

Su risa me contagia. Tampoco me pasa desapercibido el hecho de que me haya comparado con unos padres. Aunque tengo la idea de que para Sam soy como su segunda madre, el oírselo expresar de una forma tan natural, con esa frase tan típica de una hija, hace que algo se retuerza en mi interior. Nostalgia. Miedo. Quiero ser madre algún día y Miguel también lo deseaba, antes de que nuestros problemas nublaran nuestro futuro feliz. ¿Lograremos serlo ahora, juntos o por separado? Me doy cuenta de que he dejado de reírme de sopetón cuando Sam me pregunta:

—¿Estás bien, tía Oli?

Me aprieta la mano con las suyas y, aunque estoy a punto de decir que sí, sacudo la cabeza.

—El tío Miguel y yo nos estamos separando. O eso creo.

Se queda con la boca abierta.

—¡¿Cómo?! —exclama en un tono un poco más alto de lo debido, y me apuro a hacerle un gesto para que baje la voz.

El sonido del agua de la ducha cesa y susurro:

—Solo lo sabes tú.

—Pero ¿qué ha pasado? —quiere saber ella—. ¿Estás bien? ¿El tío está bien?

No me parece justo contarle la historia de que sorprendí a Miguel con otra mujer, más que nada porque sería sacarlo de contexto y tampoco es cuestión de hablarle a mi sobrina de nuestros problemas sexuales.

—Estamos bien, tranquila. Solo estamos pasando una mala racha.

Se remueve inquieta en el sofá.

—Pero vais a volver a estar juntos, ¿verdad? —pregunta, casi con desesperación—. Estáis hechos el uno para el otro, tía Oli.

Se me parte el corazón. Quizá no debería haberle dicho nada, pero no pensé que fuera a afectarle tanto. Después de todo, mi sobrina es una persona joven con la mentalidad abierta.

—No lo sé —respondo, de acuerdo a la verdad.

Quién sabe. Miguel y yo… Quién sabe.

Cuando Claudia sale del baño cubierta por un albornoz de color rosa que parece supersuave y con el pelo envuelto en un turbante, ya es la hora de la videoconferencia y, para mi alivio, damos por terminada la conversación.

Así que cuando papá y mamá aparecen en pantalla, aquí estamos las tres, cada una guardando sus propios secretos, incapaces de compartirlos con los demás a no ser en caso de necesidad, con sendas sonrisas fingidas pintadas en nuestros rostros para no preocuparlos. Alba y Blanca se afanan por apoyar las manitas en la pantalla, pensando que pueden tocar a sus abuelos.

—¡Hola, chicas! ¡Qué bien veros a las tres juntas! —saluda mi madre, toda jubilosa.

Las tres saludamos con fingido entusiasmo y las gemelas gritan haciéndonos coro.

—¡Hombre, ahí están mis nietecitas! ¡Hola, Alba! ¡Hola, Blanca!

Las niñas saludan con la mano y se quedan mirando a la pantalla con interés. Después de conversar sobre cosas intrascendentes

durante un rato, se aburren y retoman el juego de construcción que en algún momento anterior han dejado a la mitad.

—Vaya, ¡pues se van a perder lo mejor! —exclama mi madre con una risotada.

Me alegra verla tan feliz, pero desde que papá me llamó para que intentara convencerla para someterse a la reconstrucción de pecho no puedo evitar preguntarme si esa felicidad es real o solo fingida, como la que ahora mismo lucimos Clau, Sam y yo.

—A ver, ¿qué historieta sobre papá nos vas a contar hoy? —pregunta Sam.

—Hoy, además de contaros la historia…, ¡os la voy a enseñar! —grita mi madre superemocionada.

Contengo un gruñidito. ¿Qué se propondrá esta mujer?

En pantalla se ven sus manos agarrando el móvil, que suelen dejar apoyado en una pared que les haga las veces de trípode —por mucho que Sam ha insistido en que se compren un palo selfi no están por la labor—, seguido de una imagen borrosa del alegre vestido floreado de mamá mientras gira el aparato, para terminar con un encuadre más bien defectuoso de papá sonriendo.

Papá sonriendo en una videoconferencia. Interesante. Esto promete. Pero entonces papá deja de salir en la pantalla y las tres protestamos:

—¡Eh! ¡Papá ya no sale!

Entonces mamá hace *zoom* a algo que parece estar detrás de mi padre, en el suelo. Es algo pequeñito y amarillo… ¡y se mueve!

—¡Es un pollito! —exclama Sam, como si tuviera tres años, y yo le hago coro.

Estamos tan entusiasmadas que las gemelas se unen a nosotras aunque no entienden lo que ocurre.

—¡Un poíto! ¡Un poíto! —corean ellas también, pero creo que no llegan a nuestro nivel de entusiasmo.

—¡Pero eso no es todo! —adelanta mi madre con voz misteriosa antes de conseguir un plano en el que salen ambos, mi padre y el pollito. Entonces mi padre echa a caminar y el pollito, ni corto ni perezoso, comienza a seguirlo con cortas y rápidas zancadas.

Estallamos en carcajadas.

—¡Te sigue! —exclama Sam—. ¡Abuelo, tienes un seguidor! —Y se desternilla ella sola. Dudo que papá haya comprendido el chiste, pero a mí sí que me ha hecho gracia.

En el vídeo observamos que no se trata de ninguna casualidad. Ese pollito persigue a mi padre vaya donde vaya, como los patitos detrás de su madre. Me recuerda al tipo pequeñito y pesado que persigue a Nacho por toda la oficina.

—¡Y tiene que darle de comer y todo! —se adivina la voz en *off* de mi madre entre todo el jolgorio.

Las gemelas están como locas y estoy segura de que antes o después le van a pedir a Claudia que les compre un pollito. Lo que le faltaba a la pobre. La observo. Sus labios sonríen, pero sus ojos no, como viene siendo costumbre. Me muerdo el labio y me contengo para no darle un abrazo que resultaría muy extraño en este contexto.

De pronto la cara de mamá vuelve a aparecer en pantalla.

—Lo creáis o no, está encantado —susurra para que papá no la oiga. A él se le ve a lo lejos, a espaldas de mi madre, caminando en zigzag con el pollito detrás—. Lo ha llamado Gustavo.

—¡El pollito Gustavo! —cacarea Sam—. ¡Ya verás cuando os lo sirvan de cena un día de estos!

No sé si las gemelas la han entendido, pero me parece ver que la fulminan con la mirada. Sonrío. Esta es mi familia: la nueva y mejorada mamá, mucho más abierta de mente y espontánea que hace años; incluso algo tan terrible como el cáncer a veces trae cosas buenas. Papá y su infantil entusiasmo por un simple pollito. Sam y su rebelde adolescencia. La que más me preocupa ahora mismo es, sin duda, Claudia, aunque ahora que he conseguido que se abra un poco a mí tal vez la cosa mejore, quizá no se sienta tan sola y termine por compartir su honda tristeza conmigo. Puede que incluso acepte mi sugerencia sobre pedir ayuda profesional. Sí, me digo con un súbito ramalazo de optimismo, estoy segura de que al final todo saldrá bien.

Capítulo 15

Estoy llorando de la risa con la imitación que está haciendo Mariana de un cliente especialmente pesado y maleducado que ha tenido que soportar esta mañana. Lleva un par de copas de más encima y, si no fuera porque estando sobria no le gusta llamar la atención, mi compañera de trabajo podría haber sido una gran humorista. Podría serlo aun si actuase siempre borracha, pienso para mis adentros con una sonrisilla.

De vez en cuando las cinco mujeres que trabajamos en la biblioteca (amén de dos hombres que no se animan a acompañarnos) nos reunimos para tomar unas cañas o cenar. Aunque en realidad no tenemos mucho en común las unas con las otras, este hábito sirve para limar pequeñas asperezas que inevitablemente surgen en cualquier trabajo. Normalmente solo tomamos una copa después de cenar, pero hoy nos hemos venido arriba, especialmente Mariana, que, después de tres copas de vino con la cena, se ha liado la manta a la cabeza y se está tomando ahora mismo su segundo *gin-tonic*. Mientras la observo gesticular imitando la gran indignación que demostró su cliente difícil porque la biblioteca no disponía de ningún ejemplar de *Men's Health*, pienso que esta imagen sería ideal para cambiar de una vez por todas la de los cachorritos que le enseño a Iván cuando me veo en la obligación de cortar por lo sano su apetito sexual. Podría grabarle ahora mismo un vídeo a Mariana, pienso con pereza mientras le doy un pequeño sorbo a mi piña colada, pero no muevo un dedo.

Cristina, que está dándolo todo bailando y tirándose por encima sin querer parte de la cerveza del botellín que lleva en la mano, no para de invitarme a bailar con gestos, pero yo, apoltronada en un mullido sofá de piel cuarteada por el tiempo, estoy demasiado a gusto como para ponerme a dar brincos por el *pub*.

Aunque no hace tanto tiempo que Miguel se marchó de casa, me da la impresión de que han transcurrido siglos. Hoy, por fin, me he

decidido a confesárselo a las chicas, y el simple hecho de decirlo en voz alta por segunda vez ha resultado muy liberador. Mi marido y yo no hemos tomado aún ninguna decisión, al menos que yo sepa. No hemos hablado del tema. Los breves momentos en los que nos cruzamos cuando va a casa a recoger a Bongo nos limitamos a tratarnos con cordialidad, y empiezo a acostumbrarme a verlo no como Miguel mi marido, sino como… simplemente Miguel. Y también me estoy acostumbrando a ser simplemente Olivia, no Olivia la mujer de Miguel. Podría decirse que me estoy encontrando conmigo misma. Tal vez, pensé un día, finalmente esto haya sido para bien. Pero me sentí tan culpable por pensar una cosa tan terrible que deseché esa idea de inmediato.

Pero hoy, rodeada de buen rollo por todas partes, sintiéndome a gusto conmigo misma, lo vuelvo a pensar. Miguel y yo empezamos a salir desde muy jovencitos, cuando apenas nos había dado tiempo a descubrir cómo éramos nosotros mismos en realidad, cuando todavía no éramos personas formadas e independientes. Nunca hemos sido una persona sin más, sino uno de los miembros de un equipo. Así que, por mucho que nos hayamos querido y que nuestro matrimonio haya sido casi siempre maravilloso, lo hemos pagado perdiéndonos otras cosas igualmente importantes.

Con estos pensamientos tan profundos está ocupada mi mente cuando me doy cuenta de que Mariana ha dejado de hacer el bobo y eso me recuerda que al final no le he grabado el vídeo. Bueno, tal vez encuentre en Internet alguna fotografía que me pueda servir, pienso, y como es un momento tan bueno como cualquier otro, saco el móvil de mi bolso con la intención de *googlear* un poco y veo que tengo un mensaje de Sam. Sonrío. Desde nuestra conversación de aquel día, hace ya un par de semanas, nuestra relación ha vuelto a ser la de siempre. Hoy, viernes por la noche, como era costumbre entre nosotras, me envía un selfi suyo y de otra amiga, sacando la lengua y poniendo los ojos bizcos —a las adolescentes de hoy en día les gusta mucho esa pose, por lo visto—, en lo que parece ser una discoteca. Estoy a punto de responderle con una foto de la misma guisa, pero me da pereza y simplemente alargo la mano para hacer

una foto general del *pub*. Clic. Perfecto. Apenas la he enviado, alguien se planta de pie delante de mí.

—Si querías una foto mía no tenías más que pedirla —dice el que ahora veo que es Dani con una mirada socarrona.

Desde aquella noche del *sparring* hemos estado intercambiando algunos chistes y bromas, así que ahora que comprendo mejor su sentido del humor, su saludo no me parece fuera de lugar. Hasta empieza a caerme bien.

Demasiado bien, pienso, cuando me percato de que mi mirada se ha desviado automáticamente a sus brazos, tan musculosos y bien formados que… ¡Uf! Me obligo a dejar de fantasear inmediatamente y me pongo de pie para saludarlo con dos besos efusivos mientras noto las miradas de mis compañeras clavadas en mi espalda.

—¡Qué casualidad encontrarnos aquí! —exclamo—. No solemos parar en este *pub*.

—Nosotros tampoco —coincide él, señalando a lo lejos a un grupo que supongo que sea el de sus amigos—. ¿Tomas otra? —ofrece señalando mi vaso, ahora vacío.

Asiento con la cabeza y nos dirigimos a la barra, desde donde les hago una seña a mis compañeras para avisarlas de que enseguida estaré con ellas, pero todas hacen gestos que quieren decir que no me preocupe, que vaya a mi aire.

Mientras nos sirven las consumiciones de pronto me siento nerviosa.

—Me alegro de verte —dice él sin que perciba ninguna doble intención por su parte—. Te veo bien.

—Hombre, comparado con cómo me viste la última vez, solo se podía mejorar —me río y le doy las gracias al camarero que nos planta delante otra piña colada para mí y una cerveza para Dani. Le tiendo un billete y explico—: Te invito a esta. Como agradecimiento por dejar que te pegara el otro día.

—¡¿No irás a hacerlo de nuevo hoy?! —exclama, fingiendo espanto y separándose de mí con un movimiento ridículamente exagerado. Después se acerca otra vez y bromea—: No es que no me gustase, pero…

Suelto una risotada.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta que te peguen?

De pronto me doy cuenta de que estoy coqueteando.

Con un hombre que no es mi marido.

Y me pongo nerviosa. Llevo (llevaba) tanto tiempo con Miguel que no sé si sé cómo se hace esto. No es que no haya coqueteado a veces con otros hombres, pero era un coqueteo de lo más inocente. Este no lo es.

O eso espero. Porque es innegable que me siento atraída por Dani, que me sentí atraída desde el primer momento, y ahora nada me impide hacer lo que estoy haciendo, ¿verdad? Decido ignorar a esa pequeña parte de mí que siente que está traicionando a Miguel, no por estar pensando en estar con otro, sino porque ese otro sea Dani, que en cierto modo fue el detonante de nuestra separación. Si fuera un hombre completamente desconocido, alguien que no vaya con él al gimnasio ni con quien tenga ningún trato, sería distinto. Pero Dani…

Y, sin embargo, mi cuerpo me pide a gritos que sea él.

Cuando el camarero me da el cambio tomamos nuestras bebidas y nos alejamos de la barra sin tener muy claro hacia dónde vamos. No tengo ganas de volver con mis compañeras y él no parece tener intención de reunirse con su grupo. En esas ando cuando alguien me da un empujón y hace que derrame parte de mi copa sobre la camisa de Dani.

—¡Oh! —exclamo intentando arreglar el desaguisado frotando la tela con la mano que tengo libre, pero no hago más que extender la mancha—. ¡Lo siento mucho, me han empujado y…!

—Lo sé, lo he visto; yo también estaba aquí —bromea quitándole importancia mientras yo sigo a lo mío, frota que te frota. Creo que nunca me había esmerado tanto en hacer desaparecer una mancha.

No es hasta que noto su mirada socarrona taladrándome cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Así a lo tonto llevo como dos minutos frotándole vigorosamente el pecho como si no hubiera un mañana. Me detengo de repente y me disculpo de nuevo:

—¡Oh, Dios, lo siento! —Al instante siento que las mejillas se me ponen coloradas—. ¡Joder! ¡Mierda!

Le doy la espalda para que no me vea y él suelta una risotada. A lo lejos veo a las traidoras de mis compañeras carcajeándose mientras me miran sin ningún disimulo. Vamos, que solo les falta señalarme con el dedo.

Joder, Olivia, ya te vale.

No sé qué hacer. ¿Dejo de darle la espalda a Dani y me río yo también? La verdad es que no sé si mi amor propio me lo permite. Entonces, sin previo aviso, noto una mano en mi cintura y a continuación un cálido aliento en mi oreja cuando él me susurra con sorna:

—Solo tenías que pedirlo, chata.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente y le clavo el codo en el estómago, por creído. Pero en cuanto soy consciente de lo que acabo de hacer me giro y lo veo ligeramente doblado sobre sí mismo, pero con una sonrisa —mezclada con dolor— en los labios. Esos labios gruesos y apetitosos que me dan ganas de morder como si fueran una nube de azúcar.

—Joder, vaya carácter —suelta, divertido.

—Tú te lo has buscado —respondo, toda digna. Por mucho que lo vaya conociendo y sepa que tras todas esas bromas no se esconde la altanería y prepotencia que siempre le atribuí, no voy a disculparme.

—Vale, vale, tienes razón. —Extiende la mano libre y le da un sorbo a su bebida mirándome fijamente.

Madre mía, es supersexi. No sé si serán las copas, el ambiente, las bromas o que me siento mejor de lo que me he sentido desde que Miguel se marchó, pero ahora mismo Dani es para mí como un caramelo que quiero saborear lentamente, empezando por esa boca que…

—¿Te pido otra? —interrumpe mis pensamientos señalando con la cabeza mi copa casi en las últimas.

Niego con la cabeza. Si la noche termina como deseo que termine —porque quiero, ¿no?—, me gustaría estar plenamente despejada. Nos quedamos unos segundos en silencio, después de los cuales él me pregunta:

—¿Te apetece dar una vuelta?

Estoy segura de que ha notado la sorpresa en mis ojos. ¿Dar una vuelta es como un «vamos a mi casa»? Hace mucho que no ligo con nadie, no tengo ni idea de los eufemismos. Se me hace un nudo en la garganta. No sé qué hacer. ¿Cómo voy a saber qué hacer? Es que Dani es tan distinto a Miguel que… Madre mía. Estoy flipando. Noto que empiezan a humedecérseme las axilas de los nervios. ¿Qué hago? Piensa rápido, Olivia, piensa rápido.

Iván. Necesito hablar con Iván. Él sabrá lo que tengo que hacer.

—¡Tengo que ir al baño! —exclamo, un poco más alto de lo necesario incluso a pesar de que han subido el volumen de la música.

Él responde algo que no termino de entender, pero creo que tenía algo que ver con terminarse su copa mientras me esperaba. Procurando que no me vea me escabullo a la calle y marco el número de Iván rezando para que lo coja. Tras cinco angustiosos tonos contesta, aunque su voz queda muy mitigada por la atronadora música que se escucha de fondo.

—¡Olivita! ¿Ha pasado algo?

—No, no, tranquilo. Bueno, sí. No lo sé —gimo.

—A ver, espera, que salgo, no te oigo nada si no.

—Me siento fatal por darte la coña un sábado por la noche, pero… —me callo cuando me doy cuenta de que mi amigo no me está oyendo, más que nada porque está gritándole a alguien que sale un momento y ahora vuelve.

Espero unos segundos. Música, griterío. Más música, más griterío. Griterío. Griterío. Silencio por fin.

—A ver, ya estoy —dice con voz risueña y arrastrando ligeramente la lengua.

—Tiene que ser rápido —comienzo—. Salí con las chicas del trabajo, me he encontrado a Dani y me ha dicho que si quiero ir a dar una vuelta.

Iván guarda silencio, como si esperase que dijera algo más. Finalmente pregunta:

—¿Y? ¿Cuál es la pregunta?

—¿Dar un paseo significa ir a su casa? —Como no responde de inmediato, añado—: ¿A tener sexo?

Al otro lado, Iván suelta una carcajada.

—¡Pero qué fina es mi niña, la madre que te parió! ¡A tener sexo, dice! ¡A echar un polvo, reina, a echar un polvo! —exclama, y luego se atraganta él solo (por aquello del karma).

—Bueno, di —exijo, porque no tengo tiempo para reírle la gracia —, ¿me está haciendo proposiciones?

—¡Muy indecentes, además! —se ríe él.

Se me seca la boca. Me siento tonta. Pues claro que me está proponiendo echar un polvo, ¿qué otra cosa si no? ¿Y por qué me lo tomo como si fuera una gran cosa?

—Iván, me siento perdida —gimo de nuevo—. ¡No sé qué hacer!

—Vamos a ver, Olivita, céntrate. ¿A ti te gusta?

Que si me gusta, dice. Casi puedo notar el tacto de su pecho en mis manos recordando cuando se lo he restregado para quitarle la mancha, y un calorcito me recorre de pies a cabeza.

—Uf, sí —suspiro—. Pero ese no es el caso.

—¿Entonces?

—El caso es… ¡que soy como una virgen, Iván! ¡Estoy sin estrenar!

Mi amigo no puede evitar soltar una carcajada, aunque estoy segura de que está intentando contenerse todo lo que puede.

—Estás exagerando, Olivita —intenta tranquilizarme.

—¡Qué va! —exclamo angustiada. Siento como si me fuera a dar un ataque de nervios de un momento a otro—. ¡Llevo tanto tiempo sin echar un polvo que mi himen se está reconstruyendo!

Dos adolescentes que pasan por mi lado se detienen de golpe al escuchar mi frase, me dirigen una mirada fugaz y echan a andar de nuevo a la vez, caminando con pasos cortos y muy rápidos. Cuando se alejan unos metros estallan en carcajadas.

Exactamente igual que Iván.

—Vale —concedo—. A lo mejor me he pasado un poco, pero entiendes la metáfora, ¿no?

—¡Como para no entenderla! ¡Lo has dejado muy clarito! —gruñe entre carcajada y carcajada.

Al final me contagia un poco de su hilaridad. A pesar de que me siento un poco avergonzada por que esas dos adolescentes hayan presenciado uno de mis momentos más ridículos, soy capaz de ver lo

absurdo de la situación. Aquí estoy yo, con treinta y tantos, una mujer hecha y derecha, una mujer que ha soportado las embestidas de la vida… Um, en este contexto no es la mejor forma de definirlo. Una mujer que ha soportado los vaivenes caprichosos de la vida…

—Olivita, tú simplemente deja de pensar y lánzate.

Me lo dice con voz seria.

—Ya, claro, ¿y cómo se hace eso?

No quiero que cuelgue porque eso significa que tendré que volver a entrar al *pub* y reencontrarme con Dani y…

—Con naturalidad. Hazme caso. Le estás dando demasiadas vueltas y te estás bloqueando. Lo que tienes que hacer es dejarte llevar.

Dejarme llevar. Como si fuera tan fácil. Solo he estado con Miguel, no tengo ni idea de cómo acercarme a ningún otro hombre. ¿Y si no le gusta lo que hago, o cómo lo hago? ¿Y si piensa que soy una estrecha, una pazguata o qué sé yo?

Y además Dani, que se dedica a hacer orgías en sus ratos libres y habrá probado de todo. ¿Qué pasa si me propone alguna práctica extraña de la que yo ni siquiera haya oído hablar? Con Miguel, cuando aún teníamos sexo, todo surgía de una forma natural y familiar. Supongo que no era un sexo de lo más excitante y emocionante, pero era algo con lo que me sentía a gusto.

Mientras sujeto con fuerza el teléfono contra mi oreja veo que la puerta del *pub* se abre y sale Dani, mirándome con una pequeña sonrisa. Siento cómo me pongo colorada porque me ha pillado in fraganti en mi mentirijilla sobre mi visita al baño.

—Tengo que dejarte —le susurro a Iván—. Mil gracias.

—Intuyo que él está ahí. Ya verás como todo sale bien. Estaré pendiente del móvil por si acaso.

—Gracias —repito antes de colgar, y seguidamente, tras respirar hondo, me encamino hacia Dani.

—Te vi salir —comienza con un tono de disculpa en la voz—. Terminé mi copa y todavía no habías regresado, así que pensé que tal vez te habías marchado.

Niego suavemente con la cabeza. Él debe de notar mi nerviosismo —me pregunto si Miguel le ha hablado alguna vez de nosotros como

pareja, si está al corriente de que solo he estado con un hombre— y simplemente me toma de la mano y tira de mí con suavidad. Y hay algo tan natural e ingenuo en ese gesto que me dejo llevar, sin pensar, tal y como me ha aconsejado Iván.

Caminamos en silencio un buen rato durante el que no pienso en nada, ni a dónde nos dirigimos, ni qué es lo que va a ocurrir, ni nada. No sé si es debido a que de verdad me estoy dejando llevar o a que estoy tan aterrorizada que mi cerebro ha puesto el piloto automático. Finalmente llegamos al paseo marítimo, que esta noche deja contemplar un mar calmado en el que se reflejan las luces de las farolas y la de la luna llena. La vista casi me emociona.

—¿Te apetece bajar a la arena? —propone Dani, señalando con la cabeza hacia abajo.

—¿Por qué no? —musito, y aún cogidos de la mano bajamos por la escalinata más cercana.

Miguel y yo solíamos dar largos paseos nocturnos por esta misma playa. Nos descalzábamos y sentíamos la arena fresca bajo nuestros pies; a veces incluso nos acercábamos a la orilla para mojárnoslos. Incómoda de pronto, le suelto la mano a Dani, que no protesta. Respiro hondo y me estremezco.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que volvamos?

Sí que tengo un poco de fresco, pero creo que se debe más a mis nervios que a la brisa. Sacudo la cabeza y miro al horizonte. La luz del faro titila en el horizonte, inagotable. Me abrazo a mí misma.

—Sí que tienes frío —susurra Dani, que se detiene y me mira con intensidad. El brillo casi antinatural de sus ojos me desconcierta hasta que me doy cuenta de que se debe al reflejo de la luz de la luna en ellos. Me encojo de hombros y entonces él, con tanta suavidad como si temiera que fuera a romperme en pedacitos, me rodea con los brazos.

Agradezco el calor que me proporciona, aunque no es el único que estoy experimentando: un calorcito que asocio un poco demasiado a su presencia empieza a subirme desde los pies. Trago saliva. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que él puede sentirlo en su pecho, a pesar de que yo no lo estoy rodeando a mi vez con los brazos, sino que los tengo pegados a mi propio pecho, entre este

y el suyo. Oigo el suave oleaje a escasos centímetros, el ligero tráfico a lo lejos, algunas risas y gritos de pandillas de adolescentes que se dirigen a los bares.

El abrazo de Dani se hace más estrecho, más apremiante. Respiro hondo, intentando tranquilizarme.

«Déjate llevar, Olivita», oigo la voz de Iván en mi cabeza.

Déjate llevar.

Despego los brazos de mi pecho y levanto la barbilla, buscando sus ojos con los míos. Dani me mira con tal intensidad que el calorcito agradable se convierte en algo más apremiante, más urgente. Le sostengo la mirada, como si quisiera darle permiso para que me besara, lo cual es una tontería porque podría ser yo la que se acercase y…

Entonces se aproxima él, inclinándose ligeramente sobre mí con los labios entreabiertos, como en ese recuerdo, el de la noche del trío frustrado, que tanto he recreado en mi mente. Ya no oigo nada que no sea mi respiración jadeante y la sangre golpeándome en los oídos y no veo nada que no sean los labios de Dani acercándose a lo míos. Soy vagamente consciente de que alguien silba a lo lejos justo en el momento en el que nuestros labios se juntan. Al principio lo hacen con suavidad, como si intentaran conocerse. Su piel es extremadamente suave y el contacto con ella hace que la mía se erice. Después nos buscamos con más apremio, profundizando el beso tanto que mis manos empujan su nuca hacia mí, como si le pidiera más, como si fuera posible que nuestras lenguas se fundieran más aún. Es una sensación olvidada, tan emocionante y excitante que me dan ganas de ponerme a gritar y a bailar allí mismo, pero lo que hago es atraer aún más hacia mí a Dani y, dejándome llevar —por fin lo he conseguido—, arrimo todo lo que puedo mi cuerpo al suyo, de forma que puedo sentir cada uno de sus músculos en mi piel.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos sin respiro, pero de pronto algo nos empapa los pies y nos separamos a tiempo de ver que una ola un poco más atrevida que el resto nos ha alcanzado y nos ha dejado los zapatos hechos una pena. Nos reímos. La tensión abandona mi cuerpo.

—¡Joder, que viene otra! —avisa Dani con una carcajada, y me coge de la mano para alejarnos los dos de la orilla corriendo.

—¡Debe de estar subiendo la marea! —exclamo mientras corremos. Sigo sintiendo ganas de gritar, de cantar, de bailar. Siento como si flotara y agarro a Dani con más fuerza.

Así que esto es lo que se siente cuando besas a alguien por primera vez. Lo había olvidado. Claro que lo había olvidado; hacía tanto tiempo que es casi imposible que tuviera un recuerdo nítido. Sientes que lo puedes todo, que da igual los obstáculos que te encuentres: podrás esquivarlos. Sientes que no puedes dejar de sonreír, piensas en esos labios que quieres volver a besar una y otra vez; crees que podrías pasarte haciéndolo toda la vida. Aunque sé que son sensaciones efímeras, las disfruto.

—Será mejor que nos quitemos los zapatos —opino y, sin esperar contestación, me dejo caer en la arena, me deshago de las botas y las dejo a un lado. Dani me imita, sentándose junto a mí.

No pasan ni cinco segundos cuando ya estamos volviendo a besarnos con urgencia. Con suavidad, él me empuja hasta que me quedo tumbada sobre la arena. Por un instante me preocupa mojarme toda la ropa porque la arena puede estar húmeda aunque no lo note, pero ese pensamiento queda eclipsado por los labios de Dani. Nos devoramos como si hiciese años que no comemos —bueno, aunque sea una metáfora un poco torpe, en mi caso es así— mientras nuestros cuerpos se entrelazan. Siento el peso de Dani sobre mí y unas mariposas que aletean nerviosas en mi estómago. Y… si no me equivoco… esto es…

¡Ay, madre! Me detengo en seco.

—¿Qué pasa? —pregunta él, una mezcla entre susurro y gruñido.

«Déjate llevar, Olivia, déjate llevar».

Pues sí, lo que siento muy cerca de mi pelvis es la abultada entrepierna de Dani, que debe de haberse dado cuenta de lo que me ocurre porque, travieso, me propina una pequeña embestida. A pesar de toda la ropa que nos separa, la siento perfectamente y mi cuerpo reacciona elevando las caderas y rodeando las suyas con las piernas.

Madre mía, no vamos a hacerlo aquí, ¿verdad? En algún momento tendremos que parar y… Pero quién piensa en parar ahora mismo, me digo mientras seguimos besándonos.

Tendremos que ir a su casa, decido. Estoy segura de que quiero acostarme con él. Por fin se han puesto de acuerdo mi cuerpo y mi mente. A mi casa, desde luego, no podemos ir, no con todos los recuerdos que hay de Miguel y de nuestro matrimonio. Soy vagamente consciente de que el estómago me da un pequeño vuelco al acordarme de mi marido precisamente ahora, pero la pasión con la que nos besamos Dani y yo me deja de nuevo la mente en blanco.

De pronto, la melodía que tengo reservada en mi móvil para las llamadas de Iván nos interrumpe. Nos separamos con una ligera sonrisa. Siento los labios cálidos e hinchados.

—No será importante —decido, y vuelvo a rodearlo con los brazos.

Iván insiste y lo maldigo mentalmente, pero cuando la melodía cesa vuelvo a concentrarme en lo que estoy haciendo. Apenas ha pasado un minuto cuando de nuevo nos interrumpe la misma melodía.

Me separo de Dani casi con brusquedad. No es propio de Iván insistir si no contesto al móvil; más bien al contrario: suele esperar a que le devuelva la llamada, a no ser que se trate de algo urgente. Además, intuye lo que debo de estar haciendo, así que *tiene* que ser importante.

Reprimo un gruñido mientras busco mi móvil en el bolso con torpeza. Me tiemblan las manos y las piernas, muy conscientes de la presencia irresistible de Dani.

«Más te vale que de verdad sea urgente», protesto en mi cabeza a la vez que le dirijo una mirada de disculpa a Dani, desconocedora de que en menos de un minuto voy a arrepentirme de esta frase.

—Dime —contesto con un tono de urgencia en la voz.

Al otro lado del teléfono se oye mucho bullicio de gente y casi no distingo la voz de Iván.

—Habla más alto —le pido, pero sigo oyéndolo entrecortado.

Me incorporo como si así fuera a conseguir mejor cobertura y acierto a oír unas palabras que me hielan la sangre:

—Es Sam… Ven cuanto antes.

Capítulo 16

Me abro paso prácticamente a codazos entre el nutrido grupo de gente que atesta la sala de espera de urgencias, murmurando disculpas sin cesar mientras mis botas, aún empapadas, chapotean en el suelo de losas relucientes. Antes de llegar al mostrador de información vislumbro a Iván y a Nacho, que se acercan a mí prácticamente corriendo.

—¿Qué tal está? —casi grito—. ¿Qué os han dicho?

—De momento nada. Pero cuando llegamos estaba mejor.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Qué ha tomado?

Empiezo a hiperventilar. Madre mía, me va a dar un ataque de ansiedad. Me va a dar un ataque de ansiedad justo cuando más me necesita Sam. Me mareo y tengo que agarrarme a Iván. Una amable señora me cede su silla en la sala de espera e Iván me dirige allí, donde me siento con la sangre latiéndome en las sienes y un fuerte dolor de cabeza.

—¿Estás bien, Oli?

Todavía no puedo contestar, aún no tengo suficiente aire para llenar los pulmones. Me abanico con las manos ante la mirada curiosa de la mujer que me ha cedido el asiento. Cuando nuestras miradas se cruzan desvía la suya con rapidez.

—¿Llamo a un médico? —insiste Iván, que empieza a estar preocupado.

Niego con la cabeza. Ya me encuentro mejor.

—Ya estoy bien —aseguro con voz débil. Me levanto con dificultad y busco a la mujer amable, pero no la encuentro y la silla que he dejado libre no tarda ni dos segundos en estar de nuevo ocupada.

Un poco más tranquila, le pido a Iván que me lo cuente todo.

—Ha debido de consumir algo de coca o similar. —Va directo al grano—. Y le ha debido de sentar fatal.

Me muerdo el labio, pensativa. ¿Sam consumiendo drogas?

—¿En qué estaba pensando? —murmuro.

—Los de la ambulancia han descartado en principio que la droga estuviera en mal estado —prosigue mi amigo después de suspirar— porque ninguno de los del grupo ha tenido esa reacción.

—Una de sus amigas nos ha dicho que el que se la vendió era de confianza —añade Nacho.

—¿De confianza? —exclamo en voz un poco demasiado alta, lo que me granjea algunas miradas desaprobatorias—. ¿Acaso es algo que hace frecuentemente? —siseo.

Iván se encoge de hombros.

—No lo creo, Olivita. Solo está probando, ya sabes.

Lo fulmino con la mirada. No, cuando las cosas tienen que ver con mi sobrina no puedo abrir tanto la mente. Podría lidiar con que de vez en cuando fume un poco de maría, pero ¿cocaína? Eso son palabras mayores. Como si me leyera la mente, Nacho interviene:

—Yo también la probé. Te aseguro que después de esto no le quedarán ganas de repetir.

Asiento con la cabeza, pensativa. En eso tiene razón. De pronto un pensamiento se cuela en mi mente y me encoleriza.

—¿Dónde está? —exijo saber mientras barro la sala de espera con la mirada.

Iván y Nacho intercambian una mirada de extrañeza.

—¿Quién?

—Su novio. Ese tal Bruno. Ese… —Trago saliva, me detengo. Piensa antes de hablar, Olivia.

—Yo he venido con ella en la ambulancia y Nacho nos ha seguido con un taxi.

—Nadie me dijo que quisiera venir —dice este último, como disculpándose.

—¿Lo visteis? —Sé que mi voz suena agresiva aunque ellos no tienen la culpa. Sé, también, que mi pregunta es absurda.

—Había muchos chavales, Olivia… —responde Iván con un tono suave.

Aprieto los dientes con rabia. Ese tipo ya ha dejado a Sam tirada en dos situaciones delicadas. Es hora de poner cartas en el asunto. Sin pensármelo dos veces saco el móvil y llamo a Clau, que responde al cuarto tono con voz preocupada. En parte me

arrepiento, no solo porque voy a darle un susto de muerte, sino porque no sé cómo le va a influir en su estado. Pero creo que esto es algo que no debo ocultarle. Le he guardado el secreto de muchísimas pequeñas cosas a Sam, pero esto es diferente.

—¿Oli? ¿Qué pasa? —insiste mi hermana con pánico en la voz.

Respiro hondo y me preparo para darle a Clau la noticia que podría desestabilizarla del todo.

Una semana después, el domingo por la mañana, estoy dormitando en el sofá con Bongo tumbado a mi lado —desde que Miguel no está se ha convertido en una costumbre esto de que lo deje tumbarse en la vaca de Milka— cuando el timbre de mi teléfono, con la melodía que le tengo asignada a mi marido, me despierta de golpe.

—¿Sí? —contesto con voz adormilada.

—¿Oli? ¿Te he despertado?

Noto la boca un poco pastosa; Bongo levanta la cabeza, preguntándose si es el fin de nuestra merecida siesta o si podremos continuarla más tarde.

—No, no, tranquilo —miento casi sin querer.

—Ya, estabas descansando los ojos —responde con una risita que interrumpe de golpe, sin duda al darse cuenta de que ese es el tipo de detalles, de bromas privadas, que nos hacíamos *antes*. Ahora no sé si parece apropiado, y creo que a él le ocurre lo mismo.

—Algo así —explico en el tono más neutral que consigo reunir.

Se hace un breve silencio incómodo, tras el que dice:

—Acabo de estar hablando con Sam y me ha dejado preocupado.

Suspiro. Sabía que terminaría enterándose antes o después. Al fin y al cabo, para Sam, Miguel es su tío por mucho que ya no estemos juntos. De pronto me asalta la duda. Tal vez debería habérselo contado yo, ¿no? ¿O es otra de esas cosas que ya no son apropiadas estando separados? Uf. No lo sé. Sacudo la cabeza, confusa. Pero Miguel no parece molesto por que no se lo haya contado, solamente está, tal y como ha dicho, preocupado. Como yo no digo nada, él insiste:

—Me ha dicho que ya no se habla contigo porque, y cito literalmente, «la dejaste con el culo al aire ante su madre por una tontería».

—¡Una tontería, dice! —exclamo con disgusto mientras agarro con más fuerza el móvil. Me entra calor y retiro la fina manta que me cubre las piernas—. ¡Se metió una raya de coca!

—¡¿Qué?!

Ese es el tipo de reacción que yo espero ante una cosa así. Me da igual que Iván y Nacho digan que no es para tanto; para mí sí que lo es y me alegro de comprobar que para Miguel también.

—¿Te lo puedes creer? Y encima ese bastardo novio suyo la dejó tirada en mitad del colocón.

Vale, sé que estoy exagerando un pelín, pero no puedo evitar sentir que si tuviera enfrente a ese mocoso le soltaría una bofetada sin pensármelo dos veces.

—Pero… Nuestra Sam… ¿Nuestra Sam?

Casi me echo a reír. Miguel es todo un padrazo en lo que a Sam concierne y, como tal, cada vez que le contaba cosas delicadas sobre ella —cuando besó por primera vez a un chico, cuando le vino la regla, cuando compró su primer sujetador…— sus reacciones eran una mezcla entre horror y necesidad de protegerla. Aunque luego no tuviera tanto contacto con ella como yo, sino más bien un contacto semanal o quincenal si no había nada excepcional, sé que siente por ella exactamente lo mismo que yo.

—Nuestra Sam —suspiro, sin poder evitar pensar en lo buen padre que hubiera sido Miguel. Que *será* algún día. Aunque no conmigo, claro. Se me hace un nudo en la garganta.

Le cuento todo lo ocurrido, obviando la parte en la que Dani y yo fuimos bruscamente interrumpidos por la llamada de Iván: cómo puse sobre aviso a mi hermana, cómo en el hospital nos aseguraron que Sam estaba bien y no iba a tener ninguna secuela —reconozco que quizá ahí sí que exageré un poquito, porque se lo debí de preguntar al médico unas cinco veces—, cómo al cabo de dos días ella me envió un mensaje avisándome de que iba a retirarme la palabra por tiempo indefinido. Sonrío al llegar a esta última parte. No estoy preocupada. Sé que Sam necesita tiempo para digerirlo,

pero también estoy segura de que cuando razone consigo misma se dará cuenta de que eso era algo que no podía ocultarle a su madre.

—Por supuesto, también le conté a Clau sobre Bruno.

—¿Bruno?

—El novio, entre comillas, de Sam.

Desde luego, obvié la parte en la que dejó sola a Sam para que se buscara la vida a la hora de comprar la píldora del día después, pero le dije que convendría no quitarle ojo de encima porque no era una buena influencia.

—Clau la ha castigado sin salir —le explico a Miguel justo cuando Bongo suelta un suspiro, como diciendo: «Vale, ya veo que no va a haber siesta y esta es mi señal de protesta»—, así que entiendo que esté enfadada conmigo. Se le pasará.

—Claro que se le pasará, es una cría.

—Oye, Miguel, no hace falta que le digas que te lo he contado…

—Descuida —me interrumpe—. Por lo que a mí concierne, no sé nada sobre el asunto.

—¿Podrás estar tú también pendiente de ella? Ya sabes, intenta que se le suelte la lengua a ver si te cuenta algo de Bruno. Con un poco de suerte se buscará a otra mientras Sam no pueda salir de casa.

Miguel se ríe.

—¡Sí que le tienes manía!

—Y con razón —me defiendo—. Al día siguiente vinieron dos amigas de Sam y confesaron que la coca la había traído Bruno, que se la había comprado «al de siempre». Te digo que no es una buena influencia.

De pronto me siento rara porque es la primera vez desde que nos separamos que mantenemos una conversación parecida a las que solíamos tener antes y no me siento incómoda. ¿Querrá eso decir que por fin lo estamos aceptando ambos? ¿Que podremos seguir de una vez por todas con nuestras vidas? Con un punto de rencor me doy cuenta de que él ya está siguiendo con su vida, con esa mujer que…

Mejor no pensarlo. No. Yo también estoy rehaciendo mi vida, me digo mientras pienso en Dani, aunque sé que él no es más que un

pasatiempo. Ni siquiera le he contado nada sobre Sam; por lo que a él respecta, tuve que salir corriendo por una urgencia relacionada con ella, pero no he concretado cuál y él no ha preguntado. Supongo que Miguel sí compartirá esa información con su… novia. Casi se me atraganta la palabra.

Charlamos un rato más sobre cosas intrascendentes, quedamos en que al día siguiente pasará a recoger a Bongo a la hora de siempre y cuelgo sintiéndome rara. No triste ni melancólica, simplemente extraña. Pero es normal, intento animarme.

—¿Verdad que es normal? —le pregunto a Bongo, que levanta de nuevo la cabeza y me obsequia con un lametón. Me río—. ¿Quieres ir a dar un paseo, chico?

No hace falta que lo diga dos veces: enseguida se incorpora, baja de un salto del sofá y se dirige al recibidor dispuesto a dejar que le ponga la correa. Lo hago, no me olvido de coger las bolsas higiénicas y apenas media hora después estamos recorriendo la playa de punta a punta. Aún tengo tiempo antes de reunirme con Iván para nuestro vermú dominical.

El olor a salitre y el murmullo del mar me recuerdan a la noche de hace siete. Casi puedo imaginarnos a Dani y a mí besándonos apasionadamente tumbados en la arena, apenas conscientes del mundo que nos rodeaba. Esta semana hemos intercambiado varios mensajes, pero ninguno ha propuesto volver a vernos. Yo creo que ya ha llegado el momento.

Mientras Bongo se lo pasa de miedo chapoteando en la orilla escribo un mensaje rápido:

YO: *Hola, qué tal todo?*

Cierro los ojos, disfrutando de la sensación que me brindan los rayos del sol acariciando mi rostro, cuando el móvil me vibra en la mano avisándome de su respuesta:

DANI: *Hola, preciosa!! Todo bien por aquí, y tú? Ya se ha arreglado lo de Sam?*

YO: *Sí, más o menos. Sin problema.*

DANI: *Genial. Me alegro.*

YO: *Cómo lo ves para quedar esta semana?*

Así. Sin pensárselo mucho. Iván estaría orgullosísimo de mí, seguro. Iván, que, una vez más, salió en mi socorro y ha estado aguantando mis quejas continuas sobre lo malísima persona que es Bruno y lo necesario que es que lo saquemos de la vida de Sam de una vez por todas.

DANI: *Estupendo!! Qué tal el miércoles? Unas cañas por la tarde?*

Hoy, por alguna razón, me siento poderosa. Es de esos días en los que te encuentras a gusto del todo contigo misma: llevo el pelo genial a pesar de que no me lo he peinado, la ropa me sienta superbién, aunque es exactamente la misma que otras veces odio, mis incisivos ligeramente torcidos me dan un aspecto travieso, aunque son los mismos que otros días me dan aspecto de ratoncillo. Vamos, que hoy estoy con el guapo subido. Quizá por eso me pongo a teclear muy decidida: «O podemos retomarlo donde lo dejamos el otro día».

Vaya que si tengo ganas de retomarlo donde lo dejamos. Incluso a pesar de mi preocupación por Sam, he estado casi toda la semana fantaseando con Dani —y con su abultada entrepierna—. ¿Y qué tiene de malo enviarle ese mensaje, digo yo? Pero la parte más tímida de mí —puritana, diría Iván— se apresura a borrarlo para después escribirlo de nuevo y volverlo a borrar. Mientras estoy en ello me llega otro mensaje de Dani.

DANI: *O estás haciendo muchos planes o tu móvil se ha vuelto loco!! Dice que llevas por lo menos cinco horas escribiendo.*

Me río. Bueno, ¿qué le pongo, entonces?

YO: *No sé, me habré dejado el teclado extendido sin darme cuenta.*

Eso, aparentando indiferencia.

DANI: *Entonces, qué me dices a lo de las cañas?*

Um. Venga, Olivia, lánzate. Total, ¿qué tiene de malo?

Venga. Pues me lanzo.

YO: *Estoy en la playa.*

Bueno… Es un comienzo. Aunque, obviamente, Dani no lo pilla a la primera.

DANI: *Pásalo bien??*

YO: *Me refiero a que me estoy acordando de lo de la otra noche…*

Dios. Sería horrible en eso del cibersexo. Miguel y yo una vez probamos, hace muchos años, el sexo telefónico, pero nos entró la risa y la cosa no llegó a calentarse mucho. Fue durante unos meses en los que yo tuve que trabajar fuera y solo nos veíamos los fines de semana. Antes de tener que marcharme teníamos sexo casi a diario, aún estábamos en ese punto, y cansados de no poder tocarnos entre semana, lo intentamos.

—Mmmm… Vale, ¿qué llevas puesto? —se lanzó él, con una voz tan desprovista de pasión que a mí casi me entró la risa.

Me contuve, por el bien de nuestro experimento, y, con la voz más sexi que fui capaz de fingir, susurré:

—Llevo unas braguitas negras a juego con el sujetador. —Me pareció una respuesta muy sosa, así que la amplié—: Bueno, las braguitas son en realidad un tanga, y el sujetador es supertransparente, aunque sea negro. —Después me metí en situación, o eso pensé yo, y seguí fantaseando—: Y también llevo un liguero de encaje… en el muslo. Bueno, ya sabes, donde se suelen llevar. Se llevan en el muslo, ¿no? Y…, eh…, unos zapatos de tacón. De aguja. De tacón de aguja.

—¡Pero si tú odias los tacones! —exclamó él, todo romanticismo.

—¡Bueno, pues no llevo tacones! —protesté. Aquello se nos estaba yendo de las manos—. Llevo una pistola en el liguero —añadí, preguntándome qué tenía de erótica tal imagen. Y como no quería seguir pifiándola, le pregunté con tono sugerente—: ¿Y tú qué llevas?

—Yo llevo los gayumbos de *Star Wars* y los calcetines de Iron Man.

Y se quedó tan pancho. A lo mejor esa fue una de las señales que no supimos ver sobre que nuestra vida sexual iba a terminar siendo un fiasco.

Un nuevo mensaje me saca de mis pensamientos:

DANI: *Uffff, yo no he podido dejar de pensar en ello en toda la semana.*

DANI: *Te hubiera comido enterita de haber tenido la ocasión.*

Trago saliva, encantada. El ya familiar calorcito que me recorre todo el cuerpo cada vez que pienso en estar con Dani hace acto de presencia una vez más.

YO: *Tal vez el miércoles puedas hacerlo.*

Ahora sí que me he lanzado. Está muy claro a lo que nos vamos a dedicar el miércoles.

—¡Así me gusta, coño! ¡Que seas un poco guarrilla! —exclama Iván en cuanto le enseño los mensajes que hemos intercambiado Dani y yo. La cosa se ha subido bastante de tono, la verdad.

Mi amigo choca su jarra con la mía y no puedo evitar sentirme toda jubilosa. No es solo que por fin —¡por fin, por fin, por fin!— vaya a echar un polvo en condiciones, sino que me siento libre, sin ninguna atadura que me cosa a nadie como si fuera un complemento. Puedo hacer lo que me dé la gana. ¿Que quiero acostarme con Dani? Pues me acuesto con él. ¿Que quiero decirle guarradas? Pues se las digo. ¿Cuál es el problema? No siento la necesidad de andarme con pies de plomo por si me equivoco en algo y termino de estropear lo que ya no tiene arreglo, ni la presión de exigirme hacer algo que en realidad no me apetece solo porque se supone que es lo que debo hacer.

Doy un generoso trago a mi cerveza y luego le pregunto a Iván:

—¿Sabes algo de Sam?

—Lo mismo que te conté la última vez, o sea… —alarga la última sílaba mientras finge mirar su reloj de pulsera imaginario—, hace cuatro horas.

Lo miro con fingido fastidio.

—Además, no soy tu espía —me riñe—. Bastante es que no me haya retirado la palabra a mí también.

Asiento con la cabeza.

—Es verdad, es verdad, perdona. Es solo que me resulta extraño no saber nada de ella en tantos días.

—Se le pasará, Olivita, tú no te preocupes.

—No lo hago —afirmo, y él me mira con los ojos entrecerrados. No me cree. Lo entiendo. Soy bastante sensible con todo lo que tenga

que ver con Sam. Así que insisto—: De verdad, estoy tranquila, sé que se le pasará.

Iván pone una cara muy graciosa al fruncir el ceño, los ojos y la barbilla al mismo tiempo mientras me acusa:

—¿Quién eres y qué has hecho con mi Olivita?

Me río. Me siento relajada y feliz. Y todo ello se ve acentuado por la perspectiva de un inminente polvo. Últimamente no pienso en otra cosa, madre mía.

—En serio, Iván, estoy bien. Es como… —Hago una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Es como si Sam se hubiera convertido en mi exclusiva responsabilidad y ahora me siento… liberada, por así decirlo. —Me doy cuenta de que mis palabras podrían malinterpretarse y, aunque sé que Iván no lo hará, me apresuro a rectificar—: No me entiendas mal. Haría cualquier cosa por Sam, lo sabes, pero…

—Pero no eres su madre —concluye.

Anda, pues era bastante sencillo de explicar.

—Justo eso —coincido—. Es como que ahora todo encaja, ¿sabes?

No permito que el pensamiento de haberle echado más preocupaciones a mi hermana encima emborrone mi buen rollo. Llevo mucho tiempo preocupada por ella, por Sam, por mi matrimonio, por todo, así que creo que me he ganado a pulso el derecho de disfrutar de una temporada libre de presiones, ¿verdad?

¿O no? ¿No estaré siendo una egoísta?

—Para, Olivita, para. —Por un momento confundo la voz de Iván con la mía racional, esa que de vez en cuando aparece por mi mente para echarle un rapapolvo a la fastidiosa. Miro a Iván con curiosidad y él no tarda en explicarse—: A ver si te crees que no noto cuando empiezas a contradecirte a ti misma mentalmente.

Enarco las cejas, sorprendida.

—¿Lo haces? —inquiero.

Él asiente con la cabeza.

—Te conozco más de lo que crees. Prácticamente vivo ahí dentro —se ríe mientras me clava el dedo índice en la frente—. Por cierto, no sé si Dani cumplirá con las graaaandes expectativas que tienes en mente sobre él —exclama con una carcajada.

Lo miro con los ojos muy abiertos. ¡A ver si va a ser verdad que vive dentro de mi cerebro, después de todo! Porque debo reconocer que desde que palpé esa *muy* abultada entrepierna, mi imaginación a lo mejor se ha tirado demasiado el rollo.

Al ver mi cara de espanto, Iván me tira una bolita de servilleta y suelta otra carcajada antes de terminarse su cerveza de un trago.

Capítulo 17

El miércoles por la mañana estoy totalmente descentrada, tanto que Mariana no tiene más remedio que corretear detrás de mí poniendo en los lugares correctos los libros que dejo mal colocados.

—¿Se puede saber qué te pasa? —sisea la quinta vez que alguien le pregunta por un libro que no está en el lugar que debería.

Echo un vistazo alrededor, como si a alguien fueran a importarle mis historias, antes de confesar en voz baja:

—Es que tengo una cita y estoy un poco nerviosa.

Abre los ojos como platos.

—¿Con el tío del bar? ¿El de *La sombra del viento*?

—¡Más bajo! —protesto, pero asiento con complicidad.

—¡Vaya! ¡Está como un queso!

Reprimo una carcajada. Estoy convencida de que Mariana es la única persona que sigue usando esa expresión. No obstante, contesto:

—Ya lo sé.

—Te marchaste con él aquella noche. Nunca me contaste qué ocurrió después.

Me entretengo colocando un libro en su lugar para disimular un poco, no sea que alguien nos llame la atención por estar charlando en horas de trabajo.

—Nada, no llegó a pasar nada —respondo. No tengo tanta confianza con ella como para contarle nuestro polvo frustrado gracias —por segunda vez— a mi sobrina. Ni siquiera estoy segura de que Mariana conozca la existencia de Sam.

Ella me guiña un ojo con complicidad.

—Pues que lo disfrutes. Y no te preocupes, hoy te cubro los despistes.

Se lo agradezco con sinceridad. La verdad es que estoy cometiendo demasiados errores, y en realidad no es para tanto.

Bueno, he quedado con un chico, ¿y qué? Vaya cosa, ni que tuviera quince años.

Pero, por otra parte…, ¿por qué no dejarse llevar por esa sensación de entusiasmo, nerviosismo y excitación? Es parte de la experiencia, también hay que disfrutarla, ¿verdad? Aunque entonces también tendría que dejar paso al miedo al que he estado burlando desde que concertamos la cita, porque la verdad es que estoy un poco asustada. Vamos a ver, voy a acostarme con un tipo que debe de acumular a sus espaldas más experiencia sexual que la que adquiere una persona normal en toda su vida. O quizá estoy exagerando. A lo mejor que le guste participar en tríos y orgías no significa que…

Pero precisamente por eso no quería dejarme llevar demasiado, me digo con dureza. Porque si hay una sensación de todas las que tengo que puede eclipsar con creces al resto, es el miedo, sin ninguna duda.

Así que paso el resto de la mañana intentando concentrarme en mi trabajo y procurando no pensar en nada relacionado con Dani y lo que vaya a ocurrir entre nosotros, aunque obviamente mi mente se rebela en repetidas ocasiones y me descubro fantaseando con su boca y con sus manos una y otra vez.

Apenas puedo comer un sándwich entero, así de nerviosa estoy, y cuando por fin termino mi jornada laboral, Mariana se despide de mí con otro guiño de ojo travieso. Tengo un par de horas para arreglarme, cosa que hago con esmero, empezando con lo que pretende ser un baño relajante y termina siendo una fantasía erótica en toda regla con Dani. Finalmente me ducho con agua fría para quitarme el calentón —siempre había pensado que era una leyenda urbana, pero sí que funciona—, me lavo el pelo, me lo seco y le hago unas graciosas ondas, me maquillo con cuidado de forma natural y escojo un conjunto de ropa favorecedor y con el que me siento cómoda: pantalones de pitillo azules, una blusa blanca suelta con transparencias sutiles y botas de tacón. Cuando estoy lista para salir me despido de Bongo, al que Miguel vendrá a recoger enseguida, y, tras cerrar la puerta tras de mí y respirar hondo, me dirijo a mi ansiada cita.

Llego unos minutos pronto al concurrido bar donde hemos quedado. Echo un vistazo alrededor y lo veo en la barra, desde la que me observa con una sonrisa. Me dirijo a él y cuando voy a darle los dos besos de rigor él se mueve de tal manera que nuestros labios se rozan como por casualidad. Me quedo un poco cortada mientras él mira fijamente mi boca.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta.

«A ti», me dan ganas de contestar, pero en persona no me siento tan segura como lo he estado estos días escondida detrás del teclado de mi móvil. La verdad es que le he hecho unas insinuaciones bastante subidas de tono. A lo mejor me he dejado el listón muy alto a mí misma, pienso con un sobresalto.

—Agua con gas —respondo.

En realidad algo de alcohol me vendría bien para calmar los nervios, pero es demasiado pronto para una copa y la cerveza me da demasiadas ganas de hacer pis. La opción del vino se me ocurre cuando Dani ya le ha pedido nuestras bebidas al camarero. Al menos él tampoco va a beber alcohol, me consuelo, ya que ha pedido un refresco.

—¿Nos sentamos? —me propone cuando nos sirven las consumiciones. Yo asiento y nos dirigimos a una mesa un poco apartada de las demás, con un pequeño sofá donde nos sentamos a una distancia prudencial.

—Bueno, pues aquí estamos —confirmo cuando ya estamos acomodados, como si no fuera evidente.

—Sí —responde enarcando las cejas.

Me pone nerviosa la intensidad de su mirada, que no para de detenerse en mis labios una y otra vez.

—¿Qué tal el trabajo? —fuerzo la conversación. Creo que si sigue mirándome así voy a tener un orgasmo sin necesidad de que me toque siquiera.

—Bien, ¿y el tuyo?

Me doy cuenta de que no sé mucho de él en realidad, pero me da igual. Ahora mismo no me interesa cómo se gana Dani la vida. Solo me interesa una cosa, pero no consigo relajarme lo suficiente como para demostrárselo.

—Bien —respondo, y no se me ocurre nada más que decir.

Madre mía, esto está resultando la mar de incómodo.

—¿Sigo en lista de espera o me borraste el mismo día? —Tardo unos segundos en comprender que se refiere a la lista de espera de *La sombra del viento*—. Por gilipollas. En realidad me lo tendría merecido.

Se ríe y eso hace que me relaje. Me alegra que uno de los dos sea capaz de reconducir la situación.

—Soy muy profesional —protesto mientras alzo una ceja, aunque mi tono deja bien claro que estoy de broma—. Jamás haría mal mi trabajo por despecho. Por muy gilipollas que sea el cliente —añado con intención.

Nos reímos.

—No me cabe duda.

Guardamos silencio unos segundos, durante los que tomo otro sorbo de agua. Tengo la boca seca.

—Me han gustado tus mensajes de estos días —dice entonces, y sin disimulo su mano se posa en mi rodilla.

Como no me salen las palabras opto por acercarme un poco más a él en el sofá, de manera que su mano se desliza por mi muslo. Incluso con la tela de los vaqueros de por medio siento que se me pone la carne de gallina.

—¿Serías capaz de repetirme alguno de ellos al oído? —me pregunta con voz lasciva.

No lo sé. ¿Sería capaz? Creo que no. Decididamente, necesito una copa. Esto no es lo mío. Me tenso y él debe de notarlo porque no insiste, sino que se acerca muy lentamente a mí. Puedo oler el aroma de su loción para el afeitado justo antes de que me bese. En cuanto nuestros labios se encuentran recupero a la pequeña salvaje que he descubierto que habita en mí y ya no necesito ni alcohol ni ninguna otra cosa que no sean Dani y un lugar privado.

Nos besamos por un largo tiempo, durante el que nuestras piernas se rozan cada vez con más urgencia, y luego él se separa solo para recorrer mi cuello con la lengua, algo que hacía años —muchos— que no experimentaba. Se me escapa un gemidito, pero aunque me preocupa que estemos llamando la atención no me esfuerzo en

comprobarlo, estoy disfrutando demasiado como para interrumpirme ahora. Las manos de Dani me acarician la cintura con delicadeza mientras sigue explorando mi cuello con la lengua. Madre mía, si puede hacer *eso* en el cuello no me quiero ni imaginar lo que podrá hacer…

Para, Olivia, para, que estáis en un lugar público y la cosa se está poniendo demasiado seria. Por mucho que esté sintiendo cosas que creía perdidas y olvidadas, no estoy dispuesta a comportarme como una adolescente. Impulsada por ese pensamiento le hago la proposición que llevo queriendo hacerle desde que nos hemos encontrado hace escasa media hora:

—¿Vamos a tu casa?

Creo que me voy a morir de placer.

Lo digo en serio.

No es que estemos haciendo nada fuera de lo común, pero la química es tan increíble que hasta un simple roce en la rodilla me hace estremecer. No quiero que acabe nunca, y eso que es la tercera vez que repetimos y estoy más cansada que la primera vez que fui al gimnasio y probé todas las máquinas con una energía que parecía no agotarse —pero sí se agotó; tanto que al día siguiente no podía moverme, literalmente—. La habitación de Dani huele a sudor y sexo y para mí es el aroma más excitante del mundo.

El apartamento es pequeño pero funcional, adornado con bastante gusto. Bueno, según me ha parecido ver cuando he salido antes al baño, porque cuando hemos llegado lo hemos hecho enredados el uno con el otro mientras nos besábamos con pasión y nuestras manos hacían una exploración preliminar de nuestros cuerpos, y no he podido ver nada mientras él me empujaba con insistencia hasta su habitación, donde me ha tirado en la cama y hemos seguido a lo nuestro durante horas —y horas—. Por cierto, tengo que contarle a Iván que no he quedado nada decepcionada en ninguno de los sentidos, incluso a pesar de las «graaaandes expectativas» que tenía. Puede que incluso me quedase un poco corta en mis

ensoñaciones. No es algo que ocurra con frecuencia, pero en este caso la realidad está superando muy mucho a mis fantasías.

Había olvidado lo fantástico que es el sexo, lo bien que te hace sentir, lo necesario que resulta. Observo la cara de placer de Dani y me siento poderosa porque se lo estoy proporcionando yo, soy capaz de eso y de más, mi cuerpo responde como tiene que hacerlo; no me he quedado para vestir santos como me temía. Tampoco parece que al final mi himen se haya reconstruido milagrosamente —aquella vez lo dije de broma, pero cosas más raras se han visto—.

Soy una persona perfectamente normal.

Sonrío.

Capítulo 18

Al día siguiente, antes de la videoconferencia semanal, llamo a Claudia para preguntarle por Sam. Me habla en susurros porque, para variar, mi sobrina no está escuchando música a todo volumen con los cascos puestos. Solía advertirle que no lo hiciera porque terminaría quedándose sorda. Antes de que dejara de hablarme, claro.

—Está enfurruñada, como era de esperar, porque odia estar encerrada en casa.

Un mes para una adolescente es prácticamente la vida entera, así que puedo imaginarme el mal humor que se estará gastando mi sobrina. Siento una punzada de culpabilidad antes de recordar que he hecho lo correcto. Como si me leyera el pensamiento, Claudia se apresura a tranquilizarme.

—Hiciste lo que debías, Oli. Sam entrará en razón y volverá a hablarte. Cuando le dé el punto, ya sabes.

—Lo sé —respondo, aunque me abstengo de comentar que no estoy nada preocupada por ese tema. ¿Me estaré convirtiendo en una persona fría?

Me siento en el sofá, al lado de Bongo, y no puedo evitar soltar un gemido de dolor.

—¿Qué te pasa? —inquiere mi hermana desde el otro lado del aparato.

—Nada, nada —evito responder. Cualquiera le dice que estoy dolorida por lo de ayer. Casi me ruborizo al recordarlo. Madre mía. Llegué a casa pasadas las dos de la mañana y aunque he dormido como una bendita, estoy molida. Me duelen todas las partes del cuerpo, y especialmente… Bueno, no hace falta que dé detalles, ¿verdad? Para que mi hermana no insista, me apuro a preguntarle—: ¿Y tú qué tal lo llevas?

Suspira y guarda silencio unos segundos. Finalmente, con voz clara me asegura:

—Estoy bien. Yo… —Titubea un instante y sé que me va a decir algo importante—. He empezado a ir a una psicóloga.

Arqueo las cejas, sorprendida. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿En serio? ¡Eso es estupendo, Clau!

No quería mostrarme tan efusiva porque lo ideal sería que no le diera tanta importancia, pero no he podido evitarlo.

—Lo de Sam me ha hecho pensar —continúa—. Tengo tres hijas, debo estar disponible para ellas siempre. No puedo permitirme el lujo de andar arrastrándome por el suelo mientras malgasto todas mis energías en el simple hecho de sobrevivir. Necesito estar fuerte por ellas.

Me muerdo el labio. En un mundo ideal, Claudia debería querer estar bien por ella misma, pero como este no es un mundo ni mucho menos perfecto, hacerlo por sus hijas también me parece un gran motivo.

—Me alegro muchísimo, cielo —le digo con sinceridad. Todos llevamos siglos animándola a que busque ayuda, y ahora por fin lo ha hecho.

Siento una pequeña punzada de orgullo, porque si le hubiera ocultado lo de Sam, si hubiera seguido escondiéndole cada pequeña crisis de su hija, tal vez habría tardado aún más en reaccionar. Solo necesitaba salir de su zona de confort, darse cuenta de que no puede permitirse el lujo de quedarse toda la vida lamiéndose las heridas. Y yo he aportado un pequeño grano de arena. A ver si al final voy a tener que darle las gracias a ese novio escurridizo de mi sobrina, después de todo.

Pero no. Solo de pensar en Bruno me pongo furiosa. Como no sé si Claudia conoce su existencia, decido ser prudente y no preguntar. Al fin y al cabo, mientras Sam esté castigada estará segura. O eso espero. Estoy sopesando la idea de confesarle a Claudia lo de ese chico cuando susurra:

—Estoy muy contenta, Oli. Bueno, todo lo contenta que puedo llegar a estar ahora mismo, supongo. Te parecerá una tontería, pero aunque solo he ido a una sesión, por fin siento que estoy haciendo algo para mejorar.

—¡Claro que no es una tontería! —le aseguro, y lo digo en serio—. Lo que has hecho es precisamente lo más difícil. A partir de ahora lo tendrás chupado, ya verás.

Nos reímos. Las dos sabemos que exagero y que será un camino duro y largo, pero lo importante es que ha decidido comenzarlo.

—Yo estaré a tu lado —le prometo—. Siempre que necesites algo, ahí estaré.

—Como siempre —musita, tal vez un poco avergonzada. Después, con voz un poco más firme añade—: Gracias por todo, hermana.

No hace falta que explique por qué.

—Bueno, no nos vayamos a poner ñoñas antes de la videoconferencia —digo con voz animada, aunque casi se me ha saltado una lagrimita—. ¿Qué tendrán que anunciarnos hoy los papás?

—¡Gustavo ha abandonado a papá!

Es lo que exclama mamá casi antes de saludarnos. El primer plano de sus caras pone de manifiesto el disgusto que tienen encima. Yo tardo unos segundos en recordar quién demonios es Gustavo.

—Ah, el pollito que perseguía a papá —murmuro. La verdad es que no pensé que esa unión fuera a durar mucho, como cuando me enteré de la relación entre Harrison Ford y Calista Flockhart. Por lo menos con lo de Gustavo no me he equivocado.

—El mismo —asiente mi madre—. Vuestro padre está destrozado. ¡Miradlo!

La imagen empieza a bailar cuando mamá coge el móvil para hacernos un primer plano demasiado explícito de mi padre. Madre mía, a este hombre le urge que alguien le corte los pelos de la nariz.

—¡Ya lo vemos, ya lo vemos! —exclama Clau con voz de espanto. Seguro que se ha fijado en lo mismo que yo.

Mamá devuelve el móvil a su posición inicial y sigue lamentándose:

—Ahora el muy colchonero se dedica a perseguir a otro señor… ¡Un inglés que ni siquiera habla español! ¿Os lo podéis creer?

—Se dice chaquetero, mamá, no colchonero —la corrige Clau. Sonrío. Hacía mucho que no participaba tan activamente en nuestras conversaciones.

—Sí, y además, ¿qué más da que el tipo sea inglés? —intervengo yo. A ver, que no es que quiera ser insensible, pero se están montando un dramón de la nada.

—¡Pues que no se van a entender, hija! —exclama, como si fuera lo más evidente.

—¿Es que Gustavo hablaba español? —inquiere Clau entre risas.

Mamá frunce el ceño.

—¡A ver si dejáis de reíros de una vez! ¡Esto es algo muy importante! Vuestro padre está destrozado. Le había enseñado a Gustavo algunas órdenes que obedecía sin rechistar. ¿Cómo se supone que va a dárselas ahora ese señor inglés? —Hace una pausa dramática y luego añade—: ¿Cómo va a saber Gustavo lo que tiene que hacer?

Se me escapa una carcajada. Venga, esto no puede ir en serio. Mamá tiene que estar tomándonos el pelo, ¿verdad? Pero su mirada furibunda me dice que no, que va totalmente en serio.

—Lo siento —me apresuro a disculparme. A ver si la vamos a liar por un pollito llamado Gustavo.

—Así que ya veis, hijas, no estamos teniendo una buena semana.

Observo a Clau, que a todas luces se está aguantando la risa, como yo. Me apresuro a buscar un tema de conversación que nos impida meter la pata riéndonos de la tragedia de mis padres.

—¿Dónde está Sam? —pregunta entonces mi madre.

—¡Oh! Está…, está cuidando de las gemelas. —A Clau se le da fatal mentir. Es verdad que está cuidando de las gemelas, pero solo porque era eso o participar en la videoconferencia, y como se ha empeñado en recalcarle decenas de veces a su madre, no estaba de humor.

—¿Y por qué no vienen para que las pueda ver?

—Miguel y yo nos hemos separado —espeto de pronto.

Me ha salido sin pensar, pero desde luego eso ha eclipsado la conversación anterior y Clau no tendrá que dar explicaciones sobre por qué Sam no está de humor para charlar. Y, total, antes o

después debían enterarse, ¿no? Claro que no tenía que ser necesariamente ahora que lo están pasando tan mal con todo el asunto de Gustavo, pero…

—¿Cómo dices? —preguntan a la vez mis padres, con la misma expresión alelada en los rostros.

Trago saliva.

—Nos estamos separando —repito, y me doy cuenta de que ya no duele tanto. Cuanto más lo digo en voz alta menos trágico me parece. Lo voy asimilando, ya es parte de mi vida, ya no es como si me hubieran arrancado un brazo o una pierna. Ahora es como mucho un dedo. Quizá el meñique.

Por supuesto, enseguida empieza la retahíla de preguntas que respondo de la manera menos explícita posible. No tienen por qué saber los problemas que teníamos ni que él terminó engañándome con otra. Cuando han quedado medianamente satisfechos con la explicación, mi madre dice muy resuelta:

—Volvemos a casa. —Y mi padre asiente con la cabeza efusivamente.

—No es necesario.

—¡Sí que lo es! Eres nuestra hija y estás pasando por un mal momento.

Me muerdo el labio, pensativa. ¿Estoy pasando por un mal momento o ya ha pasado lo peor? Una punzada de dolor en la entrepierna me convence de que no necesito la presencia de mis padres. Lo estoy superando, estoy haciendo mi vida.

—De verdad, mamá. Lo llevo bien, en serio.

—De eso nada. Esta misma tarde compraremos los billetes de avión.

Clau debe de percibir mi espanto porque se apura a echarme una mano:

—Mamá, papá, es muy noble de vuestra parte, pero tal vez Olivia necesite que no toda su rutina se vea alterada.

La miro con sorpresa. ¡Tiene razón! Las videoconferencias de los jueves son una de las pocas cosas de mi rutina que no han cambiado. Por mucho que esté superándolo, aún necesito que no cambie todo a la vez.

Mamá parece sopesar las palabras de Clau, casi como si las mascara.

—Pero si la familia no está para estas cosas, ¿para qué está?

—Créeme, mamá, si Oli os necesita será ella quien os lo diga.

—No sé yo, esa hermana tuya siempre se echa el mundo a la espalda sin pedirle ayuda a nadie.

—¡Oye, que estoy aquí! —protesto, aunque sé que tiene razón.

—Tú calla, hija, que estamos mirando lo que es mejor para ti.

Y me callo, porque, total, no me va a servir de nada discutir y Claudia lo tiene controlado. Mientras mamá y Clau hablan de lo que es más beneficioso para mí, observo que papá se gira para contemplar al pollito Gustavo —que ha crecido lo suyo desde la última vez que lo vi— persiguiendo a un señor que lleva unas bermudas color verde chillón y unas chanclas naranjas. Por lo visto el hombre tiene ciertos problemas para contener el acoso de Gustavo y veo cómo mi padre se dirige hacia ellos con paso vivo. Mientras escucho a mamá y a Clau diciendo palabras como *tiempo*, *paciencia* y *superar*, observo cómo papá dice algo dirigiéndose al pollito, que lo mira con adoración y, tras un instante de vacilación, se da la vuelta y camina en sentido contrario al que se encuentra el inglés. Sonrío. Pues va a tener razón mamá y Gustavo solo entiende el castellano.

El siguiente par de semanas transcurre entre un montón de cosas.

Lo primero, llamadas de mamá —no en plan acosador, pero sí más habituales de lo normal— durante las que me entero de que Gustavo ha empezado una nueva vida en una pequeña granja situada a unos cincuenta kilómetros del hotel.

—Papá parece llevar bien la separación, pero no sé si está fingiendo para que no me preocupe o si realmente es así. ¿A ti qué te parece, Oli?

—Que eres muy poco sutil —respondo—. De verdad que llevo bien *mi* separación, mamá, deja de preocuparte.

Y es verdad. Me siento bien. Mejor que bien. Me siento tan bien que casi me da vergüenza admitirlo, la verdad, porque en vez de

estar representando el papel de cornuda ofendida casi estoy representando el de la protagonista de una peli porno. Bueno, tanto no, pero casi casi, para lo que yo estoy acostumbrada.

Y eso me lleva a la segunda de las cosas que ocupan mis semanas: Dani. Estamos teniendo numerosas y satisfactorias citas prácticamente a diario. Tengo que admitir que físicamente estoy exhausta, pero por primera vez en mi vida no me siento culpable por no ir al gimnasio. Esto del sexo son todo ventajas, desde luego. A ese respecto debo decir que el próximo de la lista de espera de *La sombra del viento* va a tener que esperar a que la biblioteca reciba un nuevo ejemplar, que ya he pedido, dado que el desgastado que le llevé a Dani cuando por fin llegó su turno terminó accidentalmente aplastado por nuestros cuerpos en uno de nuestros fogosos encuentros en su cama. Antes de que alguien lo pregunte: no, no nos dimos cuenta de que estábamos retozando encima de él. Así de concentrados estábamos. En nuestra defensa especificaré que era un ejemplar de tapa blanda.

La tercera cosa que ocupa mi tiempo son las conversaciones, cada vez más frecuentes, con Clau. Sigue de buen humor, esperanzada y con fe en la terapia. Acude dos veces por semana y parece ver la luz al final del túnel. Me explica que Sam también está enfadada con ella y que le preocupa un poco, pero ambas nos damos ánimos diciéndonos que es una adolescente enfurruñada y que se le terminará pasando. Por lo visto, mi cuñado ha tenido una conversación sobre drogas con ella y eso la ha cabreado todavía más, pero nada fuera de lo esperable.

Ahora, mientras tomo un refresco con Iván y Nacho, me explayo sobre lo importante que es el sexo y sobre lo normal que soy yo.

—Es que pensaba que tenía alguna tara, ¿sabéis?

—Y la tienes, Olivita, la tienes —se cachondea Iván, y le tiro un cacahuete del platito de cortesía con el que el camarero ha acompañado las consumiciones.

—Sexual —especifico para cerrarle la boca. Con ese asunto todavía no se ha atrevido a meterse—. Creía que ya no me interesaba el sexo, que… A ver, que no digo que eso sea raro, porque ya sabéis que hay gente asexual y no pasa nada, pero… —

Jolín, es que es muy difícil decir algo hoy en día sin que sea susceptible de ofender a alguien.

—Pero tú sabías que a ti de toda la vida te había ido la marcha, así que era raro —me ayuda mi amigo.

—Mmm… Bueno, sí, se podría decir así —concedo. Da igual cómo lo llamemos, lo importante es lo que quiero decir a continuación—: ¡Y ahora resulta que se me abre todo un mundo! Cosas que tenía del todo olvidadas…

—Látigos, fustas, antifaces, condones y lubricantes de sabores… ¿Sabéis que los hay con sabor a croquetas de jamón? —me interrumpe Iván con sorna.

Lo pillo. Últimamente soy un poco monotemática, lo admito. Debo de tenerlo ya aburrido.

—Anda, no seas borde, déjala que se explaye —interviene Nacho mientras coge un puñadito de cacahuetes.

Claro, como él no me tiene que soportar tan a menudo… Lo mismo debe de pensar Iván, a juzgar por la cara de fastidio que pone.

—Bueno, para resumir, ¡que el sexo es increíble y se me había olvidado! —Le doy un trago a mi refresco y luego pregunto con curiosidad—: ¿De verdad hay condones con sabor a croquetas?

No es que la idea me atraiga especialmente, pero inventan cosas muy raras.

Iván me mira con sorna.

—Sí, y de fabada, ¡no te jode!

Otra vez le tiro un cacahuete en la cabeza, que rebota y termina dándole a un niño que corretea por el bar. Sin saber qué ha pasado, mira a su alrededor, despistado.

—Ay, Olivita, a ver si voy a tener que darte unas cuantas clases teóricas sobre el asunto.

—No, gracias —lo rechazo con orgullo—. Ya estoy aprendiendo mucho por mi cuenta.

—No estarás enganchándote de nuevo a la *Vale*, ¿verdad? —pregunta Iván fingiendo terror.

Ah, esa época oscura de mi adolescencia en la que me compraba esa revista con la intención de aprender las más elementales

técnicas para complacer a un chico. Hoy en día las mujeres pondrían —con razón— el grito en el cielo.

Ignoro la pregunta con una sonrisita.

—Y en otro orden de cosas —interviene Nacho en cuanto ve clara la ocasión—, ¿qué tal llevas lo de Sam?

Buena pregunta. La verdad es que tengo sentimientos encontrados.

—Pues vais a pensar que estoy mal de la cabeza, pero… —Me detengo porque veo que Iván va a soltar algún comentario gracioso, pero se detiene en el último momento— me siento culpable por no sentirme mal porque no me hable.

Los dos me miran como si, efectivamente, estuviese loca. ¡Hombres! Yo lo veo muy sencillo: según mi lógica, debería sentirme triste y desesperada por el hecho de que mi sobrina, con la que estoy más unida que muchas madres con sus hijos, me haya retirado la palabra. Pero como no me siento abatida para nada por esta cuestión, me siento culpable. Cuando se lo explico con estas mismas palabras, Nacho pregunta como para asegurarse:

—O sea, ¿que te sientes mal porque no te sientes mal?

—¡Eso es! —exclamo contenta de que me haya entendido. Aunque que haya entendido lo que quería decir no significa que lo comprenda, claro, a juzgar por la mirada que cruza con Iván.

Lo dicho, ¡hombres!

—El caso es que como estoy en un estado tan… —Me detengo buscando la palabra idónea.

—*Happy flower* —propone Iván.

—Sí, eso me vale —concedo—. Como estoy tan *happy flower* es como si todo lo demás me resbalase. ¡Ay, joder! Eso me convierte en una egoísta, ¿verdad?

Aunque, bien pensado, ¿qué tiene de malo ser egoísta de vez en cuando?

—Qué va —asegura Nacho, muy vehemente.

—Lo que pasa es que estás disfrutando de la vida sin comerte tanto la cabeza, Olivita. Está bien que lo hagas.

Casi mejor si no profundizo mucho en el tema porque, como dice mi amigo, para una vez que no le estoy dando vueltas

obsesivamente a algún problema, no voy a hacerlo adrede. Claro que eso no significa que no me muera de ganas de saber cosas de Sam y por eso les pregunto por ella. Mi sobrina nunca supo que fue Iván el que me avisó aquella noche; por lo visto cree que desde el hospital me llamaron a mí porque en su teléfono me tiene añadida como su contacto para emergencias, así que ellos siguen manteniendo el contacto como siempre.

—Pues mira, justo ayer me envió una foto del tatuaje que se quiere hacer. ¡Juro por Dios que no he visto cosa más fea! —exclama Iván a la vez que coge su móvil de la mesa—. Espera, que te lo enseño. Dice que en cuanto cumpla con el, y cito literalmente, «injusto castigo impuesto por un pequeño errorcito de nada», se lo hará.

Estoy a punto de soltar una exclamación, pero me contengo. ¿Cómo que pequeño errorcito de nada? Doy un sorbo a mi bebida para quedarme callada, que si no la lío, y habíamos quedado en que estoy en plan místico o *happy flower* o como se quiera llamar.

—Espera, tengo que tener la foto por algún lado, creo que no la borré… —musita Iván mientras desliza frenéticamente el dedo por la pantalla bajo la mirada curiosa de Nacho.

—¡Espera! —exclama de pronto este último con tanto ímpetu que casi me atraganto.

—¿Qué? ¿Lo has visto? —inquiere Iván, todo inocencia.

Y digo todo inocencia porque está a punto de liarse una bien gorda. Me quedo con la boca abierta, horrorizada por lo que está a punto de ocurrir. Enfrente de mí comienza la dantesca escena. Frenética, intento dar con una solución, algo que impida que pase lo que va a ocurrir.

—¡No, he visto esto! —Nacho prácticamente le arranca de las manos el móvil a Iván, desliza el dedo por la pantalla y se detiene mirando acusadoramente a mi amigo.

Trago saliva mientras veo cómo a Iván se le descompone la cara. También yo me siento deshecha.

—¿Me puedes decir qué cojones es esto, Iván? Porque es evidente que no es una foto de coña o sacada de internet.

Mi amigo cruza una mirada desesperada conmigo. Mira que he estado a punto de advertirle en varias ocasiones que borrase las fotos que le había enviado Ramón el del pollón, que con bloquearlo no era suficiente, y se me ha olvidado todas las veces.

—¡No es culpa suya! —exclamo con vehemencia, pero Nacho me ignora. Normal, no soy yo la que tiene que darle explicaciones.

—Nacho, cariño, déjame que te lo explique.

Pero él está demasiado ocupado mirando todas esas fotos que nunca debería haber visto y también lo ignora. Veo cómo se le humedecen los ojos y cómo le tiemblan los labios. Juraría que va a echarse a llorar en cualquier momento, pero en vez de eso se pone de pie con brusquedad y le tira a Iván el móvil contra el pecho.

—Hemos terminado —sisea con una voz que no le había oído nunca, y le da la espalda a Iván.

—¡No! —suplica el otro mientras también se levanta—. No lo entiendes, no es…

Nacho se vuelve hacia él con tanta rapidez que a mi amigo apenas le da tiempo a darse cuenta.

—¿No es lo que parece? ¿Es lo que vas a decirme? ¡Vete a tomarle el pelo a otro, Iván!

—Es cierto —intervengo yo, que también me pongo en pie.

—Tú no te metas —me advierte Nacho, señalándome con el dedo índice.

Estamos empezando a llamar la atención; la gente de las mesas cercanas nos observa con curiosidad.

—La culpa es mía —dice Nacho, aunque su tono da a entender justo lo contrario—. Pensé que podías cambiar, que no siempre ibas a ser un *picha brava* infiel. No sé por qué pensé que conmigo iba a ser diferente. —Escupe las palabras como si fueran veneno, e Iván se deja caer en la silla, derrotado.

Tras fulminarlo una última vez con la mirada, Nacho coge sus cosas y se marcha haciendo caso omiso de las miradas de la gente. Me apresuro a sentarme al lado de Iván y le froto la espalda. No reacciona.

—Ey, todo se va a arreglar. Ya verás, en cuanto se le pase un poco y puedas hablar con él…

Pero mi amigo niega con la cabeza mientras un par de lagrimones le caen por las mejillas.

—No lo conoces. Si hay algo que Nacho nunca perdonaría es algo como esto.

—¿Una equivocación? —protesto.

No contesta. Hacía muchísimo tiempo que no veía a mi amigo tan desamparado, y eso fue cuando, con dieciséis años, un chico de la clase esparció el rumor de que Iván había intentado meterle mano en los vestuarios. «Es lo que pasa cuando se deja que los maricones se cambien de ropa en el mismo lugar que los chicos normales», dijo. Mi amigo tardó casi un mes en recuperarse de aquello, pero después no dejó que nadie volviera a pisotearlo, sobre todo en cuanto a su orientación sexual se refería.

—Tiene razón —dice con voz falsamente inexpresiva—. Soy lo peor, Oli. Puede que no le pusiera los cuernos, pero me lo planteé, ¿no es cierto?

¿Qué puedo contestar a eso?

—Lo es —concedo—, pero lo importante es que no lo hiciste, Iván, ¿no te das cuenta?

Le tiemblan los labios y tiene los dedos crispados. Sé que se está autofustigando internamente, propinándose patadas mentales como si el cometer errores fuera su especialidad.

—Mira, todos tenemos defectos —afirmo en voz baja—, pero lo importante es no dejar que nos dominen. Estuviste tentado por Ramón, sí, pero ¿y qué? Lo importante es lo que *no* hiciste.

Me mira con tristeza, sacudiendo la cabeza. Sé que ahora no hay nada que pueda decirle para que se sienta mejor. Al igual que Nacho, se ha cerrado en banda y no voy a ser capaz de imponer un poco de cordura en esa cabecita ni aunque venga a cantárselo Ricky Martin. Así que me quedo en silencio a su lado, le cojo de la mano y se la acaricio durante un buen rato, hasta que su cuerpo deja de temblar.

Capítulo 19

Por supuesto, no he podido quedarme de brazos cruzados como me pidió Iván. Una semana después de la terrible escena intercambié unos pocos mensajes con Nacho, que sigue cerrado en banda.

NACHO: *Sé que tu intención es buena, Oli, pero no quiero saber nada, en serio.*

YO: *Pero no lo entiendes… Él lo rechazó!*

NACHO: *Entiendo que es tu amigo y que te preocupa, pero no puedo creeros a ninguno de los dos.*

NACHO: *Iván es como es y yo soy imbécil por pensar que había cambiado.*

NACHO: *Y tú eres tan fiel a él que harías cualquier cosa por verlo feliz.*

YO: *Te digo que no, que lo que te digo es verdad!!*

YO: *Tienes que creerme!*

Solo me faltó bailarle una sardana para terminar de suplicarle, pero ni por esas.

NACHO: *Oli, deja de llamarme y de enviarme mensajes, te lo digo en serio.*

Y ahí me di por vencida, sobre todo por si al final empeoraba la situación. Con quien no me di por vencida, por supuesto, fue con Iván. Le he concedido un par de semanas de autocompasión, pero de aquí no pasa.

—Te digo que este sábado vas a salir de marcha conmigo —le insisto por quinta vez.

Me mira con ojillos de perro abandonado, apoltronado en el sofá con su chándal más feo —y tiene unos cuantos—, que yo creo que es su forma de hacer penitencia. Lo pico:

—Ese color te hace la piel cetrina.

—Me la suda.

—Y estás perdiendo el bronceado.

—Me da igual.

Es como una batalla verbal: yo le suelto pullas y él las evade con una agilidad asombrosa. No consigo llegar al fondo de su ego.

—Vas a venir conmigo a bailar.

—Ni de coña.

—A cenar.

—No.

—A beber.

—Qué pesada eres.

No hay forma. Bueno, pues no me queda otra que sacar la artillería pesada.

—En el siguiente capítulo, Jane va a ver a Michael y…

Ahora sí reacciona, como si fuera un vampiro y le hubieran pasado una ristra de ajos por el cogote. Se levanta de un salto y se tapa los oídos, espantado.

—¡No *spoilers*, no *spoilers*! —grita mientras da unos saltitos ridículos.

Me entran ganas de reírme. Para paliar su dolor —o para retroalimentarlo, no lo tengo muy claro— se ha enganchado a *Jane the Virgin* y si hay algo que Iván detesta, aparte de los pistachos y los tangas de leopardo, son los *spoilers*.

Le hago un gesto para que se destape los oídos, prometiéndole no desvelar nada del próximo capítulo —que, por cierto, no he visto, así que voy de farol—.

—¿Saldrás conmigo el sábado o te cuento la serie entera?

Me mira con desconfianza. A lo mejor me he pasado y mi farol se echa a perder.

—¿Y tener que presenciar cómo Thor y tú os magreáis todo el rato? —protesta.

—Dani no tiene por qué venir.

Suspira. Hago un último esfuerzo, apelando a su sensibilidad.

—¿Recuerdas cuando yo estaba tan mal por lo de Miguel y me convenciste para que saliera con vosotros a cenar?

Asiente débilmente con la cabeza. Sabe por dónde voy.

—Ese fue el principio de mi nueva vida —le explico—. Déjame hacer lo mismo por ti. —Y luego, para añadirle más dramatismo, añado—: Por favor.

Ahora ya lo tengo en el bote. Está a puntito de desarmarse. Lo veo inspirar hondo y exhalar como si fuera una locomotora.

—Está bien, saldré —concede, y cuando estoy empezando a dar palmaditas emocionadas me interrumpe—, pero no solo contigo.

Frunzo el ceño, intrigada.

—Saldremos tú y yo a cenar y luego quedaremos con Dani y mis amigos en un *pub*.

Dani y yo seguimos quedando asiduamente, normalmente para ir a su casa y disfrutar de interminables sesiones de inmejorable sexo, aunque a veces también tomamos una copa previamente.

—Así yo no sentiré que te estoy privando de tu sesión diaria de sexo, ahora que le has cogido el gusto, guarrilla.

—¡Eh, vigila esa lengua! —protesto de broma. Le ha dado por llamarme así, pero no me importa. Cualquiera le dice que a veces es más de una sesión de sexo diaria… Sonrío, hago como que lo sopeso y después acepto—: ¡Trato hecho!

Entrechocamos los puños con una sonrisa. Hoy es jueves; quién sabe, tal vez para el sábado tengamos buenas noticias. Iván no lo sabe, pero tras mis frustrados intentos para hablar con Nacho, decidí pedir ayuda a la única persona que podría convencerlo: el propio Ramón.

Sí, ya sé que parece una locura y que no debería meterme donde no me llaman, pero está claro que Iván está loco por Nacho. Había decidido cambiar y tomarse en serio la fidelidad, cosa que solo ha hecho por él. Y justo cuando decide que hay una persona por la que merece la pena hacerlo, todo se va al garete por un simple descuido.

Así que me las ingenié para encontrar a Ramón en Facebook. Le envié un mensaje hace un par de días y cruzo los dedos para que me conteste. Si se aviniese a hablar con Nacho…

Tal vez empeore las cosas, me doy cuenta de pronto. ¿Pero qué clase de persona cándida soy, que piensa que alguien a quien no conozco de nada me va a hacer un favor? Es más, ¿a quién se le

ocurre pensar que, después de haberlo bloqueado sin más, va a hacer algo bueno por Iván?

A ver, Olivia, respira profundamente. Llevo con estas paranoias desde el mismo momento en el que envié el mensaje. Como no había forma de recuperarlo no pude hacer otra cosa que aguantar el tirón e intentar ser positiva. Trato de mantener mi nuevo estado místico en el que todo fluye y todo es relativo, pero la cabra tira al monte y se me hace complicado mantenerlo las veinticuatro horas. Puede que el sexo ya no me esté dotando de una cantidad inusitadamente grande de endorfinas y empiece a ver las cosas con mayor realismo.

Por ejemplo: empieza a preocuparme que Sam siga sin hablarme. A estas alturas su castigo debe de estar a punto de terminar y todavía nada, ni un mensaje ni una llamada ni nada. No hemos coincidido en ninguna videoconferencia porque cuando ella no ha logrado escabullirse yo he tenido que ausentarme para poder ocuparme de Iván. Y ya es mucho tiempo sin saber de ella. Desde que nació no he pasado más de tres días sin saber de ella, y eso incluyendo hasta mi luna de miel. Madre mía, la echo muchísimo de menos.

—Olivita, que te evades —me avisa Iván con gran acierto, y yo me siento un poco avergonzada por que sea él el que cuide de mí cuando es evidente que ahora mismo él está en peor situación.

Se lo agradezco con una sonrisa e intento reconectar conmigo misma y centrarme en el presente antes de que la vocecilla fastidiosa haga acto de presencia.

—¿Vemos uno de *Jane the Virgin*? —me propone, y yo asiento con la cabeza mientras ambos nos acomodamos en el sofá. Sin contemplaciones, me planta un pie en la cara y me pregunta con tono de burla—: ¿No te aburrirás al verlo por segunda vez?

Lo miro con los ojos entrecerrados y él sonríe.

—Se te da fatal ir de farol —concluye, y suelta una risotada, la primera desde que Nacho lo dejó plantado en aquel bar.

El sábado, fiel a su palabra, Iván se aviene a salir a cenar conmigo, aunque al principio está un poco gruñón. Qué digo un poco, está tan gruñón que parece un jubilado al que han echado de una obra. Así que he hecho un montón de concesiones: he dejado que me elija el modelito —a Iván le encanta eso de vestir a la gente —, he permitido que elija el restaurante, la comida y hasta la bebida. Pero por lo que no he pasado ha sido por el postre. Ah, no, eso sí que no; el postre es sagrado y yo quería tomar tiramisú y no tarta de queso. Por suerte me he salido con la mía y después del chupito de cortesía mi amigo está de mejor humor.

Mientras nos dirigimos al *pub* donde yo he quedado con Dani y él con sus amigos, tal y como acordamos, se detiene para observarme y afirma:

—No me dirás que no te he dejado como para que te hagan un buen favor.

Tengo que reconocer que ha hecho un buen trabajo. Voy un poco más sugerente de lo que me gustaría, pero son cosas que se hacen por los amigos. Bueno, para qué voy a mentir: aunque al principio me notaba un poco insegura, ahora me siento fantástica, atractiva, sexi, hecha un pibonazo, vamos.

—No tienes mal gusto —digo, sin embargo, no vaya a ser que se le suba a la cabeza y me prepare un modelito para cada día.

—Ya, no tengo mal gusto —se ríe, socarrón. Si me conocerá bien el muy sinvergüenza.

Entramos en el concurrido *pub* y diviso a los amigos de Iván en la barra. Cuando voy a decírselo, él señala a otro punto de la barra:

—Allí está el buenorro de Thor.

Y es verdad, allí está. No Thor, sino Dani, por supuesto. Antes de que pueda decir nada, Iván se aleja en dirección a sus amigos y yo me quedo un momento parada, sin saber a dónde ir. Justo entonces Dani me ve y se acerca a mí. Me recibe con un beso de tornillo, sin contemplaciones. Por supuesto, no le digo que no y cuando nos separamos noto una mirada clavada en mí. Desde su posición, Iván me echa una elocuente mirada que dice: «Ya te dije que pasaba de andar haciendo de sujetavelas». La verdad es que tiene razón: Dani y yo no hacemos mucho aparte de sobarnos el uno al otro. Lo de

tomar una copa creo que es simplemente por darle un poco más de morbo al asunto: mientras tomamos algo nos provocamos mutuamente hasta que ya no podemos más y entonces casi echamos a correr hacia su casa. Bueno, menos cuando nos da por hacerlo en el baño, o en el ascensor de su edificio, o en un edificio que no es el suyo pero nos queda de camino. No es algo que vaya a confesar por ahí, por supuesto, porque en el fondo me da un poco de vergüenza andar tan cachonda cada vez que estoy con Dani que sea capaz de montármelo en cualquier sitio como si fuera una adolescente.

En realidad, muchos de mis comportamientos actuales son muy de adolescente, pienso mientras Dani me agasaja con otro beso y me soba el trasero sin cortarse un pelo. Cuando por fin me suelta me dirige una mirada apreciativa y exclama:

—¡Guau! ¡Estás increíble!

Acepto el cumplido con una sonrisa y nos dirigimos a la barra, donde pedimos un par de cervezas que apuramos mientras charlamos —unos pocos minutos— y seguimos besándonos —el resto del tiempo que nos dura la consumición—.

—¿Vamos a tu casa? —susurro, juguetona, y le muerdo con suavidad el lóbulo de la oreja, cosa que sé que lo vuelve completamente loco.

—Si me lo pides así… —responde, apretándome aún más contra él.

Nos separamos con desgana para recoger nuestras cosas y cuando estamos a punto de emprender la marcha, alguien se planta delante de nosotros y exclama con sorpresa:

—¡Oli!

Juro que se me para el corazón durante un instante, como si me hubieran pillado haciendo algo muy malo, lo cual no es del todo cierto, pero tampoco del todo mentira.

—¡Miguel! —Exclamo su nombre casi gritando, mezcla de sorpresa y de susto.

Me mira confuso y quizá un poco avergonzado, igual que yo a él.

—Y Dani —añade con la voz más apagada.

Dani y yo no hemos hablado del tema. No sé si siguen coincidiendo en el gimnasio o no, pero la expresión de Miguel me revela que, desde luego, no sabía nada de lo nuestro. Me siento culpable, aunque no tengo por qué. ¿O sí?

Entonces, mientras todos nos removemos un poco incómodos, veo a la chica que acompaña a mi marido, en la que no me había fijado hasta ahora. Es rubia, menuda y tiene un rostro agradable. Creo que es la misma chica con la que lo vi el día que descubrí que me estaba engañando. No, estoy segura de que es ella.

Supongo que me he quedado mirándola fijamente porque ella se remueve inquieta y entonces Miguel, como si también se acabara de percatar de su presencia, se apresura a presentarnos:

—¡Oh! Ella es… —duda un momento y la pequeña mala persona que habita en mi interior da saltitos de alegría— Ágata. Eso es, Ágata. Y esta es Olivia.

Ágata aguanta el tipo con elegancia y no da muestras de sentirse ofendida por que a su novio se le haya olvidado momentáneamente su nombre pero no el mío. Se acerca a mí y me da los dos besos de rigor con una amplia sonrisa.

—Y él es… Dani. —Esto último lo dice mirándome a los ojos con lo que percibo como rencor y dolor. Violenta, aparto la mirada.

Se produce un silencio que rompe Ágata dirigiéndose al camarero:

—Ponnos cuatro de estas —pide, señalando nuestras cervezas vacías.

—¡No! —exclamamos Miguel y yo al unísono, y un milisegundo después estoy a punto de gritar: «¡Chispas!», pero me contengo a tiempo. Miro a Miguel y sé que le ha pasado lo mismo. Conozco sus gestos, su lenguaje corporal. Solía conocerlo todo de él, y aunque ahora ya no sea lo mismo, sé que también ha estado a punto de exclamar «¡Chispas!» y eso me hace sentir triste.

El camarero nos sirve las cervezas y Dani y yo nos vemos obligados a quedarnos. Ágata habla sin cesar para llenar el incómodo silencio que se produce cada vez que ella cierra la boca. No sé si es consciente de la situación tan incómoda que nos está haciendo pasar, pero no parece tener ni idea.

Mientras ella habla de cómo estuvo a punto de ser agredida una vez por un elefante en el zoo —¡seguro que se lo tenía merecido, la muy bruja!—, no puedo evitar observar a Miguel. Está igual que siempre, pero a la vez me parece muy distinto, como si hubieran pasado décadas desde la última vez que dormimos juntos; aunque aquella vez en realidad estábamos aún más lejos de lo que lo estamos ahora. Sorprendo a Dani mirándome con disimulo, como si intentara evaluar el impacto que ha tenido sobre mí mi encuentro con Miguel. Finalmente, cuando no puedo soportarlo más, dejo mi botellín a medias en la barra y me disculpo para ir al baño.

Alejarme de ellos es como un soplo de aire fresco. Busco con la mirada a Iván, pero cuando lo encuentro veo que se está partiendo de risa por algo que le ha dicho uno de sus amigos y decido que no voy a acudir a él. Es la primera vez que se ríe en condiciones desde que Nacho lo abandonó y no voy a estropeárselo. Así que me dirijo al baño y una vez en él me refresco la nuca con agua. Creo que me voy a ir directa a casa.

—¡Ah, estás aquí! —La voz de Ágata se me antoja chillona aunque no lo es en realidad.

Ha entrado en el baño abriendo la puerta con una energía que ya quisieran los corredores de los cien metros lisos y me mira con una ancha sonrisa en la cara. Me contengo para no replicar que sí, que ya había avisado de que venía al baño, pero no lo hago. Creo que la chica no tiene maldad.

«No, claro, si solo se folló a tu marido cuando tú no mirabas». Aprieto los puños con rabia. Aquí está otra vez la vocecilla fastidiosa. Intento guardar la compostura.

Ágata saca un pequeño neceser de su voluminoso bolso y comienza a retocarse el maquillaje como una profesional.

—¿Quieres? —me ofrece, tendiéndome su pintalabios.

Meneo la cabeza, incapaz de responder en voz alta, y nos miramos la una a la otra a través de nuestros reflejos en el espejo.

—Oye, ya me he dado cuenta de que está siendo incómodo, perdona. Al pedir las cervezas ni lo pensé.

Estoy segura de que tiene buen fondo, en serio, pero me cae gorda. Es lo mínimo después de birlarme al marido, ¿no?

—Todo el mundo me dice que soy demasiado despistada, así que no me di cuenta de que podía incomodaros a Miguel y a ti. —Saca del neceser un tubito de rímel y mientras se lo aplica con maestría añade—: De todas formas, ¿quién es ese tiarrón con el que estás?

Así que Miguel no le ha contado nada sobre Dani, nuestra vida sexual y el trío. O sí, quién sabe, tal vez lo único que no conozca es su nombre.

—Siento que las cosas no funcionaran entre Miguel y tú —afirma, sin esperar respuesta a la pregunta que me acaba de hacer. Lo tengo bastante fácil para sacarle un defecto a esta mujer: parlotea como si no hubiera un mañana—. No me ha contado gran cosa, pero sé que para él no fue fácil.

No te jode, ni para mí. ¿Para qué narices me está contando todo esto? ¿No se da cuenta de lo inapropiado que resulta?

Ágata devuelve el neceser a su bolso y se gira hacia mí, mirándome con tanta intensidad que me hace sentir incómoda.

—Quiero pedirte perdón. —Debe de interpretar correctamente mi cara de alucine, porque enseguida añade—: No estuvo bien perseguir a Miguel de esa manera. Las mujeres no deberíamos hacernos eso entre nosotras, pero…

—Basta —digo. No quiero escuchar más. Y, desde luego, no pienso perdonarla.

—De verdad que lo siento. Pero, si te sirve de algo…

Tengo ganas de taparme las orejas con las manos para no escuchar y también de tirarle ese neceser a la cabeza para ver si se calla de una vez. Pero entonces algo en sus palabras llama mi atención y le pido que lo repita de nuevo. Ágata me mira extrañada, pero obedece:

—Te decía que pasó un mes desde vuestra ruptura hasta que Miguel accedió a tener una cita conmigo.

La miro, sin entender. O entendiendo.

—¿No estabais juntos antes? —inquiero con un hilo de voz.

Ella pone una cara de tal espanto que casi me resulta cómica.

—¡Dios, no! —Me mira como si me hubiera vuelto loca—. ¿Quién te crees que soy? Admito que lo perseguí con insistencia, pero solo éramos amigos…

Mi mente evoca el recuerdo: yo, caminando con Iván a mi lado, cargados con sendas bolsas de lencería fina e ingredientes para preparar una cena romántica. En la acera de enfrente, tras el ventanal de una cervecería, la imagen de Miguel y de Ágata, sentados muy juntos, sus cabezas casi tocándose y con las manos entrelazadas.

Trago saliva. Me doy cuenta de que, a veces, viéndonos a Iván y a mí juntos, cualquiera podría pensar que somos pareja. ¿Me pasó a mí lo mismo con Miguel y esta mujer? Pero ahora están juntos, así que es evidente que algo sí que había.

«Sí, algo exactamente igual a lo que había entre Dani y tú», me increpa la vocecilla racional: nada en la práctica; todo en la fantasía.

De pronto tengo ganas de echarme a llorar y de ponerme a bailar al mismo tiempo. Miguel no me traicionó, comprendo. Y eso, aunque no cambie nada en realidad, por otra parte lo cambia todo.

Capítulo 20

La vocecilla fastidiosa ha vuelto, y parece que para quedarse. Desde mi conversación con Ágata me ha estado martilleando el cerebro sin piedad. No dejo de preguntarme qué habría pasado si Miguel y yo lo hubiéramos seguido intentando, si no lo hubiera visto aquel día con Ágata, si hubiera llegado a sorprenderlo con la cena romántica y con mi flamante lencería.

«¿Tú qué crees que habría pasado?», me pregunta mi vocecilla racional, aunque más bien parece que me esté recriminando algo. Lo sé, lo sé. Como si no lo hubiéramos intentado ya más veces. Lo más probable es que hubiéramos seguido exactamente igual.

La primera vez que vi a Miguel después del incómodo encuentro ambos estábamos un poco cortados. Le tendí con torpeza la correa de Bongo, que brincaba muy contento ante la perspectiva de dar un largo paseo, y a él se le cayó de la mano mientras evitábamos mirarnos. Solté un profundo suspiro de alivio cuando por fin me quedé sola en casa. Sin embargo, cuando regresó para devolverme a Bongo, soltó, así sin venir a cuento:

—Así que Dani.

No lo dijo con reproche, sino más bien con curiosidad, pero yo me sentí mal igualmente. Solo pude asentir débilmente con la cabeza. Abrí la boca para darle una explicación que no me había pedido, pero me interrumpió despidiéndose con una sonrisa falsa. No dije nada. ¿Qué podía decir?

Y eso no es lo único con lo que me como la cabeza sin parar. Parece que mi estado *happy flower* se ha ido definitivamente al garete y ya no me tomo con tanta tranquilidad que Sam siga sin hablarme. De hecho, no he podido contenerme y le he estado enviando algunos mensajes amistosos, todos ellos sin respuesta.

Clau dice que no me preocupe, que se le pasará, que es una de las cosas que ha estado comentando con su psicóloga y que ella también coincide en que solo necesita tiempo. Así que tengo que

tener paciencia, pero la verdad es que empieza a agotársele. Esto no se lo digo a mi hermana porque tengo miedo de que cualquier pequeña presión la haga caer de nuevo al pozo donde ha estado tanto tiempo hundida, aunque el cambio que está experimentando es tan notable que parece que lleve años de terapia. Sí que es buena esa psicóloga. Deberíamos tener todos su teléfono a mano.

—Olivita, ¿me estás escuchando? —protesta Iván mientras me pega una patadita con el pie descalzo.

Estamos tirados en la vaca de Milka, él tumbado todo lo largo que es con los pies apoyados en mis piernas cruzadas.

—Ay, que sí, pesado —protesto, molesta por la interrupción.

—Oye, no me seas gruñona, que estabas en Babia.

No le contradigo. Sabe bien lo que dice.

—Si es que no puedo dejar de pensar —gimo.

—Pues no te quejes tanto, que tú por lo menos tienes un rabo con el que consolarte. Yo estoy a dos velas.

Es verdad. Increíblemente, desde que Nacho lo dejó, mi amigo no ha tenido ni un simple rollo, lo cual a mí me deja claro lo muy en serio que se tomaba su relación. Todavía no le he contado que me he puesto en contacto con Ramón. Bueno, que le he enviado un mensaje vía Facebook y no me ha contestado, más bien. Él ha dejado de intentar explicarle a Nacho qué fue lo que ocurrió en realidad e intenta pasar página, o eso dice. Yo sé que está esperando a que entre en razón y le deje explicarse. Por eso sería una pasada que alguien —o sea, Ramón— se adelantase y Nacho finalmente diera marcha atrás. Aun así, sé que esa idea no ha sido nada brillante y rezo por que no termine de estropearlo todo todavía más.

—Será porque quieres, con ese cuerpazo —bromeo para animarlo, aunque en el fondo es verdad. Podría acostarse con un montón de chicos si quisiera. Yo preocupada por encontrar una foto que fuera capaz de frenar los irrefrenables impulsos de mi amigo y que sustituyera a la de los cachorros, y al final voy a tener que hacer lo contrario y empujarlo a que conozca a alguien, al paso que vamos. ¿Cuánto tiempo podrá aguantar Iván sin echar un polvo? Creo que

desde que probó el sexo no ha pasado más de dos semanas seguidas sin hacerlo, hasta ahora.

Él menea el cuerpo, pero no tiene intención de levantarse.

—Bueno, ¿y tú qué tal con Thor?

Me lo pienso un momento. La verdad es que no me puedo quejar. Dani y yo seguimos teniendo la misma química brutal del primer día y seguimos quedando, aunque no tan asiduamente como antes.

—Bien, ya sabes —respondo un poco desganada. Si antes solo me apetecía hablar de lo increíble que era el sexo con Dani, ahora no tengo nada nuevo que contar, en realidad—. Mucho sexo, muy bueno, muy satisfactorio.

—Mujer, que parece que estés hablando del dentista. Un poco de pasión, por favor, ¡que estoy viviendo a través de ti!

—Si es que no hay mucho más que contar —confieso.

—Pero siendo un dios del sexo…, alguna guarrada me podrás explicar, ¿no?

Me muerdo el labio. Bueno, sí que hay un par de cositas que… Mejor no lo pienso porque si no me voy a poner más cachonda que una mona y no me apetece tener que llamarlo a la desesperada. Además, no estoy de humor.

—Anda, déjalo.

Iván se incorpora con rapidez.

—¿Qué pasa? ¿Problemas en el paraíso sexual? —inquiere, entre preocupado y excitado. No se lo tengo en cuenta. Últimamente su vida tiene tan poca emoción que, efectivamente, parece tener que vivir a través de los demás. Y para su desgracia, no es que yo sea una aventurera precisamente—. ¿Has participado en una orgía y ha sido horrible?

—¡No, por Dios! —exclamo, horrorizada.

—Bueno, teniendo en cuenta su historial…

Sí, el historial de Dani parece ser cierto. De hecho, precisamente me estuvo tanteando sobre la posibilidad de acompañarlo en una de esas aventurillas sexuales que involucran a más personas, pero me hice la tonta. La verdad es que no tengo ni idea de si se está viendo o no con más gente, y prefiero no pensarlo.

—El caso es que empiezo a aburrirme un poco de lo que sea que tengamos.

—¡Qué me dices! ¡Pero si está cañón! —exclama Iván mientras se abanica con la mano.

—Hablo en serio —digo, y su actitud cambia por completo—. El sexo es increíble, ya lo creo, pero… —hago una pausa para ordenar mis palabras—, pero no me llena.

Antes de que Iván pueda hacer un comentario socarrón al respecto lo freno con la mirada.

—Pues no sé qué decirte, Olivita —termina diciendo, y sé que se está conteniendo mucho para no soltar la gracia que tiene en mente —. ¿Disfruta mientras puedas?

—Bueno, eso ya lo hago. Dani es como…, no sé, como un paso necesario después de lo de Miguel. Pero ahora siento que ese paso ya está dado y necesito dar el siguiente.

—Pero no sabes cuál es el siguiente.

—Exacto —asiento—. Es eso mismo.

—Pero hasta que sepas cuál es el siguiente paso, ¿no puedes seguir disfrutando de lo que tienes? —sugiere Iván removiéndose en el sofá; debe de estar empezando a dolerle todo porque ha estado ahí tumbado por lo menos dos horas.

—Tal vez —pienso en voz alta—. No lo sé, la verdad.

Suspiro. Lo que daría por volver a esa breve pero intensa etapa *happy flower.* Va a ser verdad eso de que cuanto menos piensas más feliz eres. ¡Dichosa vocecilla fastidiosa!

Iván se acerca a mí, me pasa el brazo por los hombros y me da un beso en la sien.

—No te preocupes, Olivita, cuando llegue el momento de dar el próximo paso lo sabrás.

Como para darle la razón, Bongo suelta un ladrido y, muy contento, se sube con nosotros al sofá. Sonrío.

—Tú también —respondo, y lo abrazo con mucha fuerza—. Los dos estaremos bien, ya lo verás.

La noche que recibo la llamada de Sam estoy en casa con Bongo haciendo una maratón de pelis de terror. Hemos creado un muro de contención a base de cojines que nos permiten escondernos detrás en las peores escenas para no ver nada. Bueno, en realidad Bongo está durmiendo tan tranquilo, pero no dejo que se mueva de mi lado porque si no me da miedo. Así que cuando el teléfono suena pego tal respingo que parece que me ha dado una descarga de un millón de vatios. Al ver el nombre de mi sobrina en la pantalla mi corazón da un vuelco, y no solo porque lleve tanto tiempo sin dirigirme la palabra, sino porque son las tres de la mañana. Me apresuro a descolgar y a quitarle el sonido a la televisión, ambas cosas a la vez.

—¿Tía Oli? —Su voz llorosa a través del aparato no me tranquiliza precisamente.

—¿Sam? ¿Qué ha pasado?

Silencio.

—¿Sam? ¿Sam? ¿Estás ahí?

Me incorporo, asustada, y Bongo me imita. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me llama Sam a estas horas llorando?

—¿Tía Oli? —gime con la voz rota—. Tía Oli…

—¿Qué pasa, cariño? ¿Dónde estás? —casi grito mientras doy zancadas por el salón.

Solo oigo sus sollozos entrecortados y cómo sorbe por la nariz. Me entran ganas de zarandearla para que me diga de una vez qué es lo que está pasando. Bongo me mira con curiosidad. Mi respiración se agita.

—Ha habido un accidente… —dice finalmente con la voz entrecortada.

—¿Estás bien? —exijo saber—. ¿Tú estás bien?

Tiene que estarlo. Por favor, tiene que estarlo. Por favor, por favor, por favor. Pero sí, claro que lo está, es ella la que está llamando. ¿Entonces? ¿Las gemelas? Pero eso no tiene sentido, son las tres de la mañana, por Dios.

—Yo… Estoy bien, tía Oli… ¡Lo siento tanto! ¡Todo ha sido por mi culpa!

Ahora me gustaría poder abrazarla y tranquilizarla asegurándole que nada es culpa suya, por supuesto que no, aunque no tengo ni

idea de lo que está hablando.

—¿Qué ha pasado? —repito, la mano agarrando el móvil con crispación.

—El tío Miguel… —comienza a decir, pero se ve de nuevo interrumpida por el llanto.

Tardo unos segundos en procesar la información. ¿Miguel? Se me seca la boca, me mareo y tengo que sentarme en el sofá. Bongo acude de inmediato a ver qué me ocurre.

—¡Es culpa mía, tía Oli! ¡Yo le pedí que viniera! —solloza, inconsolable.

Todo me da vueltas. Tengo ganas de vomitar. ¿Mi marido?

—¿Pero cómo está? —pregunto, desesperada.

—¡No lo sé, tía Oli! Lo llevan al hospital…

—¿Y tú dónde estás?

Ya estoy casi saliendo por la puerta antes de darme cuenta de que voy en pijama. Da igual. Cojo las llaves del coche y me apresuro a salir sin despedirme de Bongo.

—Voy en taxi para allá. No me dejan ir en la ambulancia, son unos bordes —responde Sam, un poco más calmada. Se suena ruidosamente la nariz.

—En diez minutos estoy allí —le aseguro.

Cuando llego a la sala de espera de urgencias tengo un *déjà vu*: no hace tanto tiempo me dirigía con la misma agitación al mostrador de información para conocer el estado de Sam después de su tonteo con las drogas. Hoy es Miguel y yo voy en pijama, pero por lo demás me siento exactamente igual de nerviosa que entonces. Como la vez anterior, no llego hasta el mostrador porque antes diviso a mi sobrina dando vueltas casi en círculos, rodeándose a sí misma con los brazos y mordisqueándose nerviosamente el labio inferior. Debe de intuir mi presencia porque justo entonces levanta la vista y al verme casi echa a correr en mi dirección. La recibo con los brazos abiertos y ella se cobija en ellos como si fuera un animalillo indefenso. No para de llorar y de pedirme perdón entre hipidos. Le acaricio la cabeza con suavidad y, aunque yo también estoy muy

preocupada por Miguel, siento un ligero alivio al tener de nuevo a Sam entre mis brazos. Aspiro el aroma de su pelo, en el que aún se aprecian vestigios de las notas de fresa de su champú preferido.

—¡Lo siento mucho, tía Oli! —no cesa de gemir. Empiezo a notar húmeda la pechera de mi pijama, pero no me importa. Le concedo un par de minutos más y cuando sus sollozos son más contenidos y su cuerpo se agita con más suavidad la separo de mí y nos dirigimos hacia un lado de la sala para no estorbar el paso.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto con dulzura, conteniéndome para no perder la paciencia y no vomitar todas las preguntas que bullen en mi mente: ¿cómo está Miguel? ¿Han dicho algo los médicos? ¿Qué ha pasado?

Sam sorbe por la nariz y me mira con los ojos llenos de lágrimas y el rímel corrido alrededor. En ese momento me parece, más que nunca, una niña compungida que teme que le caiga una buena bronca, como aquella vez en la que se le ocurrió dar rienda suelta a su vena artística en la pared de mi recibidor. Igual que en aquella ocasión, lo que hago ahora es acariciarle las mejillas y pedirle con suavidad:

—Dime qué ha pasado, cielo.

—Me han dicho que el tío está bien, que tiene algunas contusiones, pero que no parece nada grave —suspira, y yo suelto con alivio el aire que tenía contenido. Luego Sam sigue hablando—: Lo llamé para que viniera a buscarme porque… —traga saliva y desvía la mirada avergonzada—, porque Bruno me dejó tirada en mitad de ninguna parte y no sabía qué otra cosa hacer.

Noto que se me tensan los hombros, pero no lo demuestro.

—¿Cómo que te dejó tirada en mitad de ninguna parte?

Ella suspira, sabiéndose entre la espada y la pared. No quiere escuchar un «Ya te lo dije», así que no se lo voy a dar.

—Discutimos. Íbamos en el coche y de pronto paró, me abrió la puerta y me dijo que me largase.

Si tuviera delante a ese chico le daba una buena somanta de palos, lo digo en serio. Me da igual que después me lleven a la cárcel. ¿Cómo ha podido hacerle una cosa así a Sam? Dejarla

abandonada en mitad de la noche… Intento que la mala leche no se refleje en mi cara, pero no sé si lo consigo.

—Entonces llamé al tío —cuenta con un hilo de voz—. Estaba durmiendo —añade, como si fuera un detalle a tener en cuenta—, le mandé mi ubicación y me dijo que llegaría enseguida. Y lo hizo. Pero…

En ese punto del relato se le rompe la voz y se echa a llorar de nuevo. Espero pacientemente a que se recomponga. Cuando lo hace, después de limpiarse la nariz con la manga de la blusa —demasiado escotada, me doy cuenta justo ahora, pero no importa—, prosigue:

—Estaba cerca de una glorieta por la que no pasó ni un alma desde que Bruno me dejó allí. No sé cuánto tiempo había pasado desde que había llamado al tío, pero no mucho. Y justo cuando veía acercarse los faros de su coche… —se aclara la garganta—, me pareció distinguir algo que corría por la carretera transversal, directo al cruce. Creo que era un jabalí. ¿Qué coño hacía un jabalí por allí, tía Oli?

Encojo los hombros. No son infrecuentes los accidentes causados de esa manera.

—¡Le hice señas, pero no me vio! Y todo pasó como a cámara lenta, te lo juro. Estaba segura de que se iban a cruzar el uno con el otro, pero no veía la forma de evitarlo… —Se estremece y yo me quito la chaqueta del pijama y se la pongo sobre los hombros, a pesar de que así me quedo en manga corta y yo también estoy congelada. Me dirige una sonrisa de agradecimiento y sigue hablando—: Y entonces, de pronto, el coche gira para esquivar al animal y… Todo se vuelve confuso.

Sam hace una pausa y mira alrededor, entornando los ojos como si la brillante luz de la sala de espera la cegase.

—El jabalí había desaparecido y el coche del tío estaba empotrado contra la estatua del centro de la glorieta. Me acerqué corriendo y vi que el capó estaba hecho un acordeón. ¡Un acordeón, tía Oli! —exclama con los ojos muy abiertos, espantada.

—Los coches de ahora son así, al absorber el impacto se deforman alarmantemente, pero en realidad eso significa que el interior está

más o menos intacto —le explico, aunque no sé si es del todo cierto, pero mis palabras surten el efecto deseado y Sam parece relajarse un poco.

—¿Familiares de Miguel Ángel Ruiz? —exclama una voz, y las dos pegamos un respingo.

Nos acercamos rápidamente al médico que nos ha llamado y él, con una voz tranquilizadora, nos dice:

—Miguel Ángel está bien, pero queremos tenerlo en observación esta noche, solo por precaución.

Mientras respiro aliviada pienso, absurdamente, que se me hace muy raro que lo llamen Miguel Ángel; casi había olvidado que tiene un nombre compuesto. Al mismo tiempo tengo ganas de abrazar a ese hombre ataviado con una inmaculada bata blanca con el bolsillo lleno de bolígrafos que nos explica que Miguel ha sufrido una leve contusión en la cabeza que quieren observar con más detenimiento, así como fractura de tibia y de clavícula. No obstante, me contengo y a cambio pregunto:

—¿Podemos verlo?

—Pueden pasar, pero está bastante sedado y pueden encontrarlo un poco desorientado. Necesita descansar, así que es mejor que no excedan los diez minutos, por favor.

—¡Por supuesto! —exclama Sam, casi entusiasmada.

El médico nos lleva hasta el box donde se encuentra Miguel en espera de una habitación y descorre la cortina. Sam es la primera en entrar, seguida de cerca por mí. Miguel tiene los ojos cerrados y me invade una enorme ternura. Está bien. Gracias a Dios que está bien.

—Está dormido —susurra Sam, vocalizando exageradamente.

Asiento con la cabeza sin apartar la vista de él. Mi sobrina me da un apretón en la mano. Entonces Miguel abre despacio los ojos y al vernos esboza una pequeña sonrisa.

—Os estoy oyendo —dice con la voz pastosa.

—¡Tío Miguel! —exclama Sam, llena de alegría. Parece una niña a punto de desenvolver los regalos de los Reyes Magos. Parece dudar entre abrazarlo o no, y finalmente decide:

—Casi mejor no te espachurro, ¿no?

Miguel se ríe flojito y en la cara se le dibuja una mueca de dolor.

—Te lo agradecería —consigue decir.

Entonces dirige su mirada hacia mí y noto que me pongo colorada.

—Hola —digo con suavidad, y él sonríe.

—Tío Miguel, lo siento muchísimo —se disculpa atropelladamente Sam—. Ha sido todo culpa mía, ¡jamás me lo perdonaré!

Las adolescentes y su tendencia a dramatizar. Eso es lo que nos decimos Miguel y yo al intercambiar una mirada. Es casi como si nada hubiera cambiado. Aparte del hecho, por supuesto, de que está tumbado en una cama de hospital con el brazo y la pierna inmovilizados por férulas.

—¿Duele mucho? —se interesa Sam—. ¡El jabalí debe de estar bien, porque salió corriendo! Para compensártelo haré lo que tú quieras. Trabajos forzados, tío Miguel. Incluso puedo no hacerme el tatuaje que me iba a hacer, porque sé que no te gustan.

Miguel y yo escuchamos la retahíla de disculpas de Sam sin dejar de mirarnos el uno al otro. El corazón me golpea con fuerza en el pecho. Me acerco lentamente a la camilla por el lado que tiene el brazo libre y me quedo allí plantada, con los dedos acariciando la impecable sábana blanca que lleva bordado el nombre del hospital. Entonces, mientras Sam sigue disculpándose sin parar, Miguel desliza la mano hasta que sus dedos rozan los míos tan ligeramente que casi no se aprecia a la vista, pero de una forma que me hace estremecer de tal manera que se me pone la piel de gallina, como si me hubiera recorrido una pequeña descarga eléctrica. Trago saliva, lo miro a los ojos y sé que él ha sentido lo mismo.

—Es hora de descansar. Estas chicas guapísimas tendrán que esperar a mañana para verte. —La voz animosa de una enfermera que entra en el box interrumpe nuestro momento y los dos retiramos las manos rápidamente, como si nos hubieran descubierto haciendo algo indebido—. Además, dentro de nada vamos a subirte a planta y podrás dormir como un campeón —añade con una gran sonrisa.

Miguel se echa un vistazo y con la cabeza señala su brazo y su pierna.

—Bueno, como un campeón… —bromea.

—A esto te acostumbras enseguida, ya verás. Serán unas semanas nada más. Puedes aprovechar para que te mimen un poco más de la

cuenta —responde ella mientras le guiña un ojo.

Sam hace amago de abrazarlo, pero se detiene a tiempo, y yo me despido fingiendo normalidad, aunque por dentro estoy hecha un flan. Aunque sé que en principio no es grave, me aterra la posibilidad de perder a Miguel y me confunde el tener esos sentimientos por él cuando se supone que estamos separados. Una no debería sentir mariposas en el estómago cuando ve a su exmarido, ¿verdad? Ni debería desear quedarme aquí esta noche, sentada en una incómoda silla en la que no pegaría ni ojo, solo por observarlo y asegurarme de que todo va bien.

Antes de salir del box por completo le dirijo una última mirada y la que me devuelve es tan intensa como las que nos dedicábamos antes. Me alejo de allí con las piernas temblorosas, el corazón galopante y la cabeza llena de sentimientos que no soy capaz de interpretar.

Capítulo 21

—Quiero quedarme aquí un ratito, tía Oli.

No le pregunto por qué, no me hace falta. Aunque Miguel está fuera de peligro y nosotras no podemos hacer nada en el hospital, quedarnos en la sala de espera nos hace sentir más cerca de él.

—Está bien. Pero envíale un mensaje a tu madre por si le da por despertarse y ve que no estás.

Sam ya está sacando su móvil del bolso cuando me doy cuenta de que sigo en pijama, pero no me importa. Cogemos sendos cafés de la máquina y tomamos asiento en unas incómodas sillas de plástico. Permanecemos en silencio un rato, observando el trajín a nuestro alrededor. Entonces ella rompe el silencio.

—Tía Oli…, siento mucho todo lo que ha pasado.

Me vuelvo hacia ella y la cojo de las manos con suavidad.

—Ya te has disculpado un millón de veces, Sam, no hace falta que lo hagas más.

Ella tose, me observa, se quita la chaqueta del pijama que le he prestado antes y me la pone sobre los hombros.

—No solo por esto. Por todo. —Y aunque no hace falta que especifique, lo hace—: Ya sabes, por retirarte la palabra. Estaba muy cabreada contigo, tía Oli, pero ahora lo entiendo.

Lo dice con inusitada tristeza, lo que me impulsa a inquirir:

—¿Quieres contarme qué ha ocurrido esta noche con Bruno?

Ella toma aliento antes de comenzar a hablar.

—Tú tenías razón. No es un buen tipo.

No recuerdo haber dicho tal cosa en voz alta, pero vale.

—Me insistió para ir a una fiesta a la que no me apetecía ir. No quería porque iba a haber mucha gente a la que no quería ver. Gente de ese círculo suyo del que prefiero mantenerme alejada… —Me mira con elocuencia y creo entender que se refiere a jóvenes que tontean con las drogas—. Aquel día quise probar, nada más, tía Oli.

Sentí curiosidad. Pero lo de esta gente es distinto. Consumen habitualmente, cada día algo nuevo, más fuerte.

Asiento con la cabeza y la animo a seguir.

—Así que le dije que me llevase a casa, pero me respondió que yo iría donde a él le diera la gana y empezamos a gritar. Tuve miedo, porque estaba como fuera de sí y no estaba atendiendo a la carretera. Le repetí que me llevase a casa.

Por delante de nosotras pasa una mujer corriendo con su bebé en brazos en dirección al mostrador. Procuro no mirar.

—No me hizo caso. Se lo dije por lo menos cinco veces, pero nada. En el momento en el que me vio sacando el móvil del bolso frenó en seco y me echó del coche. Así, sin más. Me dejó allí tirada sin mirar atrás…

Se le llenan los ojos de lágrimas y no me extraña. Han dejado tirada a mi pequeña Sam en plena noche en un sitio cualquiera, como si no fuera más que un despojo.

—¡Pensé que iba a volver, tía Oli! Me quedé allí esperando y esperando, convencida de que Bruno se arrepentiría y volvería… Pero no volvió.

En ese momento la rodeo con los brazos y ella vuelve a murmurar decenas de disculpas. Guardo silencio y la dejo desahogarse. No hay nada que pueda decir. Todo el dolor que hubiera querido ahorrarle privándole de la compañía de Bruno le ha enseñado una lección. Como todo en la vida, lo que se aprende con más dolor es lo último que se olvida, con eso me consuelo mientras la mezo con suavidad hasta que se queda dormida.

Un par de horas después despierta con un pequeño sobresalto.

—¡Dios! ¿Qué hora es? —es lo primero que dice, antes de darse cuenta de dónde estamos. Cojo otro par de cafés de la máquina y le ofrezco uno. He pasado el resto de la noche observando cómo dormía, como cuando era pequeña y se quedaba frita encima de su cuaderno de colorear.

—No entiendo cómo he podido dormir de esa manera —se asombra a la vez que se bebe el café.

Me encojo de hombros con una sonrisa.

—Estabas agotada.

Tras el rápido café, en el mostrador de información nos confirman que Miguel ya está en planta y que en un ratito le llevarán el desayuno. Decidimos regresar a casa, aunque yo me callo que solo pienso darme una ducha, cambiarme de ropa y regresar. Ignoro las miradas de curiosidad de la gente con la que nos cruzamos —obviamente, sigo en pijama— hasta llegar a la parada de taxis y, tras dejar a Sam en su casa con la promesa de que intente descansar un poco, llego a la mía completamente exhausta.

Como era de esperar, Bongo me recibe meneando el rabo alegremente. Aún no es la hora de su paseo y aprovecho para darme una larga ducha que me desentumece el cuerpo. Después me pongo unos vaqueros, un jersey fino y unas deportivas y me sirvo otro café. Hoy voy a sobrevivir a base de eso. Miro la hora y decido que no es demasiado pronto para llamar a Iván. Bueno, sí que lo es, pero lo necesito. Sin embargo, me llevo una gran sorpresa cuando me responde una voz que no es la suya.

—¿Hola? —pregunto, extrañada—. ¿Quién es?

—Oli, soy Nacho. He visto que eras tú y he pensado que, siendo la hora que es, debía de ser importante. Iván está preparando un tentempié.

Arqueo las cejas, muy sorprendida. ¡Vaya! Esto solo puede ser bueno.

—Me he quedado sin palabras —confieso entre risas.

—Pues… ¡Espera, aquí viene! —exclama, y después oigo de nuevo su voz diciéndole a Iván—: ¡Es Oli!

Mi amigo no tarda ni dos segundos en saludar:

—¿Oli? ¿Cómo te has enterado?

—¿De qué? ¿Qué está pasando, Iván?

—Ah, ¿no llamas por eso? ¿Entonces?

—No, no, explícate tú antes.

Iván suelta una risotada.

—¿No deberías ser tú la que se explicara, Olivita?

Entonces caigo en la cuenta. ¡Ramón! ¡Ramón por fin ha leído mis mensajes en Facebook y ha hecho lo que le pedía!

—¡Dile que podía haber armado la de San Quintín, pero que por suerte le ha salido bien! —exclama Nacho entre risotadas.

—¡Madre mía, Iván! Nacho tiene razón, podía haberla liado parda.

—Reconozco que quizá te excediste un pelín, pero te lo perdono porque estabas en tu época *happy flower.*

—Oye, si me lo vas a perdonar todo con la excusa de la época *happy flower…* Que sepas que te mentí cuando aquel día que habíamos encargado *pizza* te dije que solo me había comido tres trozos… ¡Me había comido cuatro y el que quedaba era tuyo!

Silencio al otro lado.

—Con ciertas cosas no se juega, Olivita —dice finalmente Iván, fingiendo una voz grave y enfadada antes de echarse a reír—. Pero, oye, ¿por qué me llamas a estas horas si no es por esto?

Me muerdo el labio. No tengo derecho a interrumpir a Iván en mitad de su reconciliación, así que disimulo:

—No era nada importante. Vosotros a lo vuestro, chicos.

—Olivita, que nos conocemos. Suelta por esa boquita de piñón.

—No es nada grave, pero Miguel está en el hospital.

—¡¿Adonis en el hospital?! —exclama Iván, horrorizado, y puedo oír la voz de Nacho protestando en broma: «¿Adonis? ¿Debería sentirme ofendido?».

—No es grave —repito—. Tuvo un pequeño accidente anoche.

—Madre mía, qué horror. ¿Y cómo está?

Ahora la voz de Nacho insiste en saber qué ocurre mientras Iván le va repitiendo mis palabras en voz alta.

—Tiene fracturadas la tibia y la clavícula y una ligera contusión en la cabeza. Voy a ir a verlo en breve, por eso te llamaba… ¿Puedes sacar a Bongo? Voy a darle una vuelta rápida, pero él necesita algo más de ejercicio.

—¡Por supuesto! Tengo la llave de emergencia, así que tú márchate y yo luego me paso a por Bongo. Y después te veo en el hospital.

—Pero no te quiero interrumpir, Iván, me sabe fatal…

Oigo un ruido que no identifico y luego la voz de Nacho, que ha debido de quitarle el móvil a Iván:

—¿Para qué están los amigos? —pregunta con voz franca y sincera, y me alegra que hayan hecho las paces no solo por mi amigo, sino también por mí.

Una hora después me encuentro de nuevo en el hospital. Pregunto en recepción por la habitación de Miguel y hacen la vista gorda porque todavía no ha empezado la hora de visitas. Me dirijo a la puerta con nerviosismo, esperando encontrarme con Ágata en cualquier momento y deseando que no se dé cuenta de lo confusa que me ha hecho sentir con respecto a Miguel todo este asunto del accidente. Llamo con suavidad a la puerta y como no recibo respuesta abro con cuidado. La bandeja del desayuno está a un lado de la cama y él está durmiendo. La habitación es amplia y luminosa y, además, no parece tener todavía compañero de habitación. Me acerco casi de puntillas porque no quiero despertarlo y lo observo dormir, tal y como he hecho con Sam hace escasas horas. Son dos de las personas que más quiero en el mundo. Ni siquiera puedo imaginarme la vida sin ellos.

La respiración de mi marido es suave y delicada, y me aguanto la risa al pensar que es tan educado que aquí ni siquiera suelta esos ronquidos súbitos y profundos a los que me tiene acostumbrada. Bueno, a los que me *tenía* acostumbrada.

«Sí, porque ya no estáis juntos», me recuerda, sin compasión, una de mis dos vocecillas, aunque no distingo si es la racional o la fastidiosa.

De pronto, en el pasillo a alguien se le cae al suelo algo que se hace añicos y que provoca que Miguel se despierte súbitamente. Lo hace desorientado, como si no supiera dónde está, pero cuando me reconoce esboza una sonrisa.

—Ey —dice, simplemente.

—Ey —repito correspondiendo a su sonrisa.

Nos quedamos mirando en silencio unos instantes, después de los cuales pregunto:

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Bueno, he dormido a ratos. Estos chismes no le dejan a uno descansar —confiesa, refiriéndose a las dos férulas mientras las señala con la cabeza—. Vas a darte la vuelta tan tranquilo y resulta que no puedes.

—Y con lo que te gusta a ti dar vueltas en la cama… —comento sin pensar, y en cuanto me doy cuenta me callo, azorada.

—No pasa nada —me tranquiliza con voz suave. Por supuesto, me conoce tan bien que sabe perfectamente lo que estoy pensando. Para terminar con el tenso momento me dice—: Pero siéntate, no estés ahí de pie.

Obedezco y me sitúo en el pequeño silloncito que hay al lado de su cama.

—¿Qué tal está Sam? Anoche me pareció muy agitada, si es que recuerdo bien… Porque estas drogas que te dan son estupendas, Oli, pero lo dejan a uno hecho polvo.

Nos reímos. Su risa es contagiosa, cristalina. La echaba de menos. Mucho.

—Está bien. En cuanto te vio consciente se le pasó el susto.

—¿Has matado ya a ese Bruno?

Lo pregunta con tono ligero, pero sé que está cabreado con él, igual que yo.

—Me han dicho que si matas a alguien te suelen meter en la cárcel —bromeo encogiéndome de hombros—, pero creo que Sam ya ha entrado en razón.

Miguel se remueve en la camilla sin lograr encontrar una postura cómoda.

—Quizá salga algo bueno de todo esto.

Su optimismo es una de las cosas que más me gustan de él. Siempre que llegaba a casa quejándome del pésimo día que había tenido, Miguel no dudaba en darme un masaje, prepararme un baño espumoso y un pijama limpio y suave y convencerme de que, por muy malo que hubiera sido mi día, podía arreglarse con unos simples detalles. Trago saliva al recordarlo, súbitamente emocionada. Nos miramos a los ojos, en una mezcla de sentimientos que no logro colocar en sus sitios correspondientes. ¿Por qué el corazón me golpea con tanta fuerza en el pecho? ¿Por qué a él le tiemblan ligeramente los labios? Nos sonreímos tontamente, inseguros, y justo cuando estoy a punto de tender la mano para estrechar la suya, la puerta de la habitación se abre y entra Ágata tan deprisa como si fuera a apagar un incendio.

—¡Cariño! —exclama con preocupación.

Cuando repara en mi presencia se detiene de golpe, como si no supiera muy bien qué hacer, pero enseguida se recompone.

—Olivia —dice con seriedad, en un tono que sugiere que sobro en la habitación.

Me levanto con pesadez y noto que se me doblan un poco las piernas. Espero que ella no se haya dado cuenta, aunque siempre puedo alegar que estoy exhausta por haber pasado la noche en blanco.

«Sí, arreglarías mucho diciendo que has pasado la noche velando por su novio, Oli, di que sí», me increpa, cómo no, la vocecilla fastidiosa. La ignoro y le dirijo a Ágata una sonrisa.

—Voy a por un café —anuncio, para dejarles intimidad, aunque me repatea tener que hacerlo.

Cruzo una última mirada rápida con Miguel y me apresuro hasta la puerta, desde la que me giro con la intención de preguntarle a Ágata si quiere que le traiga algo, pero las palabras se me atragantan cuando la veo besando a mi marido con delicadeza, como si temiese hacerle daño. Salgo despacio de la habitación, en silencio, y cuando cierro la puerta tras de mí Iván aparece a mi lado como salido de ninguna parte.

—¡Qué susto, Iván! —exclamo llevándome una mano al pecho.

—¿Qué tal está el enfermito?

Observo que lleva un oso de peluche en las manos y casi se me escapa una sonrisa. Muy propio de Iván.

—Está con su novia —rezongo, pronunciando la última palabra con desdén.

Iván enarca las cejas.

—¿Estás celosa?

—Pues claro que no —bufo mientras me dirijo con paso rápido a la máquina de café y, para que no me siga preguntando, soy yo la que inquiere—: ¿Ya has sacado a Bongo?

—Nacho se ofreció a pasearlo él. ¿Te parece bien?

—No hace falta ni que preguntes. ¿Quieres un café? —ofrezco al tiempo que elijo cuidadosamente el que voy a tomar yo. Por supuesto, en cuanto veo el de avellana no me lo pienso más.

Iván niega con la cabeza y me da un abrazo repentino.

—¡Olivita, mil gracias por lo de Ramón! Hay que reconocer que arriesgaste un poco demasiado, pero ha salido bien.

Sonrío.

—¡Cuéntamelo todo! —le pido a la vez que retiro el vaso caliente de la máquina.

Mientras nos dirigimos a la salita para familiares situada al fondo del pasillo, Iván empieza contarme la historia.

—¡Fue superromántico! Yo estaba en casa haciéndome la cena, una tortilla francesa con queso y una ensalada de rúcula, con la intención de ver un par de capítulos de *Jane the Virgin*, cuando de pronto suena el timbre.

Nos sentamos en sendas sillas, uno al lado del otro, y yo bebo un trago del café, un poco dulce para mi gusto, pero muy reconfortante.

—Como no esperaba a nadie pasé de abrir la puerta y seguí a lo mío.

—O sea, te quedaste agazapado como si alguien hubiera puesto sensores de movimiento en tu casa —adivino con una sonrisa. Iván es así: si llaman al timbre y no espera a nadie nunca se molesta siquiera en mirar quién es. En cambio, se queda totalmente inmóvil para no delatar su presencia durante unos cuantos minutos.

Mi amigo achina los ojos y finge indignación.

—Como te digo, seguí con mi vida normal hasta que oí unos golpecitos en la puerta seguidos de un: «Sé que estás ahí, bobo». Por supuesto, reconocí la voz de Nacho al instante.

—No lo dudaba —comento con alegría mientras revuelvo el café con el palo. Puedo notar el azúcar en el fondo del vaso.

—Por supuesto, abrí la puerta sin pensármelo dos veces y… Allí estaba él, tan guapo, tan apuesto, tan buenorro… Madre mía, Olivita, ¡si hubieras visto lo guapo que estaba!

Observo la cara de ilusión de Iván y siento un intenso ramalazo de cariño. Me alegro muchísimo por él, se merece ser feliz. Como él ha dicho, lo de ponerme en contacto con Ramón fue, en el fondo, una pésima idea, pero a veces incluso las peores ideas terminan saliendo bien.

—Me dijo que Ramón había estado hablando con él y me eché a temblar porque podía haberle contado cualquier patraña, ¿verdad? Al fin y al cabo, lo bloqueé y eso le sienta mal a cualquiera, tan colado como estaba por mí.

Contengo una risita. No creo que Ramón estuviese especialmente colado por mi amigo, la verdad.

—En fin, el caso es que por lo visto el chico tiene buen corazón y le explicó a Nacho todo lo que había ocurrido en realidad.

—Me alegro muchísimo, Iván —le digo sinceramente.

—¡Fue todo maravilloso! —exclama—. Nos abrazamos y yo casi me echo a llorar, te lo juro, pero aguanté. Y una cosa llevó a la otra y terminamos echando el polvo del siglo allí mismo, en el recibidor. Se me quemó la tortilla, por cierto, pero cuando olimos el humo estábamos en pleno…

—¡Para, para! —lo interrumpo levantando una mano—. No quiero detalles escabrosos, por favor.

—¡Qué sosa! —Me saca la lengua—. Pero que sepas que tuve uno de los mejores orgasmos de mi vida.

—¡Qué interesante! —exclama la voz de Sam, risueña, y se echa a reír. Iván se pone un poquito colorado cuando ve aparecer también a Claudia y a Fran. Luego mi sobrina añade—: Íbamos camino de la habitación y os hemos visto. ¡Pero hubiera preferido no oír nada, sinceramente!

—Estaba hablando de Nacho —explica Iván, que, evidentemente, todavía no ha tenido ocasión de contarle a Sam la buena nueva.

Mientras se ponen al día yo me termino el café y tiro el vasito a la papelera. Decido que ya le hemos concedido suficiente tiempo a Ágata y me encamino a la habitación, seguida de los demás. Damos unos golpecitos en la puerta antes de entrar y a Miguel se le ilumina la mirada al vernos. Egoístamente, espero que esa ilusión se deba sobre todo a mí, pero no sé por qué. ¿Acaso vuelvo a sentir algo por Miguel? ¿He dejado de sentirlo en algún momento, en realidad? Trago saliva observando a Ágata. No tengo motivos para que me caiga mal y sin embargo no puedo soportar su presencia aquí. *Nosotros* somos la familia de Miguel, no ella. A ella la conoce desde hace cinco minutos. ¿Qué coño pinta aquí?

En mitad de las conversaciones cruzadas que mantienen unos con otros (yo permanezco más bien callada, respondiendo las cosas adecuadas cuando corresponde, pero sin meterme de verdad en ninguna de ellas), de pronto entra en la habitación un hombre ataviado con una bata blanca tan inmaculada como la del médico que nos informó a Sam y a mí sobre el estado de Miguel la noche anterior. Se presenta como el doctor Álvarez y nos informa de que Miguel ha pasado bien la noche y podrá volver a casa hoy mismo, después de concertar cita con el traumatólogo para dentro de un par de semanas.

—Debe estar en reposo y tomárselo con tranquilidad. Cuanto más inmovilizados estén el brazo y la pierna, antes se soldarán las fracturas. En principio no será necesaria ninguna intervención, pero será el traumatólogo el que se pronuncie según la evolución de las lesiones.

Todos asentimos con la cabeza.

—¡Qué buena noticia, cariño! —exclama Ágata, e Iván me descubre poniendo los ojos en blanco como reacción a su comentario.

—Va a necesitar ayuda para casi todo —advierte el doctor—, pero ya veo que eso no será problema —zanja barriendo con la mirada los rostros de todos los que estamos allí.

Todos miramos en dirección a Ágata, que permanece en silencio con una sonrisa congelada en la cara. Se lleva la mano buena de Miguel a los labios y la besa con ternura. A mí se me dispara la ira.

—Solo faltó que te saliera humo de las orejas, Olivita.

Iván se sigue riendo de mí mientras me ayuda a cambiar las sábanas de mi cama, la que va a ocupar Miguel mientras está convaleciente.

—Es que no es normal esa tía —me defiendo—. Para lo bueno sí, pero para lo malo no… ¡Vaya morro!

—Bueno, es que ella no ha firmado ese acuerdo —me recuerda mi amigo, y lo fulmino con la mirada. No necesito que alguien sea racional, sino que me dejen explayarme a gusto sobre lo mala

pécora que es la novia que se ha echado Miguel—. Y, en realidad, no tiene la culpa de tener que trabajar tanto.

Estiro con tanta rabia la sábana bajera que le quito el otro extremo de las manos a Iván.

—Claro, como si ella fuera la única que trabaja —escupo con crueldad.

Más le vale estarse calladito y no apuntar que no todos somos azafatos de vuelo y nos vemos obligados a pasar noches fuera de casa.

—¿Qué está pasando, Olivita? —me pregunta Iván finalmente, muy serio.

Me desinflo y me dejo caer pesadamente en la cama.

—No lo sé —admito—. Me siento rara con todo esto.

—¿Con que tu exmarido vaya a mudarse a vivir contigo temporalmente? ¡No puedo imaginarme por qué! —ironiza, en un intento por animarme.

Acaricio distraídamente la sábana, las preferidas de Miguel. No ha sido una elección consciente, pero desde luego tampoco ha podido ser del todo casual.

—No solo con eso. Con Ágata. Tengo unos celos enormes. Es como si pensara que Miguel es algo de mi propiedad o algo así. ¡Y ya ni siquiera estamos juntos! Es una locura, Iván.

Mi amigo toma asiento a mi lado y me acaricia los hombros con suavidad.

—¿Y por qué crees que te ocurre eso, Olivita?

Niego con la cabeza. Las lágrimas me nublan la vista.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes —apunta con suavidad—. Claro que lo sabes.

Lo miro con ojos llorosos.

—Claro que lo sé.

—Estás enamorada de él.

—Nunca he dejado de estarlo, ¿verdad?

Iván asiente con la cabeza.

—Eso creo.

—Pero él ha pasado página —me lamento—. Tiene a… Ágata. Con la que tendrá un montón de sexo supersatisfactorio —añado con

amargura.

—El sexo no lo es todo —me consuela Iván.

Lo miro con los ojos muy abiertos. No es que él sea el más indicado para decir una cosa así, la verdad. O tal vez sí, me digo, porque al fin y al cabo renunció al sexo con otros hombres para poder estar con Nacho. No es exactamente lo mismo, pero supongo que puede ponerse en mi lugar.

—La falta de amor nunca ha sido el problema entre nosotros —razono en voz alta—, pero el sexo…, el sexo lo estropeó todo.

Nos quedamos en silencio unos minutos, pensativos.

—No sé si voy a poder soportar tenerlo aquí —me doy cuenta de pronto.

Hace unas horas me pareció lo más natural. Cuando Miguel nos confesó que se iría a su casa y que Ágata iría a verlo solo cuando se lo permitiera su trabajo, me pareció una buena idea. Al fin y al cabo, nos conocemos desde críos. No es solo que hayamos sido un matrimonio, sino que nos une una amistad muy fuerte. Antes de pensar en todas las implicaciones, le dije que por supuesto se venía a casa conmigo.

—Y a todo el mundo le resultó tan natural como a mí —termino diciendo.

Pero la cara que pone Iván dice precisamente lo contrario.

—Olivita, a los únicos a los que os pareció natural fue a ti y a Miguel. Los demás estábamos horrorizados ante la idea. Sobre todo Ágata.

—¿Y por qué no me frenaste? —me lamento.

—¿Y qué querías que hiciera, con Miguel allí delante? —Empiezo a respirar agitadamente—. ¿Prefieres que se venga a mi casa?

Me lo pienso unos segundos, pero finalmente niego con la cabeza.

—No. Creo que lo mejor para él es estar en su casa. Y esta sigue siendo su casa, no importa si yo sigo siendo su mujer o no.

Lo digo en serio. Al margen de lo que sintamos, él necesita recuperarse y este es el entorno más familiar que podemos ofrecerle. Además, estará con Bongo para ayudarle a salir de esta. Va a pasarse al menos cinco semanas sin poder hacer vida normal, así que no le vendrá nada mal tener a nuestro fiel amigo a su lado.

—¿Estás segura? ¿Sabes que tendrás que aceptar su relación con Ágata?

«¡Eso ya lo veremos!», espeta una nueva voz… La voz guerrera, podría llamarla.

En cambio, digo:

—Lo soportaré.

Capítulo 22

Mientras espero a que Miguel llegue a casa acompañado de Ágata —que por lo menos se ha ofrecido a eso—, compruebo los mensajes de mi móvil y no me sorprende encontrar unos cuantos de Dani para preguntarme si me apetece quedar esta noche. Lo llamo inmediatamente y él responde al primer tono.

—¡Ey, desaparecida! —saluda con alegría—. Pensaba que te habías olvidado de mí.

Lo dice de broma, pero no se imagina lo cerca que está esa afirmación de la realidad.

—Sí, perdona que no te haya respondido a los mensajes. He estado muy liada.

—No pasa nada, lo entiendo. Pero, dime, ¿aceptas mi propuesta? Podemos ir a tomar un vino y luego venimos a mi casa —dice con voz sugerente.

Chasqueo la lengua.

—Creo que hoy no va a poder ser —respondo, y procedo a explicarle la situación.

—¿Entonces Miguel vuelve a casa? —inquiere con extrañeza—. ¿Volvéis a estar juntos?

No hubiera venido mal que mostrase un poco de decepción, pero no lo hace, no sé si porque le da exactamente igual o porque prefiere no abordar ahora el asunto.

—No, es solo una cuestión práctica —explico—. Alguien tiene que cuidar de él.

Dani guarda silencio. Casi puedo verlo frunciendo el ceño como hace cuando algo no le cuadra.

—Y… Bueno, no sé cómo decir esto, pero ¿no debería ser Ágata la que se ocupase de él?

Contengo un bufido y espeto:

—No, Ágata no es la adecuada. —Y al momento rectifico—: Para cuidarlo.

—Ya. —Lo dice con un tono que no suena nada convencido—. ¿Vamos hablando, entonces?

—Sí, claro.

¿Seguro, Olivia? Intento imaginarme en los brazos de Dani, recibiendo uno de sus prolongados besos, yendo a su casa, directos a la cama como de costumbre, pero por alguna razón mi mente no evoca ese recuerdo.

—No sabes las ganas que te tengo —susurra con la voz sugerente que suele usar cuando, tras tomar un par de copas, me dice al oído que vayamos a su casa, que ya no aguanta más. Esta vez no surte en mí el mismo efecto de otras veces.

Justo en ese momento suena el timbre y me apresuro a disculparme:

—Ya están aquí, tengo que colgar. ¡Hablamos!

No sé si a Dani le da tiempo a despedirse antes de que cuelgue, pero cuando abro la puerta con Bongo pisándome los talones y descubro a Ágata empujando una silla de ruedas en la que va sentado Miguel, que lleva sobre las rodillas una mochila y en las manos dos muletas, se me olvida todo lo demás.

Aquí está mi marido, me digo mientras observo la curiosa escena: mi marido vuelve a casa en una silla de ruedas empujada por su nueva novia. Casi me dan ganas de reírme y de grabar un vídeo para enviárselo a Iván.

Miguel me saluda con la mano, sonriente, y cuando entran en casa bajo la curiosa mirada de nuestro perro, Ágata dice a modo de saludo:

—Aquí estamos.

Bongo la olisquea mientras ella recorre la estancia con la mirada, curiosa. Frunce ligeramente la nariz, como si lo que ve no fuera de su agrado. ¡Vaya! A la princesa no le gusta nuestra casa. *Nuestra,* de Miguel y mía, cosa que pone de manifiesto lo muchísimo que sobra la presencia de esta mujer aquí.

«Vamos, Olivia, compórtate», me aconseja mi vocecilla racional, «son tus estúpidos celos los que hablan».

—¿Pesa mucho? —le pregunto con una sonrisa en un intento por resultar agradable.

—¡Qué va, con ese tipín que tiene! —exclama ella acariciándole el pelo a Miguel con naturalidad, como si llevasen casados quince años. Aprieto tanto los dientes que me empieza a doler la mandíbula—. Bueno, ¿dónde pongo sus cosas?

Miro hacia el exterior, esperando ver un coche que porte algunas maletas, pero no lo veo.

—En la habitación. ¿Pero no trae nada más?

Ágata menea la cabeza.

—Tenía el tiempo justo para traerlo aquí y llegar puntual al trabajo. Esta noche vuelo a Italia. Tendrás que ir tú a su casa. No te importa, ¿no?

—No hace falta —interviene Miguel—. Con lo que traigo tengo para pasar la noche. Le diré a algún amigo que me haga el favor. No quiero molestar más de lo necesario —añade mirándome con una sonrisa agradecida.

Observo a esta mujer que se pasea por mi casa como si fuera la suya, ignorando a Bongo. Si esto fuera una novela, sería una tipeja mala malísima, la pérfida novia del exmarido de la entrañable protagonista —a la que todo el mundo adora porque, bueno, es adorable—, la bruja piruja que antes o después mostrará su cara más desagradable. Pero, claro, esto no es una novela y Ágata no ha demostrado ser mala, solo que tiene prisa y que su trabajo es muy importante para ella. Pero, qué demonios, una mujer nace con el derecho de odiar a otras solo por el hecho de ser las nuevas parejas de sus exmaridos, ¿o no?

—Y hablando de molestar —prosigue Miguel—, no voy a echarte de la habitación, Oli; dormiré en el sofá.

Por el rabillo del ojo me parece ver que Ágata pone los ojos en blanco.

—De eso nada —insisto—. Tú eres el que está convaleciente. Te quedas en nuestra habitación.

Si las miradas matasen yo debería caer fulminada ahora mismo. Aunque he incluido el posesivo en plural sin querer, sin duda Ágata no ha recibido el comentario con agrado. Sin embargo, no dice nada y se limita a empujar la silla hasta la habitación, guiada por Miguel,

al que por lo visto sí que le ha pasado desapercibida mi metedura de pata. Porque juro que se me ha escapado.

Por un momento dudo si seguirlos o no, pero cuando Bongo se encamina tras ellos muy expectante me digo que qué demonios, al fin y al cabo es mi casa, y cierro la marcha hasta la habitación. En ella, Ágata ya ha dejado sobre la cama la mochila que traía Miguel y por alguna razón está mullendo la almohada. Cuando termina de hacerlo pone los brazos en jarras como si no supiera muy bien qué hacer con ellos, echa un vistazo a su reloj de pulsera y exclama:

—¡Ay, se me hace tarde! Tengo que marcharme.

Se acomoda el bolso en el hombro y se agacha para quedar a la altura de Miguel.

—Te envío un mensaje cuando aterricemos y te llamo mañana, ¿vale? —Sin esperar contestación, le da un beso breve en los labios y pega unos curiosos brincos hasta la puerta de la habitación mientras sopla besos al viento. Bueno, vale, esto último me lo he inventado, pero lo de los brincos es verdad—. ¡*Ciao*, Olivia! ¡Cuida de nuestro hombre!

¿Nuestro hombre? ¿Y va y le sienta mal que yo diga «nuestra habitación»? ¡Esta mujer es bipolar!

La acompaño cortésmente hasta el recibidor y, al despedirnos, las dos nos miramos como si nos estuviéramos midiendo. La mujer —exmujer—, la novia. Ponle la música adecuada y de aquí sale un dramón.

A pesar de las protestas de Miguel, me acerco a su casa para recoger ropa y algunos libros. Cuando regreso lo encuentro en el cuarto de baño, con las muletas apoyadas en la pared y sentado sobre la tapa de la taza del váter.

—¿Qué pasa? —pregunto con curiosidad.

Me mira y resopla.

—No puedo quitarme este chisme. Bueno, qué demonios, ni siquiera puedo quitarme la camisa —protesta mientras señala la férula con fastidio—. Me han dicho que me la puedo quitar para lavarme y eso.

Sonrío. Miguel no ha sido capaz de pasar ni un solo día sin ducharse desde…, bueno, desde que lo conozco.

—¿Quieres que te ayude?

—Por favor.

Me acerco a él lentamente. Lleva una camisa que recuerdo muy bien: para pagarla tuvimos que esperar una cola de una hora —¡sí, una hora!— durante las rebajas de verano. Hay que decir que era una oferta en condiciones, pero aun así…

Me guardo el recuerdo para mí y procedo a desabotonarle la camisa. Cuando llego al tercer botón el corazón empieza a golpearme muy fuerte en el pecho.

—Es en estos momentos cuando te das cuenta de lo importante que es tener dos manos —bromea él, no sé si para aliviar la tensión que se palpa en el ambiente.

Sonrío, un poco dubitativa.

—Y también de la importancia de tener pulgares —añado, y al instante me relajo.

Él se ríe. Bongo asoma la cabeza, curioso.

—Creo que se está preguntando qué hago aquí —comenta Miguel mientras lo señala con la cabeza.

Cuando llego al último botón no sé muy bien qué hacer. ¿Es apropiado que desnude a mi marido, del que estoy separada? ¡Pero es para que pueda lavarse, por Dios! Pues claro que es apropiado. Y si lo es, ¿por qué me ha entrado de repente este calor, fruto de los nervios? Ni que fuera la primera vez que veo a Miguel sin camisa…

«Bueno, es la primera vez desde que no estáis juntos», me recuerda la vocecilla racional, y no me queda más remedio que darle la razón.

Por suerte, Miguel me ayuda y dobla el brazo que no tiene inmovilizado para ayudarme a sacarle la camisa. Trago saliva al verlo así. Está tan atractivo como siempre, puede que incluso más. Tardo unos segundos en darme cuenta de que estoy mirando descaradamente su torso, totalmente embobada y embriagada por una sensación extraña, una mezcla de excitación y familiaridad que se me antoja lejana, como si la hubiera experimentado en más

ocasiones pero hace ya mucho tiempo. Cuando por fin soy consciente de que debería decir algo, tartamudeo:

—Bueno, pues… yo te dejo para que te laves y eso.

—Vale. —Me mira con una sonrisa confusa, como si se preguntase por qué me comporto con tanta torpeza. Aunque aún no ha visto nada, porque cuando me giro para salir del baño y darle intimidad, calculo mal y me golpeo la nariz contra el marco de la puerta.

—¡Joder! —aúllo, sin poderlo evitar.

—¿Estás bien? —dice él, asustado, y a continuación grita—: ¡Ay, joder!

Por inercia ha intentado mover el brazo inmovilizado y se ha hecho daño en la clavícula. Y así, yo cubriéndome la nariz con la mano y él llevándose la suya a la clavícula, nos echamos a reír.

—Para, Oli, que si me da un ataque de risa me voy a morir del dolor.

Me cuesta parar, pero lo hago.

—Bueno, entonces me marcho.

Suena casi como una pregunta. Me siento torpe y estúpida.

—Vale.

Cuando cierro la puerta del baño a mis espaldas, Bongo me mira con los ojos muy abiertos, como preguntándome qué está pasando, pero no sabría qué responderle, aparte del hecho evidente de que Miguel está aquí, convaleciente. ¿Está ocurriendo algo más entre nosotros o es todo producto de mi imaginación? Me doy cuenta a destiempo de que tal vez Iván tenga razón cuando dice que tener aquí a Miguel no es una buena idea.

Y por eso precisamente, después de salir del baño, me dirijo al salón casi corriendo, cojo el móvil y me dispongo a escribir a mi amigo, que felizmente aparece en línea:

YO: *SOS!!! Acabo de quitarle la camisa a Miguel y está tremendo!!*

IVÁN: *Y la novedad es… ¿?*

YO: *Iván!!!*

IVÁN: *No me digas que tienes un cosquilleo en el chichi!!*

YO: *Serás burro!!*

IVÁN: *Todo lo que quieras… Pero sí o no?*

Lo medito un momento.

YO: *Pues no lo sé. Ha sido más bien… raro. Familiar y nuevo a un tiempo. Cómodo y excitante… Raro!*

IVÁN: *Como una* pizza *de espinacas?*

YO: *Hombre, si tú lo dices…*

IVÁN: *La familiaridad de la masa gruesa de la* pizza*, el queso, el tomate… Y, de repente, un ingrediente inesperado.*

YO: *¿¿¿¿????*

IVÁN: *Hija, qué forma de destrozar las metáforas!! Adonis es la masa, el queso y el tomate… Y ahora resulta que también es la espinaca.*

YO: *Pues no me ayudas.*

IVÁN: *Jo, Olivita, pues que tienes la familiaridad de tantos años aderezada por la novedad que significa el que él ahora esté con otra.*

Ah, sí, Ágata. Me había olvidado de ella por un momento.

YO: *Así que cumpliría el cliché de que quiero lo que no puedo tener?*

IVÁN: *No exactamente, mujer. Pero reconoce que comer* pizza *de jamón todos los días cansa. Si de repente entre el jamón te encuentras espinaca…*

YO: *Y dale con la* pizza *y las espinacas!! No sabía que eras un amante de esas dos cosas.*

IVÁN: *Bueno, pero me pillas o no?*

Me muerdo el labio antes de responder. Sí, lo pillo. Quiere decir que tal vez la química con Miguel estaba escondida en algún lugar, y que ahora ha resurgido precisamente porque hace tiempo que ni siquiera nos tocamos. O sea, que quiero lo que no puedo tener, lo mires por donde lo mires.

YO: *Sí, creo que sí. Y ahora qué hago?*

IVÁN: *Pues fácil. Te lo tiras para probar si la química no se evapora en cuanto vuelvas a hacerlo tuyo.*

Me abstengo de comentar nada sobre la expresión «hacerlo mío» y en cambio protesto:

YO: *No es tan fácil. Miguel es muy importante para mí y eso complicaría las cosas.*

YO: *Bueno, aparte de que él está casi inmovilizado y del pequeño detalle de que él tiene novia y yo…, bueno, yo tengo a Dani.*

IVÁN: *Lo de la inmovilización no es excusa. Lo cabalgas como una Xena y listo.*

Contengo la risa.

IVÁN: *El resto es más complicado.*

En ese momento la puerta del baño se abre y segundos después aparece Miguel con cara compungida y una sudadera en la mano. Sonrío y me apresuro a escribirle un último mensaje a Iván:

YO: *Miguel necesita que le ponga la sudadera. Hablamos. Gracias!*

IVÁN: *Dos consejos.*

IVÁN: *1.- Abusa de él ahora que no tiene camisa!*

IVÁN: *2.- Fuera de coñas, piensa bien en todo esto.*

Pasa una semana casi sin darme cuenta. Tener aquí a Miguel está resultando, además de extraño, bastante entretenido y apenas me sobra tiempo. Ágata ha venido por aquí un par de días, que Miguel ha aprovechado para asearse en condiciones con su ayuda. El primero estaba yo también en casa y me sentí rara. Tener a mi marido encerrado en el baño con otra mujer desnudándolo y ayudándolo a bañarse no es el sueño de nadie. El segundo día es hoy, y como ya estaba avisada, he aprovechado para quedar con Dani. El sexo en esta ocasión no ha sido tan apasionado como otras veces y él también lo ha notado.

—¿Va a ser esta la última vez que nos veamos? —me pregunta después de un polvo un tanto mediocre para lo que estamos acostumbrados. Aunque, en nuestra defensa, hay que decir que el listón está muy alto.

Estoy sentada en el borde de la cama, vistiéndome deprisa para volver a casa. Sopeso la respuesta y me encojo de hombros. Me giro para mirarlo y confieso:

—No lo sé.

Él asiente con la cabeza y no me pide explicaciones. No las necesita. Creo que lo que me está ocurriendo está muy claro para todos menos para mí. Porque yo no lo tengo nada claro. La atracción que vuelvo a sentir por Miguel me ha pillado desprevenida porque todo el mundo sabe que cuando la pasión se agota no hay forma humana de recuperarla. ¡Que nos lo digan a Miguel y a mí, que lo hemos estado intentando durante tanto tiempo! Y ahora, de repente, en el momento menos esperado, cuando ambos estamos empezando a rehacer nuestras vidas, yo me siento como una adolescente con las hormonas descontroladas. El problema es: ¿es tan solo una ilusión? ¿Va a desaparecer esa pasión tan repentinamente como ha regresado? ¿Cómo me sentiré entonces? Y, por supuesto, hay una duda todavía mayor: ¿siente Miguel lo mismo que yo?

Camino hacia casa a paso lento mascando todas estas dudas cuando me suena el teléfono y veo el nombre de mi madre en la pantalla. Frunzo el ceño, extrañada.

—¡Olivia! —chilla como si yo estuviera sorda o algo así—. ¡Estamos en casa!

Me sorprendo tanto que me detengo de sopetón.

—¿Cómo que estáis en casa?

Me he perdido la última videoconferencia y nadie me ha dicho nada al respecto. ¡Qué raro!

—Tengo revisión esta semana. Para…, ya sabes, lo de la remisión del cáncer.

Suelto una exclamación. Entre la separación, el lío de Sam y ahora el accidente de Miguel, se me había olvidado por completo. Me siento una hija terrible.

—¡Oh, mamá, lo siento, se me había olvidado!

—No pasa nada, hija. Tampoco yo os lo he recordado porque cuanta menos importancia le demos, mejor.

Coincido con ella, pero me sigo sintiendo culpable. No es que nosotros le queramos dar más o menos importancia, es que *es* muy importante.

Con una sonrisilla, varío el rumbo mientras mi madre me cuenta las turbulencias que hubo durante el vuelo, y cómo mi padre todavía

no ha superado lo de Gustavo. Según ella, iba mirando por la ventanilla del avión, las nubes al fondo, todo pensativo, seguramente rememorando los momentos compartidos con el pollito. Me abstengo de decir que creo más probable que estuviera pensando en si la revisión de mi madre saldría todo lo bien que esperaban, pero no lo hago.

Cuando llego a mi destino interrumpo el parloteo de mamá:

—Mamá, estoy en vuestro portal. Ábreme.

—¡¿Qué?! —chilla toda emocionada, y a continuación le grita a mi padre—: Mario, ¡la niña está aquí! ¡Olivia está aquí!

Y oigo de fondo a mi padre, obvio donde los haya, respondiendo:

—¿Dónde? ¡Yo no la veo!

Me río.

—Mamá, ¡pero tienes que abrirme!

—¡Ay! ¡Se me había olvidado! ¡Voy, voy!

A continuación oigo su respiración agitada por la emoción y un instante después el zumbido de la puerta al abrirse. La empujo y subo de dos en dos los escalones hasta el segundo piso. En el descansillo me esperan mis padres, mi madre con el teléfono aún en la mano, y nos fundimos los tres en un abrazo en el que casi nos aplastamos mutuamente. Se oyen risas y sollozos y se deja ver alguna que otra lagrimilla. Seguro que más de un vecino está espiando por la mirilla ahora mismo.

—¡Pero qué guapa estás, cariño! —exclama mamá separándome un poco de sí para verme bien—. Un poco delgada, pero estupenda.

A pesar de que estoy recuperando algo del peso que perdí, es verdad que todavía me queda la ropa un poco suelta. La que tiene el rostro redondito y muy favorecedor es ella. La veo tan sana que casi me dan ganas de llorar.

—¡Tú sí que estás guapa, mamá! ¡Los dos lo estáis!

Y volvemos a fundirnos en un abrazo grupal que a todas luces resultaría demasiado ñoño para cualquiera que nos viera. Cuando por fin nos separamos mis padres me hacen pasar a su casa; preparamos café y mamá llama a Claudia, a la que no había podido localizar hasta entonces. Por las exclamaciones que se oyen al otro lado del teléfono, Sam y ella están también encantadas con el

inesperado regreso y en menos de media hora se presentan aquí con Fran y las gemelas. Mientras contemplo la escena con cariño pienso en lo afortunada que soy por tener esta familia. Justo entonces me llega un mensaje de Miguel.

MIGUEL: *Te preparo algo de cenar?*

Suspiro. En esta idílica escena solo falta Miguel.

YO: *Solo tienes una mano.*

MIGUEL: *Me las apañaré. Con un solo brazo se puede hacer pasta con tomate perfectamente.*

Sonrío. Sabe que odio la pasta con tomate.

YO: *Estoy en casa de mis padres. Han vuelto de improviso.*

Miguel responde con un montón de emojis sorprendidos.

YO: *Lo sé, me ha pillado como a ti.*

MIGUEL: *Entonces, no te espero.*

Me siento un poco culpable, pero… ¡llevo casi un año sin ver a mis padres!

YO: *Te las apañarás?*

MIGUEL: *Sin problema! Tú disfruta!*

YO: *Gracias.*

Dudo un poco y después añado el emoticono tirando un besito y él, en respuesta, me envía dos.

—¿Y esa cara de embobada? —inquiere Sam con cierto retintín intentando fisgar mi móvil con la mirada.

—Nada —esquivo la pregunta.

—Y si no es nada, ¿por qué estás roja como un tomate? —insiste mi sobrina.

Me muerdo el labio mientras ignoro las miradas inquisitivas de todos.

Sí, eso digo yo, Olivia, ¿por qué?

Capítulo 23

SAM: *Como te lo cuento, tía Oli, pues no va el muy estúpido y me aborda así como si nada? Como si se le hubiera olvidado que me dejó tirada en mitad de la nada en plena noche!!*

Estoy sentada en el sofá con las piernas cruzadas intercambiando mensajes con mi sobrina mientras Bongo me observa desde el suelo con mirada suplicante. Desde que Miguel ha regresado —temporalmente, tengo que recordarme— le he limitado el uso del sofá absurdamente, porque, en realidad, ¿qué más da que se entere de que he mimado un poco de más a nuestro perro? Sea como sea, Bongo me guarda el secreto, pero solo a base de hacerme sentir culpable.

YO: *Y qué hiciste?*

SAM: *Pues qué voy a hacer, mandarlo a la mierda!!*

Añade tres emoticonos de la caca, como la versión en cojín que tengo sobre las piernas, y después añade:

SAM: *Hay que ser estúpido.*

SAM: *Y yo más por aguantarlo.*

SAM: *No sé qué podía ver en él, sinceramente!!*

SAM: *Si vieras sus orejas!! Debía de estar ciegamente enamorada para no darme cuenta de lo grandes que son.*

Reprimo una sonrisa. ¡Ah, la ceguera del amor y sus peligros!

YO: *Estoy orgullosa de ti.*

SAM: *Gracias, tía Oli!! Pero dejemos de hablar del innombrable. Crees que me pasé un poquitín de nada al asegurarle al tío Miguel que no me haría el tatuaje si me perdonaba por haberle hecho venir a buscarme aquella noche?*

Ahora sí suelto una franca carcajada, justo cuando el aludido asoma por la puerta y me pregunta:

—¿Algo gracioso?

Le tiendo el móvil y sonríe.

—Pobre.

Mientras toma asiento costosamente a mi lado, escribo:

YO: *Creo que puedes hacerte ese tatuaje tranquilamente.*

SAM: *Y faltar a mi promesa???*

Comparto el móvil con Miguel, para que pueda ver nuestra conversación. Entonces saca el suyo del bolsillo de la sudadera y escribe algo con torpeza. Ha mejorado mucho en eso de escribir mensajes con una sola mano, pero todavía es muy lento. Cuando termina, me lo enseña y veo que le ha enviado un mensaje a Sam:

MIGUEL: *Quedas liberada de la promesa. No tenía nada que perdonarte. Eso sí: que sea un tatuaje chulo.*

Después, los dos recibimos respuestas idénticas en nuestras respectivas conversaciones: una retahíla enorme de emoticonos partiéndose de risa. Con eso damos por zanjada la comunicación con nuestra sobrina y depositamos nuestros móviles en la mesita.

—Bongo está desesperado por subirse al sofá —comenta como quien no quiere la cosa.

Maldita sea. Es el tono que emplea cuando me está echando algo en cara con presunta sutileza. Decido que mi mejor baza reside en el disimulo.

—Qué va, si está ahí muy tranquilo.

—Ayer cuando me levanté estaba durmiendo a pata suelta aquí mismo —dice, señalando con su brazo libre el sofá. Y, como no digo nada, añade con sorna—: Me pregunto quién lo habrá estado malcriando últimamente.

Y me mira fijamente mientras se ríe. Yo me hago la tonta.

—¡Deja de disimular, tú! —exclama sin dejar de reírse, y me pega un toquecito en el brazo—. ¡Que Bongo me lo ha contado todo!

Me hago la indignada y me dirijo a nuestro perro moviendo el índice como si lo riñese:

—¿Te has chivado, chico? ¡Dijimos que quedaría entre nosotros!

—¡Lo sabía! —Miguel me señala acusadoramente—. ¡Era una trampa! ¡Bongo no ha soltado prenda, y mira que he intentado sobornarlo con sus galletas preferidas!

Nos partimos de la risa y Bongo nos mira con una expresión que parece decir algo como: «Estos están locos». Cuando terminamos de reírnos digo:

—También lo he viciado a *Jane the Virgin*. Iván me vició a mí, y yo a Bongo.

Miguel entrecierra los ojos.

—¡Eso sí que no! ¡Mi Bongo adicto a las telenovelas no!

Nos reímos.

—¡Tú también te viciarías si probases! —le aseguro.

Él niega con el dedo índice de forma exagerada.

—¡Antes muerto!

Volvemos a reírnos y después, cuando nos recuperamos, retomo el tema de Bongo y el sofá.

—Lo siento. Me sentía un poco sola con la vaca de Milka tan vacía.

Asiente con la cabeza mientras me observa con tanta intensidad que tengo que desviar la mirada. Y antes de que pueda evitarlo, y sin venir para nada a cuento, afirmo:

—No me engañaste.

Frunce un poco el ceño, sin saber a qué me refiero.

—Con Ágata —explico. Y como no contesta nada, pregunto—: ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me dejaste pensar que sí lo habías hecho?

Cuando responde su voz es tan suave como la mía.

—¿Hubiera cambiado algo?

La pregunta se queda suspendida en el aire.

—El problema que teníamos seguía existiendo igualmente aunque no te hubiera engañado. Lo que importaba era que, aunque no lo hice, *sí quería* hacerlo.

Esa confesión, aunque expresa algo que es evidente a todas luces, me duele. El hecho de que Miguel quisiera engañarme aunque no lo hiciera también duele, aunque a estas alturas no tiene mucho sentido.

—Igual que tú querías engañarme con Dani —añade con suavidad, sin rastro de reproche en la voz.

—No quería engañarte… —comienzo a decir, pero el resto de la frase se queda atrapada en mi boca. Sí quería, claro que quería.

—No querías hacerme daño, no querías hacer algo en mi contra, pero sí querías estar con él. Igual que yo con Ágata.

Se me seca la boca. Una cosa es que ambos supiéramos estas cosas y otra que las pronunciemos en voz alta. Es duro y liberador a un tiempo.

—Tienes razón —concedo, mirándolo a los ojos.

—Por eso no tenía sentido sacarte de tu error. Pensé que si estabas cabreada conmigo te resultaría más sencilla la separación.

Me muerdo el labio al darme cuenta de que estaba en lo cierto.

—Siento lo de Dani —susurro.

Su rostro se crispa durante un breve instante, pero suficiente para percatarme de que está dolido por eso. Asiente con la cabeza. No dice que no pasa nada ni que no importa. En cambio, confiesa:

—Me dolió verte con él aquella noche, pero me dolió aún más que no me lo contaras. Aunque entiendo que tampoco tuviste ocasión.

Sonrío con tristeza mientras nos miramos fijamente. Sus ojos recorren mi rostro entero y se detienen en mis labios. Estoy casi segura de que está sintiendo la misma atracción que siento yo, pero no sé cómo abordar el tema. ¿O quizá debería simplemente besarlo y ver qué ocurre? Trago saliva ante su atenta mirada. Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja con nerviosismo, pero se me vuelve a escapar y él imita mi gesto, solo que mucho más pausado, y deja que en el proceso sus dedos acaricien levemente mi mejilla. Se me pone la piel de gallina y sin darme cuenta giro la cara hasta que mis labios encuentran sus dedos. Me estremezco. Volvemos a mirarnos. Nuestras miradas bailan entre ojos y labios. Me inclino lentamente hacia él y respiro aliviada cuando él imita mi gesto. Me tiemblan las piernas. Justo cuando faltan apenas milímetros para que nuestros labios se junten, su móvil zumba con alegría y los dos nos separamos como si quemásemos. Me da tiempo a ver el nombre de Ágata en la pantalla antes de que él desvíe la llamada al buzón de voz. Se aclara la garganta.

—Lo siento —se disculpa, aunque no sé interpretarlo. ¿Siente haber estado a punto de engañar a su novia o siente que ella nos haya interrumpido?

Me siento rara, mal, como si fuera *la otra* o algo así. Y no solo eso, sino también tremendamente confusa. Hemos estado a punto de besarnos, pero no sé lo que significa. Me levanto del sofá sin decir palabra y en la cocina me bebo un vaso de agua. Oigo la voz apagada de Miguel en el salón, supongo que hablando con Ágata, que le estará avisando de su llegada a alguna ciudad espectacular. De pronto me siento muy desdichada.

Papá, Claudia, Sam y yo acompañamos a mamá a su revisión, a pesar de sus protestas. Aunque hoy no nos van a decir los resultados, todos pensamos que el apoyo moral nunca está de más. Cuando llega su turno y papá entra con ella en la consulta, Sam contesta una llamada de teléfono y yo aprovecho para charlar con Claudia.

—¿Qué tal va la terapia? —le pregunto intentando acomodarme en la dura silla de plástico.

Tiene un aspecto fabuloso. Le brillan los ojos, se le han difuminado las pequeñas arruguitas que siempre lucía en el entrecejo a fuerza de fruncirlo y hasta su piel parece irradiar una renovada luminosidad.

—Estoy muy contenta, Oli. ¡Ojalá te hubiera hecho caso antes! Ahora empiezo a verlo todo de otra forma… Sabes, me sentía muy culpable por… —se detiene, buscando las palabras adecuadas—, porque tengo tres hijas maravillosas y en realidad me resultaba casi una molestia cuidar de ellas. Estaba siempre tan cansada y tan triste que el hacerme cargo de las gemelas se me hacía cuesta arriba.

Me mira y yo asiento; creo que comprendo lo que quiere decir.

—Y me sentía culpable al ver que estaba desperdiciando mi tiempo con ellas, pero al mismo tiempo no podía evitarlo.

—La pescadilla que se muerde la cola —intervengo.

—Eso es. Pero ahora… disfruto de cada segundo que paso con ellas, aunque por supuesto a veces me apetece descansar y no verlas durante un ratito, pero es… distinto.

Le aprieto la mano con cariño.

—Me alegro muchísimo, Clau.

Al mirarla de nuevo vuelvo a verme reflejada en ella. Ya no parece la mujer abatida y rendida de hace unos meses, sino la Clau de siempre pero mejorada, porque ha aprendido una valiosa lección.

—Ojalá te hubiera hecho caso antes —repite.

—No hay que lamentarse por lo que ya no tiene arreglo —la animo —. Lo importante es que ahora estás en el camino de la mejoría.

Asiente con la cabeza, con una sonrisa aflorando en su rostro. Últimamente sonríe mucho.

—No se lo voy a contar a Fran. Lo de Rafael —susurra tras asegurarse de que nadie nos escucha.

Tardo solo un momento en recordar el pequeño desliz de mi hermana con ese padre divorciado.

—No creo que lo entienda y es algo que ocurrió porque no me encontraba bien.

—No tienes que darme explicaciones —le recuerdo suavemente—. Lo que tú hayas decidido está bien.

—Ya lo sé, pero quería decírtelo, aunque no estés de acuerdo conmigo.

No sé si lo estoy. Me recuerda un poco a que Miguel no me dijo que no me había engañado porque esa información no me iba a aportar nada y probablemente fuera a complicar más las cosas. Si Clau le contase a Fran lo de Rafael, le ocurriría lo mismo: se sentiría dolido, se enfadaría, y como no es algo que Clau quiera repetir y es fruto de una mala racha, quizá lo más inteligente sea no contárselo.

Le doy otro apretón cariñoso en la mano justo cuando Sam cuelga el teléfono y se une a nosotras.

—¿De qué habláis?

—Estábamos pensando que cuando los abuelos salgan de la consulta podíamos ir a merendar. —Buenos reflejos, Claudia.

—¡Genial! Me apetece un sándwich de queso.

Uno de los caprichos preferidos de Miguel y de mi sobrina. Cuando Sam era pequeña, mientras ellos estaban jugando en el salón, yo les preparaba en la cocina sendos sándwiches de queso fundido y ellos me daban las gracias con un montón de besos y abrazos.

Besos y abrazos. Por supuesto, eso me trae a la mente el beso que estuvimos a punto de compartir Miguel y yo. No se lo he

contado a nadie. Ni siquiera estoy segura de si hay algo que contar, pero cada vez que recuerdo el tacto de los dedos de Miguel en mi mejilla mientras me retiraba delicadamente el mechón de pelo me estremezco. Luego, la llamada de Ágata, como un *coitus interruptus*, echa el recuerdo a perder. ¿Se lo habrá contado a ella? En realidad, ¿considera él que haya algo que contar? Tal vez fueran imaginaciones mías. Pero no, no lo son. Desde aquel día nos comportamos de una forma distinta, un poco apurada y torpe. Cuando lo ayudo a cambiarse de ropa nunca lo miro a los ojos porque me da miedo que se dé cuenta de la turbación que hay en los míos, y cuando vemos la televisión nos sentamos muy cerca, pero con cuidado de no rozarnos, a pesar de lo cual mi cuerpo recibe unas vibraciones tan intensas que muchas veces hasta me tiemblan las piernas.

Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando mis padres salen de la consulta, mamá un poco más pálida de lo que es ahora normal en ella. Está nerviosa y se le nota. Nos dicen que en una semana tendrán los resultados y me prometo hacérselo lo más llevadero posible, empezando por aceptar la sugerencia de Sam sobre el sándwich de queso.

Al día siguiente no trabajo y aprovecho para poner un poco de orden en casa.

—Me da rabia no poder ayudarte —rezonga Miguel desde el sofá.

—No pasa nada, estás convaleciente; aprovéchalo —respondo, y le guiño un ojo.

En ese momento Bongo se sube de un brinco al sofá y él no le ordena que se baje. Lo miro, como preguntándole por qué no lo hace. Se encoge de hombros y explica, resignado:

—Sois dos contra uno. Esta batalla me la habéis ganado.

—¡Eyyyy! ¡Choca esos cinco, chico! —exclamo mientras me acerco a Bongo y le extiendo la mano. Para demostrar lo bien adiestrado que está, él corresponde extendiendo también la pata y luego me da un lametón completamente espontáneo. Miguel se ríe.

—Sabes que no tienes que quedarte en casa por mí, ¿verdad?

Lo miro con sorpresa.

—Tengo el día libre y lo estoy aprovechando para limpiar. No es por ti —miento porque, en parte, sí lo es.

—Se te da fatal mentir —concluye Miguel meneando la cabeza—. Deberías quedar con Iván, hace tiempo que no lo ves.

Eso es cierto, pero nos enviamos mensajes continuamente. Incluso hemos llegado a ver capítulos de *Jane the Virgin* al mismo tiempo y los hemos ido comentando sobre la marcha por WhatsApp.

—Está muy ocupado retomando su relación con Nacho —bromeo, aunque es cierto. Cada vez que intercambiamos mensajes se encuentra «haciendo un receso» de su agitada vida sexual.

Y mientras tanto yo aquí, con un calentón constante cada vez que veo a Miguel sin camiseta o con esos pantalones de chándal que le marcan exageradamente el paquete cada vez que se sienta. Parece mentira que hace unos meses tuviera todo eso a mi entera disposición y no me interesase. Lo que son las cosas. Suspiro.

—Pues… con Dani. —Lo dice superrápido, como para terminar cuanto antes.

Lo miro de soslayo. ¿Está intentando sonsacarme si me sigo viendo con él o son imaginaciones mías? Sea como sea, decido decirle la verdad.

—Hace tiempo que no nos vemos ni hablamos. No creo que vuelva a verlo, de hecho. —Lo digo sin mirarlo a la cara mientras limpio el polvo —¡el polvo! ¡Nótese la ironía!—.

—Ah —dice.

¿Cómo que «Ah»? ¿Así, sin exclamación ni nada?

—Yo tampoco voy a ver más a Ágata.

Creo que dejo de respirar un momento. ¿He oído bien?

—¿Y… eso? —farfullo.

—Lo hemos dejado.

Ahora es mi turno de decir «Ah», aunque yo sí que quiero decir más bien «¡Ah!» o incluso «¡Ahhhh!». Y por simple cortesía, añado:

—Lo siento.

Sigo limpiando el polvo distraídamente. Percibo que se levanta con dificultad del sofá y, prescindiendo de la muleta, se aproxima a mí. Le estoy dando la espalda, fingiendo un interés desorbitado por

limpiar hasta la última mota, cuando su mano agarra mi cintura. Contengo un gemido. Entonces su aliento me acaricia el lóbulo de la oreja cuando me susurra al oído:

—Quería estar contigo.

Trago saliva mientras se aprieta todo lo que puede contra mí. A pesar del estorbo de las férulas puedo sentir su gran erección contra la parte baja de mi espalda. Retira la mano de mi cintura y la mete por debajo de mi camiseta. El roce de su piel provoca que la mía se ponga de gallina y me agarro a una de las baldas del armario. Su mano asciende por debajo de mi camiseta, trazando círculos alrededor de mis costillas hasta llegar a la base de uno de mis pechos, donde se detiene. Comprendo que es su forma de pedirme permiso y se lo concedo con un susurro.

—Sigue.

Noto su lengua acariciándome el lóbulo de la oreja y su voz susurrándome:

—Así que quieres que siga.

Dios, con esa voz tan sugerente, ¿cómo he podido alguna vez en mi vida no desearlo? Iván tiene razón, está para echarle no un polvo, sino cuatro o cinco.

—Sí, sigue —respondo con mi tono de voz más sexi.

Su mano reemprende el ascenso y me retuerce el pezón con los dedos índice y pulgar mientras sigue lamiéndome el lóbulo y apretando su erección contra mí. Ahora gimo sin disimulo y me agarro con más fuerza al armario. Miguel sigue retorciéndome el pezón cada vez con más fuerza hasta que siento una mezcla de dolor y placer que hacen que me excite todavía más. Entonces, sin previo aviso, su mano desciende por mi vientre hasta llegar a la cinturilla de mi pantalón, se cuela por debajo de esta y acaricia con suavidad el borde de mis braguitas. Me alegro de haberme puesto unas bastante monas de encaje en vez de las cómodas-pero-horribles que suelo ponerme los días que no salgo de casa. Para ser honesta, llevo poniéndome bragas bonitas unos cuantos días esperando que llegase un momento como este.

Empiezo a frotar mi trasero contra él justo cuando decide introducir los dedos bajo mis braguitas.

—Estás muy húmeda —susurra, pero yo no puedo contestar. El diestro movimiento de sus dedos está provocándome tal placer que las palabras no me salen.

—Olivia —me susurra al oído mientras sigue tocándome, no con delicadeza, sino con una brusquedad que hacía tiempo que no veía en él.

Me vuelvo para quedar cara a cara y lo miro a los ojos. Su mano ahora descansa de nuevo en mi cintura y miro con descaro sus labios, hambrienta de ellos. Él no tarda ni un segundo en inclinarse hacia mí y por fin nos besamos. El contacto con sus labios es familiar y excitante al mismo tiempo, esa mezcla que por lo visto me excita tanto. Son gruesos y suaves, al igual que su lengua, que explora mi boca con una urgencia voraz. Estoy a punto de rodearle las caderas con las piernas, pero recuerdo las férulas y lo empujo con suavidad hasta la mesita del salón.

—Siéntate —le ordeno, y él obedece.

Entonces me dejo llevar. A pesar de que solo llevo mi ropa de andar por casa, me siento muy atractiva y segura de mí misma y me quito la camiseta despacio, sugerentemente, levantándola hasta que estoy a punto de dejar mis pechos al descubierto para volver a bajarla juguetonamente. Él se relame y extiende el brazo, pero me alejo negando levemente con la cabeza. Me giro y vuelvo a subirme la camiseta, de espaldas a él, tan despacio como el momento me lo permite. Como no llevo sujetador, mis pechos quedan al descubierto, pero antes de girarme de nuevo hacia él me los cubro con los brazos. Él se muerde el labio, impaciente, y entonces me acerco, los descubro y los dejo a la altura de su cara. No tarda ni un segundo en atrapar uno de mis pezones con los labios y succiona despacio mientras con la mano me aprisiona el otro. Gimo, entusiasmada, y le dejo hacerlo durante unos minutos más.

Después lo ayudo a quitarse la camiseta y no me sorprende ver que está sudando. Acaricio con las manos su torso, firme y musculado; le beso el pecho y llevo una de las manos a su erección, muy potente y aún cubierta por su pantalón y su ropa interior, que le quito lentamente, mirándolo fijamente a los ojos. Entonces llega mi turno de despojarme de los pantalones, de los que me deshago con

menor delicadeza de lo que lo hago con mis braguitas, que me quito muy despacio, dejando que resbalen lentamente por mis piernas mientras él me mira extasiado, con esa mirada que tengo grabada en la mente y que he pasado tanto tiempo sin poder disfrutar. Cuando los dos estamos completamente desnudos me siento a horcajadas sobre él, mis pechos aplastados contra su torso —y parte de la férula que le inmoviliza el brazo—, y siento que entra en mí con facilidad. Al sentirlo dentro los dos soltamos un gran gemido y nos besamos, explorando nuestras bocas con fiereza mientras yo me muevo encima de él con rapidez, abrumada por tanto placer y por tantas sensaciones. Quiero moverme más rápido y explotar, pero a la vez que esto dure el mayor tiempo posible.

—Me matas, Olivia, ve más despacio… —gime al despegar su boca de la mía, y me atrapa un pecho con la mano, lo que hace que me emocione todavía más y aumente el ritmo ya de por sí frenético.

Como esto ya es imparable no me molesto en frenar. Al contrario, cada vez me muevo más y más rápido en una especie de éxtasis continuo. Noto que Miguel me araña la espalda y yo me aferro a sus hombros, recorro su cuello con la lengua y suelto un gritito.

—Me corro —gimo, casi con lágrimas en los ojos—. Córrete conmigo, Miguel, córrete conmigo.

Y al momento siguiente los dos estamos gimiendo como locos, yo apretándole más los hombros y él a mí la cintura, hasta que llegamos juntos al orgasmo más intenso que he sentido en toda mi vida.

Capítulo 24

—Fue increíble —suspiro por décima vez esta mañana. Es un número al azar, no es que lleve la cuenta.

Enfrente de mí, Iván sacude la ceniza de su cigarrillo y me mira burlón.

—Esa y todas las veces que siguieron a la primera, por supuesto —se burla, imitando mi voz.

—Te fastidias, yo he soportado muchas historias porno tuyas y de Nacho, así que ahora te toca a ti.

—Bueeeeno, no es por nada, Olivita, pero sueles pedirme que me ahorre los detalles. Tú, en cambio —susurra en plan confidencial—, me has contado *to-do* con muchos pelos y señales, ¡y además cuatrocientas veces!

Protestaría y lo llamaría exagerado, pero tiene razón. Vale, cuatrocientos también es un número al azar, pero reconozco que llevo una hora hablando sin parar de mi nueva y apasionante vida sexual con Miguel. Tomo un trago de cerveza y rezongo:

—Pero tú no me has pedido que me ahorre los detalles. Es más, has estado encantado de escucharlos, confiésalo. —No es ningún secreto que a Iván le gustan esa clase de historias y con cuantos más detalles, ¡mejor!

Pero como mi amigo nunca va a confesar que está enganchado a mis historias como si fueran un culebrón, apura de un trago su cerveza y le hace una seña al camarero para que nos traiga otra ronda.

—¡Vamos a terminar muy borrachos! —protesto, pero no rechazo la ronda. Qué demonios, estoy de celebración, ¿no?

—Bongo debe de estar escandalizado —se ríe Iván.

Conoce mi obsesión con el tema: hasta ahora, para mí, echar un polvo estando el perro delante era algo casi inmoral. Sin embargo, en estos días en los que Miguel y yo estamos teniendo más sexo que todo el que hemos tenido en los últimos meses que estuvimos

juntos, es algo a lo que no le he dado tanta importancia, más que nada porque en cuanto Miguel y yo nos tocamos, se me olvida hasta dónde estoy.

Bongo, tumbado a mis pies, levanta la cabeza al escuchar su nombre e Iván lo premia con unas cuantas caricias hasta que el camarero nos trae la siguiente ronda.

—¿Y qué ha pasado con Thor? Lo último que me dijiste es que no habías sabido nada de él desde el último polvo.

Parece que hayan pasado siglos desde la última vez que vi a Dani.

—Me envió un mensaje hace un par de días —explico mientras busco en el móvil la conversación para enseñársela. La lee con interés.

DANI: *Hola, Olivia, qué tal? Te hace una copa esta noche?*

YO: *Hola! Estoy un poco liada, no va a poder ser.*

DANI: *Entiendo, no pasa nada.*

DANI: *Que sepas que por fin he leído* La sombra del viento*. Es un libro genial.*

YO: *Entonces, no vuelvo a incluirte en la lista de espera de la biblioteca? Je, je.*

DANI: *Ja, ja, ja. Ya no hace falta.*

DANI: *Que seas feliz, Oli.*

YO: *Gracias! Lo mismo te deseo!*

Iván no tiene que pensar mucho para afirmar:

—Parece un adiós.

Afirmo con la cabeza.

—Eso creo.

—¿Te da pena?

No me hace falta pensar la respuesta.

—Creo que siempre me acordaré de él, pero no lo echo de menos. Dani fue… algo puntual.

Mi amigo asiente, muy serio. Creo que de verdad comprende lo que quiero decir, y eso que ni yo misma tengo muy claro qué ha significado Dani en mi vida: una transición, una bienvenida a una Olivia renovada y mejorada. Todo. Nada. No lo sé, pero sí sé que fue algo necesario.

Guardamos silencio durante un rato, tras el cual mi amigo pregunta con curiosidad:

—Entonces, ¿Miguel y tú habéis vuelto? —me pregunta mientras se lía otro cigarro.

—Buena pregunta. No estoy segura —respondo encogiéndome de hombros.

—Claro, ¡con tanto trajín no tenéis tiempo para hablar! —se cachondea mi amigo—. Y eso que está lisiado, Olivita, no me quiero ni imaginar qué va a ser de ti cuando esté en pleno rendimiento. ¡Se te va a salir el útero por la boca!

Me atraganto con la aceituna y me entra tal ataque de tos que casi me ahogo. Iván se parte de risa hasta que ve que empiezo a ponerme colorada porque de verdad me falta la respiración, momento en el que se levanta para darme unos golpes en la espalda. Por fin, el mal rato pasa y puedo respirar.

—¡Casi me matas! —lo riño mientras toma asiento de nuevo. Bongo también se ha incorporado y se pasea nerviosamente de un lado a otro sin saber qué hacer. Lo calmo con unos golpecitos en la cabeza, le ordeno que se siente y me obedece.

—¿Yo? ¡Pero si te he salvado la vida! —Recupera el cigarro que ha tirado encima de la mesa para socorrerme y le da una profunda calada.

—Si no hubieras dicho esa burrada…

—¿La del útero? Mujer, tú dirás, tanto bombea el adonis dentro de ti que lo veo una posibilidad muy factible.

Suelto una risita.

—¡Ay, reina, estoy tan feliz por ti! —exclama tan alto que las chicas de la mesa de al lado nos miran con curiosidad. No contento con eso, se levanta, se acerca a mí y me da un abrazo tan intenso que me levanta a mí también de la silla.

—¡A ver si voy a tener que empezar a preocuparme por vuestra relación! —nos interrumpe la voz risueña de Nacho.

Nos separamos y lo miro con una sonrisa. Es la primera vez que lo veo desde que Iván y él vuelven a estar juntos y no puedo reprimir el impulso de darle un abrazo, no uno tan grande como el que casi me ahoga de Iván, pero un buen abrazo.

—¡Me alegro mucho de verte! —exclamo con alegría.

—¿He llegado justo en el momento alcohólico de exaltación de la amistad? —responde con gracia, en una ocurrencia que resulta casi idéntica a las de Iván. A ver si va a ser cierto eso de: «Dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición». No obstante, responde—: Yo también estoy muy contento de verte. No me cansaré nunca de darte las gracias.

Cuando nos separamos veo que Bongo se ha levantado y está agitando alegremente la cola, excitado ante tantas muestras efusivas. Nacho se agacha para acariciarlo y después todos nos volvemos a sentar.

Me siento feliz y en paz conmigo misma, plenamente satisfecha con mi vida, como si todo encajara como debe. Esto último será mejor que no lo diga en voz alta si no quiero que Iván me suelte otra respuesta que esté a punto de matarme.

Observo lo buena pareja que hacen Iván y Nacho y me siento inmensamente feliz por ellos. Me alegro de haberle enviado aquellos mensajes a Ramón y me doy cuenta de que tengo que darle las gracias. Me hago una nota mental para hacerlo lo antes posible. Sé que enviarle aquel mensaje fue algo impulsivo y arriesgado, pero si no lo hubiera hecho, ¿habría terminado Nacho perdonando a Iván? Supongo que no puedo saberlo, pero ahora, mientras contemplo cómo se cogen de la mano y tontean como dos tortolitos, llego a la conclusión de que a veces en la vida hay que arriesgarse, ir a por todas, apostar fuerte para conseguir lo que uno anhela. Vale, mejor si no se hace apostando con la vida de los demás, pero la idea está clara, ¿no?

Me agacho para acariciar a Bongo, que se ha vuelto a tumbar en el suelo perezosamente, y pienso en la conversación que acabo de tener con Iván. Las cosas con Miguel van tan bien que no quiero estropearlo hablando. La última vez hablamos sin parar y mira lo que conseguimos. Pero, al mismo tiempo, no podemos andar jugando como dos quinceañeros con toda la historia que tenemos detrás. Esto no es un mero pasatiempo; es algo que quiero conservar, algo que merece cuidado y mimo. Algo como lo que tienen Iván y Nacho, me digo observando de nuevo a mis amigos. Iván se está riendo por

algo que ha dicho Nacho y todo él resplandece. Cada vez que está con Nacho parece emanar de él una luz llena de calma y de dicha. Esta es otra de las cosas que mejor no le digo a él si no quiero que esté cachondeándose de mí hasta el Día del Juicio Final. Con una breve risita, pienso que a lo mejor debería borrar de una vez por todas la foto de los cachorros que tengo reservada en mi móvil para apagar los lujuriosos impulsos de Iván. Ahora que todos parecen estar enfocados en Nacho, cuantos más tenga mejor, ¿no?

Dos rondas después llenas de risas y anécdotas, Bongo y yo regresamos a casa, donde encontramos a Miguel dormido en el sofá mientras en la televisión está puesto un capítulo de la primera temporada de *Jane the Virgin*. Carraspeo para despertarlo y cuando abre los ojos y me ve mirándolo con chanza se incorpora tan rápido que se olvida de que todavía está convaleciente y en su rostro se pinta una mueca de dolor.

—«¡Antes muerto que engancharme a *Jane the Virgin*!», dijo él —me burlo a la vez que le suelto la correa a Bongo y pongo mi bolso en la mesita.

—No lo estaba viendo. Buscaba algo que me ayudase a dormir una siesta.

—¡Ya! —Rápida como una gacela, cojo el mando de la tele que está en el sofá y pongo el episodio en pausa para ver por cuál va—. ¡Por eso vas por el tercer episodio!

Miguel se pone un poco colorado y se acomoda en el sofá, sentado esta vez. Bongo ve clara la ocasión y se sube de un salto, entusiasmado por el nuevo derecho que ha adquirido. Yo también me siento y disfruto un poco más del momento; me encanta tomarle el pelo a Miguel.

—Confiésalo, ¡te gusta! —lo provoco, señalándole con el mando.

Como guarda silencio, insisto tres veces hasta que por fin exclama:

—¡Es que es muy fuerte, Oli! ¡Es virgen y está embarazada! ¡Es que es muy fuerte! —Suelto una carcajada y él me pega un puñetazo amistoso—. Que no te rías, brujilla —dice con cariño.

—¡Te gusta *Jane the Virgin*, te gusta *Jane the Virgin*! —coreo, entusiasmada y dando palmaditas. Creo que el alcohol tiene algo que ver con toda esta desenfadada coreografía.

—Me gustas más tú —dice de pronto muy serio, mirándome fijamente.

Me arrimo a él para recibir sus labios hambrientos, y Bongo, antes de ser aplastado, decide sabiamente bajar de la vaca de Milka y dirigirse a la cocina.

Cuando concluimos el beso, le digo:

—Tú también me gustas bastante, ¿sabes?

Nos sonreímos mientras él me acaricia la cara con suavidad.

—No sabía que pudiéramos volver a tener un sexo tan increíble —confieso. No entraba en mis planes hablar del asunto precisamente ahora, pero ya no puedo dar marcha atrás.

—Ya, yo tampoco —responde él, pensativo, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. El roce de sus dedos en mi piel me hace estremecer.

—Pero lo teníamos, ¿verdad? Quiero decir, antes de que todo… fuese raro.

Raro. Un eufemismo como un piano.

—Lo teníamos —asiente él con seguridad.

Me muerdo el labio, indecisa sobre cómo abordar la siguiente cuestión.

—¿Cómo lo perdimos? ¿Lo sabes?

Él guiña ligeramente los ojos como si estuviera meditándolo.

—Creo que nos acomodamos demasiado. Lo dimos por sentado, no lo cuidamos… —opina mientras se encoge de hombros.

—Y a lo mejor lo hicimos demasiado rutinario. Siempre en la cama, sin aprovechar los momentos espontáneos…

—Porque Bongo podía vernos… —coincide él, y yo asiento con la cabeza.

Entrelazo los dedos de las manos, un poco nerviosa. Esta conversación me recuerda demasiado a las que tuvimos en tantas ocasiones antes de que todo se echara a perder.

—También creo que teníamos curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Hemos estado juntos desde que éramos unos críos. No tuvimos tiempo de experimentar con otras personas. Creo que, al menos a mí, eso me hizo aburrirme. —Hace el gesto de las comillas con los dedos al pronunciar la última palabra.

Sopeso lo que ha dicho unos instantes.

—Puede que tengas razón.

—Y si lo sumas todo…

—Añadido a la presión a la que nos sometimos nosotros mismos, desesperados por solucionar cuanto antes el problema…

Nos miramos y asentimos al mismo tiempo con la cabeza.

—Pero ahora… —empiezo a decir.

—Ahora tenemos algo sublime —termina mi frase—. Me paso el día entero pensando en ti, Olivia, en tus preciosos labios, en todo tu cuerpo —confiesa con ese tono de voz que tan loca me vuelve.

—Yo también —coincido, y añado con rapidez—: Bueno, pensando en ti, no en mí, claro.

Soltamos una risita.

—Es como… una mezcla entre algo nuevo y algo viejo, familiar —digo.

—Cómodo, pero excitante.

—Conocido, pero al mismo tiempo novedoso… —Y, recordando la curiosa metáfora que empleó Iván unos días atrás, añado—: Como una *pizza* de espinacas.

Miguel frunce el ceño antes de partirse de risa.

—¿Como una *pizza* de espinacas? ¿Así me ves?

Yo también me río.

—¡No suena muy bien, es verdad! Pero… ¿entiendes lo que digo?

—Ni una palabra —reconoce, sacudiendo la cabeza.

—Da igual, es solo una metáfora.

Nos miramos de nuevo y él me acaricia otra vez la mejilla. Cierro los ojos y disfruto del contacto, que está empezando a excitarme. Cubro su mano con la mía y le confieso:

—Tengo miedo.

Me besa en los labios con suavidad.

—Yo también.

Me vuelve a besar.

—¿Y si nos pasa otra vez? ¿Y si perdemos esto que tenemos? ¿Y si volvemos a bloquearnos? ¿Y si por mucho que lo cuidemos se vuelve a estropear?

Me pone un dedo sobre los labios para hacerme callar y me mira muy solemne, nuestras frentes apoyadas la una en la otra.

—No lo sabremos si no lo intentamos, ¿no crees? —susurra, y esta vez soy yo la que lo besa mientras le rodeo el cuello con los brazos.

Capítulo 25

Mamá, papá, Claudia y yo miramos tan expectantes a la doctora, que se halla sentada frente a nosotros, tras la mesa de su consulta, que me da la impresión de que en cualquier momento va a levantar la mirada de los informes complementarios que le acabamos de entregar y nos va a decir que la estamos poniendo nerviosa. Pero como es oncóloga, supongo que está acostumbrada a lidiar con situaciones mucho peores y no da muestras de ninguna incomodidad, a diferencia de todos los demás presentes en la sala, que intercambiamos miradas y sonrisas tensas y movemos las piernas frenéticamente o nos mordemos nerviosamente los labios y las uñas.

Por fin, la doctora deja todos los papeles encima de la mesa y no me pasa desapercibido el apretón de manos que intercambian mamá y papá. No transcurre más de un segundo, menos quizá, desde que esa mujer que tiene el futuro de mi madre en sus manos levanta la vista y comienza a hablar, pero a mí se me hace eterno. Tanto, que me da tiempo a repasar, aun en contra de mi voluntad, el momento en el que mamá nos dio la triste noticia de que padecía un cáncer de mama muy avanzado. Intento apartar de mí este pensamiento cerrando con fuerza los ojos y finalmente aprieto tanto la mano de Claudia que me extraña no solo que esta no grite, sino que además me devuelva el gesto.

—Estás estupenda —son las palabras que pronuncia la doctora, y acto seguido se puede oír cómo los cuatro expulsamos al mismo tiempo el aire que teníamos retenido.

La mujer nos concede unos minutos durante los que nos abrazamos, lloramos, reímos y suspiramos con alivio, después de los cuales nos proporciona una información un poco más detallada. Mamá tendrá que seguir haciéndose revisiones periódicas, por supuesto, pero de momento la cosa pinta bien; no hay signos de

reaparición de la enfermedad, todos los análisis son normales y la previsión parece buena.

Salimos de la consulta tan contentos que casi me siento mal cuando observo los rostros de las personas que esperan su turno, pero aparto ese pensamiento de mi mente con rapidez. Mamá se merece que lo celebremos y para eso no puedo permitirme pensar en las desgracias de los demás; no es el momento. Tal y como habíamos acordado, Claudia propone ir a su casa y todos aceptamos encantados.

En realidad teníamos dos planes, uno por si las noticias eran buenas y otro por si eran malas (en cuyo caso íbamos a contentarnos con tomar una reconfortante merienda mientras barajábamos las opciones que nos hubieran dado). Por suerte, nos dirigimos con alegría a casa de Clau, donde nos recibe una entusiasta Sam, que nos hace pasar con una amplia sonrisa.

—¡Abuela, no sabes cuánto me alegro! —exclama mi sobrina una vez acomodados todos en el salón. Además de los que venimos de la consulta y Sam, que nos ha recibido, están Fran, las gemelas y Miguel, al que mis padres y Claudia abrazan con mucho cuidado para no hacerle daño.

En respuesta a la afirmación de Sam, los demás exclamamos que todos estamos encantados y entonces Clau anuncia:

—Y para celebrar este momento tan especial…

Mamá se tapa la cara, como si tuviera miedo de lo que le tuviéramos organizado.

—¡Hemos preparado esta merendola! —termina la frase Sam, que, al ver a su abuela de esa guisa, se echa a reír—. ¿Qué pensabas, abuela, que te íbamos a traer a un *stripper*?

Mamá se lo piensa un momento y, la verdad, parece que la idea tampoco le disgusta.

Fran empieza a traer platos con canapés variados dulces y salados y nos va preguntando a cada uno qué nos apetece beber. Las gemelas se entretienen haciendo rodar unos cochecitos que a punto están de costarle a Fran su integridad física. Todos comemos, bebemos y reímos sintiéndonos plenamente felices.

—¿Vais a volver a iros de viaje? —inquiere Clau.

Mis padres cruzan una mirada y se encogen de hombros.

—Todavía no lo hemos decidido —responde mamá—. No hay prisa.

Todos estamos de acuerdo, no la hay. Tienen todo el tiempo del mundo.

Cuando terminamos de comer hacemos un brindis por mi madre y su buena salud, después del cual ella se pone en pie y comienza a hablar.

—Quiero informaros de una decisión que he tomado. —Cruzo una mirada con Miguel, como las de antes, una de esas con las que nos entendemos perfectamente sin necesidad de pronunciar palabra—. Lo siento por vosotros, pero no me vais a ver con las tetas de la Angelina Jolie.

—¡Abuela, esa boca! —se ríe Sam.

Sin embargo, nadie más dice nada. Yo miro a papá, esperando a que lo haga, porque al fin y al cabo fue él el que me pidió que intentase convencer a mamá de lo contrario, pero no lo hace. Mamá me mira y asiente ligeramente con la cabeza.

—Sé que esperabais que cambiase de opinión, pero no lo he hecho. Finalmente, papá y yo estamos de acuerdo. He tenido que explicarle que para mí ahora mismo no hay nada más importante que la salud… Aparte de la familia, por supuesto —se apresura a añadir.

—¡Uy, abuela, que se te ha visto el plumero! —bromea Sam, y todos reímos.

—A él le ha costado entender que, pese a lo mucho que desearía poder ir en bañador sin que nadie me mirase con curiosidad ni murmurase algo a sus acompañantes, ni me mirasen con compasión, prefiero eso a pasar de nuevo por un infierno.

Todos asentimos con la cabeza. Advierto que Miguel y Fran parecen un poco incómodos, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra mientras beben largos sorbos de sus copas. Pero mamá no parece darse cuenta, y si lo hace le da lo mismo, porque prosigue:

—Ahora mismo lo más importante para mí es saber que estoy sana. No quiero volver a pasar por un quirófano ni de broma, así que no lo haré voluntariamente. Y al que no le guste… —hace un gesto

con las manos señalando el lugar donde deberían estar sus pechos —, ¡que se joda!

Todos soltamos una carcajada con ese final inesperado, tras lo que mamá y papá se dan un beso que hace que se me empañen los ojos al ver cuánto amor se desprende de ellos. De pronto me siento observada y veo a Miguel mirándome fijamente con una tierna sonrisa en los labios. Le correspondo mientras me seco discretamente los ojos con los dedos, a falta de pañuelo.

Entonces el momento se ve interrumpido por la voz cantarina de Sam, que entra en el salón con un paquete en las manos.

—¡Esto es para el abuelo! —explica.

Papá y mamá miran el paquete con el ceño fruncido.

—No te celes, mamá, que para ti también tenemos algo —le guiña un ojo Claudia, y yo vuelvo a maravillarme del cambio tan extraordinario que ha dado. Se la ve resplandeciente, segura de sí misma, a gusto… Feliz.

Mi hermana le tiende a mamá un paquete más pequeño, que ella se apresura a abrir, al contrario que papá, que se ha quedado mirando el suyo con suspicacia.

—¡Oh! ¡Un día de spa con masajes incluidos! —exclama, ilusionada.

—¡Pero eso no es lo mejor! —interviene Sam—. ¡Lee la tarjeta!

Mientras lo hace, una sonrisa se le va pintando en el rostro. Finalmente, cuando nos mira nos ofrece la más amplia de las sonrisas.

—¡Un fin de semana entero con mis chicas!

—¡La vamos a liar gorda, abuela!

Nos abraza y nos besa casi llorando. Sabíamos que le iba a hacer ilusión porque siempre está diciendo que las chicas deberíamos pasar más tiempo juntas sin que los hombres se entrometan.

—¡Abuelo, abre el tuyo! —exclama Sam, impaciente.

Papá no parece saber muy bien qué hacer con el paquete; lo mira como si de él fuese a saltar de pronto un payaso o algo así.

—A ver, que te ayudo —tercia mi madre, y no ha comenzado a rasgar el cartón cuando mi padre la aparta para hacerlo él.

Todos miramos extasiados, con curiosidad. Las primeras en reaccionar son las gemelas, que han dado un respiro a los cochecitos al percibir tanto movimiento.

—¡Un poíto! —exclaman, alborozadas—. ¡Un poíto!

—¡Es Gustavo II! —explica Clau cuando papá finalmente termina de sacar el pollito de peluche del paquete.

—Sí, y mira, ¡si le das a este botón, camina!

—Así puedes hacer que te persiga —explica mamá entre risas—. ¡Lo que me faltaba! Ya tenía yo cierta tirria a Gustavo…

Papá la fulmina con la mirada, todo ofendido.

—¿Cómo que tirria a Gustavo? —pregunta con el ceño fruncido.

Observa a Gustavo II con expresión indescifrable.

—Por supuesto, no pretendemos que Gustavo II sea un sustituto de Gustavo… —le digo, muy diplomática—. Es más bien como un homenaje hacia él.

Pero creo que papá no me escucha, porque ha presionado el botón para que el pollito comience a caminar y el resto del mundo ha desaparecido para él. Lo pone detrás de sí y echa a caminar delante, dándose la vuelta de vez en cuando para comprobar que lo está persiguiendo. A las gemelas parece gustarles el invento y dan palmaditas muy entusiastas canturreando:

—¡Un poíto! ¡Un poíto!

Observo la escena arrobada: papá caminando delante de un pollito de juguete que lo persigue mientras Fran y Claudia lo contemplan con una sonrisita en los labios; mamá charlando con Sam, que le muestra a escondidas lo que parece ser un tatuaje que se ha hecho en el gemelo sin decírselo antes a Claudia —supongo que es el famoso tatuaje que en su día le prometió a Miguel no hacerse—; las gemelas dando palmadas entusiasmadas, y Miguel…, Miguel contemplándome embelesado, como si estuviera observando un atardecer especialmente hermoso o algo parecido. Me acerco a él y me siento a su lado. Él me da la mano y yo apoyo la cabeza en su hombro libre. Suspiramos a la vez y sé que es aquí donde quiero estar.

Un par de semanas después de conocer los estupendos resultados de las pruebas de mamá, Miguel y yo llegamos a casa y cerramos la puerta tras nosotros con un suspiro. Bongo sale a recibirnos meneando alegremente el rabo y de pronto se queda quieto, como si percibiese algo distinto. Miguel se agacha a su lado y le dice:

—Eso es, chico, ¡por fin soy libre! —Y para mostrar su cuerpo libre de férulas se levanta y da un par de zancadas a la vez que agita los brazos como si fueran alas.

—Pareces Gustavo II —me río—. Anda, deja de hacer el tonto, a ver si te vas a lesionar otra vez. Ya has oído lo que ha dicho el médico…

—Vida normal —responde, como si fuera obvio.

—Ya, y en tu vida normal sueles ir ejecutando pasos de danza y tal —me burlo mientras cuelgo el bolso en el perchero. Estoy a punto de ir a coger la muleta de Miguel, pero me doy cuenta a tiempo de que ya no la lleva.

—¡¿Eso eran pasos de danza?! Pues tengo un talento natural, porque ni lo sabía —se mofa con una sonrisilla.

Suelto una carcajada.

—Mira que eres…

—¿Adorable? —me interrumpe al mismo tiempo que me rodea con los brazos.

Um. La verdad es que sí, pero no se lo voy a decir, no vaya a ser que se lo crea mucho. Al sentir el roce de sus manos en mi cintura me estremezco y suelto un pequeño suspiro.

Dejamos a Bongo comiendo en la cocina y nos dirigimos al salón, donde nos sentamos en la vaca de Milka.

—No sabes las ganas que tengo de follarte sin tanta parafernalia —me susurra al oído, y me estremezco.

Se me vienen a la mente las palabras que en su día pronunció Iván: «Y eso que está lisiado, Olivita, no me quiero ni imaginar qué va a ser de ti cuando esté en pleno rendimiento. ¡Se te va a salir el útero por la boca!». A ver si al final va a terminar teniendo algo de razón.

—Uf, y yo —respondo mientras recorro su cuello con la lengua—. Ni te lo imaginas.

Nos besamos durante un largo rato, tras el que nos separamos y nos miramos fijamente, sonriéndonos.

—Creo que deberías volver a casa.

—Creo que debería volver a casa.

Lo decimos al mismo tiempo y, como un resorte, me apresuro a exclamar:

—¡Chispas!

Él enarca las cejas y niega con la cabeza.

—No vale; la frase no es exactamente igual.

—Andaaaa —suplico, poniendo vocecita—. Que hace mucho que no jugamos a «Chispas» y me hace ilusión.

Pero mi marido es duro y no se deja enternecer. Vale, pues él lo ha querido. Sin contemplaciones, me quito el sujetador, lo saco por debajo de la blusa y me desabrocho el primer botón de esta, dejando ver solo el principio de mis pechos.

—¿Quieres ver más? —lo provoco, y él me mira con los ojos entrecerrados. Desabrocho otro botón y me inclino ligeramente para darle una panorámica de lo que se está perdiendo.

—¡Tú ganas! —exclama, finalmente.

Contengo una risita y sin más dilación me siento a horcajadas sobre él, contengo un gemidito cuando nuestros cuerpos están tan pegados que puedo sentir su calor incluso a través de la ropa, y le susurro al oído:

—Miguel, Miguel, Miguel.

En ese momento él me besa en el cuello con tanto ímpetu que seguramente mañana luciré un precioso chupetón; yo, a mis treinta y cuatro años, pero no me importa.

—¿Has dicho en serio lo de que vuelva a casa? —me susurra.

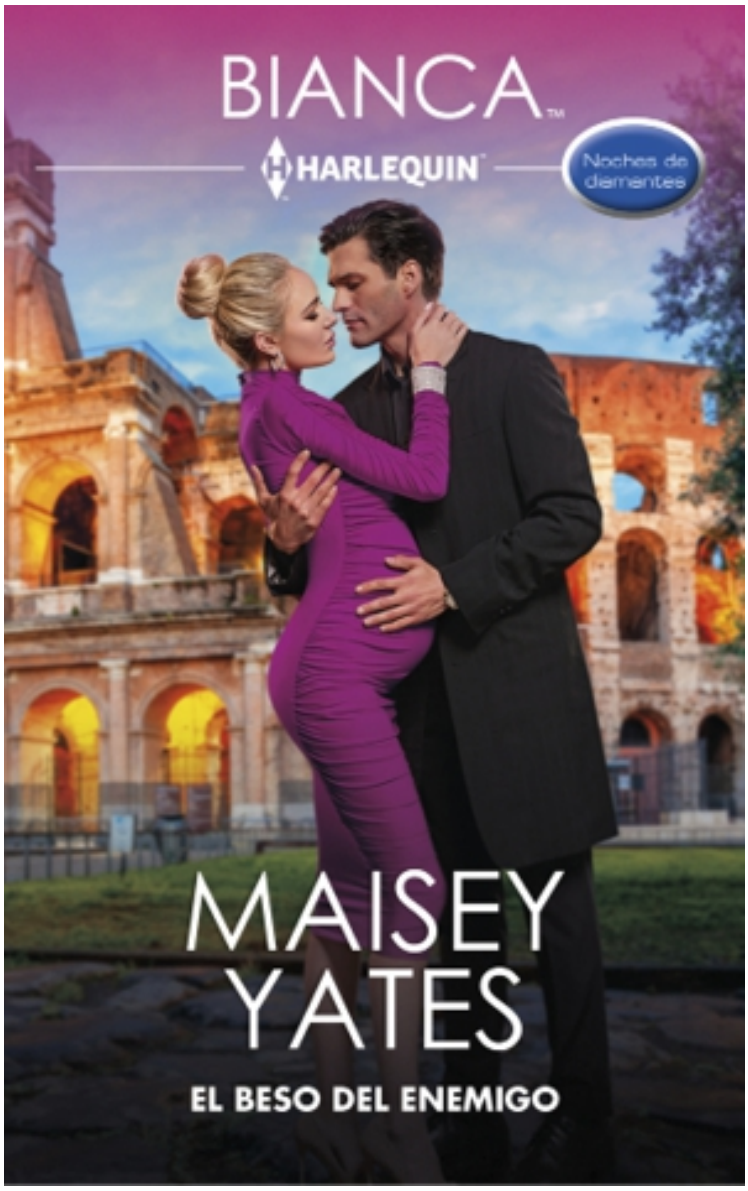
—Por supuesto, ¿y tú? —respondo mientras le quito la camiseta con delicadeza y le recorro con suavidad la clavícula con la yema de los dedos.

—Claro que sí —asegura.

Sonreímos, nos miramos durante un segundo y nos besamos, entrelazando nuestras lenguas vorazmente. Un escalofrío me sube desde los pies hasta la coronilla. «Sí, puede funcionar», me dicen mis dos vocecillas, la fastidiosa y la racional, a la vez que Miguel me

empuja con urgencia para tumbarme en el sofá con nuestras bocas enzarzadas en el profundo beso. Yo rodeo sus caderas con las piernas, atrapándolo contra mí, sintiendo de nuevo esa pasión que durante meses creíamos extinguida, y en ese momento, tal vez porque por primera vez en la vida mis dos vocecillas se han puesto de acuerdo en algo o tal vez porque lo que siento es tan increíble que no puede ser descrito con palabras, estoy segura de que todo nos irá bien.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



E-Pack Bianca y Deseo agosto 2024

Williams, Cathy

9788410743489

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Pasión en Bahamas

Cathy Williams

Revelación en Bahamas: ¡iba a tener un heredero!

La mentora de Kaya, que había sido como una madre para ella, había fallecido recientemente, y fue una tremenda sorpresa descubrir que no le había legado su casa. En su lugar, había ido a parar al hijo secreto que había dado en adopción, y cuando Leo se presentó a reclamar lo que era suyo, descubrió que era tan guapo como irritante.

Lo único que Leo quería era vender la propiedad y volver al imperio millonario que había construido de la nada. Sin embargo, luchar contra el lazo familiar que le unía a su familia biológica le había dejado indefenso, igual que su enloquecedor deseo por Kaya, un deseo cuyas consecuencias iba a unirlos para siempre.

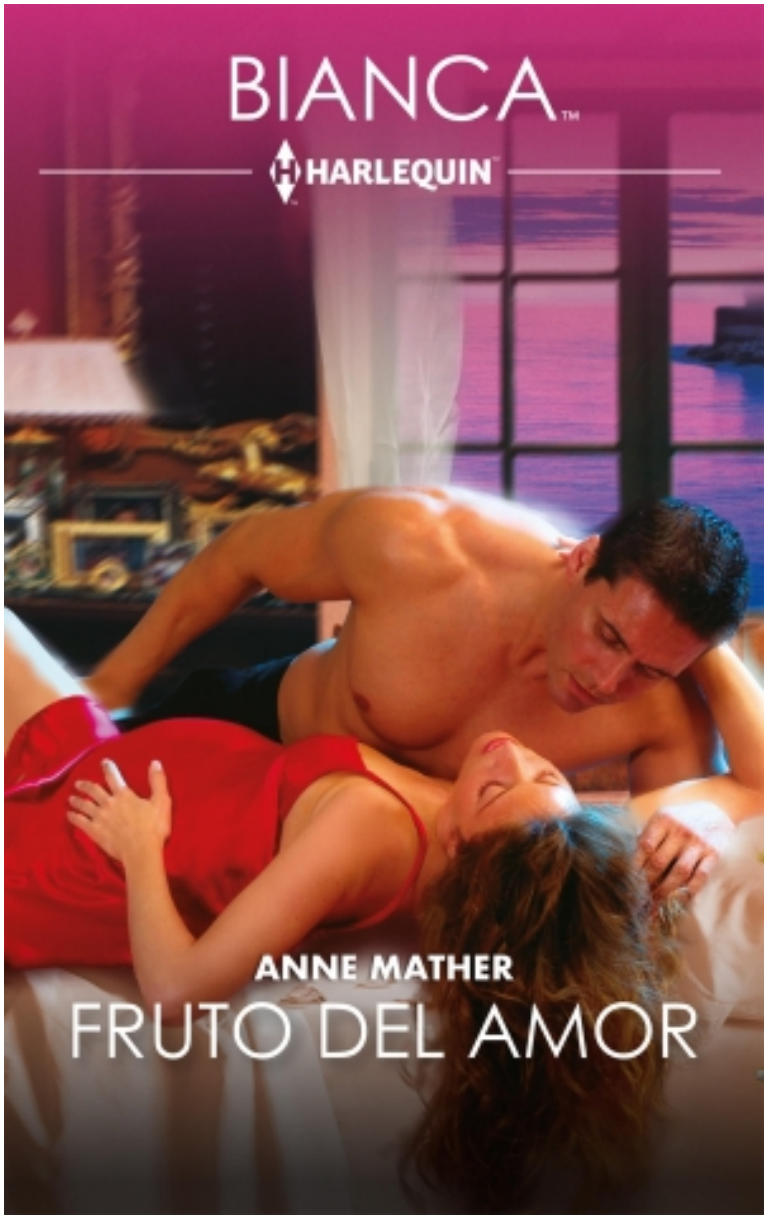
Atrapado por la tentación

Cynthia St. Aubin

Una serie de televisión sobre la vida real de los hermanos Renaud despertó el interés de Shelby Llewellyn en el hermano artista y oveja negra de la familia. Shelby, comisaria de exposiciones, estaba decidida a conseguir que Bastien Renaud hiciera una exposición en su galería para demostrarle a su padre su valía profesional. Cuando ambos se quedaron aislados por una nevada en el refugio de Bastien, surgió la pasión.

¿Podría llegar aquella relación a un final feliz a pesar de la diferencia de edad y del pasado de Bastien?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Fruto del amor

Mather, Anne
9788410742253
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Su matrimonio había terminado, pero… ¿qué pasaba con el bebé?

El matrimonio entre Jane y el guapísimo magnate griego Demetri Souvakis había llegado a su fin hacía ya cinco años. Destrozada y traicionada, Jane lo había abandonado y había empezado una nueva vida.

Ahora Demetri necesitaba un heredero urgentemente, por lo que le pidió el divorcio a su hermosa esposa. Pero antes de firmar los papeles deseaba darse un último revolcón en el lecho matrimonial, por los viejos tiempos, claro…

Lo que no sospechaba era que ese último encuentro tendría semejante resultado. ¿Cómo podía decirle al hombre del que estaba a punto de divorciarse que iba a tener un hijo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sed de ti - Una mujer intocable

Foster, Lori
9788410742444
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una mujer intocable

El investigador privado Harry Lonnigan salvó a Charlie sin saber que ella era la hija que su mejor amigo, casi un padre para él, no veía desde hacía dieciocho años. Lo más importante debería haber sido reunirlos, pero eso a Charlie no le interesaba. Lo más importante para ella era seducir a Harry...

Sed de ti

Alec Sharpe deseaba proteger a Celia, además de desearla como nunca había deseado a ninguna mujer. Por eso cuando ella necesitó su ayuda, Alec accedió, pero a cambio, durante el tiempo que estuvieran colaborando juntos, los dos saciarían el tórrido deseo que los consumía desde el primer encuentro. Pero, ¿qué ocurriría cuando dejaran de trabajar juntos?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



HQÑ 26 primeros capítulos 4

Autores, Varios

9788491705000
317 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El éxito de esta colección nos anima a seguir apostando por ella. En este cuarto libro podréis encontrar los 26 primeros capítulos de los 26 siguientes títulos de la colección HQÑ. ¡Anímate a descubrir los romances, las aventuras y la pasión recogida en las páginas de las obras de esta colección!

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense… romance ¡elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)